

A man in a dark suit stands with his back to the camera on a balcony, looking out over a dense city skyline with numerous skyscrapers under a clear sky. The balcony railing is visible in the foreground.

PAULA R. F.

JAMÁS SERÁS

MÍA,

PERO...

EL TUTOR II

D.J.57

EL TUTOR II

Jamás serás mía,
pero...

Paula Rosselló Frau

Primera edición en formato digital: diciembre 2019
Título Original: Jamás serás mía, pero... El Tutor II
©Paula R. F., 2019
Diseño de portada: Olalla Pons
Maquetación: Olalla Pons

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

A mi marido.

Prólogo

Apartamento de la Castellana, Madrid. Octubre, 2017

Ivy abrió la mampara de cristal, salió de la amplia ducha y se envolvió en una toalla. El vapor que llenaba el baño empañaba el espejo y pasó la mano sobre el cristal. Se miró a los ojos y frunció el ceño. Se quitó la pinza que sujetaba el cabello, sacudió la cabeza y lanzó un suspiro. Estaba preocupada y no sabía cómo lidiar con ello.

El día fatal se acercaba. No era la primera vez que se separaba de Hans por uno de sus negocios, pero sentía que en esta ocasión sería muy diferente. Faltaban apenas unos días para su marcha y sentía un nudo de temor en el estómago que se esforzaba en ocultarle a él, para no inquietarlo.

Y por otro lado su mente acudía con frecuencia a la noche en la que sintió por primera vez los labios de Leandro, después del concierto.

Era incapaz de olvidarlos.

Después del concierto de Estopa, Hans de forma astuta había preparado un encuentro entre ella y su amigo sin que ninguno de los dos lo sospechara. Como buen conocedor de su sumisa sabía que debía darle la oportunidad de hablar a solas con Leandro para que no pudiera preparar una defensa de antemano con una cita organizada.

Y Leandro, después de acompañarla, bajó de la moto ante el portal del edificio de la Castellana, se aproximó a ella y le exigió:

—¡Dime qué es lo que quieres!

Ivy, impresionada, lo contemplaba: erguido e inclinado hacia ella. El oscuro cabello capturaba la luz de la farola y brillaba con reflejos castaños. La faz quedaba ensombrecida, pero por el contrario los iris refulgían brillantes, clavados con imperiosa necesidad en ella. ¡Oh, Dios! Se moría por aceptar. Sería alucinante comprobar cómo sería la dominación de ese macho tan impetuoso.

—Quiero ser suya —desveló al fin, en un susurro trémulo.

Ivy cerró los ojos y se tocó los labios mientras sentía una sacudida en el bajo vientre por el tórrido recuerdo. Volvió a abrirlos y se miró de nuevo. Su corazón y su mente eran un hervidero de pensamientos y emociones esos últimos días.

Unos días atrás viajó con Hans a New Haven —en un traslado relámpago en el *jet*—, para ir a buscar a Freddo, a por las cosas que ella todavía tenía en el piso, a liquidar el alquiler y dejar el apartamento de forma definitiva. Ese trimestre Ivy estudiaría en casa, regresaría a Yale solo para los exámenes y se alojaría en un hotel los escasos días que necesitara ya que no tendría necesidad de tener el inmueble alquilado si vivía en Madrid.

Y regresaron a la capital española la noche anterior.

Meneó la cabeza, sin hallar la respuesta a su inquietud en el reflejo del espejo y volvió a suspirar. Sería mejor que se serenara o Hans intuiría que algo la agitaba, como siempre hacía. Se dirigió a la puerta que comunicaba el baño con la habitación de su Dueño, abrió y al ver a Hans se apoyó en el dintel, con la mejilla posada en el marco para contemplarlo con admiración.

Él estaba tumbado sobre la cama cuan largo era, desnudo, reclinado con comodidad sobre varios almohadones. Todos los músculos de su torso resaltaban de forma sensual debido a la posición de los brazos detrás de la cabeza y su cuerpo atlético resultaba muy atractivo para Ivy, como una tentación constante.

En ese momento él tenía la mirada perdida más allá del amplio ventanal, con una expresión concentrada que no permitía adivinar lo que pensaba o sentía, tan hermética era, pero debió detectar su presencia ya que volteó los ojos hacia ella. La mirada masculina, en un primer momento llena de ternura, se oscureció peligrosa a medida que recorría su cuerpo semidesnudo, envuelto en una toalla que apenas conseguía resguardarla a las ardientes pupilas.

—Creo que será mejor que vuelvas a la cama —requirió, serio, mientras palmeaba el colchón a su lado. Segundos antes de notar que Ivy lo estaba mirando pensaba, intranquilo, en el viaje que estaba a punto de emprender en la nueva misión para la OpE y que lo forzaba a separarse de ella durante mucho tiempo.

Pero...

Era necesario. Muy necesario.

Por el bien de las mujeres, pero sobre todo por Ivy en particular. Quería que pudiera vivir en un mundo libre de la plaga que era la trata de personas y de la captación de víctimas para la prostitución en Europa: un mercado en pleno auge en países importadores de mujeres —como si fueran un producto—, en situación de extrema vulnerabilidad. No soportaba saber que Ivy a veces tenía miedo de ir por la calle y que se cruzaba de acera al ver a un

hombre venir en dirección contraria o detrás de ella. Y ahora al verla con ese temor que la asediaba y que no conseguía ocultarle, el corazón se le sacudió dentro, angustiado, al saber que su tiempo juntos estaba agotando las últimas horas.

Ivy se humedeció el labio y bajó la cabeza ante el mandato, pero de inmediato elevó los ojos con una mirada de niña mala, mientras sonreía revoltosa y meneaba las caderas de un lado a otro, provocativa, con una pierna flexionada y la punta del pie apoyada con indolencia en el suelo.

—Pero si vuelvo a la cama... ya no podré hacer las maletas, Amo — protestó con un puchero descarado.

La anatomía de Hans se inflamó de inmediato ante tamaño desafío y apuntó al techo tan duro y tan deprisa que lanzó un gruñido feroz que resonó entre las paredes de la habitación. Cerró los ojos durante un segundo, impactado. Al instante siguiente los abrió, con un fuego peligroso en el fondo de las pupilas dilatadas, y estrelló la mirada contra la de ella, con la mandíbula apretada.

—Ven aquí, Sapphire —ordenó entonces, con una amenazadora voz de miel, sin moverse.

Ivy se estremeció, ávida, al ver elevarse ese falo grueso, surcado por hinchadas venas azuladas. Sin apartar la mirada del enrojecido glande henchido, del que resbalaba una pesada y espesa gota preseminal, sacó la sonrosada punta de la lengua y se lamió, lenta, los lozanos labios.

Hans no perdió detalle de ese provocador gesto y se prometió que daría muy buen uso a esa boca en pocos segundos.

Ivy, ignorante de los planes de su Dueño, avanzó unos pasos hasta los pies de la cama, descalza sobre el suelo radiante. Muy despacio movió la mano hacia arriba, hacia la parte donde la toalla se anudaba y sujetaba, y tiró un poco. Curvó la boca en una descarada sonrisa hacia Hans y meneó negativa la cabeza de un lado a otro, insolente. El espeso cabello dorado bailó en su espalda, lanzando destellos irisados mientras negaba.

—Muñequita, si sabes lo que te conviene... ¡Vendrás aquí de inmediato! —exhortó Hans con la voz aún más dulce que antes, los labios tirantes en una mueca tensa y una mirada tan llameante y oscurecida que el abdomen de Ivy vibró con la amenaza que emanaba de él.

Aun así un escalofrío expectante recorrió la columna femenina; le gustaba demasiado encenderlo. A veces no podía evitar jugar con el riesgo que suponía incitarlo. Si ella lo desobedecía o lo desafiaba la reacción de Hans

era inmediata y siempre imprevisible. Volvió a bajar la cabeza sin dejar de mirarlo de forma desvergonzada y se giró, despacio, de espaldas a él. Sacudió otra vez la cabellera, tiró de los extremos de la toalla para que resbalara por su cuerpo de forma sensual, pero detuvo el descenso justo en la línea que separaba la espalda de las nalgas para no descubrir las caderas. La sujetó a los lados y se contoneó, voluptuosa, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la cortina de cabello cubriendo su espalda mientras los rayos del sol matutino la bañaban, al entrar por la pared de cristal que rodeaba el dormitorio, orientado al sudeste, y dejaba ver Madrid a sus pies.

Una mano de acero enredó su cabello y tiró con fuerza, tan de repente que pegó un respingo, sobresaltada. Se vio impelida hacia atrás y topó con los hombros en el torso desnudo de Hans, tras ella. Inspiró con fuerza al sentir el poder masculino, estremecida de anhelo por el súbito magnetismo que la envolvió. Ni siquiera lo había oído moverse.

—Suelta la toalla —ordenó Hans, severo, con un susurro ronco en su oído.

Ivy ni se cuestionó desobedecer. Abrió los dedos de ambas manos y la soltó de inmediato. Sintió el aliento tan caliente como un pecado en el cuello un segundo antes de que él la mordiera, hambriento, y succionara en la base con tanta fuerza que supo que esa marca le duraría una semana. Cerró los ojos, entregada a esa boca de fuego y gimió, extasiada.

—¿Crees que puedes manipularme a tu antojo, muñequita? —preguntó él, al cabo de unos segundos, con los labios a milímetros de su oreja. Con la mano enredada en la cabellera tiraba de la cabeza hacia atrás para exponer la garganta. En ese instante se pegó a ella con todo el cuerpo e incrustó la fuerza de su erección entre los prietos glúteos.

Ivy se lamió los labios otra vez, excitada. Sentía la pasión masculina llamear en torno a ella como dedos de fuego que surcaran su piel. De forma inconsciente separó las piernas cuando su sexo trepidó, húmedo.

—¡Oh, sí! —respondió sin darse cuenta. En realidad estaba rogando porque la empalara por detrás, no afirmando nada. Hans así lo entendió, pero sonrió perverso y endureció la voz.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees? —inquirió, amenazador.

Ivy abrió los ojos de golpe, al sentir que él la cogía por la cintura y la levantaba sin esfuerzo, pegándola a su pecho. Arredrada, comprendió demasiado tarde su desliz.

—¡Amo! —exclamó, alarmada.

Pero Hans la ignoró, avanzó con ella y abrió la puerta de la terraza. Salió y se encaminó a las butacas y tumbonas que había en la azotea, a cielo abierto. Los edificios colindantes no estaban muy cerca, ya que se hallaban en una de las plantas superiores, pero aun así el cuerpo desnudo de Ivy era perfectamente visible, desde cualquier edificio de la misma altura, para alguien que estuviera mirando en esa dirección.

—¿Amo? —indagó, aún más espantada.

—Te voy a enseñar lo que significa no contrariar a tu Amo —declaró él sin detener su avance. La soltó y la giró de frente a él, desnuda, con la piel erizada por la fresca temperatura matutina, aunque era uno de esos veranos que se alargaban sin compasión debido al nefasto cambio climático y aún no había llegado el descenso de las temperaturas. La miró desde su altura, esbozó una sonrisa diabólica que enseñó la perfecta dentadura blanca y reveló oscuras intenciones, y admitió —: Hace tiempo que quería hacer esto.

Se sentó en un amplio sofá y señaló sus rodillas. Ivy frunció el ceño y miró a su alrededor, con las mejillas como la grana. Paseó los ojos desde los muslos masculinos a la severa mirada color cobalto y tragó saliva, arredrada.

—Por favor... —musitó al tiempo que retorció las manos una contra otra. El sexo le palpitaba tan fuerte que tenía el abdomen encogido. El morbo la asediaba y entreabría los labios, jadeante. La vergüenza de saber que alguien podía estar mirando le disparaba la libido e incendiaba su piel con lenguas de ardor. ¿Y si Hans decidía follarla allí, delante de todos? La mirada se le enturbió ante el morboso pensamiento.

Hans no dijo nada, no se movió, pero los ojos se le oscurecieron hasta parecer negros. Ivy avanzó, hipnotizada por ese cambio. Se dobló sobre los muslos de Hans y quedó con la cabeza colgando, el culo en pompa y los pies por el otro lado al tiempo que el miembro masculino, duro como una estaca, se incrustaba en su vientre. Se sacudió, estremecida al notar el abrasador contacto, y giró la cabeza a su izquierda para ver a Hans.

La mano de él se posó en su espalda, rebosante de poder ante el acatamiento femenino. Acarició con los dedos, con suavidad, el profundo surco muscular que recorría la columna y al cabo de unos segundos apoyó la palma abierta en las dorsales y la inmovilizó con sólida firmeza.

—Ahora te estarás quietecita para que yo disfrute de este culo —ordenó. Con la mano derecha acarició las soberbias y redondeadas nalgas, blancas como la leche, con dulzura. Disponer de ella de esa forma le saturaba la mente de endorfinas y el miembro le palpitaba estremecido, atrapado bajo el

abdomen femenino. Bajó por los muslos con las yemas de los dedos y le separó un poco las rodillas, exponiendo de forma inclemente la vulva rosada a las posibles miradas lascivas de desconocidos.

—Amo, por favor —suplicó Ivy, con las mejillas ardiendo. Abrió la boca para seguir protestando, pero no pudo articular palabra al recibir la primera nalgada: contundente y tan picante que dio un salto sobre las piernas de su Dueño. Gritó y se tapó la boca al instante para evitar llamar la atención si es que no había ocurrido ya y todo Madrid estaba al acecho del castigo que recibía la sumisa. Humillada, se revolvió furiosa sobre los muslos de él, pero la mano de hierro de Hans la tenía bien sujeta. Quiso despotricar, rabiosa, pero se contuvo y suplicó, de nuevo, con los dientes apretados—: ¡Por favor!

Hans la ignoró y descargó la segunda nalgada, un poco más contundente que la primera, en el otro glúteo.

El dolor estalló en la piel de Ivy, se expandió en forma de ondas por su interior, profundo, hasta llegar al cerebro donde se propagó en descargas eléctricas. Sacudió las piernas en un acto reflejo, su sexo se incendió y ahogó un gemido, erotizada. La rabia desapareció, engullida por el placer. Se olvidó por completo de protestar, de moverse para liberarse, de pensar. Solo sintió.

Hans propinó una serie de cachetadas que enrojecieron la cremosa piel y aceleraron el ritmo respiratorio de Ivy sin compasión. Al terminar, introdujo los largos y fuertes dedos dentro de la densa mata de cabello, asió y tiró hacia atrás. Ivy arqueó el torso sobre las piernas y jadeó al sentir el brutal agarre.

—¿Lo sientes? —preguntó él, implacable.

—¡Sí! —respondió de inmediato, dispuesta a lo que fuera con tal de borrar esa expresión severa y distante del rostro al que adoraba ver sonreír, o lleno de orgullo, o mejor aún traspasado por la pasión. Exclamó, convulsa—: ¡Sí, lo siento! ¡Por favor, Amo! Por favor —rogó en un murmullo ahogado para que la perdonara. El dolor mutaba, transformado en erótico placer, recorría su piel y el frenesí era casi insoportable.

Hans sonrió, exultante, y depositó la mano sobre la zona resentida.

—Bien, eso te enseñará quién manda, muñequita. Ahora estate quieta —ordenó inflexible.

Ella se tensó, esperando el siguiente azote, pero Hans la sorprendió con una caricia de seda sobre las nalgas. Deslizó la palma de la mano, tierno, de forma tan magistral que toda la piel femenina se erizó a su paso, como si los poros se abrieran para sentir más intenso su toque y de la garganta de Ivy surgió un sensual gemido de asombro y deleite. Sensibilizada, y con la

circulación tan activa, la epidermis recibió la caricia de una forma más profunda y tremoló sin dejar de menear las caderas, acuciada por el calor que se condensaba entre sus muslos.

Entonces cayeron otra serie de palmadas, más fuertes, y gritó cuando el dolor recorrió su espinazo y estalló en su cerebro, cristalizado en un goce arrollador. Se sacudió sobre él, pero ya no para liberarse sino de pura satisfacción.

Hans sentía el deseo crecer dentro de él convertido en un monstruo que lo cercaba, despiadado. Sin darse tregua alternó caricias con azotes durante unos minutos, hasta que las nalgas de Ivy parecieron dos cerezas maduras. En ese momento introdujo la mano entre las nalgas, las separó con el pulgar y el índice y la tocó con el largo dedo corazón en el centro del calor femenino.

—¡Oh, sí! Eso es —masculló, jadeante, con la voz tan espesa por la excitación que lo recorría que parecía que se había quedado afónico—. Húmeda, caliente y dispuesta. Así es como quiero tenerte, muñequita. —El placer que experimentaba al azotarla le desencadenaba la lujuria y el autocontrol pugnaba por romperse contra los grilletes que él mismo se imponía. El deseo rugía, fiero, dentro de él y apenas podía contener las ganas de follársela allí mismo, en la terraza. Tenerla a su merced lo llenaba de una fuerza vital que le hacía bullir la sangre hasta que se le licuaba en las venas, con una pasión tan intensa que todo su ser vibraba de ansia.

La incorporó y ella quedó arrodillada frente a él, sin fuerzas. El rostro femenino estaba sudoroso y sonrojado. Los labios de fresa entreabiertos, las pupilas dilatadas y llenas de una pecaminosa lujuria que lo traspasó como si fuera una flecha dirigida a su virilidad.

Ella lo miró casi en estado de trance, con la mente saturada de sensaciones placenteras, la serenidad recorría su espíritu y el gozo llenaba su corazón. Él sonrió al comprender que Ivy había alcanzado el sumiespacio¹.

—Amo —murmuró con devoción, gutural.

—Joder, Sapphire... —masculló con un jadeo excitado y la polla en llamas.

Se levantó de prisa, impetuoso. La cogió en brazos y entró de nuevo en la alcoba. Una parte de su ser jugueteó con la idea de penetrarla en la terraza, a plena vista de Madrid, pero no quiso tentar al diablo y que la policía llamara a su puerta con una denuncia por comportamiento indecente si es que alguien no había llamado ya para denunciarlo por malos tratos. Además prefería disfrutarla en la intimidad, para él solo.

Avanzó hacia la cama, la depositó con los pies en el suelo de espaldas a él. Envolvió ese cuerpo que lo volvía loco con los brazos y la besó, fervoroso, en el cuello al borde del nacimiento del cabello. Estremecido la empujó y la tendió boca abajo con el torso sobre las sábanas, las caderas en el borde y las piernas colgando, ya que la cama era muy alta para Ivy, pero no para él. Le separó los muslos con rudeza, llevado de su ardor, y se situó detrás.

Acarició la sinuosa espalda con las dos manos y descendió por la columna hacia las nalgas expuestas y tan encarnadas que parecían tintadas. Apretó la mandíbula al sentir un brutal tirón en el miembro engrosado. Agasajó con la palma abierta esas apetitosas cerezas y separó los glúteos con los pulgares. El sexo se exhibió, enrojecido. Pasó dos dedos entre los pliegues, posesivo, y el cuerpo de Ivy sufrió una sacudida.

Ella exhaló un jadeo, se arqueó sobre la cama, con el rostro ladeado hacia él y quiso incorporarse pero, de nuevo, la mano de Hans la aplastó contra el colchón y la inmovilizó.

—Quieta —ordenó dominante, tras ella—. Estás a mi merced, Sapphire. Yo te diré cuándo moverte, cómo y cuánto.

Ivy lo miró de reojo con los iris de un turbio y anegado color azulado, como si una tormenta desatada de deseo estuviera librándose en sus profundidades, con la mejilla apoyada en la sábana y la cabellera esparcida a su alrededor, como un halo de lujuria.

Hans se sumergió en esas profundidades tormentosas y encadenó esa mirada sin dejarla escapar mientras deslizaba los dedos entre la carne hinchada, rosada y húmeda, inflamado. El ansia lo corroía, despiadada. Sin dejar de bucear en el iris color zafiro, separó los labios genitales y buscó el clítoris con la yema del dedo índice. Lo encontró, asomando erecto; lo pellizcó entre el pulgar y el índice y lo estimuló con maestría hasta que ella empezó a temblar y a emitir murmullos inconexos. Entonces la cogió de las caderas, impregnó su miembro con los fluidos que empapaban el sexo encarnado y se frotó contra ella arriba y abajo varias veces.

—¡Amo! —arrulló Ivy, separando más las piernas. El deseo desenfadado galopaba feroz por su ser y apenas podía controlar los estremecimientos que la recorrían y que constreñían su sexo y su abdomen. Hundió la grupa para ofrecer un mejor ángulo para ser penetrada y se chupó el labio sin poder contener las brutales ganas de que follaran ya.

El espíritu de Hans se llenó de esa entrega. Empujó contenido contra la ardiente cavidad y se introdujo muy lento, tan despacio que incluso él gruñó

frustrado, pero no quería empalarla de golpe. Quería abrirla despacio, para que sintiera penetrar su grosor y longitud milímetro a milímetro.

Se apoyó con las manos en el colchón, a los lados de las caderas femeninas y siguió empujando, controlado. Hundió la cabeza entre los hombros al sentir los músculos vaginales contraerse, bestiales, contra su dureza y cerró los ojos, extasiado.

—¡Joder, muñequita! ¡Me quemas! —gruñó con la voz estrangulada. Apenas podía respirar al sentirla en torno a sí, apretada y candente. Todavía sin entrar del todo, retrocedió y el femenino gemido de protesta casi lo hizo enloquecer. Sonrió tenso y cuando casi estaba a punto de salir del todo, volvió a empujar. Y fue como hundirse en un océano de seda caliente, tan duro y angosto como una prensa, tan suave y dulce como el azúcar derretido.

Estremecido se inclinó sobre la espalda de ella, pasó una mano bajo el cuello, apretó de forma controlada lo suficiente para que sintiera su poder y con la otra buscó el seno y el pezón erecto para jugar, inmisericorde, con él.

—Amo —susurraba Ivy, en pleno éxtasis de placer. Sentía su peso, la penetración pesada y tórrida, la fuerza viril rellenarla y su cuerpo entraba en espiral, en una cuenta atrás que trastornaba su mente—. Amo....

Hans volvió a retirarse, pero esta vez la empaló con tanta fuerza que si no la hubiera tenido sujeta habría salido disparada como un cohete, resbalando sobre las sábanas doradas de satén.

Ivy gritó ante la feroz embestida y explotó en un orgasmo abrumador. Él no se detuvo y se hundió en ella con embates duros y cortos, demoledores, potentes.

Ivy empezó a jadear con los ojos cerrados, estrujó las sábanas con las manos, a momentos riendo de delirio y a momentos sin aliento, tan profundo lo sentía.

Hans apretó la piel ardiente de los glúteos mientras se enterraba en ella con toda su impetuosidad, sin dejar de mirar el rostro femenino, de perfil sobre las sábanas, demudado por el placer en su estado más puro de belleza. Traspasado por el profundo sentimiento de posesión que estaba experimentando, pronunciaba su nombre con pasión.

—Ivy... Ivy... ¡Oh, Ivy!

Ella abrió los párpados al oír el tono cargado de oscuridad en su voz y lo miró de reojo tras ella. Intentó sonreír, pero no tuvo fuerzas. Solo pudo sentirlo, acogerlo y recibirlo dentro con todo su ser. Un nuevo orgasmo la asedió, destruyendo su sentido de la realidad, y musitó casi sin voz, la palabra

llena de adoración:

—Amo....

—Di mi nombre, Ivy —pidió, arrebatado de frenesí lujurioso y con el corazón saturado de emoción al pensar que tenía que dejarla, sumergiéndose dentro de ella con devastadoras acometidas—. Di mi nombre...

Ivy lo miró desde el fondo de las pupilas y obedeció.

—Hans...—pronunció con toda la dulzura que albergaba en su alma—.

Hans...

Y el hombre que la estaba amando se derritió, conmovido, y culminó con un grito que atronó el dormitorio y escapó por la puerta de la terraza que había quedado abierta.

—¡Ivy!

1

Chalet de Leandro. Octubre, 2017

Ivy cogió el transportín de Freddo y descendió del coche. El corazón le bombeaba a toda velocidad. Había llegado el momento: Hans se marcharía en pocos minutos y ella quedaría a cargo de Leandro.

Este se erguía en el porche de entrada al chalet con las piernas separadas y las manos en los bolsillos de los vaqueros negros. Había salido a recibirlos en cuanto oyó el motor del coche llegar. El pelo oscuro, algo más largo por arriba como un elegante tupe, un poco ondulado y corto en patillas y nuca, estaba peinado hacia atrás y enmarcaba un joven rostro muy masculino y autoritario, sin barba. Sobre el amplio torso un jersey de punto grueso con cuello vuelto, en tonos crudos y grises. Ivy lo miró y, a pesar del nerviosismo y el miedo que le ocasionaba la próxima marcha de Hans, no pudo evitar quedar fascinada ante lo viril que era ese hombre.

Él le devolvió la mirada, sin sonreír, y salvó los escalones con agilidad para saludar a Hans, que también había descendido del coche y avanzaba hacia él.

—Hola, Hans. —Le estrechó la mano con firmeza y luego se volvió hacia ella. —Ivy.

Ella no pudo contestar y esbozó una especie de sonrisa que no le separó los labios ni llegó a iluminar su mirada. Agarraba con fuerza el asa del transportín y permanecía de pie, a pocos pasos de ellos.

—Traeré las maletas —indicó Leandro para romper el incómodo silencio que se había instalado entre ellos. El chófer estaba bajando del coche las dos maletas de tamaño grande, un maletín de maquillaje y los enseres de Freddo: el arenero, un rascador y una caja grande de plástico con el saco de pienso, los cuencos para el agua y los juguetes. Leandro le dio las gracias, depositó el maletín sobre una de las maletas y cogió las asas de las dos para hacerlas rodar hasta los escalones.

El chófer cogió el equipaje del gato, lo llevó hasta la puerta y lo depositó en el suelo junto a esta. Después bajó los escalones y entró en el coche, estacionado junto a un BMW —supuso que del dueño de la casa—, mientras esperaba que Hans se despidiera y volviera al automóvil para acompañarlo al aeropuerto.

—Por favor, entrad —indicó Leandro al pasar junto a Ivy y a Hans.

Hans y ella estaban frente a frente y él abarcaba el rostro femenino entre las manos con dulzura mientras ambos se miraban a los ojos. Al oír la invitación de su amigo la enlazó de la cintura y avanzaron hacia la entrada, precedidos por Leandro.

—Poneos cómodos —pidió, sin querer demostrar que él también estaba nervioso. Dejó las maletas junto a la puerta —con la intención de subirías después cuando Hans se hubiera ido—, adentró también los enseres de Freddo y se dirigió a la cocina.

—¿Queréis tomar algo? ¿Un whisky, Hans?

—No, gracias, Leandro —negó hacia él. Se volvió de nuevo hacia Ivy y continuó—: Creo que ahora no me entraría.

Ivy se mordió el labio, algo pálida.

—¿Puedo soltar a Freddo? —solicitó hacia Leandro—. Lleva mucho tiempo en el transportín y no le gusta demasiado.

—Claro, suéltalo. Tiene que investigar su nuevo hogar —alegó este con una sonrisa dirigida a aportarle un poco de tranquilidad en ese sentido. La veía tan nerviosa y tan pendiente de Hans que se sentía excluido, como si fuera un intruso indeseado. Incómodo, se acercó. Ivy se agachó, dejó el confortable habitáculo en el suelo y abrió la puertecita. Freddo no tardó ni dos segundos en salir, aunque se detuvo junto al mismo al no reconocer el lugar ni a Leandro, parado junto a él.

Este se acuclilló, lo miró a los ojos y alargó la mano hacia él, pero sin tocarlo, para que el gato lo oliera.

—Hola, guapote —saludó de forma cálida.

Freddo lo observó unos segundos, suspicaz, luego alargó la naricilla y le olió la mano unos segundos al ver que no era amenazador. Al parecer lo aprobó porque le devolvió la mirada y exhaló un maullido, como diciendo: «Encantado, voy a ser el nuevo rey de esta casa, que lo sepas». Luego se levantó, la gruesa y peluda cola tiesa hacia arriba, y empezó a inspeccionar todos los rincones.

Ivy lo observó y cuando el gato se alejó, se entretuvo en colocar las mantas en el interior y en cerrar la puerta del transportín sin poder afrontar el hecho de que tenía que despedirse de Hans.

—Ivy... —murmuró este.

Leandro se apartó entonces, sabedor de que esta vez sí sobraba.

Ella se incorporó y se giró hacia él, pero con la cabeza inclinada hacia el suelo y la cara oculta por la larga cabellera.

Hans avanzó y le levantó la barbilla. El alma se le sacudió dentro acongojada al ver el profundo desconsuelo en las pupilas femeninas.

—¡Diantres! —gruñó. La enlazó de la cintura, la elevó y la apretó contra él—. Será poco tiempo, muñequita. ¿De acuerdo? No te darás cuenta y volveré a estar por aquí, no tendrás tiempo de echarme de menos, ya verás —murmuró, contra su oído, con ternura.

—¡Tonto! Ya te estoy echando de menos —farfulló Ivy con el rostro enterrado en el hombro masculino—. ¡Oh, Hans! ¿No puedes...?

—¡Chssss! No lo digas, Ivy. ¡Por favor! —pidió Hans, roto, al oír el dolor en la voz femenina.

Ella se estremeció y calló. Volvió el rostro hacia él y lo miró, temblorosa. El miedo que le producía esa separación se reflejó en sus iris secos, pero llenos de tal angustia que Hans sintió flaquear su determinación. Había prometido a su jefa Dannielle que podía contar con él para la nueva misión de la OpE, pero rompería cualquier juramento con tal de no verla sufrir de esa forma.

—Muñequita... —empezó, pero Ivy se inclinó y selló sus labios con un beso ardiente. Pasó las manos tras su nuca para consumir su boca con pasión.

Hans la estrujó con fuerza contra su pecho y correspondió, vehemente.

Leandro lo observaba todo desde lejos, pero al ver la fogosidad con la que ambos se devoraban, dio media vuelta y rebuscó una botella de vino en el botellero para no interferir en algo tan íntimo.

—Ivy... ¡Oh, Ivy! —murmuró Hans mientras ella lo besaba por toda la cara y descendía por su cuello. Enredó una mano en la cabellera y la inmovilizó para que no siguiera torturándolo con esos besos que desmontaban su voluntad como una bola de demolición derribaría un edificio. Ella gimió al sentir el tirón y él se cernió con un gruñido sobre esa boca, a un suspiro de zampársela por entero.

Las lenguas volvieron a enredarse en una danza desesperada y al fin Hans se apartó, imposibilitado de resistir. Si no se alejaba de inmediato, no lograría hacerlo después.

La depositó en el suelo y retrocedió un paso. Deslizó las manos por los brazos femeninos y cogió las dos manos de ella. Les dio la vuelta, las izó e inspiró hondo el aroma de la piel de las palmas. Se llevó los dedos a los labios y besó las yemas con lentitud, una a una, sin dejar de mirarla a los ojos. Ivy permanecía hechizada, con los iris atrapados en esos profundos océanos color cobalto, hasta que él la soltó.

—Recuerda que te adoro. Siempre —musitó, buceando en esas pupilas emocionadas y anunció—: Debo irme, muñequita. —Con un esfuerzo para que no se le rompiera la voz—. Volveré antes de que te des cuenta.

Ivy inspiró con fuerza, valerosa, y esbozó una sonrisa trémula. No quería que él se marchara sin que pudiera recordarla sonriente.

—Aquí estaré, Hans. ¡Regresa a mí! —rogó, ardiente.

Hans enredó la mirada en los inmensos iris, del color de los zafiros, durante unos segundos, arredrado al pensar que debería sofocar las ansias que tenía de ella durante todo el tiempo que permaneciera alejado. Al fin se apartó con un esfuerzo sobrehumano y se volvió hacia su amigo.

—Acompáñame, Leandro —indicó sin dar opción a una negativa, aunque este no se lo pensó.

—Por supuesto —convino y lo siguió. Ambos salieron y cerraron la puerta tras ellos.

Ivy se quedó dentro, con la sensación de que un enorme peso le atenazaba el corazón y la aplastaba. Se clavó las uñas en las palmas y sacudió la cabeza. Hans no se iba para siempre, volvería en poco tiempo. Ya debería estar acostumbrada a las despedidas, pero un ansioso desamparo la asediaba siempre. Aunque esta vez era peor, las circunstancias eran muy diferentes y eso la desestabilizaba emocionalmente.

Se quitó la chaqueta tres cuartos que llevaba, avanzó hacia la isla de la cocina y la dejó sobre uno de los taburetes. Inspiró hondo un par de veces y apoyó las manos sobre la encimera para sostenerse, con las piernas de pronto débiles.

Antes de coger el coche para ir hacia la casa de Leandro, Hans y ella habían hablado largo y tendido sobre la cesión, sobre Leandro, sobre el tiempo de separación. Él le había asegurado que todo iría bien, que Leandro era un buen hombre y un excelente dominante: la dejaba en las mejores manos, como no podía ser de otro modo.

Al cabo de unos minutos, algo más serena, miró a su alrededor para inspeccionar la casa, ya que cuando entró no había sido capaz de reparar en nada.

Era una casa de dos plantas. Situada en la urbanización de Garnacho, en San Martín de Valleiglesias de la Comunidad de Madrid. Dos mil metros cuadrados de terreno y unos ciento cincuenta metros de casa, con un jardín de estilo japonés. El agua de una fuente lo atravesaba de lado a lado, lo recorría en un río artificial y al final caía en un pequeño lago con una cascada. No

tenía piscina, pero Hans le comentó que había un enorme jacuzzi en el lateral, cubierto, para usarlo tanto en verano como en invierno.

En el piso inferior donde ahora se hallaba, la entrada se abría a una sala comedor con cocina abierta separada del resto por una amplia barra de desayuno con taburetes. Decorada con tonos claros, de forma minimalista. Apenas había muebles y los objetos de decoración eran pocos y muy bien escogidos. La estancia daba la sensación de sosiego e invitaba a la relajación en el inmenso sofá, de color granate, con una gran *chaise longue* a un lado y mullidos asientos para cuatro o cinco personas, que acaparaba la atención en el centro de la sala frente a un televisor de setenta y cinco pulgadas.

Ivy alzó las cejas con asombro al ver el tamaño del televisor. En esa pantalla sí que podría ver bien sus series favoritas, no como en su antiguo piso de New Haven donde las visionaba en una de veintiséis pulgadas.

Freddo apareció desde un acceso que conducía a la parte de atrás, en su inspección de la nueva casa, y en ese momento Leandro abrió la puerta y entró.

Ivy se volvió hacia él, súbitamente cohibida. Él observó la postura envarada, el rostro tenso y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Qué tal? ¿Te gusta? —preguntó con un ademán hacia la sala y la casa en general. Cogió las maletas, las acercó a la escalera y las dejó junto a esta.

—Oh, sí, está muy bien —contestó, rígida, siguiéndolo con la mirada.

—No quiero que te sientas incómoda, ¿de acuerdo? ¿Te apetece tomar algo? ¿Una copa de vino? —interrogó mientras se acercaba a ella. Se detuvo a su lado y le dedicó su mejor sonrisa al tiempo que levantaba una mano y le acariciaba la tersa mejilla. Él también estaba nervioso, aunque lo ocultaba con destreza. Tenerla enfrente ya solo para él, por fin, era un sueño hecho realidad. Embelesado cogió un mechón del largo cabello rubio y dejó que se deslizara, sedoso, entre los dedos.

—Eh... Sí, una copa estaría bien —admitió Ivy. Inquieta por su cercanía, pensó que un poco de alcohol aliviaría la tensión. El recuerdo de los besos de aquella noche flotaba entre los dos, como el murmullo de una promesa. Lo que no contribuía a tranquilizarla.

—Genial —convino Leandro, pero no se movió. En cambio le cogió una mano sin dejar de mirarla y le acarició el dorso con el pulgar, de forma suave—. Puedes disponer de la casa como quieras, yo no dormiré aquí. Tengo un piso en la ciudad y es más cómodo para ir al trabajo cada día, pero te dejaré los números donde podrás localizarme siempre que quieras. Puedes llamarme

a cualquier hora, ¿de acuerdo?

Ivy asintió, trémula. Esa mirada oscura la atrapaba en sus profundas simas. Los dedos de Leandro creaban sinuosos caminos con una caricia que encendía su piel y apenas se acordaba de cómo respirar.

—No quiero que te preocupes por nada —continuó, solícito—. Nos iremos conociendo poco a poco, hablaremos y siempre me tendrás a tu disposición si necesitas algo, así que borra esa expresión de desazón de tu cara —reclamó en un susurro, con una voz tan sensual que un escalofrío recorrió a Ivy. Leandro adelantó la otra mano y le pellizcó la barbilla—. ¿Trato? —sonrió zalamero.

Ivy agrandó los ojos y al final sonrió, de verdad esta vez, ante el tono masculino lleno de simpatía.

—¡Así me gusta! Esa es la expresión que quiero ver siempre en tu rostro, Ivy —declaró con un guiño. Sin soltar su mano la condujo hacia isleta de la cocina y le indicó una banqueta mientras él la rodeaba y sacaba dos copas de uno de los armarios del otro lado. Había descorchado la botella antes para dejarla respirar, cuando Hans se despedía de Ivy, y ahora escanció el vino blanco.

—Entonces usted, ¿no vivirá aquí? —preguntó ella, después de beber un trago.

—No. ¿Te preocupaba eso? —inquirió, contemplándola con un brillo de entusiasmo que no podía esconder del todo. Las últimas semanas había preparado la casa para que ella dispusiera de todas las comodidades: había llenado la despensa y el refrigerador y contratado una agencia de limpieza para que acudieran a adecentar la casa y el jardín dos veces a la semana. Solo usaba ese chalet para las timbas de póquer de los jueves con sus amigos o para pasar unas vacaciones con alguna de sus antiguas sumisas y no se había preocupado mucho por el mantenimiento. Ahora era diferente; quería que Ivy se sintiera muy cómoda.

—No, no... —respondió ella, azorada al pensar que podría parecer que no lo quería cerca.

Leandro depositó la botella en la encimera y cogió su copa. La movió entre los largos dedos y el líquido elemento se agitó en el cristal.

—Ivy, quiero que tengas claro que esto no es una imposición. No voy a lanzarme sobre ti por mucho que lo desee, y créeme: lo deseo —certificó, contundente, para no dejar lugar a dudas, con una significativa mirada incendiaria que hizo entrechocar las rodillas femeninas—, antes de que estés

preparada para ello. Esto es cosa de dos, ¿conforme? —Leandro se inclinó sobre la encimera y la miró a los ojos de forma penetrante. Si algo no quería de ella era su temor o inseguridad. Pretendía que supiera que podía confiar en él.

Desde que la fue a recoger a la salida del concierto y la acompañó frente al edificio de la Castellana, no habían vuelto a verse y a su mente acudió, intenso, el recuerdo de la despedida:

Ella respondió por fin a los requerimientos que le hizo él sobre qué era lo que quería hacer con respecto a la cesión y cuando aceptó, no pudo evitar exigir:

—¡Bésame! —Apasionado. Enredó la mirada color zafiro en la suya propia y esperó, lleno de ansia.

El corazón de Ivy atronó su caja torácica, segura de que era audible en el silencio de la noche. Casi sin pensar en lo que estaba haciendo: obedecer una orden que no provenía de su Dueño, se adelantó, se puso de puntillas y se agarró a los anchos hombros para sostenerse. Alzó el rostro y se acercó, lenta, hasta depositar los labios sobre los de él

Leandro se mantuvo quieto y la dejó hacer. Ivy degustó el labio inferior y comprendió que él no iba a avasallarla esa vez, cobró confianza y estiró de los hombros hacia sí para poder ejercer más presión sobre esa boca hecha de tentación. Ahondó el beso y entreabrió los labios para poder succionar la suave carnosidad, cada vez con más fruición.

Al final, Leandro ya no pudo seguir conteniéndose. Gimió, hechizado, la enlazó de la cintura y la elevó contra sí, arrebatado, para poder profundizar ese beso.

Y ahora, aunque contemplarla con ese vestido de punto blanco que se adhería a su cuerpo como una segunda piel le había fortificado la idea de que la anhelaba con ansia, sabía que ella tenía que aceptar el hecho de que Hans ya no estaba y de que su vida iba a cambiar de forma radical. Y no era tan insensible como para anteponer sus deseos sin tener en cuenta los sentimientos de ella.

Ivy asintió y devolvió su mirada, más segura ahora que sabía que él le concedía tiempo y espacio. En el coche, de camino a la casa de Leandro, no sabía qué esperar y unido al miedo que le producía la pronta despedida, su ser era un hervidero de inseguridad. Pero Leandro le estaba demostrando que podía confiar en él y el peso que sentía aplastarla se alivió tanto que sonrió,

ya sin temor. Y confirmó que, una vez más, Hans la cuidaba aún en la distancia, y que tenía razón en lo que respectaba a ese hombre.

—Conforme, Amo —respondió, más tranquila al sentir el poder de Hans a través de los actos de Leandro. Sin duda conocía bien a su amigo y sabía que ella iba a estar en las mejores manos.

Los ojos oscuros se oscurecieron aún más si cabe y la respiración de Leandro se aceleró.

—Eh... sí, esto... —farfulló, pillado por sorpresa. No se esperaba que lo llamara de esa forma, tan pronto, todo su cuerpo entró en efervescencia ante ese simple vocablo y pidió, con la voz ronca—: Será mejor que no me llames así todavía, Ivy.

—Oh... —se sorprendió ella, malinterpretando el por qué y ruborizándose de inmediato. —Claro, disculpe. No pretendía incomodarlo —dijo mientras desviaba la mirada.

Leandro dio la vuelta a la isla y se acercó a ella hasta que no quedó espacio entre ellos. Ivy no tuvo otro remedio que levantar el rostro, al sentirlo tan cerca.

—Créeme, no me incómodas, Ivy. Todo lo contrario —confesó, impetuoso. Sumergido en esa mirada límpida lo asediaba el enorme deseo de besarla, pero se obligó a refrenarse. En cambio sonrió y le cogió una mano—. Verás, tengo algo que confesarte —reveló con un guiño travieso—. Los jueves es el día de la timba de póquer. Mis amigos y yo nos reunimos aquí, pedimos pizzas, bebemos cerveza y nos jugamos nuestras pensiones —bromeó—. Porque al ser una casa aislada podemos meter todo el barullo que queramos. ¿Te importaría que siguiéramos haciéndolo? Puedes negarte por supuesto, esta es ahora tu casa y...

—No, por favor, no cambie sus costumbres por mí —negó impresionada por la consideración de él al consultarla—. Por supuesto que pueden seguir haciéndolo, yo me meteré en mi habitación y no los molestaré.

—Ni hablar —negó al instante, muy serio—. Nada de eso. Repito: esta es tu casa, ahora. Puedes participar, observar, ver la tele o lo que quieras. No voy a permitir que te recluyas, ¿de acuerdo? Mis amigos son unos brutos pero buena gente y espero que te caigan bien —alegó, otra vez risueño. Se alejó un paso, tiró de su mano, enredó los dedos con los de ella, y dijo, con un entusiasmo tan contagioso que Ivy sonrió divertida—: Ven, te enseñaré la casa.

Leandro la condujo, sin soltarla en ningún momento, por el jardín, por la

segunda planta, excepto una de las habitaciones, y también por el sótano enseñándole dónde estaban los cuadros de mandos del agua y de la luz, el cuarto de las herramientas y la galería con la lavadora y la secadora.

Al terminar la acompañó a la mesa.

—Siéntate mientras termino de preparar la cena. Puedes ver la tele mientras si quieres —indicó, cogiendo el mando a distancia y encendiendo el televisor. La imagen de Nicolás Cage inundó la pantalla en un primer plano de la película «City of Angels» mientras él ultimaba la comida, pero ella se levantó al instante, presurosa.

—Yo pondré la mesa. ¿Dónde están los cubiertos? —inquirió, incapaz de permanecer sentada mientras él la servía.

Leandro se volvió con el ceño fruncido, al oírla tras él.

—No hace falta que... —empezó, pero ella lo interrumpió.

—Tengo que aprender dónde está todo si esta es ahora mi casa, ¿no? —replicó con aplastante lógica, a lo que Leandro cabeceó, afirmativo. Le señaló con un ademán de la cabeza los cajones donde estaba todo y la contempló, complacido, mientras Ivy disponía la mesa con diligencia. Se sonrió interiormente. Admiraba el temple decidido de esa mujer, y era indudable que esa iba a ser una magnífica cesión. Estaba deseando conocer todas las facetas de una sumisa que prometía un carácter fuerte. Sin dejar de observarla, cada vez con más agrado al ver que ella se manejaba con pericia y disponía la mesa con elegante cuidado, sirvió el pescado al horno aderezado con salsa de aguacate y unas hojas de perejil, que había preparado antes de que ella y Hans llegaran, en sendos platos.

Compartieron la botella de vino y dieron buena cuenta del pescado al tiempo que desde el televisor les llegaba de fondo el murmullo de la película, ya que Ivy había bajado el volumen para que pudieran charlar con comodidad.

—¡Delicioso! —alabó Ivy, extasiada por el sabor delicado, al probar el primer bocado. Ella seguía sin ser muy manitas en la cocina y siempre admiraba a cualquiera que supiera desenvolverse en ella sin servir, al final, algo carbonizado.

—Gracias, me alegra poder conquistarte por el estómago —bromeó Leandro, con un guiño provocativo.

La faz femenina se ruborizó, pero Ivy le sostuvo la mirada y el cuerpo de Leandro se sacudió, seducido por esos iris límpidos. Ella no se arredraba, ¡magnífico! Lo apasionaban los retos e Ivy lo era.

Ivy siguió comiendo en silencio, pero una parte de su mente seguía dándole vueltas a la marcha de Hans —tan súbita y misteriosa y que por mucho que intentó sonsacarlo no pudo averiguar nada más que era por trabajo—. Continuaba inquieta y se preguntaba si Leandro sabría el motivo. Lo observaba a hurtadillas, mientras decidía si preguntarle sobre ello, cuando él habló:

—¿Qué ronda tu cabecita, Ivy? Me parece oír los engranajes girar, tan concentrada estás —bromeó con una mirada que parecía invitarla a soltar lo que pensaba.

Ivy levantó los ojos del plato y las mejillas se le encendieron. ¡Otro que sabía leer la mente! Resopló algo fastidiada de ser tan buena de interpretar y encogió los hombros. Si iban a convivir una larga temporada era mejor iniciar la relación con una buena comunicación.

—Me preocupa la marcha de Hans —respondió, honesta—. Él ya se ha ido por largas temporadas, sus empresas alrededor del mundo requieren su presencia y estoy acostumbrada a...

—¿Pero? —la animó Leandro.

Ivy arqueó las cejas, sorprendida. ¿No iba a poder ocultarle nada tampoco a él? ¡Dios bendito! Ni que fuera un libro abierto.

—Pero esta vez es tan diferente —admitió—. Para empezar me deja con usted, y luego está la cuestión de no poder comunicarme con él ni por móvil, ni por mail... ¡Nada! —exclamó, exasperada. Aunque en el fondo sabía que no estaba enfadada: era miedo. El desamparo la cercaba y se le había muy difícil afrontarlo. Ya era una mujer adulta, no debería sentir ese abandono, que no era tal, por parte de Hans. Pero, no sabía por qué, los terribles recuerdos de la desaparición de sus padres le implementaban la sensación de que no volvería a ver a su antiguo tutor y el corazón se le congelaba de aprensión.

Leandro la observaba con atención y, aunque no la conocía todavía muy bien, pudo intuir gran parte de lo que pensaba. Se levantó y se acercó a ella.

—No te preocupes, Ivy. Hans regresará, ya lo verás. Y mientras me aseguraré de que todo vaya bien, ¿de acuerdo?

—¿Usted no sabe adónde ha ido? —inquirió, mirándolo con los ojos muy abiertos—. Quiero decir... ¿qué pasa si ocurre algo? ¿Cómo podremos ponernos en contacto con él?

Leandro esbozó una sonrisa torcida y se agachó a su lado.

—No va a pasar nada, Ivy. Aleja ya esos temores; quiero que tu estancia

aquí sea lo más feliz posible y no estaré tranquilo si sé que estás preocupada —indicó con un alzamiento de cejas. Verla tan insegura le producía un sentimiento de ternura y un inesperado deseo de protegerla nació en su pecho.

Ivy desvió la vista. ¡Dios! Se estaba comportando como una cría. ¿Qué pensaría él? Quizá se estaba arrepintiendo de haber aceptado la cesión. Pensó en Hans, en el estupor en su rostro si la viera y meneó la cabeza. Se había dejado llevar, pero ya no más. Cuadró los hombros e irguió la barbilla. Volteó de nuevo los ojos hacia Leandro y esbozó una sonrisa.

—Sí, claro. Disculpe. No se preocupe, solo ha sido un momento de flaqueza que no volverá a ocurrir...

Leandro negó con la cabeza, con una expresión muy seria.

—No, Ivy. No es eso lo que quiero. Quiero que me lo cuentes todo: lo que sientes, lo que temes, lo que piensas. Sé que esto es muy diferente y te llevará su tiempo acostumbrarte, pero yo estoy aquí, ¿de acuerdo? Quiero que cuentes conmigo —alegó, sin asomo del humor que siempre brillaba en sus pupilas.

Ivy asintió, ahora impresionada por la confianza que él le ofrecía.

—Bien, y ahora come, que se te va a enfriar —indicó con un guiño de simpatía. Se levantó y volvió a su silla, sin dejar de observarla por si había disfrazado su sentir con una máscara, pero Ivy pareció relajarse y su rostro no volvió a mostrar esa sombra de temor que lo había descolocado por intenso.

Empezó a bromear y a contarle algunas gestas que había vivido junto a Hans, hacía años, y la cena transcurrió en un ambiente más distendido. Pronto Ivy empezó a reír ante sus ocurrencias, exageradas con esa intención, y rio también satisfecho como un papagayo por provocar las risas femeninas.

Se interesó luego por los estudios de Ivy y también le habló sobre su trabajo. Aunque durante todo el tiempo no perdió detalle del constante movimiento de las manos femeninas cuando ella explicaba algo, de la forma que tenía de posar los sensuales labios en el borde de la copa de cristal, y observaba con intensidad el lento recorrido que hacía el vino por la garganta de alabastro con un anhelo secreto por reseguirlo con la lengua.

Ivy, por su parte, quedó sorprendida al conocer a qué se dedicaba él con la empresa que había fundado hacía ocho años: daba apoyo logístico a las ONG y a los gobiernos que acudían allí donde más se precisaba su ayuda. Admirada de la pasión que destilaba cuando describía el esfuerzo y el empeño de sus empleados en hacer llegar, lo más rápido posible, las ayudas humanitarias a los lugares asolados por las desgracias tanto producidas por la

acción humana como por catástrofes naturales.

Al fin Leandro consultó el reloj de muñeca y frunció el ceño. ¿Tan rápido había pasado el tiempo?

Contempló a Ivy durante unos segundos mientras ella colocaba los cubiertos en el plato vacío y bebía el último sorbo de vino. Meneó la cabeza. Era un placer observarla. Cada movimiento de sus largas pestañas, de la danza que parecía iniciar el cabello cuando ella movía la cabeza, del brillo de sus ojos.

Cuando Ivy depositó la copa en la mesa, se obligó a levantarse. Si seguía mirándola no podría evitar fijarse en sus labios y había sorteado con tesón detener más allá de un segundo la mirada en ellos durante toda la noche, porque el deseo de besarla estaba ahí, agazapado, tórrido. Sabía que tenerla cerca era una tentación demasiado grande y se había prometido darle tiempo para que se acostumbrara a él antes de apropiarse de ella como deseaba hacer, con desesperación, desde que Ivy accedió a la cesión. Así que cogió los platos y los llevó a la cocina para dejarlos en el lavavajillas.

Ivy se levantó también, y lo siguió con las copas y la cesta del pan.

Terminaron de recoger entre los dos, como un equipo bien avenido. Leandro depositó el último plato en la rejilla, cerró el lavavajillas y se volvió hacia ella, con pesar.

—Tengo que irme ya. ¿Seguro que estarás bien? —inquirió con dulzura, mientras se ponía la chaqueta. La miró a los ojos en busca de alguna señal de inquietud por la marcha de Hans, como había ocurrido antes en la mesa, pero esta vez no percibió nada.

Ivy esbozó media sonrisa, cautivada por la sincera preocupación que percibía en él.

—Sí, no se preocupe —respondió, con un nudo en el estómago. Leandro había sido muy atento con ella, ver que ahora se interesaba por su bienestar le provocaba una ternura que la hacía sonreír como una tonta.

La fosca mirada de él descendió sin que pudiera remediarlo hasta sus labios, las pupilas negras como boca de lobo se dilataron y una luz se encendió en el fondo. La canción «Iris» de Goo Goo Dolls sonaba ahora con fuerza en los altavoces del televisor y Leandro se perdió en la contemplación de su boca mientras la letra que reflejaba su sentir asaeteaba su mente.

—¿Estás más tranquila con lo de Hans? —interrogó, en un intento de recuperar el control.

Ivy se humedeció el labio inferior al oír el nombre de su Dueño, retiró la

vista intranquila, y cabeceó sin voz.

—¡Dios santo, gatita! —soltó en ese momento Leandro, enervado por el gesto femenino. Había conseguido comportarse como un caballero durante toda la tarde y la cena, aunque no había podido dejar de devorarla con la mirada en todo el tiempo. Ivy provocaba en él una respuesta física contundente que le hacía arder la sangre. Había intentado contenerse, pero estaba a un paso de sucumbir. Se adelantó hasta casi pegarse a ella, abarcó la barbilla y la delicada línea de la mandíbula con la palma de la mano mientras acariciaba la mejilla con el pulgar, delicado—. Si no quieres estar sola hoy en una casa extraña, puedo quedarme a pasar la noche. Dormiré en el cuarto de invitados —declaró para que ella no pensara que quería proparse. Le preocupaba en verdad que estuviera pensando en Hans y no quería que sufriera, sola, en una casa extraña.

Ivy se perdió en esa mirada caliente, estremecida. Leandro estaba tan cerca de ella que podía sentir su aliento en los labios. Tragó el nudo que le atascaba la garganta y que tenía que ver con la marcha de Hans, pero también con la ardiente cercanía de ese hombre tan sensual, y entreabrió la boca. La canción que sonaba invadía sus oídos, como si fuera la melodía que cantaba su propio ser en ese instante.

—No, no hace falta, de verdad —aseguró con convicción—. Nunca me ha importado estar sola —afirmó, sincera, hechizada por las curvadas y negras pestañas que ribeteaban los ojos fijos en ella, de tal manera, que si Leandro no se alejaba sus rodillas, en pocos segundos, se convertirían en gelatina y las piernas dejarían de sostenerla.

—La finca es muy segura, tiene alarma de seguridad y la urbanización está protegida por una compañía privada —informó él. Sabía que tenía que alejarse, pero era como si estuviera anclado a ella y no pudiera separarse—. Un par de agentes hacen su ronda en un coche, cada cierto tiempo, durante las veinticuatro horas del día para asegurarse de que todo está en orden, así que puedes estar tranquila en ese sentido—indicó con la voz enronquecida. Se lo estaban llevando los demonios por el ansia de inclinarse sobre ella y apoderarse de esos labios entreabiertos, pero se refrenaba con tesón.

—G... Ge... nial —farfulló Ivy sin poder evitar agitarse al oír el bronco tono masculino.

—Será mejor que me vaya —alegó Leandro, a punto de perder el poco autocontrol que le quedaba. Se apartó de ella con rapidez, con la piel en llamas, y se dirigió hacia la puerta—. Mañana por la mañana te llamaré, ¿de

acuerdo? Y tú puedes llamarme a cualquier hora, para lo que sea, ¿entendido?
—repitió.

—Sí, sí, claro. —respondió mientras se apoyaba en la isleta, debilitada —. Aquí... estaré. —Era tan apuesto y electrizante que no lograba permanecer tranquila en su presencia. La asediaban sensaciones constantes: la preocupación por Hans, el conocido desamparo, al mismo tiempo que un acuciante anhelo ardoroso la acechaba, y no conseguía serenarse, con el corazón acelerado y el cuerpo en tensión. ¡Madre del amor hermoso! No había duda: deseaba a Leandro. ¡Lo deseaba! Se congratuló interiormente al comprender que Hans la conocía a la perfección y que había querido provocar ese deseo por parte de ella, para que se sintiera tan a gusto con Leandro que olvidara que él no estaba. Exhaló un leve suspiro de agradecimiento y por fin el desamparo cedió, al sentir que Hans seguía pendiente de ella.

—Tienes mis números anotados, ¿verdad? —inquirió Leandro ya con la mano en el pomo, se volvió como si le costara marcharse y sustraerse al hechizo que ella extendía sobre él, sin saberlo.

—Sí, en mi agenda y en mi móvil.

—Bien, entonces... Hasta mañana, gatita. —La miró una última vez preguntándose qué pasaría si se lanzaba sobre ella como era su deseo. Hans le había dicho que sería su Amo por completo durante todo el tiempo que él estuviera fuera, así que lo único que lo detenía era la promesa que se había hecho a sí mismo y que no pensaba romper hasta estar seguro de que ella se sentía cómoda en su presencia y, sobre todo, lo deseaba en igual medida. Si algo había comprendido esa noche era que no soportaría que Ivy se le entregara solo por obediencia a Hans. Quería, anhelaba, que ella sintiera hacia él la misma pasión que lo corroía en ese mismo instante.

Unos días antes Hans lo citó en su piso de la Castellana y le entregó un contrato para que lo firmara. Era un acuerdo entre caballeros, entre Dominantes, y Leandro lo rubricó con seguridad. Hans era su amigo y él jamás pensaría en faltarle al respeto con su sumisa. Y ahora se debatía entre el ardoroso deseo que le constreñía los genitales y el saber que ella necesitaba aclimatarse, recién despedida de Hans. No podía considerarse un Dominante en sus cabales si no era capaz de contenerse por el bien de ella, así que cabeceó, esbozó una sonrisa torcida llena de anhelo y abrió la puerta.

—Buenas noches —deseó Ivy antes de que él desapareciese.

Los oídos de Leandro se llenaron con esa dulce despedida y aquella

noche no pudo pegar ojo al no dejar de recordarla con el vestido de punto blanco y con el cinturón negro que le envolvía las caderas como él desearía hacer con sus propias manos.

2

Campamento de entrenamiento de la FGNE², Cartagena. Octubre, 2017

—¡Vamos, vamos, vamos!

La agobiante orden repetitiva espoleaba al equipo de la OpE a ir más rápido, a escalar más veloz, a correr más ágil bajo la lluvia, en esa noche tormentosa. La unidad al completo, con Dannielle a la cabeza, llevaban entrenando en ese campamento de la Estación Naval de Algameca desde que habían llegado y todavía les quedaban varios meses más para finalizar el entrenamiento, de medio año, que la Otan les había ofrecido para que pudieran llevar a cabo misiones en tierra hostil.

—¡Vamos, chicos de ciudad! —espoleó el comandante Pérez, un hombre de treinta y ocho años, de un metro noventa y cinco de estatura y ochenta kilos de puro músculo, con ese apelativo destinado a todos ellos. Tendía a exigirles más a los hombres del equipo, pero no por favoritismo o compasión, sino porque en realidad Dannielle, Lotte y Aroa se esforzaban al máximo cada día y los hombres, excepto Hans, no hacían sino protestar—. He visto tortugas que se movían más rápido que vosotros —bramó en medio del temporal bajo la gorra que lo protegía de la lluvia. Él portaba una amplia y larga lona que lo cubría del viento y del agua, pero el equipo estaba calado hasta los huesos bajo el uniforme negro de trabajo con el que los habían equipado nada más llegar.

Esa noche una fuerte tormenta había estallado sobre ellos nada más salir del barracón hacia el campo de entrenamiento —en una de esas prácticas intempestivas con las que el comandante solía acicatearlos cuando menos se lo esperaban—, donde franqueaban vallas de tres metros de altura, se arrastraban por debajo de alambradas, saltaban entre neumáticos, subían una escalera hasta un puente de cuerdas que tenían que atravesar sin caerse, y si caían, debían volver a empezar todo el recorrido.

En ese momento se estaban arrastrando por debajo de las alambradas con las que, si no iban con cuidado, quedaban enganchados y luego era muy difícil liberarse sin ayuda mientras un energúmeno de casi dos metros no hacía sino exhortarles a espabilar, como si fueran unos inútiles de tres al cuarto. En más de una ocasión Erik, el más temperamental, había entrado en cólera y Dannielle tuvo que atemperar los ánimos y encararse con su subordinado para que reinara la paz en el campamento.

Todos avanzaban casi sin ver nada ya que el agua que caía se les metía en los ojos y el barro parecía saltar del suelo hacia sus rostros. Hans resoplaba y sacudía la cabeza para despejar sus párpados cada cierto tiempo y daba gracias por haber tenido la idea de raparse la cabeza como un auténtico militar —ahora parecía Kurt Russell en la película «Stargate», le decía Danielle en broma—. Se desplazaba con los codos hacia delante, movía el izquierdo y luego la rodilla derecha y así alternaba, concentrado, por debajo de la alambrada.

—¡Joder! —renegó Erik en ese momento al engancharse en uno de los pinchos de la alambrada por querer evitar tener que meter la cabeza en un charco lleno de barro y otras inmundicias. Al ser el más corpulento con sus dos metros de altura, era el que más dificultades tenía a la hora de arrastrarse por ese terreno. Se revolvió furioso y eso complicó aún más la situación. Lotte, en un carril cercano al de su compañero, sacó la mano por encima de la alambrada y tiró del alambre para desenganchar la ropa.

Portaban una linterna portátil frontal para ver por dónde iban, aunque los fuertes rayos y relámpagos iluminaban el terreno de forma constante.

—¡Estate quieto! —imprecó ella, en un susurro.

—¡Esto es una mierda, joder! —gritó Erik, pero se quedó quieto y Lotte pudo desengancharlo.

—Arrástrate; si no, no podrás cruzar —instó su compañera, con el agua goteando por su rostro.

—¡Estoy harto! —bramó—. Soy policía, no un maldito SEAL adicto a la adrenalina, ¡joder! —maldijo otra vez antes de arrastrarse y meter la cabeza en el charco para pasar esa zona. Emergió escupiendo y se preparó para soltar otra retahíla de insultos.

—¡Arrástrate y sigue adelante, maldito sueco de pacotilla! ¡No te he traído aquí para que te comportes como un puto crío! Que tus antepasados eran vikingos, ¡cojones! —vociferó Danielle, unos carriles más allá, sulfurada.

Erik cerró la boca al instante, se tragó los improperios que le quemaban las cuerdas vocales, rojo como un tomate, aunque nadie podía verlo y avanzó sin rechistar.

—Me ha quitado las palabras de la boca, señora —alabó Pérez. Cogió el silbato que pendía en su pecho y sopló con fuerza tres veces. El equipo, menos Lotte que era la más lenta, había finalizado el recorrido y ahora tocaba pasar las ruedas de neumáticos para llegar a la valla de tres metros—. Muy

bien, señoras y señores: ¡A saltar! ¡Hip, hip, hip!

Hans se lanzó el primero, jadeante, seguido de Ibrahim. No eran las condiciones idóneas con ese temporal, pero tenía que reconocer que estaba disfrutando ante las duras exigencias físicas del agotador entrenamiento. Por un lado estimulaban su orgullo y por otro le mantenía la mente tan ocupada que apenas podía pensar en Ivy pues la añoraba con cada aliento, muchísimo más de lo que nunca se imaginó.

Los primeros días no podía dejar de evocarla en cualquier situación que hubieran vivido juntos: sonriente al ver una de sus series preferidas, concentrada jugando al ajedrez, carcajeándose de uno de sus chistes malos, con el rostro ruborizado por el placer —ese en concreto lo ponía cardíaco—, dormida a su lado...

Y no lo entendía.

No era la primera vez que se separaba de ella, pero parecía que no iba a regresar jamás de tanto que la necesitaba. Se auto disciplinó con férrea voluntad para controlar sus emociones. A medida que se acumulaban los días de dura instrucción, acababa tan extenuado por las noches que se dormía nada más apoyar la cabeza en la almohada, y lo agradecía con fervor, porque sabía que si no conseguía controlar sus emociones no podría concentrarse como debía en la misión.

Los primeros días, para el equipo, habían sido una toma de contacto con el campamento y con los mandos. Los que, con el comandante Pérez a la cabeza, les explicaron en qué consistirían los entrenamientos y qué se esperaba de ellos.

—Deben tener claro que esto es voluntario, pero que si alguna vez quieren dejarlo, rendirse o pedir tiempo muerto luego no podrán volver — enfatizó Pérez con una elocuente mirada de advertencia, y añadió, para dejarlo cristalino—: Se les dará transporte hasta sus casas y no tendrán otra oportunidad.

El equipo intercambió miradas de escepticismo ante lo que consideraron arrogancia militar, con la firme convicción de que eso jamás ocurriría. Pero para su sorpresa, durante las primeras semanas, algunos de ellos sintieron la tentación de abandonar ante la dureza y el agotamiento que experimentaron. Aunque se guardaron mucho de decirlo en voz alta, y prosiguieron, deseando no defraudar a Danielle: la que más se esforzaba.

Y a medida que pasaban los meses se recrudeció el atroz adiestramiento.

Hans enterró el recuerdo que lo perseguía de forma constante, de la expresión desolada de Ivy cuando se marchó de su lado, en lo más profundo de su corazón, y se concentró, con implacable fuerza de voluntad, en todo lo que les enseñaban. Y al concluir la instrucción del día acababa tan exhausto que ni soñaba siquiera.

La tormenta empeoraba sobre ellos y el viento empezaba a ser casi huracanado; la lluvia los azotaba sin piedad y apenas veían a un palmo de sus narices. Pérez los contempló mientras se preguntaba si debería llevarlos de vuelta al barracón para que pudieran descansar, sobre todo por las mujeres, pero se negó a dejarse llevar por ese sentimiento a unas civiles.

Al llegar a la valla, Danielle, Grayson, Aroa y Hans la escalaron sin dificultad, pero Lotte, la última en llegar, resbaló por la cuerda mojada, que pendía para que pudieran agarrarse con las manos mientras subían con los pies, en todos los intentos. Erik, encaramado en lo alto de la valla, la animaba:

—¡Vamos, Lotte! Tú puedes, vamos.

Lotte resoplaba y volvía a intentarlo, pero no conseguía agarre y perdía fuerzas.

—¿Quiere rendirse, cadete? —tentó Pérez, con la designación que usaba para dirigirse a ellos, ya que eran tratados como verdaderos soldados—. ¡Vamos, suba de una puta vez! —exhortó junto a ella, implacable.

Erik renegó un improperio y volvió a saltar abajo.

—¡Maldito cabrón! Está agotada, ¿que no lo ve? —escupió, encarado hacia el comandante.

—¿Y qué piensa hacer, cadete? ¿Va a dejar a su compañera atrás? —replicó Pérez casi con la nariz pegada a la de Erik, sin retroceder un ápice.

Erik se limpió el agua que le impedía ver al comandante y se volvió hacia Lotte, que volvía a intentarlo, tenaz.

—Por supuesto que no —contestó. Se acercó a ella y se inclinó hacia abajo—. Vamos, apoya el pie —indicó con las manos unidas. Lotte lo miró, indecisa y exhortó—: ¡No lo pienses y hazlo! ¡Vamos!

Ella asintió y depositó la bota, sucia de barro, sobre las grandes manos unidas de Erik.

—A la de tres. ¡Una, dos y... tres! —gritó él.

Lotte saltó hacia arriba mientras él empujaba su pie, ella consiguió encumbrarse hasta sujetarse al extremo superior de la valla y ascendió hasta

pasar los pies al otro lado. Erik no miró al comandante, en cambio cogió la cuerda y volvió a escalar la valla.

—¡Cadetes! —gritó Pérez al otro lado hacia Hans, Dannielle, Grayson, Ibrahim y Aroa, que se dirigían hacia la plataforma elevada entre los puentes de cuerda al ver que Lotte había cruzado por fin—. ¡Vuelvan aquí!

Agotados, regresaron y se reunieron con Lotte y Erik, de pie junto al comandante, bajo la lluvia.

—Bien, cadetes. Hoy han actuado como un equipo. Su líder —señaló a Dannielle con un ademán de la cabeza—, ha espoleado al miembro más débil y este ha obedecido, es más no ha permitido que una compañera quedase atrás —reveló, con satisfacción—. Nunca lo olviden: la manera de ganar no es finalizar el circuito a toda costa. La forma es: ¡Hacerlo juntos! —vociferó. Se llevó el silbato a la boca, emitió un fuerte pitazo y gritó—: ¡Retírense!

Diciembre, 2017

Dannielle salió del recinto de disparo, con la respiración acelerada, pero con los ojos brillantes y una sonrisa satisfecha.

—¡Bien hecho! —alabó Pérez—. Un minuto diez, ha batido su propio récord, señora —informó con un admirativo alzamiento de cejas. Esa pelirroja era toda una fuerza de combate, menos mal que no era una de sus cadetes o se vería en serias dificultades para no echarle los tejos ya que la confraternización entre diferentes rangos era algo que las normas navales prohibían. Pero al ser ella una civil tenía esperanzas de pedirle una cita cuando se terminara el entrenamiento, aunque mientras se comportaba con total corrección y mantenía las distancias.

Dannielle cabeceó, pero sin separar los labios, al tiempo que descargaba la Bereta-92, semiautomática, la desmontaba y la dejaba sobre el tablero.

—Gracias, señora. Señor Grayson: su turno —anunció el comandante, anotó el tiempo de Dannielle en la tablet, y le señaló la Glock-19 al inglés—. Su arma.

—¡Genial, jefa! —ensalzó Grayson mientras se preparaba para entrar él mismo en el circuito que tenían que recorrer para ir disparando a los posibles objetivos que se les iban presentando, con tan solo unos segundos para decidir si eran enemigos o civiles antes de disparar. Cogió la Glock y la montó, por último agarró el cargador y lo introdujo en la ranura, de la parte de abajo del mango, con un golpe seco de la palma abierta. Se posicionó en la puerta y Pérez levantó el cronómetro.

—¿Listo? —preguntó el comandante. Grayson asintió con el rostro serio y concentrado, con el arma entre las dos manos y apuntando hacia abajo. El militar se preparó y contó—: En tres, dos, uno... ¡ya!

Grayson entró y de inmediato se empezaron a oír los certeros disparos.

En esa parte del entrenamiento les estaban enseñando el uso y mantenimiento de diferentes pistolas automáticas y de los modernos tasers¹³.

Hans e Ibrahim ya habían terminado su ronda y ahora limpiaban las armas.

El adiestramiento se iba endureciendo a medida que sus cuerpos se acostumbraban a la rigurosa disciplina. Un *sensei* japonés también les impartía clases de artes marciales tradicionales o *gendai budō*, como defensa personal. Esa misma mañana habían asistido a las clases con el implacable Hiro Hamada, cuyas enseñanzas los dejaban aturridos por el nivel de concentración que requería de ellos el propio *sensei*.

Erik había aprendido la lección y ya no se quejaba; aguantaba con estoica gravedad los duros entrenamientos y al final, cuando empezó a ver resultados en sí mismo, en su cuerpo y en sus capacidades de respuesta, fue el primero en ofrecerse voluntario para lo que fuera, tanto lo maravillaron los efectos. Entonces empezó a comprender que los estaban preparando para sobrevivir y se convirtió en un cadete modelo, para alegría de Danielle y contento de sus compañeros.

—Bien, cadete. Un minuto, cuarenta y cinco. Fallo en el séptimo objetivo: ha matado usted a una civil con una escoba —anunció Pérez, cuando Grayson salió.

Este renegó un improperio, descontento, y se dirigió hacia el tablero para descargar el arma y desmontarla, jadeante.

—Señora Lotte, su turno —indicó el comandante—. La Walther P99.

Lotte se preparó y avanzó a la posición.

Uno tras otro finalizaron el entrenamiento, por ese día, y cada uno regresó al barracón donde unos se tiraron sobre los catres, otros acudieron a las duchas y los demás al comedor.

Las estrechas literas les habían parecido duras e incómodas como tablas llenas de pinchos, al principio, pero ahora las adoraban cuando por fin terminaban las agotadoras jornadas y podían tirarse sobre ellas como fardos.

Hans salió de la ducha con una pequeña toalla alrededor de la estrecha cintura y se dirigió a su taquilla, un estrecho armario junto a su litera. La

abrió para coger unos bóxers y su mirada tropezó con la pequeña bolsa donde guardaba la documentación y lo poco que había podido llevar a la misión, donde tenía unas fotografías de Ivy. Contempló la bolsa negra con anhelo, luchando contra el fuerte deseo por abrirla que lo atravesó, para poder contemplarlas. Llevaba más de dos meses sin verla y todo su ser sentía su ausencia, como si le hubieran amputado una parte de sí mismo. Era tal la necesidad de volver a verla, de tocarla, de sentirla que a veces no sabía cómo podría soportarlo. Incapaz de resistirse alargó la mano, abrió la bolsa y sacó una de las instantáneas de Ivy: de pie con el diminuto bikini blanco, sonriente, en la cubierta de la goleta. Hans había quedado tan prendado de él en las vacaciones en Mallorca, que cuando iniciaron la relación le pidió que se lo pusiera, otra vez, un día que estaban navegando, para resarcirse del deseo que experimentó ese día y al que no pudo darle salida.

Devoró cada centímetro de ese cuerpo, con los ojos fijos en la fotografía, y del sonriente rostro de Ivy, con hambre nacida de la carestía. Esa chiquilla se había apoderado de su ser. Estaba empezando a comprender que lo que sentía por ella no era solo pasión o deseo de dominarla, era algo mucho más profundo, mucho más intenso y que había arraigado tan adentro que ya no había forma de recordar cómo se sentía antes de ella. Con un suspiro de pesar y añoranza, metió otra vez el retrato en la funda donde la guardaba, con reverencia, y cerró la bolsa de forma firme. Había aceptado embarcarse en esa misión para saber qué era lo que de verdad sentía con respecto a Ivy y desde luego que lo estaba averiguando. Cerró la taquilla, dejó caer la toalla, se puso los bóxers, y se tumbó en el catre, sin saber si podría conciliar el sueño esa noche.

Febrero, 2018

Hans se agachó junto a las raíces de un árbol y consultó el mapa una vez más con las gafas de infrarrojos, ya que era de noche todavía, aunque no tardaría en amanecer. ¡Demonios! ¿Se habría equivocado? Guardó el pliego plastificado en el bolsillo del chaleco, se agachó y retrocedió, a ras de suelo, a la posición anterior. Llevaba el uniforme de camuflaje y procuraba confundirse con el entorno. Sus movimientos eran medidos, no desperdiciaba energía. Sacó los prismáticos de infrarrojos y oteó a unos metros a su izquierda.

Se hallaba en medio de un territorio de entrenamiento militar. Él y su equipo tenían que tomar por asalto el cuartel general del equipo de infantería:

los «enemigos» de la OpE, establecido en un punto en concreto del extenso territorio de bosques, un pantano y una serie de lomas y colinas.

El comandante Pérez, también del equipo «enemigo», lo supervisaba todo desde algún punto en el mismo territorio.

Le pareció ver un movimiento un poco más arriba y prestó atención, pero no volvió a descubrir nada y agachó la cabeza detrás del tronco mientras sopesaba sus alternativas. Él era la avanzadilla del equipo formado por Lotte, Erik y él mismo. Se habían separado para cubrir más terreno, pero según el mapa debería estar a los pies de una loma en el pantano y en vez de eso estaba en medio de un tupido grupo de encinas que no estaban señaladas en el mapa.

Renegó un improperio y se pegó con la espalda en el tronco caído, tras el que se había refugiado, para atisbar más arriba del terreno. Algo se le estaba escapando. ¿Les habrían dado adrede unos mapas falsos? No creía que fuera tan torpe como para no poder leer un mapa y situarse con una brújula, ¡era marino, por el amor de Dios! Entonces rememoró el movimiento que antes vislumbrara y frunció el ceño. Apostaría el corazón, lleno de nostalgia por Ivy, a que no lo había imaginado y se arriesgó a echar un nuevo vistazo, con cuidado de no delatar su posición. Y sí, ahí estaba de nuevo, un resplandor algo más arriba como si estuviera en alto, como si... En ese momento alzó la mirada, encima suyo, y el asombro lo hizo agrandar los ojos. Había un observa alto, y él estaba justo debajo. ¡Diantres! ¿Pérez había establecido su punto de supervisión en las gruesas ramas de esas encinas centenarias? Y lo que había visto antes debía ser el vigía, en un puesto de observación. Era evidente que los militares habían querido engañarlos, el mapa era erróneo o contenía algunas trampas para ver si eran capaces de advertirlas. Desde esa posición no podía hablar por radio, se delataría y tenía que avisar al resto de su equipo y a los demás. Con extrema cautela se arrastró unos cientos de metros por el suelo, hacia atrás, luego se dio la vuelta y avanzó hasta una revuelta desde la que se divisaba el río. Descendió hasta el agua y siguió hacia una pequeña cascada que entorpecería las escuchas que pudiera haber.

—Gato a Sirena. Gato a Sirena, ¿me recibes? —susurró. Apretaba el botón del *walkie-talkie* prendido a su chaleco y hablaba por el micro que tenía en la mejilla sujeto a la oreja y con un receptor en el oído.

—Aquí Sirena —contestó Dannielle en un tono tenso ya que habían acordado que no se comunicarían entre los equipos, pero al ver el canal que utilizaba Hans supo que todos los de la OpE, desperdigados por el solar,

estaban oyéndolo.

—Nuevo emplazamiento, mapa trampa. Nuevas coordenadas en 3-2-5. Objetivo: atrapar al Águila Real.

—Aquí Hurón. ¿Águila Real? ¿Estás seguro, Gato? —se oyó la voz de Ibrahim intervenir, con dureza.

—Sin duda. Nido al descubierto —contestó Hans. Agachado junto a unas rocas, no dejaba de vigilar a su alrededor. Estaban muy cerca de conseguir el objetivo de asaltar el cuartel general, pero es que estaba seguro que además podrían sorprenderlos de tal manera que conseguirían hacer prisionero a Pérez, y su orgullo rebullía de ganas.

Entonces oyó un ruido a su izquierda y enarboló la réplica del arma que disparaba pelotas de PVC de seis milímetros para encañonar al que se le aproximaba, pero oyó el estribillo de la canción ganadora de Eurovisión del año 1968 y abatió el cañón al reconocer a Erik, seguido de Lotte. Sin decir nada ellos se agacharon a su lado y esperaron la contestación por radio.

—Equipo Omega en camino hacia nuevas coordenadas —anunció Grayson, que formaba unidad con Aroa.

—Conforme, equipo Alpha en marcha —respondió Dannielle.

Hans les había convocado en el mismo lugar en el que ahora se hallaba para poder explicarles lo que había visto y el plan que había ideado para poder sorprender a los incautos y expertos soldados. O al menos, eso esperaba, pensaba con la adrenalina fluyendo rauda en sus venas. Reconocía que practicar Airsoft⁴, como una medida de poner en práctica lo aprendido en el campamento, era muy útil y lo estaba disfrutando como un niño. Otra cosa muy diferente sería cuando tuvieran que aplicarlo en la realidad.

Al poco tiempo apareció por el este el equipo de Dannielle y por el oeste el de Grayson.

En pocas palabras Hans les explicó su plan y todos a una sacaron los tasers de sus fundas para ajustarlos en la densidad más baja, pero lo suficientemente efectiva para inmovilizar a un sujeto durante unos minutos. Pretendían asaltar el cuartel sin desvelar sus posiciones con disparos dirigidos a los vigías que sin duda rodeaban el observa alto.

—Nos dijeron que debíamos usar las armas —apuntó Lotte con tranquilidad, mientras comprobaba su taser.

Dannielle e Ibrahim intercambiaron una mirada con Hans y los tres a una asintieron.

—Sí, pero aun así nos dieron los tasers y además, si los mapas son una

trampa, debemos usar todo lo que tenemos a nuestro alcance para lograr el objetivo —replicó Danielle con un brillo exaltado en los ojos verdes.

—¿Y el cuartel general del equipo de infantería? ¿No es en realidad nuestro objetivo? —inquirió Grayson, flemático.

—Si logramos capturar a Pérez, podemos hacer que ordene la retirada y la rendición —alegó Ibrahim, y preguntó—: ¿Alguna duda? —interrogó, mirándolos uno a uno. Todos negaron y asintió—. Bien. ¡A por ellos!

Se desplegaron en silencio y empezaron a rodear el campamento que Hans había descrito. Habían acordado hablar lo menos posible por radio, pero de vez en cuando se oía un chasquido por el receptor, al apretar dos veces el intercomunicador de radio, como una manera de comprobar la transmisión: la señal convenida para indicar que algún vigía había caído.

Hans avanzaba por el mismo recorrido que había cruzado antes, pero sin dejar de observar cada árbol y cada arbusto. Y entonces lo descubrió, un puesto de observación que no había visto antes, a unos dos metros por encima suyo. Un soldado se mantenía quieto contra el tronco de un árbol, sobre una plataforma sin barandilla, de un metro de ancho como mucho. Por suerte estaba mirando hacia su izquierda. Hans se aproximó con cautela, casi a ras de suelo como una serpiente, y al llegar al árbol descubrió unos maderos clavados que servían de agarre para escalar. Dejó el taser colgando de la banda de sujeción en su pecho y escaló tan sigiloso como un gato. Al llegar casi a la plataforma el soldado se giró hacia el otro lado y él se pegó al tronco cual salamandra. Tenía el rostro pintado también y llevaba un gorro negro para ocultar el brillo de su cabello plateado. Al cabo de unos segundos se arriesgó a echar un vistazo y vio al chico que miraba más allá de él, hacia el suelo. Cogió el taser ya que estaba a la distancia óptima para disparo y apretó el gatillo. El chico emitió un quejido con los ojos como platos, se inclinó tieso como una tabla por el borde de la plataforma y empezó a caer. Hans rechinó los dientes, alarmado al ver que el soldado se podía partir la crisma y saltó hacia él para atraparlo en el aire antes de que cayera de cabeza.

Por suerte lo agarró en plena caída, la fuerza de la inercia los desplazó y cayeron sobre un montón de hojarasca que amortiguó el golpe. Hans se levantó dolorido, ya que había caído sobre la espalda con el chico encima. De inmediato comprobó que el muchacho estuviera bien, aparte del doloroso aguijonazo del taser.

—Lo siento, chaval —se disculpó mientras lo maniataba con las esposas de plástico, una medida preventiva ya que el soldado estaría incapacitado al

menos unos diez minutos por el impacto eléctrico y también lo amordazó. Lo cubrió con hojas y avanzó otra vez. Unos metros más allá, ya muy cerca del ocupa alto, algo lo alertó. No sabía lo que era y se detuvo, inquieto. Se agachó junto a un tronó y observó a su alrededor, hacia atrás y a lo alto. Nada, no había nada que supusiera un peligro inmediato así que: ¿qué era lo que le erizaba el cabello de la nuca cada vez más? Entonces se percató. La radio hacía demasiado tiempo que estaba muda. ¡Diantres! Azorado al pensar que pudieran haber cogido al resto del equipo, decidió que tendría que seguir con el plan, se dirigiese hacia una trampa o no.

Avanzó de nuevo, esta vez con muchísima más precaución, aunque por desgracia no le sirvió de nada. Unos metros más allá se vio sorprendido por unos tres montículos de algo que parecían hojas, el completo camuflaje que portaban los francotiradores. De repente estos se irguieron ante él y lo encañonaron con las réplicas de armas reales.

Renegó un improprio. Su mente trazó planes de huida y de ataque, pero ninguno le pareció factible y al final soltó el arma y alzó las manos en rendición, con lentitud.

—Lo siento, señor Camarthen-Rhys Ha sido usted abatido —informó tras él la voz, jactanciosa, del comandante Pérez.

Hans se giró con el rostro crispado, pero un movimiento tras el militar lo hizo agrandar los ojos con estupefacción. En ese momento los tres hombres ataviados con el uniforme extremo de camuflaje cayeron abatidos, tras él, y la voz de Danielle se oyó detrás de Pérez, mucho más ufana todavía.

—Manos arriba, comandante. Ha caído usted prisionero del equipo de la OpE. ¡Ríndase! —ordenó al tiempo que clavaba el cañón del subfusil que llevaba en los riñones de Pérez, un poco más fuerte de lo necesario.

Hans se volvió y vio a Grayson, Ibrahim y Aroa maniatar a los abatidos y sonrió, aliviado.

—¿Cómo...? —inquirió, pasmado.

—Después, Hans —alegó Danielle.

Este asintió y encañonó a Pérez, el cual no parecía muy dispuesto a rendirse y los miraba, torvo.

—¡Comandante! —exclamó Danielle con dureza—. Yo de usted no lo intentaría —advirtió al adivinar que Pérez se preparaba para contraatacar.

Pérez ladeó el rostro y vio el cañón del taser de ella apuntarle directo a la nuca y agrandó los ojos, alarmado.

—¡Está bien! —capituló a un tiempo enfadado por haber sido apresado y

por otro maravillado por la capacidad de esa pelirroja de sorprenderlo siempre—. Está bien. —Tiró el arma y alzó las manos.

Hans cogió el arma y tendió unas esposas a su jefa para que atara a Pérez.

—Gracias, comandante —agradeció Danielle. Lo maniató y avanzó para encararse a él con una sonrisa perversa—. Ahora diga a sus hombres que se rindan.

—¡Ni de coña! —negó, orgulloso, el soldado. Eran unos simples aficionados, era impensable que se rindiera ante ellos.

—Como quiera —aceptó con un encogimiento de hombros, entonces llamó por radio—. Sirena a Vikingo: ¡adelante!

Y en ese momento, por encima de ellos, estalló el estruendo de un cohete de fuegos artificiales y se vio en el cielo la explosión de un racimo de flores rojas, la señal que declaraba al cuartel general enemigo tomado.

Hans y los demás estallaron en carcajadas al ver la cara estupefacta de Pérez.

Por encima de ellos se oyó la voz de Erik:

—¡Nuestro, jefa! —Llena de alegría.

El comandante abatió la cabeza y la meneó, incrédulo.

—¿Llamará ahora por radio? —inquirió Danielle con una maravillosa ceja depilada, levantada.

Pérez cabeceó y Hans le liberó las muñecas.

—Aquí Águila Real. Comandante prisionero. CG tomado. Equipo OpE ha culminado la misión con éxito. Fin del ejercicio —anunció, desalentado.

Danielle alzó la voz y chilló como una tirolesa, a lo que la siguieron los demás con silbidos y disparos al aire. Erik y Aroa descendieron del ocupa alto y se unieron a ellos en el ruidoso jolgorio. Los demás soldados de infantería también fueron acercándose, sin poder creer que un equipo de aficionados los hubiera vencido en su propio campo.

—¿Cómo demonios, en nombre de la pólvora de todos mis cargadores, lo ha hecho, señora? —preguntó Pérez cuando ya regresaban a la base, atónito, en la parte trasera de un camión militar.

—¡Oh, por favor! Deja ya de llamarme señora, Fran y di mi nombre de una vez —pidió con una sonrisa chispeante que casi tuvo el poder de colorear las mejillas del regio soldado.

—Eh, sí... esto, Danielle —pronunció de una forma tan sensual que incluso ella se vio pillada por sorpresa.

Danielle ladeó el rostro y los ojos verdes le brillaron. Desvió la mirada

de los penetrantes ojos oscuros del comandante, más turbada de lo que estaba dispuesta a admitir, y contestó:

—Pues muy fácil. Nunca me tragué ese cuento del cuartel general en una tienda de campaña en medio del terreno. Hacíais demasiado hincapié en ello, lo repetíais muchas veces. Así que cuando terminaste de darnos las instrucciones y nos enviaste a subir al camión, yo me infiltré en tu despacho. No me fue difícil ver los verdaderos planos y los emplazamientos de todos los soldados. Y una vez en campo abierto, envié a mi equipo a investigar. Sabía que no tardarían en hallar algo raro, como así ha sido, y una vez que Hans nos reveló la auténtica ubicación del ocupa alto, pues... —Entonces se dirigió directa a él y lo miró, contrita—. Lo siento, barón. Te utilicé como cebo para el comandante, mientras los demás rodeábamos el campamento, le hacíamos caer en la trampa, y Erik y Lotte tomaban el ocupa alto.

Hans se echó a reír con una estentórea carcajada, pero luego frunció el ceño.

—Pero, ¿cómo? —inquirió, confuso—. ¿Cuándo les diste las órdenes a los demás?

—Fácil: cuando te marchaste los seguí y les di las nuevas órdenes —reveló, con una mueca exultante.

—Eres la civil más alucinante que he conocido nunca. ¿Seguro que no tienes genes de soldado, Danielle? —preguntó Fran, con los ojos brillantes de sincera admiración y esa voz sensual que dirigía por completo hacia ella.

Danielle no contestó, pero le guiñó un ojo, pícara.

Las carcajadas de todos se oyeron en el camión durante un buen rato mientras el sol salía.

3

Octubre, 2017

Ivy se había levantado temprano y paseaba por la casa de Leandro. Al principio de su estancia había explorado todos los rincones con insaciable curiosidad femenina, acompañada en todo momento por Freddo, aunque se quedó en lo alto de la escalera cuando ella bajó al oscuro sótano y a la bodega de vinos que tenía Leandro.

Hacía ya dos semanas que se había instalado y aunque creía que se le iba a hacer muy raro saber que no podía contactar con Hans, no lo llevaba tan mal como creía. Aunque a veces se descubría cogiendo el móvil para llamarlo y contarle lo que le había ocurrido. Entonces se acordaba y la tristeza la inundaba por unos segundos. Lo añoraba y echaba de menos su risa, su mirar intenso. Pero, después del tiempo transcurrido y de esa debilidad que la asaltó el primer día, ahora sabía que confiaba en su antiguo tutor de tal forma que no dudaba de ninguna manera que volvería a ella, como siempre había hecho.

Además Leandro la llamaba cada mañana, sin falta, para saber cómo había pasado la noche y para charlar con ella de camino al trabajo. Y muchas tardes le comunicaba que iría a cenar, o la pasaba a recoger para ir a tomar un café o un chocolate por ahí.

Se estaban conociendo e Ivy descubría en él a un hombre muy alegre, al que le encantaba disfrutar de la vida. Aunque ya sabía que Leandro la atraía muchísimo y que se sentía cada vez más cómoda, conocerlo le estaba dando una perspectiva más profunda de un hombre que se mostraba ante ella cercano y sencillo, y que la primera impresión que se pudiera tener de él podría dar a equívoco ya que al principio se presentaba como un hombre de una seriedad adusta que podría confundirse con arrogancia. Y nada más lejos de su verdadero carácter cordial y honesto.

También hablaban mucho de BDSM. Leandro, con maestría y diplomacia, conducía las conversaciones hacia los gustos de ella.

—Las ataduras tienen una magia especial, ¿no crees? El ritual de preparar la cuerda adecuada, elegir el color, preparar el ambiente —comentó un día, como de pasada.

Ivy volvió el rostro hacia él y lo escuchó describir la puesta en escena de un shibari, con emocionada atención, pues las cuerdas eran algo que a ella la apasionaban cuando se sentía constreñida entre sus vueltas. Si el dominante

sabía imponer el ritmo adecuado e infringir la fuerza necesaria, su cuerpo segregaba endorfinas y adrenalina al mismo tiempo, cuando normalmente eran sustancias que se producían por separado, lo que provocaba una sensación única y de una intensidad difícil de soportar, pero que creaba adicción.

Leandro capturó su mirada sin dejarla escapar mientras proseguía:

—Hay que crear el ambiente adecuado para proceder a practicar un shibari, para que la experiencia sea tan enriquecedora para el sumiso como para el dominante, ¿no crees?

Ivy cabeceó, sin estar muy segura de su voz. La cadencia del tono masculino era hipnotizadora. En ese momento estaba subyugada por el poder que de él emanaba y que le evocaba escenas tan eróticas que la piel se le erizaba en anticipación.

—Las cuerdas pasan a formar parte del propio dominante y si sabe hacerlo es un verdadero placer manejar ese cuerpo entregado, como en un baile sin fin, lento, seguro, excitante.

Las mejillas de Ivy habían enrojecido hasta parecer que toda la sangre se había agolpado en su rostro y Leandro esbozó una sonrisa lobuna, muy complacido ante una reacción tan espontánea. Sin duda Ivy era una adicta a las cuerdas.

Y ese día dejó muy claro que a él le encantaban las ataduras, en especial el shibari⁵ unido, a veces, al bondage.

Ivy se preguntaba a medida que pasaba el tiempo por qué Leandro no había intentado todavía una aproximación más física, cuando era evidente que la deseaba ya que cada vez que se veían la mirada oscura la taladraba con intensidad. Pero él jamás hacía nada que pudiera incomodarla y le seguía otorgando espacio. Y aunque los primeros días lo agradeció ya que no se sentía ubicada, por mucho que se sintiera atraída por él, ahora deseaba que sucediera algo para aliviar la tensión sexual que se le iba acumulando en el vientre en cada encuentro.

El primer jueves que pasó en la casa acudieron al chalet los amigos de Leandro —sus compañeros del equipo de Korfball⁶— para jugar al póquer, hablar de chorradas o de cómo cambiar el mundo, perder dinero y reír a carcajadas. Antes de que llegaran Ivy preparó algo para picar y llenó la nevera de cervezas del gran surtido que había en la despensa. Se vistió con unos vaqueros de pitillo y una camiseta ancha, de cuello barco que caía de su

hombro constantemente y lo dejaba al descubierto, con el número cinco, en plateado, estampado delante y detrás. Se ató la cabellera en una coleta alta y se pasó una brocha con polvos como único maquillaje, ansiosa por caer bien a los amigos y amigas de Leandro.

Ellos concurren al chalet, como cada semana, aunque esta vez expectantes por conocer a esa misteriosa Ivy de la que Leandro no paraba de hablar. Compañeros desde el instituto, eran ocho amigos a los que a veces se les unía Jaime, que vivía en Barcelona. De la misma edad que él, conformaban un curioso grupo. Óscar era policía nacional, Isa conductora de grúas, Pedro y Carmen bomberos, Julio diseñador de moda, Greta esteticista, Nicolás escultor y Nerea modelo de talla XXL y una acérrima activista en pro de normalizar las tallas en las pasarelas.

Leandro había acudido antes de que llegaran y se apresuró a presentarla en cuanto entraron por la puerta, cargados con cajas de pizzas.

—Ivy, estos son Óscar, Greta, Carmen, Nicolás, Nerea, Isa, Julio y Pedro. Chicos, comportaos: ¿de acuerdo? —advirtió con un brillo de aviso en la mirada oscura. Eran buena gente, pero a veces se dejaban llevar demasiado del humor campechano y no quería que ella se llevara una mala impresión.

—Encantada —saludó Ivy con una amplia sonrisa—. Pasad y poneos cómodos —indicó, adelantándose hacia las cajas de pizzas. Las cogió con desparpajo y las llevó hacia la encimera.

Los cuatro hombres correspondieron al saludo, pero no dijeron nada más y las chicas se dieron codazos entre sí.

—¡Oh, vamos! Dejad de babear —instó Greta, guiñándole un ojo a Ivy con desenvoltura.

Al instante las cuatro amigas se miraron entre ellas, cómplices, se juntaron y exclamaron a la vez en dirección a los chicos, burlonas:

—¡Sois una panda de babeantes y bobos babuinos! —se mofaron con una de las frases de la profesora McGonagall en la una de las películas de Harry Potter.

Pedro, el sevillano, se adentró en la sala y meneó la cabeza sin hacer caso de las tunantas de sus amigas.

—Mira el viejo zorro, «quillo». ¡Menuda suerte! —masculló con el inconfundible acento andaluz—. Señorita, será mejor que se siente con nosotros a jugar o no podremos concentrarnos en las cartas en toda la noche —alegó, sonriente, hacia ella—. ¿Sabe jugar al póquer? Estaré encantado de enseñarla.

—Lo siento, Pedro, pero si no me tuteas pensaré que no te caigo bien —sonrió ella, con un guiño burlón que hizo lanzar una carcajada a Leandro—. Conozco el póquer y si me invitáis a jugar, os advierto que no seré compasiva —bromeó, desafiante, al tiempo que sacaba algunas cervezas de la nevera y empezaba a descorcharlas—. Aunque no entiendo muy bien que un grupo de sanotes amigos españoles jueguen al póker y no al tute, al mus o a la brisca —sonrió, maliciosa, con un guiño cómplice hacia las chicas.

—Ah, esto es culpa del viejo Jaime, el tunante, que hace años nos envició —explicó Óscar, acercándose y sentándose en una banqueta.

—¿Jaime? —inquirió Ivy, confusa, pasándole una servilleta.

—Es otro amigo, pero vive en Barcelona —respondió Leandro desde el fondo.

Ivy esbozó entonces una sonrisa complacida.

—Ah, entonces debo recordar cuando lo conozca que me haya dado la oportunidad de poder ganaros al póker.

Ivy se echó a reír, las chicas la secundaron mientras chocaban las palmas con ella, y Pedro alzó las cejas, entusiasmado. Cabeceó hacia Leandro.

—¡Esto promete!

—El viejo Pedro se entusiasma rápido, Ivy, pero te advierto que no lo tendrás tan fácil —intervino Nicolás, avanzando hacia la encimera para coger una caja de pizza y abrirla sobre la barra. Ivy sacó servilletas y las colocó en un dispensador que dejó junto a la caja—. Aunque por mi parte estoy encantado de tener una nueva participante. Llámame Nico.

La noche transcurrió entre risas y charlas, e Ivy disfrutó mucho de la velada. Conectó enseguida con las chicas y le encantaron los chicos. Conoció un poco más a su anfitrión ya que los compañeros de Leandro aprovecharon para contar anécdotas divertidas sobre él, y todos descubrieron a una dura contrincante a las cartas.

Leandro en cambio permaneció más callado de lo normal, concentrado en observar a Ivy. Las expresiones faciales, la risa espontánea y cantarina que lanzaba cuando alguno de sus amigos soltaba una chorrada, las miradas ilusionadas que de vez en cuando le dirigía. La camiseta resbalaba de forma constante y el hombro femenino quedaba al descubierto, lo que atraía, implacable, su atención, y apenas conseguía sustraerse al deseo de adelantarse y depositar los labios sobre esa piel desnuda para averiguar si era tan embriagadora como imaginaba.

Sobre las doce dio por finalizada la velada, con pesar. Había disfrutado

muchísimo al poder observar cómo se desenvolvía Ivy con sus amigos, cómo no se dejaba amedrentar y cómo contraatacaba con sutileza afilada cuando alguno quería desconcertarla.

Al final empezaron a recoger y a despedirse.

—Ha sido un placer, preciosa. El jueves que viene repetimos, ¿eh? —se despidió Julio, un morenazo de ojos azules que quitaba el hipo a todas las mujeres con las que se cruzaba, ya en la puerta.

—¡No se te ocurra faltar el próximo día! Tengo que tomarme la revancha —alegó Greta, pequeña, rubia y de claros ojos celestes, con un aspecto frágil que ella se encargaba de desmentir en cuanto abría la boca, con una carcajada.

—Aquí estaré —sonrió Ivy con la mano en el pomo de la puerta.

Leandro, el último en salir, se volvió hacia ella desde el porche con una mirada tan ardiente que las rodillas de Ivy entrechocaron ante el calor que la recorrió y se sonrojó, impresionada.

—Buenas noches, gatita —deseó con un tono denso, las palabras cargadas de notas calientes mientras depositaba la mano sobre la de ella en el pomo, en una caricia muda, pero llena de connotaciones eróticas. Sin permitirse alargarlo más cerró tras él; la única forma de poder apartarse de la atracción que desprendía ella. Con el corazón acelerado se subió al BMW, y se marchó entre las despedidas de todos en la explanada frente al chalet, antes de ceder a la tentación de volver a entrar y devorar esos labios que le robaban, cada vez más, el sentido y el sueño por las noches desde que la sabía a su alcance.

Ivy emitió un suspiro de anhelo cuando la puerta se cerró, desilusionada por no haberse atrevido a ponerse de puntillas y robar un beso de esos sensuales labios masculinos. Subió a su habitación con el rostro de Leandro grabado a fuego en la retina y no pudo parar de sonreír en toda la noche.

En el jardín del chalet Ivy se volvió hacia su peludo amigo, con una sonrisa por los recuerdos de los primeros días.

—Vamos Freddo, iremos arriba y me daré un baño, ¿qué te parece? —inquirió hacia el minino. Freddo la ignoró, pero al ver que ella se dirigía hacia la casa, ya que habían estado paseando por el jardín de estilo japonés, la siguió sin dilación. Subieron al dormitorio principal. Al pasar junto a la mesita su vista se detuvo sobre la fotografía de Hans, en el barco, y sonrió, añorada. Se acercó a la imagen y cogió el marco. Se pasó el dedo sobre los

labios y luego tocó la foto, donde estaban los de él, preguntándose dónde estaría, qué estaba haciendo, o si estaría pensando ahora en ella. Muchas noches soñaba que él volvía de improviso y a la mañana siguiente despertaba con un pesar en el corazón. Suspiró y volvió a depositar el marco sobre la mesita. Estar con Leandro era muy estimulante, pero echaba de menos la impactante presencia de su Dueño.

Entró en el baño y preparó la bañera con agua calentita, abundante espuma y con unas gotas de aceite esencial de madreselva. Activó el calentador del baño y abrió las cortinas que tapaban la amplia ventana que había junto a la bañera para contemplar el paisaje mientras se relajaba. Se desnudó y se metió en el agua espumosa con un suspiro de satisfacción.

—Esto es vida, precioso —murmuró casi con un ronroneo. Freddo se había subido al peldaño que rodeaba la amplia bañera y la miraba con extrañeza. Siempre le había causado mucha intriga ver a su ama sumergida por completo en el líquido elemento y aunque como Bosque de Noruega no lo asustaba el agua, tampoco era *fan*.

Al cabo de unos diez minutos el teléfono fijo de la planta de abajo empezó a sonar. Ivy se incorporó en el agua, sabía que sería Leandro, era el único que conocía ese número, pero se encogió de hombros. No llegaría a tiempo de cogerlo. Se secó la mano con la toalla y cogió el móvil que tenía al lado para llamarlo y que no se preocupara, pero entonces se dio cuenta de que se había quedado sin batería. Resopló molesta por no haberse dado cuenta antes. Había estado estudiando toda la mañana, no lo había comprobado en todo el tiempo; y cuando salió al jardín a tomar un poco el aire y estirar las piernas, se olvidó por completo.

El teléfono volvió a sonar y meneó la cabeza. Tendría que salir de la bañera y devolverle la llamada a Leandro. Cogió la esponja y empezó a frotarse con energía. Cuando terminó sacó el tapón y se aclaró el cuerpo. Salió de la bañera y empezó a secarse con una mullida toalla con una sensación placentera en el cuerpo por el reciente baño. Le pareció oír un ruido en el exterior y se quedó quieta, pero no escuchó nada más y siguió secándose. Entonces se envolvió en ella, abrió la puerta y entró en el dormitorio para vestirse.

—¿Ivy?

El estentóreo grito de Leandro en la planta de abajo le puso el corazón en la garganta y se apresuró hacia la puerta para contestar.

—¡Ivy! ¿Dónde estás? —llamó Leandro otra vez, con urgencia, ya mucho

más cerca.

Ella abrió y salió al pasillo, presurosa. Lo descubrió ya en lo alto de la escalera, con el rostro transfigurado por la preocupación. Él la vio también y se detuvo, al tiempo que exhalaba un suspiro de alivio al verla sana y salva, aunque de inmediato su expresión cambió, intensa y fija sobre ella, sobre su cuerpo.

—Lo siento, yo... —empezó a disculparse al verlo tan alterado, pero se interrumpió cuando la mirada oscura se espesó sobre ella e insegura, prosiguió—: Me estaba dando un baño... y me quedé... sin batería... —farfulló, a cada segundo más impactaba. Los ojos masculinos eran dos pozos llenos de oscuras y peligrosas proposiciones.

Leandro no contestó, avanzó un paso impetuoso, pero al instante se obligó a detenerse. Deslizó los ojos sobre ella con pesada lentitud. No perdió detalle de la toalla alrededor del cuerpo de Ivy. De los voluptuosos senos que asomaban por el borde de la misma y de los muslos de alabastro que aparecían por debajo, la tela a ras de cadera, a un suspiro de revelar demasiado y a la vez muy poco según las ideas de Leandro en ese tórrido instante. La piel relucía tersa, todavía algo húmeda y tan apetitosa que ahogó un gruñido y se humedeció los labios en anticipación. El largo cabello lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza en un moño abultado y la garganta quedaba expuesta a su vista, como una provocación para que lo rodeara con las manos.

¡Santo Cristo!

Durante todos esos días había intentado resistirse a la atracción que ella le inducía y que aumentaba cada día al conocerla más, pero esa visión era demasiado para sus sentidos hambrientos. No podía dejar de devorarla con la mirada. Separó las piernas e irguió la cabeza, con la respiración acelerada ya no por la carrera que había emprendido cuando la inquietud lo traspasó, haciéndolo acelerar en la autopista, al comprobar que ella no cogía ni el fijo ni el móvil, sino por la excitación que lo anegaba.

Ivy se humedeció el labio al sentir la mirada tan intensa sobre ella, con una llama tan ardiente en el fondo, que sintió un escalofrío de expectación recorrerle la columna.

—Quítate la toalla, Sapphire —ordenó en voz baja, con incontestable autoridad.

Ivy agrandó los ojos al oír su nombre de sumisa, se ruborizó y el corazón se le desbocó, acelerado, en el pecho. ¡Oh, sí! Leandro destilaba dominación

por los cuatro costados y bajó la mirada al suelo, cautivada. ¡Oh, sí! ¡Por fin! Las manos le temblaron cuando las subió hacia el agarre entre sus senos y soltó la toalla, obediente. Cogió los dos extremos antes de que se soltaran del todo, con lentitud la separó de su cuerpo y la dejó caer al suelo. Permaneció de pie, expectante, desnuda ante él.

Leandro se quedó sin aliento cuando ella acató y al ver el precioso cuerpo desnudo, como tantas veces había imaginado, una descarga de adrenalina le inundó las venas y le explotó en los genitales. Reprimió otro gruñido y la contempló durante unos segundos, deleitado. La sensación de tenerla a su merced y verla sumisa era sublime. Todos esos días de contención y autocontrol habían valido cada segundo de esfuerzo por poder contemplarla ahora así.

—Ven aquí —ordenó por fin, lleno de ansia por tocarla y sentirla. El corazón le bombeaba, feroz, en el pecho y a cada paso que ella daba hacia él se llenaba con su obediencia.

Ivy se detuvo a su lado siempre con la cabeza inclinada y él sonrió, pleno de poder. La esencia de madreselva de su piel le saturó las fosas nasales e inspiró con fuerza, ¡era una maravilla! Perfecta, sedosa. ¡Diablos! Apenas podía contener el ansia que lo dominaba. Se desplazó un paso hacia la izquierda y abrió la puerta de la segunda habitación que había en la planta de arriba, en la que Ivy no había entrado nunca.

—Entra —indicó al tiempo que se apartaba, para que pasara, sin dejar de comérsela con los ojos. Su cuerpo escultural lo atraía de forma irresistible, pero necesitaba sentir su entrega aún más que su piel.

Ivy se adentró a una habitación amplia con una gran cama redonda, en una esquina, y el suelo enmoquetado, muy mullido. Se detuvo en medio y esperó, con la cabeza erguida, pero la mirada baja. La luz, muy cálida, provenía de dos de las paredes forradas con placas de cemento transparente, tras las que se filtraba la luz de unas lámparas LED.

Leandro cerró la puerta tras ella con un sonoro chasquido que retumbó contra las paredes creando un curioso eco. La contempló unos segundos, de espaldas a él. Recorrió su cuerpo de arriba abajo y meneó la cabeza, gozoso. Se acercó a una estrecha cómoda de recia madera, muy rústica, que había en uno de los lados. Sacó el móvil del bolsillo y activó el mecanismo de reproducción de la música al tiempo que activaba el Bluetooth. La canción «Iris» de Goo Goo Dolls resonó en los altavoces de la habitación al instante. Desde que la escuchó aquella primera noche en la que Ivy empezó a vivir en

su casa, en la banda sonora de la película «City of Angels», no pudo dejar de evocarla cuando pensaba en ella y se la descargó para tenerla en el móvil. Y ahora quería escucharla. Sería una estupenda introducción a la primera sesión que tendrían. Si Ivy no se oponía.

Ella escuchó los acordes y esbozó una sonrisa. Asociaba indisolublemente esa canción con él y saber que también se la había descargado la maravilló. Escucharla ahora, a punto de sentir su dominación, creaba un ambiente mucho más íntimo.

Leandro abrió un cajón de la cómoda, cogió algo que resonó de forma metálica y volvió a acercarse a ella. Se colocó detrás, tan cerca que Ivy sintió su calor corporal envolverla y se estremeció, ardorosa. Él todavía no la había tocado y el deseo de que lo hiciera la estaba trastornando.

—¿Cuál es tu palabra segura? —preguntó, tras ella, en un tono autoritario.

—Cielo para pausa e Inferno para parar —contestó Ivy, sin moverse.

—¿Quieres decir tu palabra segura, Sapphire? —inquirió, para asegurarse su aquiescencia. No quería hacer nada que lo abocara a un camino sin retorno si ella no estaba todavía preparada.

—No —contestó Ivy al instante. ¿Detenerlo? Uff, por nada del mundo. Estaba deseando que siguiera hablándole, que la tocara, que dispusiera de ella. Sentir su dominación era lo que había deseado desde que aceptó la cesión, además de desearlo a él.

Oyó la honda inhalación de Leandro, después el silencio se hizo tan denso entre los dos que casi era tangible. Los minutos se alargaron, lentos. Los nervios se le concentraron en el abdomen, le anudaron las entrañas y el deseo creció tanto que sintió la temperatura subirle. Cerró los ojos, a punto de estallar de ganas de que él la tocara. Se estremeció y solo entonces los brazos de Leandro bajaron, por encima de su cabeza, con una banda de cuero: un collar de sesión con una gran anilla frontal, plateada. Se lo colocó alrededor del cuello y lo cerró, prieto. Sin poderlo remediar gimió de placer al sentir la correa constreñirla, como un recordatorio de que a partir de ese momento estaba por completo a su merced.

Leandro caminó alrededor de ella y se detuvo enfrente. La contempló unos segundos, quieta ante él, entregada. Oír de sus labios ese gemido al ponerle el collar le espesó la sangre en las venas. Había sido sublime y había disparado su anhelo hasta la estratosfera.

—Mírame, Sapphire —ordenó.

Ivy levantó la cabeza y lo miró, ruborizada, con los ojos brillantes. La respiración masculina sufrió una súbita alteración y las pupilas oscuras despidieron destellos ardientes.

—Cuando te hable me mirarás a los ojos y cuando te ordene bajarás la vista al suelo —decretó, con la voz enronquecida por el anhelo que inundaba su sangre—. ¿Entendido?

Ella asintió. Tragó saliva y contestó, audaz:

—Sí... Amo.

Leandro sintió casi un impacto físico al oír la tan ansiada palabra. La cogió por la mandíbula y le echó la cabeza hacia atrás con rudeza.

—¡Repítelo! —exigió ardoroso.

—Sí, Amo —obedeció, con las pupilas brillantes. Miró el rostro de Leandro, inclinado sobre ella y entreabrió los labios para poder respirar, pues se había quedado sin aliento al ver la pasión que bullía en sus ojos.

Leandro gruñó y se abalanzó sobre ella, incapaz de resistir por más tiempo. Se adueñó de su boca, arrebatado e Ivy lo recibió, gozosa. Ambos se estremecieron cuando colisionaron. Ahondó con ansia en esa cavidad deliciosa y degustó su aliento con deleite al volver a probarlo, después de todo ese tiempo. Al final se separó, ardoroso, jadeante. La soltó y se alejó, como si quemara.

Ivy gimió, necesitada, al verse privada de esos labios, pero inclinó la cabeza hacia el suelo, como él le había ordenado, con la respiración acelerada.

Leandro se aproximó a la cómoda y luego regresó de nuevo frente a ella.

—Levanta las manos —demandó. Ivy las extendió y le ató las muñecas juntas, con las palmas de las manos unidas, para no cortar la circulación sanguínea de las muñecas, con una cuerda de cáñamo que picó la piel con su rugosidad. Cuando terminó, retrocedió e indicó—: Apóyate en la pared y arquea la espalda.

Ella se volvió, apoyó los dorsos de las manos unidas en la pared en una posición elevada, arqueó la espalda y sacó la grupa, en una postura que eyectaba sus nalgas hacia afuera.

—Bien, muy bien, Sapphire —alabó con tanta satisfacción en la voz que la piel femenina se erizó de puro placer—. Ahora separa más las piernas.

Ivy lo sentía detrás, notaba su calor, aunque él no la tocaba y se estaba derritiendo de ganas de suplicarle. Reprimió las palabras, contuvo la respiración, y se movió para abrirse más. Entonces sintió sobre la espalda el

toque de un *flogger* de muchas colas, muy suave.

Leandro lo deslizó con lentitud por la espalda arqueada hasta las nalgas y lo dejó caer entre ellas. Repitió el movimiento suave y lento un par de veces, disfrutando del ansia que aumentaba en el cuerpo femenino, que se mostraba en pequeños estremecimientos y en el erizamiento de la piel. Sonrió, lleno de gozo. Por fin la tenía donde quería: atada, dispuesta, abierta. ¡Santo Cristo! Las manos le hormigueaban de ganas de tocarla, pero era demasiado pronto. Ella lo deseaba, sí, pero por instinto, no por deseo puro y él quería que lo deseara: a él. Con desesperación.

Estaba decidido a plasmar en ese cuerpo su marca.

De improviso descargó el *flogger* con más fuerza sobre la espalda, aunque solo lo suficiente para que se notara el picor.

—Gracias, Amo —exhaló Ivy al sentir el impacto erotizante.

La azotó durante unos segundos con una intensidad muy moderada, para estimular su epidermis. Hans le había explicado que Ivy no era masoquista, por mucho que la excitara el juego del dolor, y que no aguantaba más allá de una fuerza media y él ni siquiera estaba alcanzando ese nivel. Era la primera vez que tomaba posesión de su cuerpo y ahora se estaba regocijando en ella. Ya habría tiempo de superar límites más adelante.

Enrojeció la piel de alabastro hasta que ella empezó a gemir de placer con cada impacto, lo que lo enardeció hasta casi hacerlo enloquecer. Al cabo de unos minutos, lanzó el *flogger* sobre el diván, a su espalda, y se acercó a ella por detrás hasta pegarse con las caderas a sus corvas. Entonces sí, depositó las palmas sobre ella, en la sinuosa cintura, y la acarició hacia abajo.

Por fin se sintieron mutuamente. Ivy exhaló un jadeo y él gruñó.

Leandro notó el escalofrío que la recorrió a través de las yemas de los dedos. Sonrió, pletórico, y su nuez subió y bajó por su cuello. La piel femenina era de pura seda, muy caliente por los recientes azotes. Con extrema suavidad y lentitud recorrió la espalda cimbreante, las nalgas respingonas y prietas, no quería perderse ninguna curva, ningún recodo. Descendió hacia delante, hasta acercarse con torturante calma hacia los senos, suspendidos en el aire. Se detuvo unos segundos, cerca, muy cerca. El cuerpo de Ivy empezó a tensarse bajo sus manos y sonrió cuando el poder le recorrió las venas. Al fin los abarcó con las manos: suaves, redondos, plenos. una auténtica delicia. Sintió que su miembro, ya muy duro, se engrosaba aún más hasta volver a hacerlo gruñir como un primitivo animal en celo. Cerró los ojos y se recreó en el tacto de esa firmeza maleable durante unos segundos en

los que Ivy empezó a temblar y a lanzar murmullos de deleite.

—¡Dios santo, Sapphire! —exclamó, ardoroso. Se incorporó, metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó una cadena, con unas pinzas ajustables en sus extremos. Rodeó los mórbidos pezones, duros y arrugados, con las puntas revestidas de una suave funda protectora y las ajustó hasta que aprisionaron la tierna carne entre ellas. Apretó para que notara la presión, pero sin constreñir de insoportable dolor. Entonces se alejó hacia atrás y ordenó, grave—: Date la vuelta y ven aquí.

Ivy sentía la piel burbujearle allí donde él la había tocado. Inhalaba aire en pequeños jadeos y el ser le aullaba de necesidad y deseo. Leandro se le estaba revelando como un Dominante exigente, controlado. La estaba tomando como se le antojaba y disfrutaba de forma inmensa al estar bajo ese poder contenido. La pasión crecía en su interior: ardiente, potente. Diminutas perlas de sudor bajaban por su frente por la temperatura que había alcanzado su cuerpo. Se incorporó y se volvió hacia él con lentitud, sin levantar la mirada. Avanzó con el corazón a mil por hora debido a la adrenalina que fluía en su sangre.

Él se recreó en la visión de los pezones erectos aprisionados por esas pinzas metálicas. Adelantó la mano, muy despacio, hacia la cadena. La tocó con las yemas, sabedor de que Ivy no perdía detalle de sus movimientos. Enrolló el índice y tiró de los eslabones que pendían entre los senos erguidos. Ivy se vio impelida hacia delante al sentir el tirón en la turgente glándula aprisionada. El dolor vibró e incidió hacia abajo, al clítoris, con una inusitada descarga incendiaria. Tremoló, derretida, y exhaló otro sensual gemido.

—De rodillas —ordenó Leandro erguido, con las piernas separadas.

Ella no se lo pensó, dobló las rodillas hasta que tocó el suelo y permaneció ante él, con las manos atadas delante y la cabeza inclinada.

—Eres una visión esplendorosa, Sapphire. No sabes las ganas que tenía de tenerte así como estás ahora —susurró con la voz una cuarta más ronca que durante toda la sesión. Le acarició la cabeza con suavidad y demandó—: Libérame.

Ivy levantó la mirada, justo a la altura de la entrepierna masculina, y alzó las manos para obedecer, pero al verlas recordó que las llevaba atadas y frunció el ceño. Dudó unos segundos en los que Leandro, sin dejar de acariciarle la coronilla, no dijo nada a la espera de ver lo que ella hacía: si obedecía o si por el contrario protestaba. Pero Ivy no siguió dudando. Adelantó las manos y bajó, como pudo, la cremallera de la abultada bragueta

del pantalón de pinzas. Se notaba un tremebundo bulto pulsar, caliente, en su interior. Con torpeza por las ataduras de las manos las introdujo dentro, desplazó el bóxer que él llevaba hacia abajo y al fin pudo tocarlo. Leandro se estremeció y la respiración se le volvió errática. Ivy, ansiosa, lo abarcó con una mano y tiró con cuidado hacia afuera hasta que consiguió liberarlo. El miembro se irguió grueso, duro y largo, hacia ella, como el inmenso y temible ariete de un barco de guerra.

Ivy tenía el rostro como la grana, pero en su interior bullía de gozo. Estar a los pies de Leandro era puro deleite. Él exhibía una autoridad tórrida pero calmada, y se sentía eufórica ante la dotada anatomía masculina. Era un Dominante experto que no tenía prisa, que no se dejaba llevar del ardor que sin duda lo asediaba, y eso la excitaba hasta el delirio. Con Hans había acudido a fiestas en las que su Dueño la había cedido temporalmente a otros dominantes en esos eventos y a veces había conocido a algunos que se dejaban llevar de la impaciencia, corrían o eran torpes por esas mismas prisas y no le gustaba, no lo disfrutaba. Al final le era difícil sentir nada, la sensación de placer al ser dominada nunca aparecía, y solo lo gozaba cuando veía a Hans y le entregaba su obediencia; en cambio con Leandro no había opción. Su voluntad era calma pero implacable y adoraba la sensación de saberse controlada en todo momento.

—¿Te gusta lo que ves? —inquirió él en un ronco murmullo provocador.

Entonces se dio cuenta de que había estado mirando con fijeza ese carnoso falo erecto y enrojeció aún más si cabe. Levantó la mirada al recordar la orden de mirarlo cuando le hablaba. La hermosa y viril cara de Leandro ostentaba una profunda concentración, parecía librar una batalla contra sí mismo. Estaba muy serio y la mirada le brillaba, llena de necesidad. Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa al tiempo que los iris se le nublaban con una mirada viciosa. Cabeceó afirmativa, pero él la cogió del cabello, rudo, y tiró hacia atrás.

—¡Dilo!

Estremecida, tragó la saliva que se le había formado en la boca ante las ganas que tenía de probarlo.

—Me gusta lo que veo, Amo —musitó, entrecortada.

—Acaríciame —exigió, impetuoso, sin soltarle el pelo.

Ivy lo abarcó entre los dedos, ya que no podía separar mucho las palmas, y se maravilló con el sedoso tacto. La punta del glande rezumaba lubricación. Mojó el dedo índice en ella, levantó la mirada para ver los ojos de Leandro y

se llevó el dedo a la boca, de forma descarada y lujuriosa, con la única intención de descolocar, de volverlo loco. Lo chupó con fruición y los iris oscuros casi llamaron de tanto ardor.

—¡Santo Cristo! —blasfemó, jadeante. La soltó y se apartó unos pasos hasta que ella también perdió contacto. Su cerebro casi estalló al llenarse de endorfinas cuando vio la honda desilusión que transformaba la cara femenina. Sin dejar de observarla con intensidad, elevó la barbilla, con la mirada espesa, y ordenó, brutal—: ¡Date la vuelta y apoya los codos en el suelo!

¡Oh, sí! ¡Sí! Ivy se giró sobre las rodillas, anhelante. Por un momento había creído que su gesto lo había molestado y no lo soportó, su corazón se agitó alarmado por haberlo defraudado. Pero esa nueva orden quizá implicaba un giro más sexual. Su entrepierna trepidó, y sintió un acuciante tirón en su punto más caliente, llamas de puro deseo vibraron por toda su piel. Se inclinó hacia delante, posó los brazos en el suelo y separó las piernas. Hundió la grupa y se contuvo antes de girar la cabeza para verlo por encima del hombro, recordando a tiempo su mandato de no mirarlo cuando ordenaba.

Leandro se arrodilló tras ella y la contempló, tórrido. Su obediencia fluía de tal forma que sabía que Ivy la sentía, que no era solo morbo u obediencia hacia Hans. Ella actuaba por instinto sexual y deseo. La cogió de las caderas y la colocó como si fuera a empalarla de inmediato, pero sonrió maquiavélico al oír el ansioso murmullo femenino.

—No, gatita. Todavía no —negó malicioso. Aunque se moría de ganas de hundirse en ese sexo que brillaba de fluidos, se refrenó para intensificar aún más el anhelo. Descargó la palma en uno de los curvados glúteos con una nalgada contundente. El curvilíneo cuerpo se sacudió bajo el azote y ella lanzó un gemido. No le dio tregua y encadenó una serie de cuatro palmadas en cada nalga. Se detuvo tan de improvisado como había empezado y esperó. Al comprobar que Ivy no se movía para protestar, procedió a acariciar la encarnada zona castigada con una caricia de fuego con las grandes palmas abiertas.

Cogió a Ivy tan desprevenida que se quedó sin respiración al sentir ese toque mágico que casi la transportó al espacio sumiso.

—Amo... —exhaló, con la cabeza enterrada entre los brazos, temblorosa. El sexo le latía candente y sentía el cuerpo tan enervado que toda su piel ardía.

—¡Oh, sí! —profirió Leandro, tórrido. Abarcó la estrecha cintura, con fuerza, entre las dos manos y proclamó con pasión—: Ahora sí, gatita. —La

penetró con una potente embestida de las caderas. Se empotró tan profundo que a punto estuvo de perderse en esa primera toma de contacto, tan impresionante fue el placer que lo arrolló ante la unión de las carnes—. ¡Joder! —masculló, estremecido.

Ella se arqueó y lanzó un asombrado jadeo, tan colmada que apenas podía sentir otra cosa que a él enterrado hasta el fondo en su interior.

Leandro se retiró con los dientes apretados y volvió a empujar con toda su potencia al tiempo que la sujetaba con más fuerza para poder hundirse más. Volvió a gruñir, enloquecido de placer. Se inclinó hacia delante, la cogió de los hombros, tiró y levantó su cuerpo en el aire mientras embestía con rápidos y potentes vaivenes. Envolvió su torso con un brazo, tiró de la cadena que sujetaba las pinzas en torno a los pezones y con la otra mano envolvió su cuello, atrapándola contra su torso mientras embestía, salvaje.

Ivy echó la cabeza hacia atrás, sobre el hombro de él, trastornada de gozo, con el erotizante dolor en los pezones que enervaba su cerebro y su cuerpo hasta hacerla enloquecer. Leandro la rellenaba con cada poderosa arremetida y cuando se retiraba se quedaba sin respiración.

La fricción era demoledora, pero él no tenía suficiente. Desplazó la mano que jugueteaba con la cadena hacia abajo y le asaltó el clítoris con ferocidad.

—¡Sapphire! —musitó en su oído, frenético. Le giró el rostro y ella lo miró, con los iris vidriosos. Leandro descendió y la mordió en el cuello—. ¡Me vuelve loco estar dentro de ti! —exclamó, ardiente.

Desde el momento en que la intensa y oscura mirada de Leandro se fijó sobre ella el pasado agosto Ivy supo, de algún modo, que era suya. Aunque pertenecía a Hans a quién idolatraba, algo tiró dentro de sí cuando lo vio aquella primera vez. Y supo que su Dueño se reafirmó en su decisión de dejarla en las manos de su amigo cuando observó cómo la miraba Leandro: hambriento, devorador, posesivo.

Y ahora al sentirlo dentro comprendió por qué había intuido que le pertenecía. El deleite que estaba experimentando le hacía perder la cordura, su mente se expandía y su cuerpo se desgajaba en pequeños fragmentos unidos tan solo por el poder masculino. El orgasmo se acercaba poderoso y devastador, como un gigantesco tsunami que lo arrasara todo: sangre, músculo, hueso y piel hasta no dejar nada sin destrozar con su fuerza colosal. Y gimió en crescendo, arrollada una y otra vez por la pasión de Leandro hasta que el clímax estalló y la despedazó. Entonces gritó y gritó, convulsionada por el éxtasis, entre los brazos de él.

Leandro no pudo sino seguirla hacia la cima del placer más absoluto y se derramó con un bramido ensordecedor.

Al cabo de largos minutos —en los que ambos pugnaron por recuperar el aliento y el sentido—, él la cogió en brazos y la llevó a la inmensa cama donde la tumbó. Acunó sus manos con cuidado y desanudó la cuerda que mantenía las muñecas atadas. Se inclinó y besó con dulzura, sin dejar de mirarla a los ojos con un sentimiento de adoración que le era desconocido, por intenso y súbito —ante una sumisa que se le había entregado sin restricciones—, las marcas que el cáñamo había marcado en su piel. Después le quitó el collar de cuero, llevado por la ternura que le nacía en ese instante por Ivy.

Ella lo miraba con el rostro encendido, todavía jadeante, y los iris enturbiados por el placer que aún la recorría, como ondas en un estanque.

—Oh, gatita... ¡Eres tan...! —Incapaz de encontrar un calificativo que pudiera describirla descendió sobre ella, frotó la nariz contra la ruborizada mejilla y después la besó en la boca con toda su pasión durante un largo instante. Luego se separó, arrebatado y exclamó, vehemente—: ¡Quería esperar, no quería apresurarme y lanzarme sobre ti antes de que estuvieras preparada, pero al verte con esa toalla he perdido el norte! —confesó, fogoso—. Esto es una cesión y no quería incomodarte. Jamás serás mía, pero... —se interrumpió y meneó la cabeza, maravillado. Ella era una sumisa sublime: obedecía y se entregaba, apasionada. También era cierto que él no se había empleado a fondo ni había usado la humillación, pero su respuesta fue tan ardiente que el corazón le brincaba de contento. Al fin prosiguió—: Venía tan preocupado porque no cogías el teléfono que verte a salvo y tan sensual con tu piel húmeda... Me has robado el sentido, gatita —afirmó, pletórico, y preguntó, ansioso por saber lo que ella pensaba, lo que había sentido—: ¿Cómo estás?

Ivy esbozó una sonrisa que poco a poco se fue ensanchando hasta iluminarle todo el rostro como si hubiera salido el sol. Leandro se quedó sin aliento, conmovido.

—De maravilla —afirmó—. Estaba preparada para usted casi desde el primer día, Amo —admitió, llena de felicidad por el *aftercare*². Saber que lo había complacido la llenaba de una satisfacción muy distinta al placer sexual y emocional que había recibido, pero igual de intensa.

Leandro esbozó una lenta sonrisa que le encendió los iris oscuros, tan satisfecho como ella, y se adueñó otra vez de su boca, voraz.

Esta, sin duda, iba a ser una cesión extraordinaria.

4

Abril 2018

Ivy llevaba días sin saber de Leandro y se sentía perdida. Tenía prohibido buscarlo, así que tenía que esperar, desesperando.

Por las noches no dormía, de día no comía.

Añoraba sus manos sobre ella, añoraba su voz, ordenándole...

Su olor, su tacto... Se había hecho adicta a él. A medida que habían ido pasando los días la añoranza por Hans se fue calmando gracias a la compañía de Leandro y a su forma de tratarla, aunque seguía echándolo de menos cada día.

Sabía que Leandro la estaba castigando por haberlo desobedecido en una fiesta privada de BDSM a la que asistieron hacía unas semanas, y lo aceptaba, arrepentida de haber fallado, pero no podía evitar sentir esa tristeza, esa desolación.

Al principio de la relación consensuaron pequeñas cesiones en los eventos que organizaban los locales privados de BDSM de la ciudad. O en algunas fiestas privadas de conocidos y amigos. Incluso a una Dómina en una cesión sin límites de un día, pero sabía que Leandro siempre había confiado por completo en las personas a las que la había cedido y esa confianza jamás se vio defraudada.

El deseo la consumía, sin poder darle salida ya que él le había prohibido masturbarse en su ausencia. Consultaba el móvil cientos de veces al día para comprobar si había algún mensaje, algún correo o alguna llamada perdida que, por un casual, no hubiera escuchado, pero el dichoso dispositivo se mostraba inamovible con la pantalla vacía de iconos de notificación.

Esa mañana se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Apoyó las manos en el colchón al lado de los muslos y con la cabeza baja se miró los pies desnudos. Se quedó quieta así unos minutos, mientras decidía si valía la pena levantarse o si era mejor dejarse caer otra vez sobre las sábanas y consumirse de anhelo, cuando de repente, sonó el teléfono fijo en la planta de abajo. Pegó un respingo, alerta. Solo podía ser una persona:

Leandro.

Corrió escaleras abajo con tal ímpetu que acabó rodando los últimos escalones, después de tropezar con su propio pie. Se dio un golpe en la

cabeza contra la pared y durante una milésima de segundo, pensó:

«Colgará, no llegaré a tiempo...».

Se levantó con rapidez, dolorida, y cogió el auricular al cuarto timbrazo.

—¿Diga? —exhaló, casi sin aliento.

—Has tardado mucho —reprochó Leandro, serio, con esa voz amada. Su hermosa voz al otro lado del hilo, tan profunda, llena de ecos de calma autoridad. El corazón le saltó alborozado en el pecho y una tonta sonrisa de júbilo se le pintó en la cara.

—Sí, yo... Lo siento —se disculpó, contrita. Sentía un latido en la zona donde se había golpeado la cabeza, pero era feliz solo de oírlo.

—Prepárate, vengo a buscarte dentro de diez minutos. Atiende tus normas de vestuario.

—¿Sí?

—Falda amplia, me da igual si es vestido o falda. Medias de blonda y tanga. ¿Entendido?

—Sí, Amo —contestó. Enseguida oyó el clic que interrumpía la llamada y el sordo zumbido de la línea. Colgó el auricular despacio, pero luego empezó a dar cabriolas por toda la casa, loca de contento. ¡Leandro venía a buscarla! Ya no debía estar molesto por lo ocurrido en la fiesta.

Freddo la observaba desde su hamaca, tumbado cuan largo era junto a la ventana, con los ojos como platos, mientras pensaba que su ama cada día estaba más loca.

Ambos llevaban viviendo en la casa de Leandro un poco más de seis meses y al principio Ivy no supo cómo explicarles a sus amigas que estaba viviendo en la casa de otro hombre y que Hans se había ido por un tiempo indeterminado. Nunca había compartido con ellas su peculiar forma de vivir la sexualidad, no sabía muy bien por qué. Quizá porque no quería ser juzgada por personas a las que quería mucho. Quizá porque no quería poner en un compromiso a esas mismas personas al revelarles algo tan íntimo. Pero al mes y medio de vivir en el chalet decidió que debía contarles que ahora vivía en Madrid, en casa de Leandro. No podía retrasarlo más tiempo, no era justo para ellas y no quería engañarlas. Pero cuando se lo dijo sus reacciones no fueron de comprensión, al contrario, y pensó que quizá debería haber esperado un poco más.

Ellas apenas podían comprender por qué Hans se había marchado y por qué estaba ahora con Leandro. Nerviosa, no sabía qué responder a sus preguntas insistentes.

—¿Qué ocurre, Ivy? ¿Lo has dejado con Hans? —inquirió Olalla, extremadamente seria y escamada—. Pero si estabas loca por él.

—Ivy, sabes que puedes contarnos lo que sea, ¿verdad? —intervino Tere, afectada—. Lo que ocurre es que no entendemos lo que pasa. Hace dos días estabas tan contenta por poder irte a vivir con Hans y ahora él se va y tú estás con este pedazo tío. Sencillamente no lo entiendo —declaró entristecida.

—Chicas, yo... —intentó explicarse en una pausa de la video llamada, pero Verito no la dejó continuar.

—No nos vengas con excusas, Ivy. Leandro es el tío más buenorro con el que me he topado nunca, sí, pero si le estás poniendo los cuernos a Hans creo que te estás portando terriblemente mal con él, que lo sepas. Y no me gusta. Hans siempre ha sido una maravilla de hombre, ha estado a tu lado en todo momento, te ha tratado como una reina. ¿Sabes la envidia con la que yo os miraba? ¿Sabes lo difícil que es encontrar una relación tan especial como la vuestra? Yo no es solo que no lo entienda, es que me cabrea y no te reconozco —manifestó con sequedad.

Ivy sintió las lágrimas escocerle detrás de los párpados, pero como siempre las reprimió tras ellos con fuerza. ¡No iba a llorar!

—Por favor, no me juzguéis. No es eso, Verito. Hans se ha ido, sí, pero yo no le estoy engañando. Es solo que... —se interrumpió incapaz de dar con una explicación que aclarara por qué mantenía una relación con dos hombres a la vez. —¡Es complicado! —exhaló compungida.

Helena permanecía callada y los rostros de todas estaban serios, algunos incluso exhibían el enfado que sentían al averiguar que ella vivía en la casa de Leandro, y no solo eso sino que mantenían una relación.

—Ivy, eres mayorcita ya y tienes todo el derecho a tomar tus propias decisiones. No voy a juzgarte ni a acusarte, solo te diré que lo que me duele es que no puedas confiar en nosotras para que nos digas qué ha ocurrido. Aunque estaré aquí cuando quieras, y puedas, explicárnoslo —declaró Helena, apenada. Cortó la comunicación y desapareció de la pantalla.

—Pienso lo mismo, Ivy —convino Olalla, decaída—. Al margen de que no me gusta que Hans se haya ido, soy tu amiga y tú sabrás por qué actúas como lo haces.

La conversación terminó y el corazón de Ivy casi se partió, dolido. No sabía cómo explicar la sexualidad que vivía a sus amigas. No es que se avergonzara, pero no creía que pudiera hacerles entender que Hans y ella compartían un vínculo diferente a las relaciones convencionales y callaba sin

poder encontrar el modo de hacérselo entender, si ella misma no estaba segura de que fuera muy correcto lo que estaban viviendo entre los tres, cuando ellas le insistían de esa forma. No es que se arrepintiera o tuviera dudas, era la diferencia que había entre su relación con Hans y Leandro a cualquier otra relación que conociera. ¡Era abismal! Y no creía que se pudiera entender visto desde fuera.

A partir de esa conversación la relación con la pandilla se enfrió durante un tiempo en el que el corazón le dolía por la distancia. E intentó por todos los medios recuperar su confianza con llamadas, con mensajes, con videos. Y al cabo de largas semanas sus amigas, que también la añoraban, decidieron dejar atrás las diferencias.

—Oíd, chicas. Voy a hacer las paces con Ivy —alegó Olalla, en una video llamada grupal—. La echo de menos y aunque no entiendo lo de su nueva relación, no me siento bien juzgándola.

—Me las leído el pensamiento, Olalla —convino Amparo, emocionada—. Ya sabéis que no soporto estar enfadada con ninguna de vosotras y esta situación ya me superaba —confesó, aliviada.

—Bueno —intervino Verito, todavía escamada—. Sigo sin ver con buenos ojos que esté con otro cuando tiene a Hans que bebe los vientos por ella —replicó en un tono endurecido—, pero yo también la añoro. Es tan trasto y tan «ella», que pienso que tengo que darle ese margen, precisamente porque es ella. Alguna razón debe haber y si no nos lo dice, estoy segura que nos lo dirá más adelante.

—Entonces, ¿todas conformes? —preguntó Olalla, para asegurarse—. ¿Helena, Tere?

—Por mí ningún problema —respondió Helena, con un entusiasta cabeceo. Y la sonriente cara de Tere lo dijo todo sin necesidad de decir nada.

Conocieron a Leandro poco a poco y al final aceptaron la nueva situación al ver que era un buen hombre, muy simpático, honesto y cordial, que trataba a Ivy de forma inmejorable, pero sobre todo al ver que ella era feliz con él.

Dejó de bailotear como una posesa y corrió a arreglarse con esmero para Leandro, decidida a deslumbrarlo.

Cuando el timbre de la puerta principal sonó, daba el último paso hacia ella y la pudo abrir de inmediato.

Leandro la contempló de arriba abajo, con una mirada profunda. Ivy llevaba un vestido de flores, de tirantes, bajo una gruesa chaqueta corta,

entallada. Unas medias de color claro, de blonda ancha oculta bajo la falda de amplio vuelo y unos botines de altísimo tacón. Irguió la cabeza mientras el corazón se le aceleraba. ¡Dios! Esa chica era una aparición, sin duda. Ni siquiera esas semanas alejado de ella había conseguido aplacar la intensidad con la que la sentía. ¿Cómo era posible? Inspiró con fuerza, mientras se obligaba a serenarse. Era un hombre adulto, ¡por el amor de Dios! No podía ofrecerle a Ivy la imagen de un quinceañero embobado, que era como se sentía.

Ivy lo miraba sin poder disimular su arrobamiento. Los ojos castaños eran oscuros como un café tan espeso que se podía cortar, y tan penetrantes como el filo de un bisturí quirúrgico. Ese hombre le resultaba cada día más atractivo y su presencia después de haberlo añorado tanto le resultaba imponente, vestido de esa forma tan impecable con un elegante traje azul, estilo inglés.

—¿Tu tanga? —exigió él de forma suave, con ese timbre suyo tan grave, al tiempo que extendía la mano.

Ella se subió la falda, corta hasta por encima de la rodilla, deslizó las costuras por las piernas y se lo entregó, con las mejillas arboladas y un latido ardiente en el bajo vientre.

Él cogió la delicada prenda y lo examinó con ojo crítico: era de encaje, finísimo, de color burdeos. La miró a los ojos, se lo llevó a la nariz y aspiró, con fruición. Los iris le brillaron, llenos de regocijo y de ardor.

Ivy agrandó los ojos, hipnotizada. El clítoris le latió de forma tan caliente que exhaló un gemido, con los labios entreabiertos.

Leandro asintió ante la reacción que esperaba, sonrió perverso, y se lo guardó en el bolsillo interior de la americana al tiempo que su bajo vientre se contraía de expectación. Lo volvía loco de anhelo la reacción sexual de Ivy, tan espontánea. No reprimía jamás sus emociones o sus respuestas ante lo que su cuerpo sentía o le demandaba. Y se sentía enervado, atraído como nunca lo había experimentado. Se acercó, ella estiró el cuello hacia atrás para poder mirarlo a los ojos y él le cogió la barbilla, delicado, entre los dedos para estudiar su rostro con detenimiento.

Ivy se sintió morir bajo esa mirada. Se humedeció el labio inferior y reprimió un suspiro de avidez, pero Leandro se dio cuenta y sonrió, mirándola a los ojos.

—¿Me has echado de menos? —inquirió, sin tenerlas todas consigo. El que él se sintiera atraído de esa forma no significaba que ella le

correspondiera. Todavía no había averiguado si la absoluta entrega femenina era por él o por Hans, pues ella le había confesado que añoraba a su Dueño cada día, y la duda le carcomía el ego.

Ivy cabeceó, con las mejillas encendidas.

—Muchísimo, Amo —contestó—. Yo... Solo ansiaba su perdón — declaró, compungida.

Leandro levantó la otra mano para atajar sus disculpas. En realidad no estaba enfadado porque ella hubiera desobedecido, pero aprovechó esa excusa para distanciarse, ya que en el evento disfrutó como nunca antes. Ella desplegó su entrega en la fiesta, dócil y sumisa. Y él recibió tantas reiteradas felicitaciones por la doma con la que la sometía, y tantas miradas de envidia que lo catapultaron a la gloria. Su corazón dominante se llenó tanto esa noche que creyó que explosionaría de satisfacción, de orgullo.

Pero, al día siguiente, todo se diluyó en unas devastadoras dudas que le rompieron todos los esquemas que había ido forjando a lo largo de su vida bedesemera; y por primera vez se preguntó qué significaba Ivy para él, pues nunca se había sentido tan inseguro con una sumisa cuya entrega era sublime. Pero, ¿estaba dirigida a él o a Hans? ¿Qué sentía Ivy por él: lo obedecía por entrega o por obediencia a su verdadero Dueño?

Desde entonces se obligó a mantenerse alejado. Para poder averiguarlo, aunque todavía no lo había conseguido. Y lo que descubrió fue que la añoraba con todas sus ansias: su risa, su agudo sentido del humor, la forma que tenía de mirarlo cuando creía que él no la veía. Así que decidió que era hora de invitarla a comer y ponerla a prueba en público.

—Ya pasó. ¡Olvídalo! ¿De acuerdo? —instó a la preocupación de ella, con una mirada severa.

Ivy volvió a cabecear, sumisa, y cerró los labios, no sin antes humedecérselos, invitadora.

Él bajó, muy lento, la cabeza y le mordió la barbilla, de forma suave, sin dejar de mirarla, incitador. Ivy cerró los ojos, otorgándose. Y al verlo la enlazó de la cintura y la atrajo con fuerza hacia sí.

¡Oh, sí! Ivy ahogó un gemido extasiado, ese manejo tan posesivo por parte de Leandro la hacía vibrar. ¡Cuánto lo había echado de menos!

Leandro siguió mordiendo su tierna piel y descendió con los labios por el cuello. Con la otra mano hundió los dedos en su cabello y tiró de él hacia atrás para exponer la garganta a sus avances. Recorrió el esternocleidomastoideo hacia arriba y cuando bajaba otra vez se apoderó de

él y succionó con toda su fuerza.

Ella se estremeció entre los brazos que la envolvían. Su sexo se humedeció, instantáneo, y jadeó.

—¡Oh, sí! Amo... ¡Sí! —murmuraba bajo el asalto de esos labios y esa indomable voluntad.

Él se separó, con la respiración acelerada. Comprobó la huella encarnada que le había realizado en el cuello y sonrió, satisfecho. Quería que todos vieran su marca sobre ella y supieran que era suya. Al menos de momento. La cogió de la mano y la guió hacia su coche, un BMW Alpina B6 Bi-turbo Coupé, negro.

El vehículo que se compró con las primeras ganancias que obtuvo de la empresa que había fundado, con gran tesón y ahorrando como una diligente hormiga, hacía unos años.

Hijo de un albañil y una trabajadora del Mercadona, creció sabiendo que cada euro que ganaban sus padres era sudor y esfuerzo. Como hijo único procuró siempre alcanzar sus aspiraciones para devolver a sus padres algo de lo que le habían dado a él con tanto sufrimiento, pero su padre, amigo de Hans por haber trabajado para él durante muchos años, murió de un súbito ataque al corazón a los sesenta años y al cabo de cuatro años su madre falleció, a los sesenta y cinco, de forma plácida en su cama.

Ivy se instaló en el asiento de cuero del copiloto con un suspiro de satisfacción. Le encantaba todo lo que pertenecía a ese hombre y ese coche era una delicia conducido por él. Casi tanto como ir de bulto en su moto, pensó al recordar aquel tórrido recorrido de vuelta a la Castellana después del concierto de David y José.

Leandro subió y ladeó la cabeza hacia ella. Esbozó una sonrisa maliciosa al observarla acomodarse mientras accionaba el arranque. Al instante se encendió el equipo de música y la voz de Chad Krueger, el vocalista de Nickelback⁸ atronó a todo volumen el interior del vehículo con la canción: *Gotta be Somebody*.

Ivy sonrió al escuchar la música favorita de Leandro cuando conducía y se arrellanó en el asiento aún más. Se sentía tan a gusto con él, tan cómoda que eso era casi como decir que estaba en la gloria.

Apenas hablaron durante el recorrido; a ella no le importaba adónde la llevaba. Simplemente disfrutaba de su compañía y de la posibilidad de contemplarlo a placer.

Recién cumplidos los treinta y dos años era un hombre muy hermoso y

seguro de sí mismo. Exudaba una virilidad sin arrogancia, que lo hacía aún más apuesto. En los meses que llevaba con él sentía que no lo conocía del todo, y pensaba que siempre se guardaba un as en la manga para sorprenderla y fascinarla aún más.

Leandro, sin decir nada, extendió el brazo hacia ella mientras conducía, le desabrochó los botones de la chaqueta y la abrió un poco. Luego depositó la mano sobre sus rodillas, subió despacio por debajo de la falda y acarició, de forma dulce, la piel blanca que la blonda de la media no cubría. Introdujo los dedos entre ambos muslos y la dejó ahí durante un tiempo, acariciando la suave zona con las yemas de los dedos calientes, mientras los kilómetros iban sucediéndose. Al cabo de unos minutos empujó un poco para que separara las piernas. Ella, mansa, se recostó más en el asiento y obedeció de buena gana.

Sin retirar jamás la mirada de la carretera, Leandro abandonó el cálido interior de los muslos femeninos, subió la mano, la introdujo, impúdico, bajo la tela del vestido y jugueteó con los turgentes senos de forma descarada. Ivy se estremeció y empezó a inhalar con fuerza, sin moverse, excitada cada vez más por esos dedos audaces. La mano descendió de nuevo bajo la falda, se adentró mucho más y acarició la tierna piel del monte de Venus, por completo depilado.

En ese momento se detuvieron en un semáforo en rojo, otro coche se paró al lado y los ocupantes, unos jóvenes en un todoterreno, tuvieron una inmejorable perspectiva de lo que estaba ocurriendo en el BMW. El conductor, un pelirrojo con la cara pecosa, bajó la ventanilla y silbó.

—¡Mírales como tú ya sabes y lámete los labios! —ordenó Leandro al mismo tiempo que le pellizcaba un pezón para incrementar su excitación, y bajaba la ventanilla de la parte femenina desde los mandos en su puerta.

Ella ahogó un gemido al sentir el voluptuoso dolor y la mirada se le empañó, lujuriosa; se giró hacia el todoterreno sin dejar de mirar a los jóvenes del otro coche de forma fija. Entonces sonrió, coqueta, y se humedeció los labios, sensual.

Los ojos de los cuatro chicos se abrieron como platos y algunos enrojecieron. Les guiñó un ojo con picardía y una gran sonrisa, y supo sin lugar a dudas al ver los cuatro pares de ojos dilatados, que había logrado provocarles una enorme erección a cada uno de ellos.

En ese momento el semáforo se puso en verde y Leandro aceleró, al tiempo que estallaba en carcajadas.

El todoterreno de los chavales pegó un salto y se caló.

Leandro aceleró, llegaron al restaurante en cuestión de minutos y el aparcacoches recogió las llaves que él le lanzó al apearse. Leandro dio la vuelta al coche, la cogió del codo y la guió al interior del local con aplastante seguridad y aplomo, como si tuviera el mundo a sus pies.

El *maître* cambió la expresión de aburrimiento cuando reconoció a Leandro. Se adelantó, servicial y sonriente, y los acompañó a la mejor mesa del restaurante, cerca del ventanal desde el que se divisaba la Sierra de Guadarrama.

Leandro se desabrochó la americana, y se sentó con desenvoltura.

—Sean bienvenidos, Don Leandro.

—Gracias, Jacinto —respondió con una sonrisa cordial—. ¿Puedes decirle al *somelier* que abra un Vega Sicilia Valbuena 2009 D.O. Ribera del Duero para que se airee mientras estudiamos la carta?

—Por supuesto. De inmediato —respondió el *maître* complacido. Les ofreció a cada uno la carta y se retiró a cumplir el encargo.

Ivy observaba a su alrededor y a él, al tiempo que procuraba que no se notara el arrobamiento que le nacía de dentro. En ese momento pensó, y no fue la primera vez, el buen tino que tuvo Hans al cederla a Leandro. Esbozó una sonrisa de agradecimiento hacia su Dueño, maravillada de lo bien que la conocía y la cuidaba, siempre. ¿Qué estaría haciendo ahora?, se preguntó en ese momento, con ensoñación.

Leandro leía con atención las especialidades del día, abstraído. Tenía hambre ya que el miércoles era el día que entrenaba con su equipo de Korfball y esa mañana había quemado una gran cantidad de energía que necesitaba reponer. En ese momento levantó la vista, una vez decidió lo que le apetecía, y la descubrió mirándolo, con esa expresión iluminada; le dio un vuelco el corazón.

¿Por qué tenía que ser tan impresionante? Pero no era solo aspecto físico, era algo que emanaba de dentro de ella, un carisma dulce, sereno, que otras mujeres quizá incluso más bellas no poseían. La expresión llena de luz apresaba su atención. Parecía que el alma se le reflejaba en el rostro, sin ningún tipo de mascarada. Era la honestidad en estado puro. Apenas podía creer que fuera real. ¿Cómo tenía tanta suerte? Una imagen de Hans mirándolo con advertencia se le coló en la mente, como si su amigo lo vigilara desde lejos, y meneó la cabeza para alejar el futuro. El Dueño de Ivy estaba en algún lugar muy remoto y ella ahora era solo para él.

En esos meses había empezado a sentirse demasiado a gusto con ella,

demasiado bien en su compañía. Le gustaba, excesivamente, oír el cascabeleo de su risa o ver sus ojos llenos de lujuria cuando estaban follando. Apretó las mandíbulas cuando sintió otro tirón en la entrepierna: la tenía dura desde que había estrujado su cuerpo entre los brazos y había saboreado su delicioso cuello delante de la casa.

De una forma perversa y maquiavélica, deseaba ponerla de cara contra el ventanal del restaurante, levantarle la falda, exponer su sexo húmedo — estaba seguro—, a los presentes y empalarla de forma brutal allí mismo, delante de todos.

«¡Menudo espectáculo daríamos!», pensó, divertido.

Gruñó cuando su imaginación desbordante no contribuyó, precisamente, a enfriarle la libido. El deseo se estaba haciendo demasiado intenso, demasiado ardiente.

Otra vez.

Siempre era así con ella, pero en los últimos tiempos la pasión se le desataba, desenfrenada, en cuanto la veía y la olía. En cuanto la sentía cerca.

Debía parar, serenarse.

Se recostó contra el respaldo y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Sacó una bolsita de tela negra y se la entregó.

—Quiero que vayas al baño y te pongas esto —ordenó, cáustico.

Ivy cogió la bolsita de la elegante mano tendida. Se levantó de inmediato, le sonrió con alegría y se fue al baño, mientras exhibía su cuerpo solo para él.

Aunque, en el restaurante, más de un par de ojos masculinos la siguieron con la mirada.

El famoso local estaba medio lleno. Era pronto en un día cualquiera entre semana. El ambiente era cálido y relajado y los comensales hablaban en un tono bajo, por lo que el ruido no dejaba de ser un murmullo de fondo y resultaba incluso agradable.

Leandro esperaba, tamborileando con los dedos sobre el mantel. Al ver que Ivy tardaba más de lo que a él le apetecía esperar, frunció los labios, impaciente. Llamó al camarero con un imperceptible movimiento de la mano y este, al instante, se acercó a su lado. El aura de autoridad que Leandro destilaba obtenía atención de inmediato.

—¿Me llamaba, don Leandro?

—Le pondrás a mi acompañante un *Martini* blanco, con unas gotas de vodka. Óyeme bien: solo unas gotas, y cinco aceitunas —puntualizó. No quería que Ivy se emborrachara; la quería consciente por completo de lo que

ocurría a su alrededor, aunque algo de chispa nunca venía mal: hacía que perdiera rigidez y se desinhibiera.

—Sí, señor, ahora mismo. —El camarero se alejó, presuroso, a cumplir la orden recibida.

Leandro volvió a mirar por el ventanal hacia las altas montañas y continuó con el impaciente tamborileo. Al mismo tiempo palpó por encima de la tela del pantalón, en su bolsillo, el pequeño artefacto que guardaba allí con una sonrisa expectante.

Ivy entró en el baño, llena de curiosidad por saber lo que habría en la bolsita. Era pequeña, cabía de forma perfecta en su mano abierta y si la cerraba en torno a ella, alcanzaba a tocarse el pulgar con los dedos anular y medio. Se dirigió a uno de los compartimientos vacíos en el lavabo de señoras y cerró con el pestillo. Abrió la bolsita y ahogó una exclamación al descubrir el objeto de su interior, al tiempo que sentía la excitación inundar sus venas. Su abdomen se sacudió con una contracción de los músculos vaginales y notó como se humedecía, mientras cogía el pequeño objeto entre los dedos.

Era un huevo vibrador: un artefacto sexual muy morboso y silencioso que se introducía en la vagina. Solo lo había probado una vez, pero fue tal la excitación que alcanzó que encadenó cinco orgasmos seguidos.

Y sus orgasmos no eran silenciosos, para nada silenciosos.

Con un escalofrío pensó en la gente del restaurante y se estremeció. Sintió la vergüenza, el morbo, la lujuria que le provocaba la situación subir como la espuma por su interior. A Leandro le gustaba jugar con su vergüenza, exponerla a situaciones morbosas que la avergonzaban y excitaban por igual al saber que nadie sabía lo que estaba ocurriendo y al mismo tiempo el temor a que, en cualquier momento, pudiera ser descubierta la asediaba. Sonrió nerviosa y al mismo tiempo con anhelo, con reparo.

Se subió la falda y cogió el aparatito, parecido en forma y tamaño a un huevo delgado, y se lo introdujo lento en la vagina. La tenía muy lubricada ya y no pudo evitar gemir de placer al sentir como penetraba en su interior. Se mordió el labio, abrió los ojos avergonzada y escuchó, pero, al parecer, nadie en los lavabos había reparado en su murmullo sensual. Suspiró con alivio. Comprobó que lo llevaba bien colocado y que no la molestaría para andar y salió del compartimento. Sonrió a las mujeres que allí había, se lavó las manos y abandonó los servicios.

Enfiló hacia la mesa, mirando a Leandro en todo momento, pero el

permanecía de lado y con los ojos dirigidos hacia el ventanal.

¡Era tan distinto a todos los demás! Con una belleza extraordinariamente masculina, muy elegante. Todavía no comprendía por qué la eligió a ella. Ese hombre podría tener un harén o como se decía en el mundillo del BDSM: una cuadra.

5

Abril, 2018. Provincia afgana.

Hans observaba la concurrida plaza con el corazón acelerado, concentrado al máximo para detectar cualquier indicio de que habían sido descubiertos. Cumplían una importante misión en pleno corazón del peligro, varios meses después de haber terminado el entrenamiento en Cartagena. Giró un poco la cabeza, intercambió una mirada con Danielle, cubierta por completo por la *niqab* y cabeceó afirmativo, aunque de forma muy leve. Ella bajó los párpados para indicar que coincidía con él. Ese era el sitio.

Se hallaban en medio de una de las ciudades tomadas por los talibanes, en pleno centro del territorio afgano.

Ibrahim iba en cabeza, Hans tras él y Danielle la última, cargada con varios bultos, como si la familia estuviera de compras por la ciudad. Hans procuraba no perder de vista a Danielle, tras las lentillas. Para esconder su ascendencia había tenido que teñirse el cabello de negro, dejarse la barba y ponerse lentillas oscuras para cubrir el iris azulado. Danielle también se había maquillado para oscurecer su piel, demasiado blanca, y unas lentillas de color castaño para no mostrar el encendido esmeralda de sus ojos, lo que habría llamado demasiado la atención y querían evitarlo a toda costa. Ibrahim en cambio solo había tenido que dejarse la barba, ya que sus antecedentes árabes, la piel oscura y los rasgos más orientales, heredados de su madre, lo integraban entre los habitantes como uno más.

Llevaban varios días infiltrados en la ciudad. Habían entrado desde Pakistán, gracias a la colaboración del gobierno con la UE y EEUU en contra de los talibanes, y trabajaban en estrecha colaboración con las fuerzas afganas, para encontrar el mercado de esclavas yazidíes destinadas a los miembros del Daesh,⁹ liberarlas, y proceder al bombardeo de la zona por parte de las fuerzas aéreas estadounidenses, por medio del guiado de misiles con un láser manual, sobre el objetivo.

El propio Abu Kali, miembro del grupo armado anti-talibán: Jamiat-e Islami, había acudido a la reunión que mantuvieron con el gobierno para solicitar su colaboración en esa misión comandada por la OpE, desde Bruselas, y él en persona les había facilitado la entrada y la infiltración en la ciudad.

Los tres llevaban recorriendo esa ciudad durante tanto tiempo que ya

pensaban que no iban a lograr encontrar el escurridizo emplazamiento del mercado de esclavas. Según Abu Kali se decía que estaba en el lado este de la ciudad, pero solo eran rumores ya que el territorio bajo el régimen talibán cambiaba constantemente, debido a los ataques de las fuerzas gubernamentales.

Al principio tanto los altos cargos de Bruselas como los propios compañeros, entre los cuales se hallaba Hans, se habían opuesto a que Danielle formara parte de la misión. Era muy peligrosa. Si los pillaban, los matarían, pero si hallaban a una mujer entre ellos, ella sufriría la peor de las consecuencias y ninguno quería afrontar tamaña responsabilidad.

—Os lo repito: no es vuestra responsabilidad, es la mía. Es mi vida, mi deber y mi trabajo. No voy a quedarme atrás y no voy a ceder —negó por enésima vez, con total tranquilidad, los argumentos que se empeñaban en poner sobre la mesa sus compañeros, sus jefes o los mismos componentes de la institución afgana con la que colaboraban.

Hans elevó los ojos al techo y se irguió, frustrado. No había manera de hacerle entender que no era necesario que se expusiera de esa forma, que ellos podían cumplir la misión y ella podía comandarla desde el portaaviones estadounidense que había aceptado colaborar con ellos, en el golfo de Omán. Miró a Ibrahim, tan frustrado como él, y meneó la cabeza.

—Es imposible, no va a dar su brazo a torcer —declaró, impotente.

Ibrahim asintió y miró al superior que había acudido a la reunión desde Bélgica, pero este también negó con la cabeza.

—A mí no me mires, me amenazó con dimitir si le prohibía participar —explicó Michel, un hombre de cuarenta y cinco años, pequeño y delgado, con un elocuente movimiento de cejas. No estaba dispuesto a perderla y si quería asumir ese riesgo, Danielle tenía razón: era algo que solo podía hacer ella y nadie tenía derecho a arrebatarle el poder decidir.

—Entonces decidido. ¿Cuándo partimos? —zanjó el asunto Danielle con una sonrisa radiante. Los hombres de la sala, fueran de la edad que fueran, la miraron con estupor y se quedaron sin habla ante la determinación que mostraba.

Y ahora avanzaban por entre la población, la mayoría hombres armados con subfusiles colgados al hombro y algunas mujeres cubiertas por completo por el burka o la *niqab*, entre escombros de edificios derruidos por los constantes bombardeos. El ambiente entre el pueblo era de miedo, de opresión. Los ojos de la gente estaban apagados, sin brillo, huidizos. En

cambio el comportamiento de los hombres armados era de prepotencia, de arrogancia, de fuerza retadora. Cuando se cruzaban con alguno, Ibrahim los saludaba cordial, sin mostrarse demasiado servil para no dar impresión de debilidad, pero con el suficiente respeto para que se sintieran complacidos. Hans procuraba no cruzar la mirada con ninguno, pero si ocurría no rehuía e inclinaba la cabeza con un saludo. Dannielle en cambio, permanecía en un segundo plano lo más discreta posible con la mirada en el suelo, casi sin moverse hasta que Ibrahim comenzaba a andar otra vez después de decirles a los soldados, en un perfecto persa afgano —idioma que aprendió de niño gracias a que era la lengua materna de su madre—, que estaba comprando, acompañado de su mujer y de su hermano político.

Ibrahim se volvió hacia ellos y se detuvo.

—Ven aquí —ordenó con la voz no muy alta, pero lo suficiente como para que la gente de alrededor se diera cuenta de que estaba llamando a su mujer a su lado.

Dannielle se apresuró a obedecer, como buena esposa, y se adelantó hacia él, cargada con los bultos. Entonces se apartaron los tres, como si Ibrahim estuviera regañándola, mientras Hans permanecía, estoico, a su lado. Pero en realidad estaban encendiendo la radio con la que se pondrían en contacto con el grupo de Abu Kali para indicarles el lugar. Solo con su fuerza armada podrían rescatar a las chicas, llevarlas al punto de recogida del helicóptero que esperaba la señal de radio en el territorio gubernamental afgano, a pocos kilómetros.

Se hallaban en una plazoleta no muy grande, con un importante establecimiento en que el que predominaba una tetería con un patio abierto pero techado. Una gran tarima de madera alta, sobresalía en el espacio, como si fueran a dar conciertos, cuando en realidad se preparaban para sacar a subasta el lote de mujeres que iban a vender en unos minutos.

Hans observaba alrededor y descubría el ansia en los rostros de los hombres. Muchos ni siquiera podían pujar, pero asistían y podían ver a las mujeres, a veces casi niñas, expuestas al público, de forma impúdica y denigrante para ellas. Era un fabuloso espectáculo para ellos. Sintió la rabia, que no había dejado de recorrerle las venas desde que cruzaron la frontera, bullirle en la sangre por la injusticia que se cometía a diario en ese lugar y por un modo de vida que aborrecía. Por mucho que creyera en la tolerancia con las religiones que la gente practicara en cada región del mundo, esa en

particular tenía muy poco que ver con el Corán.

En ese momento se fijó en un grupo de varios hombres armados a un lado de la tetería, quietos junto a una casa, al parecer sin hacer nada y enfocó su atención en ellos, mientras Ibrahim se ponía en contacto con Abu. Era una construcción de dos plantas y tenía una puerta y dos ventanas en la parte de abajo, pero en el piso superior no había ni ventanas ni aberturas y su instinto entró en acción. Las chicas no podían estar retenidas muy lejos del lugar de la subasta y tampoco podían tener acceso a una vía de escape. Esa construcción era perfecta para mantenerlas en la planta superior, mientras sus captores o guardas permanecían abajo. En ese momento vio salir a dos hombres vestidos con las típicas tocas y túnicas, iban muy limpios y destacaban por encima de los demás como un elefante en una cacharrería. Se giró un poco y carraspeó, ya que no sabía hablar afgano y no podían arriesgarse a que alguien lo oyera, así que ni él ni Dannielle abrían la boca, nada más que para decir: «Salīma alā'ikuma» con una perfecta pronunciación gracias a Ibrahim y a un profesor de dicción.

Ibrahim lo miró de inmediato y él le señaló a los dos árabes que se dirigían a la tetería con un gesto de la cabeza. Su jefe siguió su mirada, observó la diferencia de ropajes, y asintió hacia Hans. Ya había avisado a Abu y un grupo de unos treinta hombres se dirigían hacia donde se encontraban en ese momento. Tenía en su poder, bajo la túnica que portaba, el sistema manual de guía láser para que el F-16 pudiera soltar el misil sobre el objetivo preparado para activarlo, una vez que las chicas hubieran sido puestas a salvo.

Los tres se aproximaron poco a poco hacia la tetería, mezclados entre la gente que se entretenía sin hacer nada, por lo que no llamaron la atención. A los pocos minutos, los dos hombres salieron de la tetería, regresaron a la casa y entraron. Al mismo tiempo un hombre muy moreno, con una túnica azul, una barba que le llegaba al pecho y un turbante color marrón, subió a la tarima y empezó a colocar diversos muebles que había sobre ella: una silla para él, junto a una mesa que arrastró hasta el extremo derecho, el más próximo al borde.

En la plazoleta se produjo una corriente de movimiento y la gente se movió como una marea hacia la tetería, como si hubieran sido llamados al rezo.

Hans, Dannielle e Ibrahim se vieron arrastrados y entre los dos procuraron proteger a su jefa entre ellos, alarmados por el ansia que parecía

poseer a la masa.

Dannielle giró la cabeza y miró a Hans tras ella, aunque como él no podía verle nada más que los ojos y no por completo, no pudo descifrar su expresión y frunció el ceño para inquirir si ocurría algo malo, a lo que ella respondió con un cabeceo negativo y volvió a girarse hacia delante.

Quedaron detenidos a unos dos metros de la tarima y pudieron ver desde un buen ángulo la salida de unas diez chicas, en hilera, custodiadas por cinco guardas que las hicieron avanzar hacia la tarima, subirse a ella por los escalones laterales y colocarse en fila de cara al público. Iban descubiertas, con ropas oscuras, pero sin velo ni *niqab* como si no fueran merecedoras de cubrirse a la lujuria de los hombres.

Ibrahim atisbaba por sobre las cabezas de la gente, para ver si descubría a Abu y a sus hombres. Una vez localizada la red de trata tenían órdenes de desbaratarla, rescatar a las chicas y ponerlas a salvo.

Dannielle en cambio solo tenía ojos para las chicas. Vio que todas tenían la vista clavada en el suelo, algunas lloraban, aunque procuraban disimularlo debido, con seguridad, a que las tenían amenazadas y ya habrían recibido alguna paliza. Las edades oscilaban entre los quince y los veinte y su corazón se sacudió, atormentado. Quería gritar su furia, quería escupirles a la cara a todos esos hombres que las miraban casi babeantes, pero se contuvo al tiempo que se juraba que pronto serían liberadas.

La subasta comenzó, pero ninguno de los tres pudo ver quién pujaba ya que reinaba el más absoluto silencio en la plaza y solo se oía al hombre de la túnica azul cantar los atributos de las chicas: edad, peso, altura y medidas —según se imaginaban Hans y Dannielle, ya que no entendía nada de lo que estaba diciendo—, mientras las hacía adelantarse en la fila y darse la vuelta o ponerse de perfil hacia uno y otro lado.

Hans se removía inquieto e intercambiaba alguna mirada con Ibrahim. La subasta estaba a punto de terminar y no se veía a Abu por ningún lado. Si las chicas bajaban de la tarima las perderían, disgregadas cada una con sus respectivos compradores, y no podrían localizarlas ya que de inmediato las cubrirían con el burka.

Entonces estalló una algarabía en la parte izquierda de la plaza y la gente empezó a empujar y a chillar, asustada. Al grito de: «¡Bomba, bomba!» en afgano los hombres de Abu irrumpieron en la plaza con un *jeep* en cuya parte trasera había montada una ametralladora que empezó a disparar al aire nada más entrar. La gente huyó aterrorizada y los tres se vieron arrastrados por la

marabunta e, imposibilitados de permanecer juntos, se separaron. Hans pugnó por permanecer junto a Danielle y cogió su mano, pero la muchedumbre empujaba sin sentido, llevados por el pánico. Lo último que vio de ella antes de que sus manos se separaran, fueron sus ojos con la pupila dilatada y renegó un improperio, aterrado.

Entonces empezó a empujar él también y logró resguardarse en el portal de una casa antes de que la estampida lo arrastrara fuera de la plazoleta. Oía los disparos producidos por los hombres de Abu a los que no tardaron en unirse los de los guardas y pronto no quedaron nada más que los combatientes en el lugar.

Hans vio a una mujer acuclillada detrás de un puesto de verdura con su hijo en brazos, a unos pasos de él. Se agachó y le hizo señas para que fuera hacia él, pero la mujer negó, sin saber si él era amigo o enemigo. Él empujó la puerta del portal en el que se había refugiado y esta cedió. Volvió a hacer imperiosos ademanes hacia la mujer y por fin esta se arrastró hacia él, con el bebé berreando a todo pulmón en sus brazos. Cuando llegó a su lado la empujó dentro y cerró otra vez, se agachó y ocupó el lugar junto al puesto de verduras, ya que desde allí podía atisbar toda la plaza, y buscó a Danielle y a Ibrahim con desesperación.

Al poco tiempo descubrió a Ibrahim, junto al coche de Abu con una *uzi* en las manos. Disparaba hacia la tarima y al girar la vista hacia allí se le cayó el alma a los pies. Las chicas estaban en el suelo de la tarima y pensó que estaban muertas, que los propios guardas las habían ejecutado antes de que pudieran ser liberadas. Estos se parapetaban tras la tarima o en la tetería, y el hombre de la túnica azul había desaparecido.

Hans rechinó los dientes, esa era una operación ideada para entrar y salir. No podían entretenerse mucho con una reyerta contra los opositores, pronto vendrían refuerzos para los guardas.

Entonces se le vino el mundo encima. Una mujer, que no podía ser otra que Danielle, agachada junto a la pared de la casa desde la que habían salido, les hablaba a las chicas y les hacía señas para que se movieran hacia ella. Hans gruñó con fiereza. ¡Audacia insensata! Sin pensar en sí mismo, salió corriendo con la cabeza agachada y atravesó la plaza para ir a reunirse con ella. Con el corazón a cien y sin aliento, adelantaba una pierna y luego la otra, pero no parecía moverse, como si estuviera en una de esas pesadillas en las que se quiere correr y no se puede por mucho empeño que se ponga, como si el tiempo se hubiera detenido. Entonces sintió a sus pies los impactos de

las balas y todo volvió a cobrar vida a su alrededor, saltó y derrapó los últimos metros hasta impactar con la espalda en la pared de la casa.

—¡Hans! ¿Estás loco? —imprecó Danielle, al reconocerlo—. Por poco me da un ataque cuando te he visto correr hacia mí —gritó por encima del estruendo.

Hans agrandó los ojos, estupefacto. ¡Genial! Ella se comportaba como una despreocupada soldado a la que no podían hacer daño las balas que volaban en torno a ellos y él recibía la reprimenda. Si no fuera por la situación en la que estaba se echaría a reír.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? ¡Están muertas! Ellas no...

Pero entonces una de las chicas más mayores volvió la cabeza hacia ellos, con los ojos abiertos como platos, tan llenos de miedo que se les rompió el corazón. Hans inspiró con fuerza al comprender que se habían tirado al suelo como única prevención contra los disparos. La chica, a pesar del miedo que le constreñía el alma empujó a la chica que tenía al lado y la hizo moverse hacia ellos. La chica no quería y se resistía, aterrada, pero la otra siguió empujando y al final se movió. Las otras la siguieron y poco a poco, con la ayuda de Danielle que estaba más cerca, las bajaron de la tarima y las escondieron bajo ella.

Los guardas, ya muy pocos, estaba demasiado enfrascados en mirar por sus propias vidas como para preocuparse por ellas.

—¡Chssss! Quietas ahí, ¿de acuerdo? —instó Hans en voz baja, en inglés. Las chicas lo miraron con miedo, pero algunas reconocieron el inglés y aunque no lo entendieron, asintieron al ver que no era uno de «ellos». Hans se volvió hacia Danielle—. ¿Y ahora qué hacemos?

Danielle se arrastró al lado de él, tras unas mesas volcadas, junto a la tarima, y se mordió el labio mientras pensaba. Se arriesgó a mirar por el extremo inferior de la mesa inclinada para ver a Ibrahim y el asombro la hizo incorporarse.

—¡Ibrahim! —gritó.

Hans alzó la cabeza para saber qué era lo que la había hecho cometer la temeridad de desprotegerse y casi se le cayó la mandíbula al ver al ertzaintza saltar dentro del *jeep* como un atleta saltaría una valla, ponerlo en marcha y avanzar hacia ellos en medio del fuerte tiroteo.

—¡Vamos! ¡Subidlas! —ordenó al tiempo que giraba el vehículo como escudo para cubrirlas.

En la ametralladora trasera Abu seguía disparando, como un Rambo

adicto a la pólvora. Al cambiar la ametralladora de posición los guardas quedaron al descubierto y los abatió sin contemplaciones. Saltó al suelo y empezó a gritarles a ellos, en afgano, al tiempo que hacía gestos con las manos hacia el coche. En ese momento Ibrahim llamó por radio al helicóptero.

—En marcha al punto de recogida —informó.

—Quince minutos —contestó de inmediato el piloto.

Entonces Ibrahim contactó con el portaaviones, anclado en el golfo de Omán, para que despegara el caza cargado con los misiles de guiado.

Danielle se volvió hacia las chicas, se quitó la niqab y les sonrió afable, en un intento de tranquilizarlas.

—Vamos, vamos. Subid al coche, vamos —instaba en inglés.

Las chicas la miraron con asombro al ver su cabellera, recogida en un moño, roja como la sangre. Ibrahim, en persa afgano, se unió a las peticiones en un tono tranquilo y sosegado, y al fin ellas empezaron a moverse.

Una vez todas en el vehículo, apelotonadas en el reducido espacio, Abu se subió tras el volante.

—¡Suerte, amigos! —gritó en un inglés de marcado acento, antes de arrancar a toda velocidad y perderse en las callejuelas para acudir al punto de encuentro.

Los disparos habían cesado, por fin, y Hans contemplaba el desolado y destruido lugar, con pavor, al pensar que ese escenario se repetía a diario alrededor del mundo, en diferentes países, con diferentes causas, pero con el mismo nauseabundo resultado: la muerte.

Los hombres de Abu registraban a los hombres caídos y se llevaban a los heridos. Algunos de ellos entraron en la casa, pero la encontraron desierta. No supieron si es que el resto había huido con el enfrentamiento, o si es que los que había fuera eran todos los efectivos, informó el segundo al mando a Ibrahim

— Salīma alā'ikuma, Ibrahim. ¡Suerte! —se despidió.

Los tres quedaron solos. Pocos segundos después oyeron a un helicóptero elevarse, no muy lejos de ellos, y rogaron porque la recogida no hubiera tenido contratiempos.

—¡Vamos! El caza no tardará —instó Ibrahim.

Echaron a correr hacia el otro lado de la plaza, pero Hans se detuvo y abrió la puerta por la que había hecho entrar a la mujer y al niño, pero ya no estaban. Deseó que hubieran huido por otro lado y estuvieran a salvo ya que

la bomba destruiría un radio de cuatro manzanas como mínimo, y echó a correr tras sus compañeros. Se internaron en las calles de la parte sur. Localizaron el edificio medio en ruinas que Abu les había señalado, mientras se dirigían a la plaza, y abrieron la puerta de la escalera que subía a la azotea. Subieron los escalones de los tres pisos de dos en dos y corrieron hacia el borde del terrado desde el que se veía a la perfección la plazoleta, la tarima y la casa adyacente.

Ibrahim activó el sistema de guiado sobre la pared de unión de la casa y la tetería.

Y esperaron.

Con el corazón en un puño contaron los minutos, agachados junto al murete de la terraza, y al cabo de minutos que se les hicieron horas oyeron los potentes rugidos de los motores del caza acercarse.

Hans se echó sobre Dannielle y la cubrió con su cuerpo para protegerla. Sus pensamientos volaron hacia Ivy, con el corazón entregado. En esa forzada distancia había comprendido que toda su añoranza, toda su necesidad y todo su anhelo de ella no significaba otra cosa más que estaba perdidamente enamorado. Que ella era su familia, su pareja, la razón de su existir y ahora, en la incertidumbre de no saber si sobrevivirían, todo su ser se concentró en Ivy, lo que más le importaba en el mundo entero.

La explosión los aturdió con su fuerza, la onda expansiva los sacudió como una tempestad que amenazara con despegarles la piel de los huesos y la nube de polvo no tardó en cubrirlos como un sudario. Al cabo de unos minutos el fuerte sonido del helicóptero, que venía a recogerlos a ellos, los desenterró con los potentes rotores de la montaña de polvo y escombros que los había cubierto. El aparato descendió y se mantuvo casi a ras de suelo, pero sin posarse y se apresuraron a subir a bordo con emociones encontradas.

Por un lado habían cumplido la misión con éxito, como les informó el piloto cuando le preguntaron por las chicas, pero por otro las vidas inocentes que podían haberse perdido con la explosión les atenazaban el corazón.

En el trayecto de regreso al portaaviones apenas hablaron, aturridos y extenuados.

6

Mayo 2018

Ivy, a muchos kilómetros de Hans, a salvo en el restaurante, ignorante de lo que sucedía en la otra parte del mundo, se sentó a la mesa frente a Leandro y descubrió la copa de *Martini*. Sonrió como una niña. ¡Mmm, cómo le gustaba!

Leandro no solía dejarla beber mucho porque se le subía a la cabeza con rapidez, así que supuso que estaría muy suave. Las cinco aceitunas flotaban en el dorado elemento y una pequeña espadita de acero toledano pinchaba una de ellas.

Apoyó las manos en la mesa, sin acercarse a la copa, a pesar de las ganas que tenía de beber un pequeño trago. Leandro permanecía de cara al ventanal y admiró con deleite el perfil patricio de su Amo. Al cabo de un minuto este se giró hacia ella, por fin, y la observó en silencio con expresión severa.

—Puedes beber, si quieres. Pero, antes... —sonrió con un brillo astuto en los ojos—. Tendrás que elegir una opción por haber tardado tanto en el baño.

El corazón de Ivy saltó, inquieto, en su pecho y esperó a que él continuara lo que había estado maquinado mientras ella se entretenía en el servicio:

—Pides tú al camarero la comida, o te levantas, vas hacia la barra, pasando por el lado del ventanal —era el camino más largo—, te llevas la copa y le dices al *barman* que no está como yo lo he pedido —expuso Leandro las dos alternativas. Exhibía la perfecta dentadura blanca en una sonrisa lobuna y los ojos oscuros la hipnotizaban con una penetrante y maliciosa mirada—. ¿Qué prefieres?

Tragó saliva, insegura, sabía que debía elegir con cuidado. Él tenía claro lo que quería y ella debía acatar, por lo tanto la decisión no era suya. Comprendió que en ninguno de los dos casos iba a salirse de rositas, su vergüenza iba a ser mayúscula para mayor placer de él.

Leandro seguía sonriendo con esa sonrisa suya, tan característica, que Ivy había aprendido a comprender en las timbas de póker de los jueves: no había manera de ganarle.

Ivy estudió otra vez el local, no había mucha gente, pero estaban diseminados por todas las mesas y el camino hacia la barra pasaba muy cerca de una muy grande, abarrotada de ejecutivos, todos varones; había varias ocupadas por parejas de mediana edad y algunas con el típico divorciado

maduro y su última amante, más joven que la anterior. Se volvió hacia él y declaró:

—Llevaré el *Martini* a la barra, Leandro —dijo con voz trémula. En público habían acordado que lo llamaría por su nombre de pila, pero en privado él había exigido que lo llamara siempre Amo y, muchas veces, a Ivy se le olvidaba el acuerdo en público y utilizaba el tratamiento. El castigo no se hacía esperar y tanto él como ella, lo disfrutaban con plenitud.

Los ojos castaños de Leandro brillaron con regocijo, como los de un gato ante un plato de leche, e Ivy supo que no había acertado.

—No, gatita, esa no era la respuesta correcta. La respuesta era: ambas —reveló satisfecho por la pequeña treta en la que la había enredado. Acercó el atlético cuerpo a la mesa y se apoyó con los codos—. Ahora coge la copa de *Martini* y llévalo a la barra, pero espera —pidió, apiadado al ver su carita compungida y algo pálida—, seré magnánimo. Llévalo por el camino directo —ordenó, e instó con las cejas arqueadas como si no hubiese sido él el que la hubiera detenido—. Vamos: ¿A qué esperas?

Ella se levantó y miró la copa. Estaba llena hasta uno o dos milímetros por debajo del borde. En cuanto se descuidara, lo derramaría. Lo miró implorante, pero él la exhortó con una seña imperiosa de la mano. Cogió la copa con cuidado y se encaminó a la barra. Conforme avanzaba, sentía arder el rostro y esperaba el momento fatídico en que él apretaría el botón del mando a distancia, del huevo vibrador que llevaba alojado en su interior, y ella pegaría tal respingo que el *Martini* volaría de sus manos, derramándose o peor aún, se rompería la copa al escapársele de entre los dedos e impactar contra el suelo. Y sabía que eso supondría otro castigo.

Se imaginaba que todos los clientes del restaurante sabían lo que estaba ocurriendo, lo que albergaba en ella, y que la estaban mirando, disfrutando de su humillación. Se arriesgó a mirar a su alrededor y frente a ella, en una mesa redonda con varios comensales masculinos, un hombre atrajo su atención. La miraba con extraña y perturbadora fijeza, con unos ojos pequeños que parecían llenos de lascivia. Enseguida retiró la vista, con el rostro como la grana, con un sentimiento de repulsa por una mirada de la que ninguna mujer quería ser receptora.

Siguió hacia la barra ahora sin mirar a nadie. A medio camino, sorprendida, comprobó que el huevo seguía quietecito en su lugar y continuó más tranquila, pero al cabo de dos pasos notó la primera vibración.

Era muy leve, muy suave...

Casi se detuvo, pero avanzó al instante, lenta, sin perder de vista la copa. Como se temía la vibración aumentó a medida que llegaba, y cuando por fin pudo poner la copa sobre la barra se había derramado la mitad del líquido. Pero lo peor es que no se sentía capaz de hablar, se estremecía y apretaba las piernas, en un intento de evitar la fricción que la estaba volviendo loca de placer, con unas vibraciones que estremecían cada músculo vaginal. La sensación era tan intensa, tan excitante que se estaba derritiendo en el gozo.

Se agarró al borde, con los dientes apretados y reprimió con tesón los gemidos que retenía en la garganta. Entonces sintió toda la potencia del huevo agitando las paredes vaginales e incapaz de contenerse abrió la boca para gritar.

Pero...

La vibración se detuvo con brusquedad.

Sorprendida, cerró la boca a tiempo para reprimir el grito detrás de los dientes. Se giró para mirar a Leandro y lo vio carcajearse en silencio, sentado a la mesa. La miraba con tal intensidad que de inmediato comprendió que estaba excitado. Entonces el *barman* la interpeló.

—¿Deseaba algo, señorita?

Ivy se giró y tomó aire en una honda inhalación, estremecida por la lujuria que le provocaba la tórrida mirada de su Amo. Sin estar segura de su voz carraspeó para recuperarla, y respondió:

—El *Martini* no está como el señor Leandro lo ha pedido. Por favor, vuelva a servirlo.

El empleado miró la copa medio vacía y la cara de ella, enrojecida y encendida, y asintió. Cogió la copa, extrañado, pero el cliente siempre tiene la razón así que procedió a preparar otra.

Ella notó toda la sangre agolparse en su rostro por la situación, por la excitación que le asediaba el abdomen inferior, repleto de mariposas enloquecidas, por la vergüenza que le daba creer que todos la estaban mirando y por el morbo que le producía esa misma perspectiva.

—Por favor, sírvale en la mesa —pidió con un hilo de voz. Se dio la vuelta sin esperar respuesta, regresó con la mirada baja hasta que llegó junto a la mesa y esperó de pie.

Leandro la contempló acercarse hacia él con el corazón acelerado. Estaba tan excitado que si estuvieran solos ya se habría abalanzado sobre ella para tumbarla sobre la mesa y arrancarle toda la ropa que llevaba. Pero no dejaba traslucir nada de lo que sentía, salvo en la mirada encendida. Se levantó

cuando ella se detuvo junto él, apartó la silla femenina y la ayudó a sentarse, pero mientras lo hacía se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—¡Bien hecho, gatita! Me has hecho disfrutar muchísimo —afirmó con la voz muy enronquecida. Al mismo tiempo le pasó las manos bajo los brazos y depositó las manos en su cintura. Ascendió hasta acariciar, por encima de la suave tela del vestido, el lateral de los erguidos senos y añadió, perverso—: Ahora toca la segunda parte.

Ella inhaló con fuerza, asustada. Lo miró por encima del hombro para comprobar si estaba bromeando, pero al ver la sonrisa maliciosa comprendió que no. Si Leandro continuaba con el juego sabía que esta vez no se detendría y no podría contener el orgasmo que sentía asediarla en el borde.

—Por favor, Amo... yo... —suplicó.

Él la ignoró. Dio la vuelta a la mesa, se sentó, llamó al camarero y este se acercó de inmediato. A Ivy no le quedó otro remedio que coger la carta para hacer el pedido. Levantó la vista hacia el rostro del joven empleado del restaurante y empezó a solicitar la comanda. Sabía a la perfección lo que quería él, y mientras pedía los entrantes pegó un respingo al sentir una súbita e intensa vibración en su interior. La carta casi se le escurrió de entre los dedos. Miró a Leandro y descubrió su sonrisa ladina y complacida. La miraba de forma tan fija que Ivy comprendió que no quería perderse ningún detalle de su expresión, de su lenguaje corporal, de sus gestos mientras la sometía con su juego. Entonces sintió aumentar la vibración, más fuerte, más abrumadora. Sin poder evitarlo se contorsionó de gozo, sobre la silla, con el labio inferior atrapado bajo los dientes. El placer era indescriptible, el temblor sacudía las paredes vaginales y estas se contraían con cada agitación, enervando el bulbo interior que incidía sobre el clítoris de una manera que la hacía delirar. La humedad chorreaba de su sexo y empapaba sus muslos.

—Señorita, ¿decía...? —El camarero la miraba, confuso.

A duras penas consiguió sobreponerse y continuó, rápida, con el pedido. Exhalaba las palabras con altibajos y algunos jadeos. El joven, asombrado, apuntaba sin dejar de observar su rostro encendido, que empezaba a perlarse de sudor. Los ojos le brillaban, turbios, y agarraba con tanta fuerza la carta que la estaba doblando.

El joven descubrió la marca morada en su cuello y desvió la vista hacia Leandro, algo envidioso y también divertido.

Leandro muy serio la miraba, penetrante e intenso, con una mano en el bolsillo del pantalón y con la otra se cubría la boca para esconder la

descarnada lujuria que ella le estaba desencadenando.

En ese momento Ivy estaba pidiendo la bebida, pero incapaz de soportarlo más soltó la carta y se agarró con fuerza a la mesa. Con los labios entreabiertos emitió un quedo gemido y se estremeció con viveza.

Leandro miró al camarero y lo despidió con un ademán perentorio, al verlo titubear mientras observaba, embobado, a su sumisa.

Ivy, perdida ya toda compostura, se retorció en la silla con los ojos cerrados, al tiempo que la vibración se mantenía en uno de los niveles más altos.

Entonces el huevo se detuvo y la agitación paró. Ivy ni siquiera fue capaz de hablar. Se desplomó contra el respaldo, jadeante. Leandro se levantó, se acercó a ella y le retiró la silla. Se incorporó, aunque temblorosa, ante la indicación masculina.

Él la enlazó de la cintura y la condujo hacia los lavabos. La dejó en la puerta y comprobó que no hubiera nadie en el de caballeros. Con la libido por las nubes Ivy miró a su alrededor con el rostro como la grana y una sonrisa que podría iluminar un antro de perversión. Leandro volvió a por ella, abrió la puerta de los aseos masculinos, la llevó de la mano casi en volandas y la metió en uno de los compartimientos que había más al fondo, pasados los urinarios. De inmediato cerró con el pestillo y sin darle tiempo a decir nada se pegó a ella por detrás, inflamado.

—¡Dios! Sapphire... —jadeó en su oído. Le abarcó los senos con fuerza y la mordió en el cuello de forma erótica. Ivy se arqueó, ofrecida y él le separó las piernas con una de las suyas, impetuoso. Bajó las manos por la cintura, hacia las caderas, agarró la tela y le subió la falda hasta exponer las nalgas.

—¡Me vuelves loco, gatita! Mira lo que me haces hacer —susurró ronco. Excitado hasta no poder aguantar más, la besó en el cuello con fuerza. Con la mano por entre sus piernas acarició los labios genitales, con suavidad. Ivy gimió y él le mordisqueó el trapecio para evitar que se le escapara el gruñido lujurioso que contenía en la garganta. Friccionó su sexo con maestría y sonrió al sentir que ella se humedecía aún más. Empapó con generosidad sus dedos y retrocedió hacia el anillo de piel entre sus nalgas. Jugueteó con él y luego, muy lento fue introduciendo primero un dedo y luego dos.

Ivy gimoteó al sentir la penetración.

—Amo... Amo... —susurró necesitada. Quería sentirlo ya, lo ansiaba con desesperación.

Entonces Leandro liberó la tremenda erección que tiraba de las costuras

de su pantalón, consumido de anhelo. Separó los redondos glúteos con las dos manos y empujó, al tiempo que exhalaba el gruñido que ya no consiguió contener durante más tiempo. Ivy inhaló, fogosa, al sentir la devastadora presión del glande, pero Leandro no se detuvo e imprimió más fuerza a sus caderas. Ivy empujó un poco, hacia atrás, para ayudar a que el anillo constrictor de su esfínter aflojara. Él presionó aún más, exaltado, y se hundió en ella mientras apretaba el botón de máxima potencia del huevo.

Sin aire en los pulmones por la feroz penetración, Ivy cerró los ojos, gozosa, y se arqueó contra él al sentir la empotradora embestida. Leandro le selló la boca con una mano mientras empujaba con ansia, con tanta fuerza que la aplastó contra la pared, con las piernas abiertas sobre el inodoro.

—¡Gatita! —gruñó, pegado a ella, enardecido—. ¡Santo Cristo! ¡Me enloquece follar contigo!

Ivy lo sentía tan adentro, tan caliente. Sus embates la estremecían, la trastornaban de placer. Se corrió casi al instante sin poder gritar, sin aire, su cuerpo entero ardiendo.

En ese instante entró un hombre en el servicio, ambos oyeron como se bajaba la cremallera y se aliviaba la vejiga.

—Sapphire... Me la aprietas con tanta fuerza... —susurró Leandro, fogoso, con la voz áspera y grave por la excitación, en su oído, sin dejar de embestirla—. ¡Me haces arder!

Implacable, empujó de forma más bestial con las caderas y le destapó la boca. Le cogió los tirantes del vestido y se los bajó para desnudarle el torso. Le envolvió los colmados senos con las manos y rotó los endurecidos pezones entre los dedos, con un gemido de ansia.

—¡Oh, sí! Duros como cerezas —masculló, febril.

Ella murmuró, cautiva del placer, apresada entre sus manos, al sentir la lujuria que lo desbordaba. Jadeó y al final gritó, mientras un nuevo orgasmo la traspasaba con violentas oleadas de placer, de delirio, de éxtasis. Leandro siguió empujando, al final no pudo contenerse y se derramó, exaltado, dentro de ella.

Al cabo de unas horas, después de comer, con el huevo vibrador de nuevo en la bolsita de terciopelo negro, y guardada en el interior del bolsillo de la americana masculina, regresaron al chalet.

La comida en el restaurante había sido exquisita, como siempre, después de los ardientes preliminares. Leandro dejó una generosa propina por las

«molestias» ocasionadas y se llevó de allí a una Ivy muy satisfecha y sonriente, sin reparar en la aviesa mirada, ávida y a la vez sórdida, con la que los observaba el mismo hombre que ya divisara Ivy antes, con el episodio del Martini.

Ivy sonrió, adormilada en el asiento del copiloto, con la cara ardiendo al recordar dichas molestias, sobre todo, en el lavabo de caballeros.

Leandro aparcó frente a la entrada y salió para dar la vuelta al coche. Abrió la puerta y la ayudó a descender.

No importaba que hiciera apenas una hora que la hubiera poseído y llevado al frenesí de una manera tan intensa. Ivy miraba su cuerpo atlético, con ese peculiar y tan propio ritmo que imprimía a su cuerpo bien formado, con esa elegancia viril y esa seguridad en sí mismo que manifestaba en cada uno de sus movimientos, y lo deseaba. Deseaba que la cogiera entre sus manos e hiciera de ella lo que quisiera. Desde que Hans se había ido, vivía por y para él, cada vez más seducida y cautivada por el carácter de ese hombre, por su corazón.

Leandro le sonrió, la enlazó de la cintura y la acompañó a la puerta para despedirse con un prolongado y apasionado beso húmedo.

—Tengo que irme, gatita, esta tarde me queda un montón de trabajo — reveló, pesaroso. Con gusto se quedaría toda la tarde con ella. La escena en el restaurante había sido tan gloriosa que el corazón le brincaba de puro gozo y satisfacción.

Ahora ya no podía negar que la pasión que sentía por Ivy era la fuerza más devastadora que había experimentado jamás por nadie.

Y estaba asustado.

7

Madrid. Mayo, 2019

Dos años después de la marcha de Hans la vida de Ivy transcurría entre los estudios y las sensuales vivencias con Leandro.

Él compaginaba su trabajo en la empresa con el Korfball, las partidas de póquer los jueves con sus amigos de siempre, y las fiestas de BDSM a la que le gustaba llevarla para exhibirla y presumir como un gallo.

Una fuerte tormenta descargaba en ese momento sobre el chalet, como si fuera el diluvio universal, y los alegres rayos de sol de primavera, de los que disfrutaban los últimos días, desaparecieron bajo un cielo emplomado y gris. La temperatura había caído en picado, casi como si estuvieran otra vez en invierno.

Ivy entró en la pequeña biblioteca que Leandro tenía en la planta baja, en una estancia abierta entre la habitación de invitados y el baño, y empezó a subirse a una escalera de madera que había junto a las altas estanterías repletas de libros. Quería coger uno del estante más alto, ya que había visto como él lo había colocado ahí y tenía ganas de leerlo después de la buena valoración que Leandro le dio.

Acababa de finalizar los exámenes del máster y ahora disponía de tiempo para hacer lo que le viniera en gana, al menos hasta que empezara el doctorado, y le apetecía mucho leer «Rio Bravo»: la historia de Ethan y Maggie, arrellanada en el sofá tapada con una buena manta, en un día que invitaba a ello.

«¡Diantres!, menos mal que no hay una estantería más alta, si no ya ni llegaría», pensó frustrada. Estirada sobre las puntas de los pies en el último escalón, se apoyaba sobre las baldas superiores para alcanzar el tomo con las puntas de los dedos. Por fin lo alcanzó y lo cogió. Justo en ese momento la escalera se movió y se tambaleó, peligrosa. Ivy gritó, sobresaltada, y soltó el tomo para agarrarse, pero la mano no atinó y no pudo evitar caer. Con rápidos reflejos tensó el cuerpo y aprovechó la inercia para voltearse como en un salto de ballet. Impactó en el suelo con el pie izquierdo y notó un súbito

pinchazo en el tobillo que la hizo ver las estrellas. Se dejó caer a un lado para no forzar el ligamento y acabó espatarrada en el suelo, con el corazón acelerado a mil por hora.

Freddo apareció en la puerta, se acercó a ella y maulló, preocupado.

—No te preocupes, mi precioso —sonrió, dolorida—. Estoy bien, solo es mi maltrecho orgullo el que sufre —le habló, cariñosa. Se incorporó, quedó sentada en el suelo y acarició la larga cola del minino con dulzura. —Mira que soy torpe —imprecó contra sí misma al tiempo que se palpaba el tobillo. Le dolía, pero no parecía grave.

Con cuidado se levantó y cuando apoyó el pie el tobillo le envió un chispazo de dolor. Sin poderlo remediar chilló, se dejó caer sobre el cercano diván y se meció en posición fetal, con los ojos cerrados. Al cabo de unos segundos se incorporó, cuando la quemazón se suavizó. Entonces sonó el móvil y el tono con el desgarrador estribillo de «Song on fire» de Nickelback le indicó que se trataba de Leandro. Él mismo había escogido la canción, había descargado el tono para ella y le ordenó que lo usara exclusivamente para sus llamadas.

Para desgracia suya tenía el móvil sobre la encimera de la cocina. Demasiado lejos en ese preciso momento. Se levantó, con un esfuerzo, y saltó a la pata coja hacia allí para cogerlo.

—Hola, Amo —contestó tierna, casi sin aliento.

—Hola, gatita —respondió Leandro en un tono alegre—. Prepárate, voy a recogerte en cinco minutos. Estoy en la autopista.

—¡Oh!... —respondió, preocupada por el tobillo y al cabo de unos segundos asintió—. Vale....

—¿Qué ocurre? ¿No puedes? —preguntó Leandro, más serio al oír el titubeo en la voz femenina. Quizá Ivy había quedado ya con sus amigas, las mismas que al principio de la relación lo miraban de forma muy borde porque no comprendían que de la noche a la mañana estuviera con él y no con Hans—. ¿Has quedado con tu pandilla? —inquirió, algo desilusionado. Durante todo el día no había hecho otra cosa que pensar en ella y saber que si ya había hecho planes no podría verla le producía un resquemor de añoranza demasiado intenso.

—No, no —negó y continuó, segura—: Me preparo enseguida, Amo.

Leandro calló durante unos segundos, no muy convencido de su respuesta. ¿Estaba cambiando sus planes por él? Frunció el ceño, escamado. Aunque le sentara como una patada no poder verla, tampoco quería que

trastocara un compromiso previo, en realidad era culpa suya por no haberla avisado antes. Le preguntaría lo que pasaba en cuanto la viera. Bien valía la pena llegar hasta el chalet para verla, aunque solo fueran unos minutos al menos.

—Está bien. Hasta ahora, gatita —se despidió al tiempo que cortaba la comunicación, del sistema de telefonía del coche, en el mando del volante.

Ivy se mordió el labio e intentó depositar el peso sobre el tobillo, pero no podía ni apoyar el pie sin sentir que la atravesaba un pinchazo como si fuera un cuchillo. Se le saltaron las lágrimas de dolor, pero... ¿Qué era eso en comparación? Él venía a buscarla. Obstinada, apretó los dientes y se forzó a apoyar primero la punta de los dedos y luego el resto. El sufrimiento fue atroz, pero comprobó que podía soportarlo. Poco a poco fue descargando más peso, a pesar del dolor, y se dio cuenta de que no estaba roto. Debía ser una simple torcedura o de lo contrario no habría sido capaz de sostenerse. Entonces corrió a la habitación, aunque correr no habría sido el calificativo que usarían los expertos, pues su velocidad distaba mucho de ser punta.

Mientras se vestía, delante del espejo de cuerpo entero, no dejaba de pensar en Leandro con el corazón henchido de alegría. Se sentía burbujeante de gozo cuando él la visitaba. Feliz. Una sonrisa se le ensanchaba en la cara y el corazón le latía más rápido, lleno de vida, de pureza.

Y de repente...

Se quedó quieta, con los pantalones a medio subir y miró, estupefacta, su propio reflejo en el cristal mientras su faz palidecía. Despacio como si alguien recorriera una cortina en su corazón, en su alma, la verdad se desveló ante ella.

Con toda claridad percibió lo que estaba sucediendo en su ser.

Algo muy grande, gigantesco en realidad, había echado gruesas raíces y había florecido como si millones de flores hubieran abierto miles de pétalos de felicidad pura en su ser.

Y comprendió, arredrada, que se había enamorado de él. Las piernas dejaron de sostenerla y tuvo que sentarse en la cama, temblorosa. Sus ojos volaron a la fotografía de Hans, en su mesita, y lo miró mientras la verdad se abría camino en su conciencia.

No lo había buscado. Ni siquiera se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, ni tenía la más remota idea de cuándo había empezado.

Con Hans fue muy fácil: se dejó llevar por el cariño que le tenía, por la fascinación que él le generaba, y por la ternura con la que la trataba siempre.

Con Leandro desde el principio supo que era deseo, algo físico, atracción y morbo. Y nunca pensó en ir más allá porque era algo temporal, algo efímero. Así que se dejó mecer en las redes de la pasión y el deseo, sin darse cuenta de que su corazón cambiaba, que se entregaba más allá de la sumisión. Sin darse cuenta abrió su alma para él.

La irrefutable verdad era que ese sentimiento perfecto, de fuerza emotiva, no podía ser otra cosa que amor. Asustada se cubrió el rostro con las manos, arredrada.

Pero no había equívoco: lo amaba.

Con todo su ser.

Abrió los ojos, sin aliento, intimidada. ¿Y ahora qué? La incertidumbre la asedió.

¿Qué ocurriría con Hans? ¿Con ella? ¿Debía decirle a Leandro lo que sentía? ¿Y si para él solo continuaba siendo una cesión? ¿Y si...?

Pero en un arrebato de valentía sacudió la cabeza para desembarazarse de dudas y miedos. Lo único válido era que su corazón estaba lleno de un sentimiento tan inabarcable que creía que podría volar.

¿Y qué importaba que lo amara? Puede que se presentaran escollos en el camino: Hans sin duda regresaría —era su Dueño y también lo quería—, y quizá Leandro no correspondiera a sus sentimientos, pero nada de eso era relevante.

«Amar a alguien no es una condena, es un regalo. Y para otorgarlo no se necesita lo mismo a cambio», se aleccionó a sí misma, determinada.

Entonces sonrió con toda el alma. ¡Sería capaz de mover montañas, tanta era la fuerza que ahora la recorría! Lo único que le demandaba todo su ser en ese momento era hacer feliz a ese magnífico hombre por el que bebería los vientos. Quería pintar a todas horas una sonrisa en su cara y ver bullir la alegría en sus ojos cada día. El alma se le estremecía de ganas de verlo disfrutar de la vida, de saberlo dichoso y a salvo de cualquier mal.

Se vistió con nuevos bríos y a los cinco minutos abrió la puerta, vestida con unos vaqueros de pitillo, botines y un grueso y amplio jersey gris con cremallera delantera, bajo una trenca de color azul marino. Cerró la puerta con la llave y al girarse vio llegar el BMW negro por el camino de acceso. Bajó los cuatro escalones del porche de entrada dando saltos, tan grande era la energía que ahora la poseía y una ráfaga de viento alborotó su cabello, suelto en la espalda. Él detuvo el coche a su lado y ella abrió la puerta para subir. Llevaba el tobillo fuertemente vendado y se lo había untado con una

pomada antiinflamatoria. Para asegurarse también se había tomado unos analgésicos y ahora que tenía a Leandro frente a ella, apenas se acordaba.

—Amo... —susurró con una sonrisa de dicha, ya en el asiento de cuero. Ese hombre se le había metido muy adentro con su ternura, con su paciencia. Con la incontestable autoridad y dominación que destilaba en cada una de sus facetas dominantes. Había llegado a estar tan pendiente de él que podría morir en una de sus dulces caricias y revivir con uno de sus apasionadísimos besos.

Todavía no alcanzaba a comprender cómo había pasado. Lo que sentía por Hans estaba ahí, fuerte, imposible de desplazar, pero no tenía nada que ver con lo que ahora bullía en su ser.

No lo había visto venir, pero ahora lo abarcaba dentro como un tesoro, como una luz que guiara su camino.

Leandro la devoró con un brillo malicioso en los iris oscuros. ¡Dios! Lo que esa mujer hacía con su cuerpo y con su mente no tenía nombre. La contempló sin poder controlar la fascinación y cuando pensó que estallaría de puro deseo, ordenó:

—Ven aquí.

Cuando la vio correr hacia el coche con una enorme sonrisa en el rostro, como si de nuevo hubiera salido el sol, dando saltos como una cabra loca, olvidó por completo que tenía que preguntarle si había cambiado sus planes para ir con él en vez de con sus amigas,

Ivy separó los labios y se humedeció el inferior mientras se ladeaba, apoyaba una rodilla en el asiento del copiloto y se adelantaba hacia él.

Leandro le abarcó el rostro entre las manos, tiró con firmeza y se apropió de su boca, impetuoso. Se comió su aliento y lo saboreó, apasionado, al tiempo que con una mano descendía y tiraba de la cremallera delantera del jersey hacia abajo. Los senos femeninos asomaron al instante y el frío los endureció, eyectándolos hacia él.

—¡Mmmm! —musitó Ivy, estremecida más por lo que él le provocaba que por el frío que mordía su piel. Incorporada sobre el asiento, inclinada hacia él, abrió los ojos y le sonrió, picarona.

—¡Oh, sí! Llevo todo el día fantaseando con esto —declaró Leandro al abandonar su boca para contemplarla con la prenda abierta y el torso medio desnudo. Pasó la mano tras la nuca femenina para inmovilizarla. Con la otra cogió uno de esos irresistibles pezones y jugó con él hasta que se engrosó aún más e Ivy gimió, sensual. Solo entonces asintió, satisfecho—. Vuelve a tu

asiento, pero no te cubras, quiero verte así —exigió con un brillo lujurioso en el fondo de las pupilas—. Voy a llevarte a tomar un chocolate con churros, ¿te apetece?

Ivy regresó a su asiento y se acomodó de nuevo, aunque sin cubrirse, con las mejillas como la grana al pensar que los otros conductores la verían desnuda. La vergüenza la hizo gemir, pero el morbo le provocó un subidón y bailoteó excitada sobre el asiento.

—¿Chocolate? —se relamió—. ¡Por supuesto! —respondió, mientras se abrochaba el cinturón.

Leandro alargó la mano para colocarlo justo por entre sus pechos redondos y ajustárselo bien. Meneó la cabeza, gozoso, al verla desnuda y exhibida. Provocar la vergüenza femenina con situaciones comprometedoras en las que el pudor luchara con la excitación, lo hacía disfrutar muchísimo; ella respondía de una forma que lo ponía cardíaco y su corazón se colmaba un poco más con esa entrega tan exquisita.

Cuando Hans le preguntó si querría ser el dueño temporal de la beldad bajada de Asgard, no lo dudó. Por supuesto. Poder disfrutar de semejante hembra sería puro deleite, pero también creyó que acabaría saciándose como siempre le había ocurrido con las demás sumisas con las que había compartido sesiones; y más en un régimen muy parecido a un 24/7¹⁰, algo de una responsabilidad inmensa y que nunca había querido asumir, hasta ahora.

Pero...

Con ella no sucedió, al contrario.

Nunca se cansaba de Ivy, nunca tenía suficiente, cada día lo maravillaba más. Y su ser escalaba niveles emocionales sin que él se diera cuenta.

Llegaron en poco tiempo al antiguo establecimiento y se acomodaron en una mesita apartada al fondo, junto a la chimenea, a salvo de miradas curiosas.

—¿Qué será, chicos? —inquirió una camarera, ya mayor, con desparpajo y simpatía, libreta en mano.

Leandro consultó a Ivy con la mirada, pero ella solo cabeceó, y sonrió: siempre quería lo mismo.

—Dos chocolates, media de churros y dos de bizcocho —pidió con un guiño alegre a la mujer.

—¡Marchando! —respondió ella, seducida por esa expresión descarada, escribiendo con rapidez—. Os voy a quitar estas cartas de aquí, así estaréis más cómodos y podréis hacer manitas—dijo con una sonrisa mientras cogía

los voluminosos cartones con todo lo que ofrecían en el local y les sonrió—. Ahora mismo os lo traigo todo, guapos.

Ivy asintió y Leandro alargó las manos para coger las de ella por encima de la mesa.

—Dime, ¿qué has hecho hoy? —preguntó, deseoso de saber cada pequeño detalle.

Ivy estiró las manos y sintió que él se las encerraba entre las suyas. Con el corazón alborozado por la ternura con la que la miraba, y con la que le acariciaba las palmas de forma lenta y también excitante. Con entusiasmo le relató lo relajada que estaba ahora que ya se había sacado el máster, que había dado un largo paseo por la urbanización, cansada de estar tanto tiempo encerrada, y le contó que había empezado a leer el libro que le recomendó. Sin acordarse para nada del tobillo lastimado al poder abstraerse en la profunda mirada oscura, fija en ella con intensidad.

A las pocas horas regresaron al chalet después de una divertida tarde en la que Leandro la hizo reír mientras le contaba el entrenamiento de Korfball con sus amigos.

Él aparcó, dio la vuelta al coche y le abrió la portezuela. Ella le sonrió, maravillada de un gesto, tan anticuado como tierno, que siempre se empeñaba en hacer y apoyó el pie en el suelo sin acordarse de su lesión. Un pinchazo brutal la atravesó, dejándola aturdida. Palideció y emitió un chillido que no pudo reprimir a tiempo.

—¿Qué ocurre? —se alarmó Leandro, sobresaltado. Se inclinó al instante hacia ella con la preocupación reflejada en el semblante.

—Nada, no es nada —respondió, estremecida, e intentó ocultarle el dolor que la traspasaba con una sonrisa valerosa.

—Tonterías —refutó—. ¿Qué es? ¡Dímelo! —exigió con autoridad. Se arrodilló a su lado, con la portezuela abierta del coche y ella a medio camino de salir.

Ivy capituló, mareada. Torció el gesto, dolorida, y le señaló el tobillo.

—Me caí antes y me lo torcí, pero ya está bien. No es nada de verdad, Amo, no se preocupe...

—No me digas que no es nada si te duele tanto, gatita —reprendió con suavidad. Le cogió la barbilla y la miró con fijeza—. Vamos a ver qué se ha hecho mi pimpollito.

La inquietud en la voz masculina la derritió con su dulzura, y se dejó hacer, mansa.

Él le cogió la pierna y le sacó el botín, de forma suave, con cuidado de no hacerle daño. Ella evitaba quejarse y apretaba los dientes, observando la delicadeza con la que la trataba, al tiempo que sentía como su corazón volaba hacia él y se inflamaba de amor. Leandro cuidaba de ella con interés, solícito, y deseó poder eternizar ese momento para siempre.

—Pero... ¡Por el amor de...! —blasfemó él—. Chiquilla: ¿por qué no me lo has dicho antes? ¡Mira cómo tienes el tobillo! —recriminó enfadado y silbó, exasperado, al verlo hinchado y de unos tonos de color más encarnados de lo normal, por debajo de la venda que ella se había puesto. De inmediato se levantó, cogió el móvil y clicó, estuvo hablando durante unos minutos y colgó. Volvió a agacharse, le levantó la pierna y la colocó en el interior del coche con toda la suavidad que pudo—. Te llevo ahora mismo a que te lo miren al hospital. Hay que ver lo que llegas a hacer para no molestarme. —Se incorporó otra vez, pero se inclinó sobre ella en el interior del vehículo. Le enredó la mano en el pelo y tiró hacia atrás, para poder verle bien la cara. — El dolor en tu cuerpo te lo ocasiono yo. ¡Nadie más que yo! ¿Está claro? — Ivy asintió, afligida por haberlo preocupado, y él continuó—: No vuelvas a ocultarme nada tuyo. ¡Nunca! —exigió, ardiente. Descendió y la besó, ardoroso. Se enredó con su lengua en una batalla de pasión y preocupación a partes iguales. Introdujo una mano por debajo del jersey, ya con la cremallera otra vez subida, y le pellizcó el pezón endurecido entre los dedos. Ella se arqueó al tiempo que lanzaba un gemido ante el súbito dolor y Leandro se separó de esos labios adictivos, con un hondo pesar que ocultó bajo una expresión severa—. Eso es para que no se te olvide, gatita —advirtió.

Se incorporó y cerró la puerta. Dio la vuelta al capó con largas zancadas, entró otra vez en el coche y arrancó a toda velocidad, impaciente por llevarla al hospital.

Por el camino le cogió la mano, la llevó hacia su propio muslo y se la colocó sobre la abultada entrepierna. Tenía el miembro tan duro como el acero después del tórrido beso. Ella se mordió el labio con anhelo y empezó a jugar con la notable prominencia en sus pantalones, como sabía que a él le gustaba. Aunque, en realidad, perversamente deseaba que la cogiera de la cabeza y se la bajara hasta que ella pudiera abrir la boca y hacerle una pecaminosa mamada mientras él conducía. El morbo la hizo gemir y descarada provocó ardientes sacudidas y tirones en los genitales masculinos por encima de la ropa.

Cuando llegaron a la clínica, Leandro estaba tan excitado que a punto

estuvo de chocar con el aparcamiento de las bicis. Apagó el motor del coche con la respiración acelerada, se giró hacia ella y le desabrochó el cinturón. La cogió de la cintura, la volteó hacia él, sobre el cambio de marchas, y la apretó contra sí. Hundió la cara en su cuello, mientras frotaba el rostro contra su garganta.

—Gatita, cuando salgamos de aquí... —La cogió de la nuca, la miró a los ojos y avisó, como una promesa—: ¡No te me escapas!

Entonces la ayudó a salir del coche y la cogió en brazos, para que no tuviera que apoyar el pie en el suelo. En la clínica ya los esperaban, gracias a su aviso a través del móvil. Los llevaron de inmediato a un compartimento con una camilla separado por unas cortinillas de los demás y un joven doctor examinó el tobillo de Ivy. Ordenó hacer algunas pruebas mientras una enfermera le indicaba a Leandro que esperara afuera.

Él protestó, pero al final asintió a regañadientes. La miró antes de salir, ella le sonrió, como asegurándole que estaría bien y salió, presa del nerviosismo.

«¡Solo es un simple tobillo, por el amor de Dios!», se recriminó a sí mismo el profundo estado de nervios que lo asediaba. Estaba perdiendo el control y nunca le había pasado.

Desde que empezó todo ese asunto de la cesión él se pavoneó por la ciudad con el ego del tamaño de las Torres Kio.

Pero...

Muy pronto comprendió que Ivy era muy diferente a las sumisas que había tenido con anterioridad. Todas se le entregaron de una forma intensa y había disfrutado plenamente al recibir su sumisión, pero con Ivy... Todo había cambiado y solo ahora empezaba a darse cuenta de la verdadera dimensión de ese cambio. Pensar que ella estaba sufriendo le retorció las entrañas.

En la tensa espera a punto estuvo de ir a comprar tabaco a pesar de hacer siete años que lo había dejado.

Por fin, al cabo de media hora, lo llamaron por megafonía:

—Señor Leandro Unanue, señor Leandro Unanue: acuda a *boxes*, por favor.

Entró corriendo sin perder un segundo. Ivy estaba tumbada en la camilla con una expresión relajada que solo podía indicar que le habían administrado calmantes. Todo rastro de dolor se había borrado de su faz, comprobó aliviado.

Le habían vendado el tobillo y le habían puesto una de esas botas ortopédicas llenas de cintas de *velcro*.

—No ha sido más que una torcedura, pero el llevarlo tanto tiempo comprimido en un botín y vendárselo de mala manera no ha ayudado, y ahora tiene una fuerte inflamación. Tendrá que reposar varios días y tomar estas cápsulas. Nada grave —sonrió el médico.

—Gracias, doctor —agradeció Leandro. Alargó la mano y estrechó la del médico con firmeza. Este abandonó el compartimento, dejándolos solos y corrió la cortina.

Se aproximó a la camilla, observándola con avidez. Ivy sonreía, sosegada, como si hubiera alcanzado el nirvana. Solo llevaba el grueso jersey de lana —ya que las enfermeras le habían quitado los vaqueros antes para hacerle las radiografías—, permanecía reclinada sobre el respaldo medio levantado de la camilla, con las piernas desnudas y sin nada que la cubriese a su hambrienta mirada. Le acarició la pantorrilla con extrema suavidad solo con las yemas de los dedos y la respiración femenina sufrió una instantánea alteración. Sonrió, maquiavélico, y subió con desesperante lentitud hacia el muslo. Cogió la tira del tanga, color amarillo, y tiró. La prenda se deslizó con suavidad hacia abajo. Ivy se mantenía quieta, pero sus ojos se movían intranquilos hacia él y luego hacia las cortinas de separación. Estas no llegaban al suelo y por debajo se podían ver las piernas de médicos, enfermeras y auxiliares en el ir y venir diario de un hospital.

Leandro la cogió del tobillo sano, lo levantó, lo aproximó a su cara y le mordió el dedo gordo.

Ivy emitió un quejido, ahora ya tensa sobre la camilla. La enloquecía que le tocara los pies. Él siguió mordiéndola y con la otra mano descendió por el interior de la pierna hacia el muslo. En ese momento tiró de su cuerpo con fuerza, ella resbaló hacia abajo y le separó las rodillas, con un guiño descarado. La cogió de las caderas con las dos manos y la giró de través sobre la camilla, encarándola hacia él.

—Y ahora no se te ocurra hacer ruido, gatita —aleccionó con un susurro ronco al tiempo que se desabrochaba la bragueta y la miraba, perverso.

Ivy inspiró de golpe al adivinar lo que se proponía y la excitación hizo que un escalofrío de expectación morbosa, anhelo y pudor le recorriera la columna.

Leandro se liberó y se situó entre sus piernas. Le levantó el tobillo con la bota ortopédica y se lo colocó sobre el hombro, con ternura. Con el dedo

corazón recorrió el sexo depilado mientras se lamía el labio. Separó los suavísimos pliegues, tan húmedos que tuvo que ahogar un gruñido. Ivy se mordió el pulgar para evitar que ningún sonido de deleite escapara de su boca y las pupilas se le dilataron, llenas de ansia. Entonces él la sujetó con fuerza de las caderas, se frotó libidinoso contra los calientes fluidos arriba y abajo, y se posicionó en la entrada ardiente. La miró a los ojos, arrebatado, y la penetró con ferocidad.

Ivy se retorció, aturdida, al sentir su delirante grosor llenándola de nuevo. Tumbada y atravesada sobre la camilla tuvo que agarrarse a la misma al sentir como se desplazaba sobre ella, ante las arrolladoras acometidas, y estrujó la sábana en un intento de no gritar de placer. Sentía los profundos embates y dejó caer la cabeza por el otro lado, incapaz de resistirse a la lujuria y al goce que la embargaban al sentirlo follarla con tanta pasión.

En los otros compartimentos discurrían los hechos cotidianos de una clínica: un niño que lloraba porque le iban a poner una inyección, un hombre con un dedo a la *virulé* por haberse cortado en el trabajo, una mujer con las primeras contracciones del parto...

Pero ellos ya no lo percibían. Solo eran conscientes de ellos mismos, de sus pieles, de sus bocas y manos...

De su ardiente interior.

8

Junio, 2019. Samarinda, Isla de Borneo.

Hans se deslizaba con cautela a ras de suelo, con la nariz pegada al césped del palacete colonial que Yoshio Hayashi, el líder de la *yakuza*, tenía en la isla como centro de control. Vestido de negro, sobre los ojos llevaba unas gafas de visión nocturna que le permitían ver todo lo que ocurría a su alrededor de una forma nítida. Giró un poco la cabeza, levantó la mano con dos dedos alzados y luego señaló hacia delante.

El completo silencio que envolvía el edificio siguió incólume y ninguno de los cinco guardias que custodiaban las cuatro esquinas y la puerta principal notaron nada extraño, aunque Hans sí percibió que alguien se le aproximaba, también a ras de suelo, con tanto sigilo como él mismo.

Una figura, también vestida de negro y con las mismas gafas nocturnas, se detuvo a su lado y se señaló los ojos, luego indicó hacia delante dos direcciones diferentes. Hans asintió y cada uno siguió avanzando, él hacia la izquierda y la otra figura hacia la derecha, con cautela, como si fueran dos anacondas al acecho.

El equipo al completo de la OpE llevaba investigando esa mansión varios meses; habían robado planos del registro municipal para saber por dónde iban los conductos de electricidad, de agua, si tenía sótano y qué dimensiones medía. Lo sabían todo sobre esa construcción ahora. Se habían pasado los últimos días memorizando cada recoveco mientras forjaban un plan de rescate.

Hans avanzó hacia la esquina norte, siempre camuflado en la oscuridad, lejos de la iluminación que conferían los potentes focos que había esparcidos por toda la fachada de color crudo. Cuando ya se hizo evidente que si se acercaba más, se haría visible, se alzó las gafas nocturnas para no cegarse con la luz, se arrastró bajo los parterres y los grandes árboles que circundaban toda la edificación como si el dueño quisiera hacerse invisible al resto del mundo. Llegó junto a los pies de una de las gruesas columnas de piedra y se detuvo. Miró el reloj cronómetro y contó los últimos segundos que quedaban de la cuenta atrás, mientras desenvainaba el taser. Levantó la mano, se ajustó de nuevo las gafas y cerró los ojos, a dos segundos. El corazón bombeaba veloz la adrenalina por sus venas, preparado para entrar en acción

Él y los demás se disponían a asaltar la sede de operaciones de Hayashi,

con la esperanza de encontrar en algún lugar de ese inmenso palacete el último cargamento de personas que Gutiérrez había importado vía India, pero principalmente para poder acabar con el líder japonés y hacer desaparecer esa célula de traficantes de una vez por todas.

A los dos segundos Hans abrió los ojos tras las gafas y comprobó que las luces de la casa se habían apagado. De inmediato saltó a la terraza, con agilidad de un gato, y se abalanzó sobre el guardia, por un momento distraído por el súbito apagón. Disparó el taser a medio metro y el sujeto cayó al suelo con un gemido. Se abalanzó sobre él al tiempo que sacaba las bridas. Con rápidos movimientos dio la vuelta al fornido guardia, le ató las manos a la espalda con las esposas de plástico, ajustó con fuerza y juntó los tobillos, para unirlos también. Una vez que se aseguró de que no iba a dar problemas lo arrastró hacia los dos escalones que bajaban hacia el jardín. Lo amordazó con cinta y lo dejó debajo de los parterres, medio inconsciente por la potente descarga eléctrica. El sujeto tardaría unos quince minutos en recobrar todas sus capacidades motoras, ya que el taser que usaban era uno de los más potentes del mercado.

Empezaban a oírse gritos y exclamaciones en el interior por la falta de luz. Se aproximó hacia la entrada oeste, pegado a la pared. Por la otra esquina apareció una figura muy parecida a la que había intercambiado señas con él en el césped, aunque Hans sabía que no era la misma. Ambos asintieron a modo de saludo y siguieron avanzando hacia la entrada oeste. Hans miró el cronómetro de nuevo, con la segunda cuenta atrás activada y al llegar junto a la puerta ambos se detuvieron frente a frente, tasers en mano. Hans levantó la mano con cuatro dedos alzados y los fue bajando uno a uno. La otra figura apoyó la mano en el picaporte, preparado para abrir cuando ya no hubiera dedos alzados.

Se oyó una explosión al sur de la propiedad y una columna de humo y fuego subió hacia el cielo. El generador de emergencia había caído antes de poder activarse. Hans bajó el último dedo y su compañero abrió la puerta de inmediato. Ambos entraron como una tromba y empezaron a disparar sus tasers a todos los reunidos en esa parte de la casa.

Los ocupantes, ciegos y a oscuras, apenas podían repeler lo que se les venía encima y a los pocos segundos los tres guardias y los dos hombres, uno europeo y otro árabe, estaba todos inmovilizados y maniatados en el suelo, en fila al lado de la pared.

—Vete tú abajo, yo iré arriba —indicó con autoridad la voz de Aroa, bajo

el pasamontañas negro.

—De acuerdo.

Ambos se separaron en el rellano de la amplia escalera de mármol. Aroa subió, alerta, con el arma entre las dos manos extendidas y Hans descendió hacia el sótano de la casa. Ya en el rellano de este oyó ruido tras él y se giró, dispuesto a electrificar al que fuera, pero sonó el conocido estribillo de la canción de Massiel y bajó el taser al ver otra figura, vestida de negro, con pasamontañas y gafas de infrarrojos.

—Has tardado —susurró Hans y siguió descendiendo.

—Lo sé, me encontré con uno en un pasillo y creyó que podría darme problemas —explicó Dannielle, con sorna.

Hans no respondió, concentrado como estaba en seguir avanzando. Encontraron una puerta abierta, se asomó y vio que era un cuarto de limpieza, con carritos, escobas y cubos. Movié la mano hacia delante y Dannielle se colocó en el lado izquierdo del pasillo mientras él lo hacía en el derecho. Recorrieron unos cincuenta metros y llegaron a una intersección entre pasillos. Se separaron cada uno por una dirección y anduvieron sin hacer el menor ruido.

El sótano era mucho más extenso que el nivel superior y abarcaba incluso parte del jardín.

Entonces se oyó la voz de Ibrahim en los receptores que portaban en los oídos.

—Planta superior despejada. Ni rastro de Gorrión ni de Iguana —declaró en referencia a Gutiérrez, nombre en clave: Gorrión y Hayashi: Iguana—. ¿Novedades?

—Entrada principal despejada, cinco guardias. Estamos inspeccionando el sótano —respondió Dannielle.

—Entrada oeste despejada, un cliente japonés y uno árabe con sus respectivos guardaespaldas. No estarían aquí si no hubiera transacción —reveló Hans, escueto.

—Bien, corto y cierro. Radio en silencio hasta encontrar objetivo —ordenó Dannielle. Al instante se oyó un click y la comunicación quedó interrumpida.

Hans vio una puerta al final del pasillo que estaba recorriendo y sintió una sacudida en el corazón al ver las fuertes medidas de seguridad que exhibía. Había varias cerraduras, unos cinco cerrojos descorridos y dos cámaras apuntaban no hacia el pasillo, sino hacia la puerta. Se acercó y escuchó con

atención. Le pareció oír susurros, pero no podría asegurarlo. Entonces vio venir a Dannielle por el otro lado, seguida de Grayson; levantó un dedo, señaló las cámaras —ahora inútiles debido al apagón y a la explosión que había destruido el generador—, y luego las cerraduras.

Dannielle se adelantó, mientras Grayson se agachaba y apuntaba hacia la puerta con el taser. Hans apoyó la mano en el picaporte y a la señal de su jefa lo giró y abrió la puerta de par en par con un fuerte empujón. Dannielle saltó adentro con impetuosa audacia seguida de cerca por Hans y Grayson.

Con rapidez se desplegaron los tres por la habitación. Un grupo de personas en el centro de la estancia estaban custodiadas por cuatro guardias que esgrimían unas potentes *uzis* que ahora, ciegos por completo, movían de un lado a otro mientras ladraban órdenes hacia los rehenes para que se estuvieran quietos.

Los rehenes permanecían mudos e inmóviles, con los ojos agrandados por el miedo. Eran un grupo de unos veinte entre mujeres, niñas y niños de edades comprendidas entre los siete y los dieciséis los infantes, y las mujeres entre los dieciocho y los veinticinco. Algunas chicas chillaron, llevadas del pánico, y un par de niños rompieron a llorar. Las más mayores intentaron consolar y hacerlos callar, temerosas de las consecuencias. El grupo miraba a todos lados, en medio de la oscuridad, con los rostros desencajados por el terror.

Dannielle disparó a dos de los guardias que parecían más desconcertados y a punto de perder el control de sus armas con consecuencias nefastas para los rehenes, y Hans y Grayson abatieron a los otros dos.

Dannielle se aproximó al grupo de rehenes.

—Tranquilas, por favor —pidió en voz baja, con firmeza y calma mientras ellos dos sacaban las varillas y maniataban y amordazaban a los guardias abatidos—. Somos de la OpE: policías europeos —explicó—. Venimos a sacaros de aquí. Ya estáis a salvo, ¿de acuerdo? —informó. El grupo permanecía compacto, como si quisieran protegerse unas a otras y también a los niños, que se mantenían en el centro del corro—. Hemos cortado el suministro eléctrico y por eso estamos a oscuras. No os preocupéis, hemos reducido a los guardias. Permaneced donde estáis y no hagáis ruido, por favor, hasta que hayamos asegurado toda la zona, ¿entendido?

Las chicas más mayores inspiraron con fuerza, con la esperanza galopando por sus venas al oír una voz femenina, desconocida hasta entonces. El miedo a lo que les pudiera pasar durante el resto de sus vidas las

había aterrorizado desde que las secuestraron, pero ahora se encendía una pequeña luz en la oscuridad. Algunos de los niños y niñas más pequeñas volvieron a llorar.

—¡Chssss! —instó con suavidad una chica pelirroja de grandes ojos azules y carita cándida hacia los niños que lloraban. Adelantó las manos hacia delante como si buscara en la oscuridad, y avanzó hacia los lloros. Encontró a los niños que lloraban y los acercó a ella, mientras les susurraba en voz baja—: Todo irá bien, chssss, tranquilos. Todo irá bien.

—¿Sabéis si hay alguien más? —preguntó Danielle.

La chica pelirroja levantó la cabeza y miró al frente, sin poder enfocarla.

—Hay tres hombres más, se han llevado a unos gemelos —respondió con apremio. Pareció que quería decir algo más, pero se interrumpió, no muy segura.

—No temas, di lo que sea —pidió son suavidad.

—No hace mucho, todavía no habrán tenido tiempo de... —volvió a interrumpirse, la recorrió un escalofrío y bajó los ojos, llenos de lágrimas.

Danielle se volvió hacia Hans y hacia Grayson y los tres asintieron. Entendían a la perfección lo que la chica había callado.

—De acuerdo. Quedaos aquí, en silencio —pidió de nuevo.

Danielle hizo una seña a Grayson para que se quedara custodiando la puerta y ordenó a Hans que la siguiera para inspeccionar la habitación. Era muy alargada y al final daba una vuelta en forma de la letra ele. Con cautela dieron la vuelta, siguieron y al fondo de un largo pasillo encontraron a un guardia, arma en mano, apuntando hacia la nada, alertado al haber oído las voces, y los gritos y sollozos de los niños.

—¿Hisao? —gritó y prosiguió con una frase en japonés que Danielle tradujo en su cabeza: «¿Qué demonios está pasando?». Al no recibir respuesta disparó.

Hans no se lo pensó, saltó hacia delante y cubrió con su cuerpo a Danielle, la bala impactó en la espalda del chaleco antibalas que llevaba y lo derribó sobre ella.

Danielle, arredrada por lo que le pudiera pasar a Hans, reaccionó al instante y disparó su taser por debajo de la axila masculina. El guardia se derrumbó entre convulsiones.

—¡Hans! ¿Hans? —repitió, al no recibir respuesta, aterrada—. ¡Dios, por favor! —rogó con pasión mientras le buscaba el pulso. Él había caído a peso sobre ella y la aplastaba contra el suelo.

—¡Joder, cómo duele! —renegó él, en ese momento, con un gruñido.

El alivio inundó a Danielle al oírlo y lo abrazó contra sí con fuerza. El corazón casi se le había detenido al pensar que él pudiera haber muerto y ahora lágrimas de consuelo inundaban sus ojos verdes, aunque se negó a dejarlas salir.

—¡No vuelvas a darme jamás un susto así! —reprochó con dureza. Hans se removió, se incorporó y se quedó sentado en el suelo mientras luchaba por recuperarse. El dolor lo había dejado tan aturdido que por unos segundos había perdido la consciencia.

—¿Puedes moverte? —inquirió Danielle, con apremio. Cada segundo contaba para esos niños.

Hans asintió. Ignoró el dolor del impacto y se puso en pie con un esfuerzo.

—Por supuesto, jefa.

Ambos corrieron por el pasillo hacia la puerta. Hans se posicionó con la mano en el picaporte, al otro lado Danielle se preparó. Él abrió de par en par y entraron arma en ristre. La escena que descubrieron les revolvió las entrañas.

—¡No! —gritó Danielle hacia Hans al tiempo que empujaba el brazo con el que él empuñaba el taser, con toda la intención de disparar hacia un Yoshio desnudo, de rodillas en una cama redonda, mientras Gutiérrez de pie junto a la misma, totalmente vestido, miraba hacia todos lados, alarmado—. ¡La descarga les dará también a los niños! —advirtió.

Hans, furibundo, asintió y bajó el arma. Yoshio saltó del lecho, se posicionó en una posición de lucha marcial encarado hacia ellos, aunque no pudiera verlos, con una sonrisa de desprecio en su bello rostro exótico, preparado para el combate.

Hans se retiró y apuntó a Gutiérrez con el arma, este no tocaba a ninguno de los niños, no habría problema si le disparaba, lo que hizo de inmediato. El orondo español cayó al suelo como un fardo, donde quedó tendido.

La OpE había iniciado el rescate en cuanto tuvieron confirmación de que Gutiérrez estaba en la casa. Hans se apresuró a amarrarlo y a amordazarlo y se volvió para ver a Danielle disparar contra Hayashi.

—Es un guerrero, pero no tiene honor. No merece respeto en la lucha —alegó después de dejarlo inconsciente y maniatarlo—. Me repugna.

—A mí también. Creo que jamás en toda mi vida había sentido tanto asco —coincidió Hans al tiempo que guardaba el arma. Se aproximó hacia la cama

donde los gemelos permanecían tumbados, quietos y en silencio como si ya hubieran agotado los gritos o las lágrimas, y con los ojos muy abiertos—. Chssss, tranquilos.

Los hermanos, un niño y una niña con el pelo tan rubio que parecía blanco y hermosísimos ojos azules, aterrados en ese momento, se estremecían sobre la cama sin saber qué nuevo horror los aguardaba. El niño tenía una mejilla amoratada y la niña los brazos llenos de golpes y arañazos.

—¿English? ¿Français? ¿Deutsch? ¿Russkiy?—interrogó a los pequeños para saber en qué idioma hablaban. Reaccionaron ante el último vocablo y la niña sollozó, aunque de inmediato se reprimió, temerosa. Hans habló en ruso, con inmensa dulzura, para tranquilizarlos—: Tranquilos, pequeños. Os vamos a sacar de aquí ¿de acuerdo? No tengáis miedo, chssss, tranquilos. — Hans envolvió al niño en el cobertor de la cama y lo acunó contra su pecho con suavidad. El pequeño estaba muy tieso, pero no se movió.

Con la sábana Danielle hizo lo mismo con la niña.

—Hiena a Leopardo —llamó Hans por radio—. Hiena a Leopardo.

—Aquí Leopardo.

—Objetivo abatido. Caudal encontrado en el sótano. Todos a salvo.

—Edificio bajo control. ¡Bien hecho! —informó a su vez Ibrahim, aliviado.

Horas después, la policía indonesia se encargaba de custodiar a Yoshio Hayashi hacia las dependencias del juzgado mientras los servicios de las diferentes embajadas se hacían cargo de todos los secuestrados.

Por desgracia la policía indonesia no pudo imputar cargos contra Gutiérrez al no tener nada a su nombre en la localidad donde se cometieron los delitos de prevaricación, secuestro y tentativa de tráfico de personas.

—¡Maldita sea! —renegó Hans, rabioso, esa misma noche frente a una cerveza en el bar del hotel donde se alojaban—. ¡Lo teníamos! Teníamos a ese bastardo y se ha escurrido como la sabandija que es.

—Es la burocracia, Hans. Ya sabíamos que si no lo lográbamos encontrarlo con las manos en la masa sería muy difícil que lo imputaran aquí, pero... — admitió Danielle, con pesar, aunque sonrió maliciosa al decir la última palabra.

El grupo al completo se hallaba reunido frente a la barra del bar del hotel, a esas horas desierto. Un somnoliento camarero, vestido con camisa blanca, pajarita y pantalones negros de impecable raya, los miraba con los ojos enrojecidos mientras limpiaba con un paño un vaso de tubo una y otra vez.

Todos se giraron hacia Dannielle, expectantes.

—¿Pero...? —exhortaron todos a una.

La jefa los miró y se echó a reír.

—Realmente valió la pena cada día pasado en aquel campo de adiestramiento en Cartagena. Entre fango, cuerdas, paredes y esos duros entrenamientos con el sensei Hiro Hamada, de los que salíamos baldadas, ¿verdad, Lotte?

La interpelada agrandó los ojos al recordar dichos entrenamientos y asintió con una expresión que parecía decir que no volvería a repetirlo.

—¡Oh, vamos, Dannielle! Dinos lo que ocurre de una vez. No soportaría regresar a España sabiendo que ese engendro de Satán estará libre para volver a cometer atrocidades —despotricó Hans, disgustado.

—No se exalte, barón de Monte Hidalgo —ironizó Dannielle con una encantadora sonrisa hacia él mientras lo miraba apreciativa, contentísima de verlo a salvo. El cabello ya le había crecido y el tinte que usó en Siria para cubrir su cabellera plateada ya estaba desapareciendo, lo mismo que el corte a lo militar, y continuó—: Su «engendro de Satán» se las promete venturosas porque cree que se ha librado, pero lo que no sabe es que tenemos todas las pruebas que lo incriminan en Europa. Y allí es donde lo vamos a procesar. Lo dejaremos regresar a España y que se arrellane con tranquilidad. Lo tendremos estrechamente vigilado, aunque suponemos que no se moverá durante un tiempo, y al final caeremos sobre él con todo el peso de la ley, no solo española, sino europea pues ha cometido delitos de secuestro en varios países.

Erik silbó, sonriente, mientras aplaudía. Grayson suspiró, aliviado, sin decir nada. Lotte sintió que se le humedecían los ojos, para disimular elevó la jarra de cerveza como si brindara por ello y bebió un largo trago. Y Aroa sonrió con toda la cara. A veces los planes salían bien, era entonces cuando amaba su trabajo por encima de todo y por lo que valía la pena todo el sacrificio.

Hans miró con fijeza a Dannielle, esta le guiñó un ojo y al final él también sonrió. Meneó la cabeza y exhaló un suspiro, aligerado. El peso que sentía sobre los hombros desde que había salido de España, dejando atrás a Ivy, de repente desapareció y ensanchó la sonrisa, aliviado. ¡Por fin! Ahora podría regresar, con el deber cumplido, y verla de nuevo. ¡Dios! Tenía tantas ganas que saldría corriendo en ese mismo instante hacia el aeropuerto si no fuera porque estaba agotado.

—Lo has hecho muy bien allí adentro, Hans —alabó la jefa, más seria—. No estaría aquí si no fuera por ti, gracias.

—¡Bah, seguro que sí! Lo que ocurre es que en vez de tener yo un moretón del cincuenta en la espalda lo tendrías tú en el pecho —bromeó para minimizar su acto de defensa con una sonrisa socarrona y continuó—: Tú tampoco lo has hecho mal, jefa. —Guiñó un ojo, sincero, admirado de la profesionalidad de todo el grupo.

—Lo que me recuerda que hace poco me han pasado un informe —alegó Dannielle con el semblante serio de pronto.

Hans entrecerró los ojos, alerta de nuevo. ¿Terminaría algún día de estar sobre aviso? Ese entrenamiento en Cartagena le había agudizado los reflejos hasta volverlos afilados como un bisturí.

—Es sobre una empresa que Gutiérrez quiere anexionarse en España —explicó Dannielle—. Creo que se trata de un amigo tuyo, Hans: Leandro Unanue, ¿te suena?

Él agrandó los ojos, atónito.

—Sí, claro —afirmó. No sabía que Leandro tenía tratos con esa rata—. Es amigo mío desde hace años.

—Pues al parecer tiene dificultades económicas y Gutiérrez quiere liquidar la deuda que tu amigo contrajo con él en cuanto regrese a Madrid —informó Dannielle, con una mueca de desagrado.

—¡Joder! —renegó— ¿Cómo lo sabéis?

—Tenemos unas fuentes muy bien informadas y muy fiables, puedes estar seguro —afirmó Dannielle y añadió con un guiño—: Y eso es todo lo que necesitas saber.

Hans meneó la cabeza: no se le ocurriría dudar de ella.

—No pienso permitirlo —declaró, crispado. No había recorrido medio mundo, lejos de Ivy, en su persecución como para que ahora ese despreciable le robara la empresa a su amigo—. En cuanto regrese a España lo solucionaré —afirmó. Sabía de sobra lo mucho que había trabajado Leandro en esa compañía, la ilusión con la que la fundó, lo mucho que trabajó para que saliera adelante. Y todo lo hizo él solo, con su esfuerzo.

—Vamos, tenemos que celebrar el éxito de la misión que emprendimos hace tanto —intervino Ibrahim mientras se interponía entre ellos y los abarcaba con un brazo sobre los hombros de cada uno.

—¿Acaso no lo estamos celebrando ya? —inquirió Grayson con las cejas en arco, flemático.

—¡Oh, vamos, Grayson! Sabemos que te pirra el *whisky* escocés, vamos a por uno de doce años —retó Erik con un guiño hacia Aroa.

—Señores, hagan lo que quieran, yo me voy a mi habitación a dormir como un lirón durante doce horas, por lo menos —anunció Dannielle y se levantó del alto taburete con una mueca dolorida—. Llevo cuarenta y ocho horas sin ver una cama y la echo mucho de menos.

Los primeros rayos del sol empezaban a colarse por los ventanales que daban a la playa y el hotel comenzaba a revivir con el rutinario movimiento de todas las mañanas.

—¡Oh, jefa!

—¡Oh, vamos! ¡No puedes irte, Dan! —negó Aroa—. Tienes que ver a Grayson perder el oremus.

—Yo también me voy, chicos —anunció Lotte, con un bostezo.

—Sí, y yo —coincidió Hans—. Estas últimas semanas han sido muy intensas, y los casi dos años que hemos pasado en busca y captura de esta célula han sido los más agotadores que he vivido nunca, y ha sido un honor trabajar con vosotros —declaró con franqueza—. Pero... Creo que necesito volver a casa —confesó con el corazón lleno de arrolladora añoranza. No había oído la voz de Ivy ni la había visto en casi dos años. Demasiado tiempo. Se moría de ganas de verla, de abrazarla muy fuerte contra su cuerpo para sentir su calor, su tacto, y besarla hasta que ambos se quedaran sin aliento. Luego le confesaría lo mucho que la amaba, que quería pasar el resto de su vida con ella y le pediría que se casara con él. Algo que pensó que jamás haría con nadie.

9

Madrid. Julio, 2019

Era pleno verano y el calor muy bochornoso. El alquitrán de las carreteras se derretía, bajo el sol caliente, con las enormes caravanas que se formaban para salir de Madrid en vacaciones.

En cambio el trabajo absorbía a Leandro. Los movimientos bursátiles hacían mella en su negocio y no podía permitirse un respiro; los acreedores lo estaban acorralando de mala manera y llevaba unos días muy ajetreado.

No quería despedir a excelentes trabajadores que habían estado con él desde que inició su empresa de logística, hacía tan solo ocho años, especializada en desplazarse a los lugares que habían sufrido catástrofes naturales, crisis de refugiados o crisis médicas, como pandemias, para proporcionar toda la infraestructura necesaria a los diferentes medios u ONG que se ocupaban de atender a los heridos, o a los desplazados de sus hogares por las guerras.

No era justo y peleaba con denodado esfuerzo con los accionistas minoritarios para que recortaran de otros lados y no de los empleados, pero era una batalla que sabía que acabaría perdiendo, o tendría que declararse en quiebra. Eso era algo que le hacía hervir la sangre, lo enojaba de día en día y agriaba su carácter.

Esa mañana, a primera hora, se dirigía a su despacho con el rostro tormentoso y el ánimo casi en ebullición. Dentro lo esperaba uno de sus peores acreedores. Un tipo petulante, muy seguro de sí mismo, sin un solo gramo de compasión o empatía en el cuerpo. Estaba forrado de millones y, sin embargo, peleaba como una fiera por un solo céntimo que le debían.

Leandro se detuvo ante la puerta y respiró hondo antes de entrar, para serenarse. No podía permitirse el lujo de ofenderlo y ese hombre tenía la mala costumbre, con su arrogancia y su manera de restar importancia a los demás, de hacer que su adversario perdiera los nervios y se lanzara a su yugular, para poder humillarlo después. Era un intolerante prepotente que consideraba inferior a cualquiera. Abrió la puerta al tiempo que componía la sonrisa que reservaba para ese tipo de personas.

—Hola, señor Gutiérrez. Disculpe la tardanza, pero ya sabe... —se excusó con educación, pero sin servilismo. Rodeó el escritorio y se sentó frente a él,

en el sillón de cuero.

Gutiérrez lo miraba con los morros hinchados y una mirada afectada, sentado en una de las butacas que había al otro lado de la mesa de despacho. Había regresado el día anterior de Borneo, tan cabreado por la detención de Hayashi por culpa de ese malnacido de Camarthen-Rhys que tenía ganas de romperle la crisma, y ahora miraba a Leandro con dureza. Él no tenía la culpa, pero chantajearlo le alegraría el día.

—No estoy contento contigo, Leandro. Para nada contento —expuso de forma desagradable, sin andarse por las ramas, mientras se estudiaba las uñas como si el hombre que tenía enfrente no mereciera su atención.

—Mire, señor Gutiérrez, las cosas ahora están mal, pero sabe que soy cumplidor. Nunca he dejado de pagar una deuda. —Leandro se apoyó con los codos en la mesa, al tiempo que aparentaba una tranquilidad de espíritu que no albergaba.

Gutiérrez levantó la mano para pedir silencio.

—Lo sé, lo sé. Eres uno de mis clientes favoritos y por eso haré una excepción contigo. —Leandro lo miró sorprendido, jamás había oído que ese hombre hiciera nada semejante por nadie. Gutiérrez sonrió, al verlo—. Comprendo tu asombro, pero no te preocupes: no será gratis. Quiero algo a cambio.

—Usted dirá. —Leandro se echó hacia atrás en el sillón con una estudiada expresión neutra que ocultaba su desasosiego. Dudaba que surgiera nada bueno de todo eso y temía la propuesta. Entrecerró los ojos oscuros, suspicaz, mientras esperaba a que continuara.

—Sé que tienes una sumisa. Muy bella, por cierto —afirmó su interlocutor mientras sonreía, perverso.

La sorpresa dejó a Leandro atónito e inspiró de golpe. Nunca hubiera sospechado que ese hombre pudiera saberlo.

—¿Disculpe? —inquirió, incorporándose otra vez, alerta. No escondía su faceta de dominante, pero tampoco la aireaba por ahí y solo su círculo cercano la conocía. ¿Cómo era posible que ese pedante supiera de Ivy? Y lo peor: ¿Cuándo la había visto para saber de su belleza? Endureció las facciones. En un tono de voz grave que indicaba a las claras que Ivy no era un tema de conversación aceptable, dijo—: Señor Gutiérrez, no veo qué tiene esto que ver con...

—Bueno, no. No tiene nada que ver, pero podríamos llegar a un acuerdo —ofreció, en un tono que a todas luces creía tentador y que a Leandro le

erizó el vello de la nuca ante el repelús que experimentó.

—¿Qué clase de acuerdo? —preguntó, aunque se arrepintió al instante. Formular esa pregunta podría dar la impresión de que estaba interesado, cuando en realidad sentía repugnancia. Un escalofrío le recorrió la columna, sospechaba a dónde quería llegar ese hombre y no le gustaba un ápice.

—Te alargaría las fechas de vencimiento, yo que sé: meses, años... Si me la cedieras.

Un peligroso destello iluminó los iris de Leandro y apretó las mandíbulas, furioso, antes de que lo que pensaba saliera de su boca y arruinara su empresa para siempre.

—Señor Gutiérrez, yo no comercio con personas. Estamos aquí para hablar de negocios, no de mi vida personal. —Se levantó, lo miró con dureza y añadió, con voz de hielo—: Ni de mi sumisa.

—Cierto, cierto. Tienes razón, tal vez te lo he planteado mal. —Gutiérrez se levantó también. —Te enviaré a mi abogado para firmar el vencimiento inmediato del capital que me debes, no habrá ninguna otra prórroga. Que tengas un buen día —deseó con tranquilidad. Se dirigió hacia la puerta y empuñó el pomo, dispuesto a salir.

Desesperado, Leandro se adelantó al ver que se esfumaba su última esperanza de salvar la empresa y lo intentó otra vez. Por dentro ardía de furia contra ese imbécil, pero se tragó sus emociones para tender un puente que salvaguardara a sus empleados del desempleo.

—Espere, señor Gutiérrez, por favor. ¿No hay alguna manera de...?

—Ya te he dado la oportunidad de llegar a un acuerdo. —Gutiérrez lo encaró y levantó una ceja, interrogador. —¿Tal vez quieres pensártelo? Bien, te doy hasta mañana. Si cambias de opinión y me la cedés, la espero en mi casa a las siete de la tarde de hoy. La tendré una semana en 24/7 y luego te la devolveré —explicó el peor acreedor del mundo. Se encogió de hombros, como si realmente no fuera algo que le importara en demasía—. Si no es así, mañana a primera hora te enviaré a mi abogado. Adiós, Leandro.

Leandro, anonadado, contempló como ese hombre sin escrúpulos salía de su despacho y lo dejaba sentenciado. Desesperado, se inclinó, hundió los hombros y se apoyó con los puños cerrados en la mesa, presa de la más absoluta angustia. Adiós a su postrera oportunidad para ablandar el corazón de un hombre que carecía de ese órgano.

Horas más tarde, después de haberse devanado los sesos para encontrar una solución y sin conseguir llegar a ninguna conclusión, detuvo el BMW

delante de la casa de Ivy y paró el motor. No la había avisado de que venía por lo que ella no salió a recibirlo con una sonrisa y los ojos brillantes como siempre.

Se quedó sentado en el coche, mientras estrujaba el volante con desesperación.

¿Qué demonios le pasaba? ¿En serio estaba pensando en cederla?

Aunque...

No sería la primera vez. A Ivy le gustaba ver la satisfacción que le daba presumir de ella. Y su entrega y su obediencia lo habían llenado de orgullo cada vez.

Pero ahora...

¡Ese malnacido de Gutiérrez!

En cuanto su acreedor salió de su despacho, se dedicó a hacer indagaciones con sus contactos en el «mundillo». Existía toda una red de webs, foros y páginas en internet dedicados, única y exclusivamente, al BDSM. Allí se podía hablar sin tapujos de lo que uno sentía sin verse señalado como un bicho raro. Un novel podía adentrarse y aclarar las dudas propias de alguien que sabe que lo que siente no es del común de los mortales y se podía conocer gente con la que, quizá, entablar una relación, siempre desde el consenso.

Leandro abrió los portales de foros y redes sociales especializadas, con nombres que no indicaban para nada a qué se dedicaban, precisamente para que dicha página no se llenara de intrusos y curiosos, e indagar sobre ese hombre en el mundo virtual. Contactó con varios conocidos, pero estos no pudieron facilitarle ninguna información ya que, al parecer, Gutiérrez no se dejaba ver en dichas páginas. En muchas otras ya lo habían vetado, etiquetándolo como «Trol».

Meneó la cabeza al leer dicha información de parte de su contacto, por medio de un mensaje privado. ¿Por qué sería que no lo sorprendía? Sacó el móvil y buscó en la agenda. Contactó con un íntimo amigo suyo y le explicó la situación:

—Hola, Jaime. ¿Cómo estás?

—¡Hombre, Leandro, amigo mío! ¡Qué caro eres de ver! —se carcajeó Jaime, de buen humor. Era un catalán tremendamente atractivo y muy sociable que siempre andaba metido en algún lío de faldas.

Leandro sonrió, a su pesar. La alegría de su amigo era contagiosa.

—Bien, bien. Escucha, necesito un favor —pidió en un tono inequívoco.

—Claro. Solo acudes al viejo Jaume cuando necesitas algo, pero cuando las cosas te van bien: ¡ni flores! Nunca te acuerdas de este pobre infeliz que tiene que trabajar de sol a sol para sacar a sus hijos adelante —se quejó, lastimero.

—Vete a otro con esas gaitas, Jaume. Tú ni tienes hijos ni trabajas.

—¡Ay, amigo mío! ¡Qué dura es la vida del político! —se carcajeó por lo bajo. Después cambio de tono y preguntó, serio—: ¿Qué necesitas?

Leandro sabía que Jaume se movía en muchos ambientes, algunos impuestos por su profesión y otros elegidos de forma voluntaria, como era el caso del BDSM, pero, en ambos, forjaba amistades perdurables y sólidas a las que podía recurrir en casos como aquel.

—Es Gutiérrez. Ha sabido de Ivy y quiere que se la ceda a cambio de prorrogarme la deuda que tengo con él.

—¡Ese malnacido! —renegó Jaume, al instante, con rabia. Conocía de sobra al tal Gutiérrez y nadie, en toda España, le tenía aprecio—. No sabía que estaba en el mundillo, aunque no me extrañaría que fuera un «intruso» —apostilló.

Leandro asintió para sí y continuó:

—Necesito saber por dónde se mueve, cuáles son sus preferencias y preciso saber dónde ha sabido de Ivy.

—Claro, Leandro. Lo que necesites. Pero... —Jaume dudó, no quería inmiscuirse y un dominante jamás se interponía entre una sumisa y su Amo, pero conocía a Leandro—. Esto... no estarás pensando en cedérsela, ¿verdad?

Leandro calló al otro lado de la línea y al final dijo, en tono escueto:

—Por favor, en cuanto tengas la información, pásamela ¿de acuerdo?

Leandro colgó y esperó. Se enfrascó en el papeleo que tenía atrasado sin dejar de mirar el reloj de su ordenador cada cinco minutos. Al final se oyeron los primeros acordes de *Castle of Glas* de Linkin Park en su móvil y contestó antes de que sonara la segunda estrofa.

—¿Sí?

—Hola, Leandro. Ya tengo lo que me has pedido —saludó Jaume, grave y continuó, sin dar tiempo a Leandro a contestar—. Gutiérrez siempre se ha movido en eventos muy privados, muchos de ellos organizados por japoneses. Ya sabes lo que ello implica.

Leandro asintió. El crimen organizado de Japón, o *yakuza*, se sabía que organizaba fiestas privadas bajo estricta invitación personal e intransferible,

que no tenían nada de lícitas debido a su implicación en la trata de personas.

—No sé si tiene sumisa actual, pero sí sé que ha tenido varias esclavas¹¹, aunque por lo que he sabido, nunca se ha acogido al SSC¹². ¡Ah! Y por lo visto, os vio a ti y a Ivy en un conocido restaurante. En cuanto os marchasteis estuvo interrogando al personal con preguntas muy directas sobre ti y sobre ella —informó Jaume, circunspecto y acabó, serio—: Leandro, ese tipo no es trigo limpio. Yo de ti me mantendría muy alejado de él.

—Gracias, Jaume. Te debo una —agradeció con un nudo en la garganta.

—Dirás varias, bribón —bromeó Jaume para quitar hierro al asunto. Y añadió, fraternal—. Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Claro.

Leandro colgó, con pesar. El muy asqueroso la vio en el restaurante. ¡Maldita sea! No podía haber peor momento para que Gutiérrez la descubriera. Debió imaginarse el percal y ponerse a cien observándola. Le repateaba la entrepierna solo pensar en cedérsela a ese cerdo. Pero, si no lo hacía...

¿Qué opción le quedaba? ¿Ver cómo se hundía su empresa? ¿Echar a la calle a cuarenta personas?

Mientras rememoraba la conversación con Jaume, seguía sentado en el coche, delante del chalet. De repente se abrió la puerta principal de la casa y ella salió, sonriendo, con una adorable expresión de sorpresa y deleite en el rostro. Corrió hacia el coche y abrió la puerta del conductor.

Llevaba unos minúsculos *shorts* y una camiseta de tirantes, semitransparente, no dejando apenas nada a la imaginación. Tenía el cabello rubio recogido en una coleta en lo alto de la coronilla. Lo miró a los ojos una fracción de segundo, pero al instante se arrodilló en el suelo, junto al coche y adoptó de inmediato la posición *nadu*¹³.

Leandro sintió encenderse su anatomía al verla tan increíblemente entregada a él. Expulsó de la mente los pensamientos sobre Gutiérrez y el chantaje al que lo sometía. Ahora iba a disfrutar de ella y después ya buscaría una solución, si es que la había.

Descendió del coche, caminó alrededor de ella con lentitud y se detuvo a su espalda. Le acarició la cabeza con ternura, le cogió un mechón de cabello y se agachó a olerlo con fruición. Se acercó, la cogió de los hombros y la ayudó a levantarse, de espaldas a él. Hundió el rostro en la curva de su cuello, deslizó las manos hacia delante, rodeó la cintura y la elevó, pegándola a él.

Necesitaba sentir su dulzura para borrar de su ser la conversación con ese miserable.

Ella gimió sensual, al notar el miembro endurecido apretarse contra sus glúteos y se arqueó, ofrecida. Sentir el deseo de Leandro la excitaba de inmediato. Sabía que le había tocado la lotería el día que accedió a la cesión porque la pasión que él albergaba, en ese cuerpo de infarto, era por ella.

10

En la explanada el sol calentaba la gravilla del camino y creaba la impresión de ardorosos espejismos junto a las sombras entrelazadas del Amo y la sumisa.

Al cabo de unos minutos de mantenerla abrazada contra él, Leandro la depositó otra vez en el suelo y le hizo dar la vuelta. Envolvió su cintura con las dos manos y la pegó a él.

—Hola —sonrió, juguetón. Levantó una mano, le acarició el pómulo con suavidad y le pasó la yema del dedo índice sobre las largas pestañas. Al final, con un suspiro hechizado, pellizcó la barbilla para levantarle más el rostro hacia él y la miró a los ojos—. ¿Qué me vas a hacer de cenar?

—Hola —respondió Ivy, sumergida en los iris oscuros. Estar entre los brazos de Leandro se parecía demasiado a la felicidad, así que no podía ser otra cosa, pensaba mientras sonreía, seducida. ¿Cenar? ¿Quién pensaba en cenar en un momento tan mágico?

—Había preparado espaguetis, mi señor —explicó al fin. Tenía las mejillas encendidas y los labios rojos como las manzanas—. Pero si no le apetecen, puedo...

—Me apetecen —aseguró él con un guiño. La apretó con más fuerza contra él y descendió sobre sus labios para besarla. Se los separó con la punta de la lengua, húmeda y suave, e invadió, con pasión. Saboreó su aliento con deleite en un beso posesivo, profundo. La degustó con lentitud, arrobado por la paz que hallaba en su boca, por la felicidad que le burbujeaba en la sangre cuando la sentía junto a él. Se separó, estremecido por la intensidad de lo que ella le hacía sentir, y la dejó ir con una sonrisa perversa—. Vamos, ya estás tardando.

Y la empujó con suavidad hacia la casa al tiempo que le daba un cachete en la respingona nalga.

Ivy se encaminó hacia la casa, con las piernas temblorosas y el corazón acelerado por ese beso tan conmovedor que había perdido la noción de cuanto la rodeaba, excepto de él. Subió los escalones de la entrada, seguida de cerca por Leandro.

Se encaminó a la cocina, preparó la pasta y puso el agua a hervir, mientras cortaba los tomates. Se sentía sudorosa y excitada, quiso ir a lavarse antes de empezar con la cena, pero Leandro no la dejó.

—No. Quiero verte toda sudada. Hueles a hembra y a... sexo —manifestó ardiente—. Prepara la cena así. Quiero que te exhibas para mí.

Ivy obedeció con las mejillas encarnadas. El morbo que le producía la situación le provocaba y encendía, aún más, su libido. Vertió los espaguetis en un colador, los distribuyó en sendos platos y derramó sobre ellos la salsa de tomate. Los llevó a la mesa ya preparada, por él, mientras ella se afanaba en la cocina y se sentaron frente a frente.

La mesa era de cristal y él señaló hacia abajo con el tenedor que sostenía. Ivy se miró las piernas a través del cristal sin comprender y luego cayó en la cuenta. Levantó los párpados y lo miró, mientras las separaba con lentitud, ofreciéndole una privilegiada vista de las piernas abiertas. Las caderas, enfundadas en esos minúsculos pantaloncitos, no hacían sino incitar la imaginación. Leandro inspiró con fuerza al sentir la desatada lujuria correr salvaje por su sangre y los ojos castaños brillaron turbulentos al ver los deliciosos y tersos muslos femeninos separados, como una invitación provocadora.

Ivy era puro fuego para su cuerpo y su mente, y un absoluto peligro para su corazón. Había querido alejarse, mantenerse distante. Ella no le pertenecía y un día tendría que regresar junto a su verdadero Amo. Él no tenía derechos, pero en ese momento comprendió que, quizá, ya era tarde para pensar en parapetar su ser. Quizá sus defensas habían caído antes de que supiera que tenía que reforzarlas. Tenerla a su lado, oírla reír o hablar de sus estudios, ver su iris iluminados por una genuina alegría cuando él iba a visitarla se había convertido en algo que necesitaba. Y mucho. Meneó la cabeza y continuó comiendo, pensativo, sin apartar la mirada de esas piernas abiertas.

Al cabo de unas horas estaban sentados en el sofá, sin otra luz que la del televisor y la que entraba proveniente de las luces del jardín que se colaban por las grandes puertas correderas. Después de comer se habían duchado juntos y ahora estaban viendo una película.

—Gatita —murmuró Leandro.

Ivy desnuda, tendida de espaldas sobre los muslos de él, boca arriba, con los brazos estirados hacia atrás y las manos atadas por encima de la cabeza a la mesita lateral con una cuerda corta, murmuró inarticulada, gozosa. Él estaba recorriendo su cuerpo de arriba abajo, torturándola con una rueda de Wartenberg¹⁴: Le rozaba los pezones endurecidos con los punzantes dientes, pasaba con suavidad sobre los labios inferiores y subía por la delicada piel del abdomen, deleitado. Disfrutaba de los sensuales gemidos que ella emitía

al paso del enloquecedor y delirante artefacto.

El dolor era lacerante, electrizante, pero tan erótico que el cuerpo femenino tremolaba.

Pero estaba preocupado y, demasiado pronto, se desconcentró.

—Gatita, tengo que decirte algo... —Detuvo los juegos y la miró con intensidad. El sufrimiento que sentía se reflejaba profundo en los iris foscos. Estaba muy nervioso; al principio había podido apartar de su mente el acuciante problema en el que estaba metido, pero hacía ya un rato que no dejaba de darle vueltas. No podía concentrarse exclusivamente en ella y le cabreaba muchísimo que algo interfiriera cuando estaba disfrutándola. Sus días juntos estaban contados y ahora sentía una urgente premura por atesorar cada momento a su lado. Hans volvería en breve, la reclamaría y él debería cumplir como caballero, porque había dado su palabra y también porque había firmado un contrato entre dominantes.

Hans era un astuto zorro que sabía que un tesoro como era Ivy no podía cederlo sin antes firmar un contrato de cesión y posterior restitución.

Y ahora, después de esos casi dos años de felicidad al lado de una mujer como ella, Leandro se arrepentía profundamente de haber firmado. El dichoso contrato le denegaba toda posibilidad de volver a estar con ella una vez que Hans regresara.

¿Cómo diablos se le ocurrió firmar?

Se imaginó un futuro el que no podría volver a verla, a sentirla. Se le vaciaron de aire los pulmones y la boca se le quedó seca.

¿Una vida sin Ivy?

La indeleble verdad le explotó, de pronto, en la cara. Comprendió, con una claridad de la que había carecido esos últimos meses, que estar sin ella sería una condena al sufrimiento y la desolación. Como un tonto que no ve más allá de su nariz por fin se daba cuenta: se había enamorado.

Anonadado, agrandó los ojos y la contempló con el corazón rebosante. Ahora comprendía por qué se le metía tan adentro, por qué pensaba en ella a todas horas, ideando formas de sorprenderla, de hacerla sonreír. Nunca creyó posible que un hombre como él pudiera amar, siempre pensó que algo fallaba en él, que tenía algo roto, una incapacidad para enamorarse. Pero ahora advertía lo muy equivocado que estaba. No sabía que existiera un amor tan puro, tan apasionado. Tan protector.

Al principio se felicitó a sí mismo por haberse ganado el favor de Hans y haberla conseguido por una temporada. Ufano, no dejó de lucirla por todos

lados, orgulloso y satisfecho, pero su entrega entusiasta y genuina le había hecho mella. Sin apenas darse cuenta lo había calado, cada vez más hondo, la manera en la que ella lo miraba y lo obedecía. La forma que tenía de hacerle sentir todo su deseo le traspasaba el alma y había acabado sucumbiendo, rendido ante su poder femenino.

—Gatita —repitió, esta vez en un tono de profunda ternura. Desató las muñecas, la incorporó y la sentó a horcajadas sobre él, aunque cuando sintió su sexo caliente presionar contra la fina tela del pantalón, apoyado en el miembro erecto, pensó que no era la mejor posición para poder hablar de forma fría. La cogió de las caderas, la alejó de sí mismo y la contempló durante unos segundos, estupefacto y maravillado. ¿Cómo había sucedido? ¿Por qué a él? Meneó la cabeza, impaciente, ya lo pensaría en otro momento. Ahora estaba con ella y debía aprovecharlo. Continuó—: Gatita, tengo malas noticias. Las cosas van a cambiar de forma drástica a partir de mañana. El señor Gutiérrez va a llevarme a la quiebra y voy a tener que cerrar mi empresa. Se me viene encima un tremendo desastre y la única manera... —se interrumpió, sonrió con tristeza ante el asombro y la pena que enturbió la faz femenina al escucharlo. Le acarició las mejillas con los pulgares—. No quiero que te preocupes, ¿de acuerdo? —pidió, determinado. El conocimiento que había adquirido de ella en esos meses, con su natural generosidad y empatía, le decía que se angustiaría por la situación y no era eso lo que pretendía al contarle todo. Prosiguió—: Gutiérrez no me ha dejado opción, nada más que un chantaje al que no voy a someterme. Prefiero arder en el infierno para toda la eternidad y que los trabajadores que voy a tener que despedir me echen lava ardiendo encima, antes de ceder —aseguró, resuelto. Nunca pensó en cederla en realidad, no a un tipo tan despreciable como ese. Y ahora que descubría que ella se había convertido en la razón de su alegría, en una felicidad explosiva y burbujeante en su corazón, no había duda posible. Expresaba a las claras su inamovible decisión a través de la mirada encendida y tempestuosa.

Ivy lo contemplaba, apabullada por la desastrosa noticia. Leandro se encendía por momentos y al segundo siguiente la tristeza demudaba su faz. La emoción le subía desde el corazón, lleno de pena, y abarcó su rostro entre las manos, con ternura, deseosa de ofrecerle su consuelo.

—Lo siento, Amo. ¿Hay algo que yo pueda hacer? —inquirió, solícita.

Leandro agrandó los ojos ante su oferta y por un momento creyó que ella

conocía ya lo de la cesión. Se rio de sí mismo por ver cosas donde nos las había y meneó otra vez la cabeza.

A Ivy le llamó la atención lo raro del gesto y lo contempló, intrigada.

—No, gatita. Esto solo me compete a mí. Debo solucionarlo yo —negó, con una sonrisa tensa—. Solo necesito que estés a mi lado. Necesito sentirte cerca —alegó, abrazándola.

Ivy se apretó contra él, sintió el estremecimiento masculino y lo abrazó más aún. Pero había algo anómalo en todo el asunto. Algo le decía que Leandro le ocultaba información. ¿Qué podía ser? Su mente híper curiosa empezó a trabajar a toda velocidad para desentrañar el misterio. Nunca antes él le había ocultado algo, y eso le incentivaba aún más la curiosidad.

—Estoy aquí, Amo. Con usted.

—Oh, Ivy... —murmuró Leandro, maravillado.

Ivy se quedó quieta, escuchándolo, mientras él le contaba lo que iba a hacer para poder dar una compensación económica a los trabajadores que iba a tener que despedir. De cómo iba a vender todas sus posesiones y liquidar todas sus inversiones para ello, pues una vez que Gutiérrez pusiera las manos en su empresa se la quedaría íntegra y él no podría acceder a ningún tipo de capital, ya que todo se destinaría al pago de la deuda.

—Vas a tener que dejar esta casa y venirte a vivir conmigo. No sé, encontraremos un apartamento más económico y arrendaremos mi piso del barrio de Salamanca. Buscaré trabajo para trabajar por las noches —sonrió Leandro, sin tenerlas todas consigo y añadió—. No te preocupes, todo saldrá bien.

—Yo también puedo trabajar, Amo —afirmó, muy preocupada por él, y también por los trabajadores que se verían en la calle—. Pero... ¿seguro que no se puede hacer nada? Toda esa gente se verá obligada a irse al paro, es una lástima —lamentó. Conocía a algunos, la mayoría familias con niños pequeños que dependían de esa fuente de ingresos. Apenada, recordó lo que Leandro tan férreamente rechazaba. Quizá era eso lo que intentaba ocultarle y señaló—: Usted dijo que ese señor Gutiérrez le había dado una opción...

Él rehusó su mirada cuando nombró a ese tal Gutiérrez. Sí, ahora estaba segura: le ocultaba alguna cosa relacionada con ese hombre. Y sus sospechas se confirmaron cuando él se tensó bajo ella.

—No, gatita —negó—. Esa posibilidad nunca me la he tomado en serio. Siempre he sabido que para mí no era una alternativa y, además, ya ha vencido—reveló. Echó un vistazo al reloj de muñeca y asintió—. Sí, vencía a

las siete de esta tarde, hace ya más de tres horas. Así que esto es lo que hay. Nos tendremos que apretar el cinturón y ya está —concluyó con un suspiro apesadumbrado. La volvió a abrazar con fuerza, con el corazón entristecido por lo que tendría que hacer, pero también henchido de alegría por tenerla a su lado.

Pero ella no quería darse por vencida, muerta de curiosidad por saber cuál sería esa opción que tanto rechazaba.

—¿Qué quería el señor Gutiérrez? —preguntó, con la barbilla apoyada en el hombro masculino. ¿Tendría algo que ver con ella? Rebuscó en su memoria por si recordaba a ese acreedor, pero no lo consiguió.

Leandro sonrió y se separó para verle la cara.

—Solo quería que le cediera el mayor tesoro que tengo. Y no estoy dispuesto. Ese malnacido jamás me hará agachar la cabeza frente a él —afirmó, con furia.

Ivy asintió para sí al oír esas palabras. ¿Así que era eso: Gutiérrez le había pedido una cesión y él no la aceptaba? ¿Por qué no si eso podía salvar su empresa? Ya la había cedido en otras ocasiones, no era un límite entre ellos.

—Pero ¿por qué...? —intentó indagar.

Pero Leandro acalló sus preguntas con besos hasta que ella olvidó el mundo a su alrededor y solo lo sintió a él. Instantes después, la cogió en brazos y la subió a la habitación.

La tumbó en la cama y la inmovilizó bajo su cuerpo, le subió las manos hacia arriba y las esposó al cabecero de la cama con las esposas metálicas que siempre tenía preparadas. Sonrió, pleno de poder, al saberla indefensa frente a él y descendió sobre su rostro, mirándola a los ojos. Ivy gimió y entreabrió los labios, anhelante, pero él amplió la sonrisa, malicioso, y enterró la cara en el cuello de ella. Sentía el alma conmovida al poder disfrutar de su entrega, del notorio deseo femenino, del ardor con el que lo recibía siempre.

¿Podía existir mayor felicidad?

Estremecido, aspiró el aroma de su piel y recorrió todo su cuerpo con los labios, calientes, y con las manos, depredadoras, mientras ella temblaba, rendida a sus caricias. Al fin, tan inflamado que apenas podía contenerse, le abrió y separó las piernas con las rodillas, y empujó en su entrada, impetuoso. La penetró tumbado sobre ella, pegado por completo a su piel, mientras la miraba fijamente, buceando en sus ojos. Ivy se estremeció, trémula, al sentirlo tan profundo que parecía fusionarse con ella.

Leandro le hizo el amor lento, sumergido en las profundidades de color zafiro, aprisionándola bajo su cuerpo. Lleno de una lujuria salvaje y ardiente aumentó la potencia con cada embestida, pero sin aumentar la velocidad. Se enterraba hasta el fondo y luego rotaba las caderas, sin salir de ella, para aumentar la fricción del interior.

Ivy se tensó. El orgasmo llegaba como un tsunami que arrasaba, que devastaba, pero él se detuvo y mantuvo la tensión unos segundos. Quería enloquecerla de ansia. Ella intentó mover las caderas para poder continuar, pero Leandro sonrió, malévolamente, sobre ella y la aplastó con más fuerza sobre el colchón, sin dejar que culminara.

—Amo... Amo, por favor. ¡Por favor! —suplicó, temblorosa, con la respiración agitada y las pupilas dilatadas—. Me atormenta, Amo... ¡Por favor, no puedo más!

—Lo obtendrás cuando yo lo disponga, gatita. No antes —negó, perverso. Descendió sobre su cuello y la mordió con fuerza. Ivy gimió, sin poder moverse. Sacudió las muñecas y las esposas tintinearón contra el metal del cabecero.

Pero el sensual murmullo femenino, emitido junto al oído de Leandro, lo descontroló por completo. Levantó la cabeza, con los ojos encendidos de deseo desatado. Movié las caderas y salió de ella para volver a entrar, de inmediato, clavándose profundo en esa humedad que lo envolvía prieta.

Ivy se retorció y se arqueó al estallar de repente el intenso gozo por el orgasmo liberado. Leandro gruñó, enervado, y se detuvo otra vez al tiempo que acunaba con ternura su cuerpo, sacudido por los espasmos de placer. Casi sin poder contenerse gemía exaltado, hasta que el cuerpo femenino se relajó entre sus brazos. Entonces imprimió un ritmo tan feroz a sus embestidas que acabó jadeando y terminó por derramarse dentro de ella con un ronco gruñido de placer absoluto.

Al final se derrumbó sobre su cuerpo cálido, con el corazón latiendo desaforado. Poco a poco se fue serenando y al cabo de varios minutos se incorporó para mirarla a los ojos. Se hundió en ese iris tan azul como una piedra preciosa; el fondo de las pupilas rebosaba lleno de devoción y en ese momento, con el corazón y el alma en carne viva, quiso confesarle de qué modo y cuánto la amaba, pero se obligó a refrenarse.

No tenía derecho. No era suya: solo la tenía en préstamo.

En cambio le sonrió, descendió con lentitud sobre su rostro ruborizado y le rozó los labios con arrobada dulzura. Degustó su boca con fruición durante

una eternidad, y al final le liberó las muñecas y se giró para tumbarse boca arriba, llevándola consigo. La abrazó contra su costado, como siempre hacía cuando dormía con ella. Le encantaba tenerla pegada a él, con la tersa mejilla apoyada en el pecho.

Ivy, emocionada y satisfecha, emitió un suspiro y le acarició el amplio pectoral con la mano. Se deleitó con lentitud de su piel, mientras oía los fuertes latidos. Poco a poco se fueron acompasando y adoptaron un ritmo normal. La respiración se volvía pausada y profunda: Leandro se estaba durmiendo, saciado. Esperó con paciencia a que se durmiera profundamente. Solo cuando estuvo segura de que él estaba en brazos de Morfeo se levantó, sigilosa, y salió de la habitación.

Bajó corriendo las escaleras y encendió el ordenador. Activo su *nick* y empezó a investigar en las redes sociales, especializadas en BDSM, sobre ese tal Gutiérrez. Habló largo y tendido con sus contactos y amigos, algunos solo virtuales y otros, los más, amigos consolidados con el tiempo a través de encuentros y quedadas, durante gran parte de la noche. Y por fin, al cabo de varias horas, consiguió la dirección del principal acreedor de su Amo.

Se reclinó hacia atrás, con las yemas de los dedos unidas bajo su barbilla mientras daba vueltas sobre el asiento rotatorio. Su mente era un hervidero de ideas, pero se obligaba a serenarse y a volver a pensar en la idea que se le había ocurrido. Al fin decidió que lo que estaba en juego valía más que cualquier riesgo que ella pudiera correr. Entonces se inclinó sobre el escritorio y escribió una larga y sentida carta para Leandro. Cuando terminó la metió en un sobre y lo selló. Escribió su nombre en el mismo y la metió en el bolsillo interior de la chaqueta de él, colgada en el perchero del recibidor. Se dio una ducha rápida en el baño de abajo y se puso un vestido, de esos camiseros todo abotonado por delante, sin ropa interior debajo ya que en otras cesiones esa solía ser la ropa que solían pedir las Dóminas o los Dominantes que habían pactado con Leandro. Cuando ya estuvo lista subió a la habitación de nuevo y se aproximó a la cama en silencio. Se inclinó sobre Leandro y admiró, con el corazón henchido de devoción, su atractivo rostro, relajado por el sueño.

—Si está en mi mano salvarte, lo haré —aseguró en un murmullo—. No puedo permitir que te sacrifiques, o que sacrifiques tu empresa, por mí. Compréndelo: eres mi amor, mi amado Amo —musitó con ternura, sobre su boca. Depositó un dulce beso en los sensuales labios y rogó—: Perdóname, por favor, si puedes.

Se incorporó y se detuvo un instante a contemplarlo, con el corazón acelerado. Entonces inspiró hondo para coger fuerzas ante lo que iba a hacer, dejó el móvil con el sonido desactivado en el cajón de la mesita de noche y bajó las escaleras. Salió de la casa, cogió el pequeño utilitario que se había comprado a los pocos días de haber empezado a vivir en la casa de Leandro para tener libertad para moverse, quedar con las amigas o ir de compras al centro, y abandonó la urbanización en dirección hacia la casa de Gutiérrez.

Al cabo de unas horas Leandro despertó, solo en la cama, temprano por la mañana. Se despertó con lentitud. El sol acababa de despuntar sobre el horizonte e iluminaba de lleno la habitación, orientada al este, a través de los grandes ventanales. Añoró a Ivy y lamentó que no estuviera acostada junto a él. Pasó la mano por las sábanas y por la temperatura fría de su lado diría que hacía tiempo que ya no estaba.

—¿Ivy? —llamó.

Al no recibir contestación pensó que debía haber salido para ir a la panadería a comprar el desayuno, como solía hacer cuando él se quedaba a pasar la noche con ella, para que se lo encontrara caliente y recién hecho cuando se despertara. Aunque eso había ocurrido pocas veces desde que tenía el placer de poseerla.

¿En qué demonios había ocupado el tiempo sin aprovechar todos los minutos a su lado?

Sonrió. Eso iba a cambiar a partir de ahora. Le causaba un tremendo pesar dejar la empresa en manos de ese cuervo de Gutiérrez, pero, al mismo tiempo, se sentía liberado. Haber comprendido que la amaba le había dado fuerza. El único problema era el seguro regreso de Hans, pero se sentía tan eufórico que pensaba que incluso eso podría resolverlo.

Lleno de energía se levantó y se metió en la ducha. Dejó que el agua resbalara sobre su marcado y delineado torso y se deslizara sobre las largas piernas hasta el plato de la ducha durante un buen rato. Al finalizar, se vistió a toda prisa, y escribió un mensaje para ella en el móvil:

Leandro_6:00

Lo siento, gatita. No puedo esperarte, tengo mucha prisa.

Nos vemos esta tarde.

Y terminó con un montón de emoticonos de besos. Sin mirar si ella lo recibía, se marchó.

11

Llegó a la oficina con el plan que había ido trazando, mientras conducía, en mente. De inmediato empezó a llamar a los socios accionistas, proveedores y acreedores para informarles con todo detalle de la nueva situación, lleno de energía. En mangas de camisa, arremangado, de pie junto a la mesa de su despacho, hablaba por el «manos libres» de su teléfono fijo mientras negociaba los precios de venta de todas sus posesiones cuando, de improviso y sin llamar, se abrió la puerta y entró un hombre alto, de constitución fuerte, con el pelo de un brillante gris acerado y penetrantes ojos color cobalto.

Leandro frunció el ceño, molesto por la interrupción, pero al levantar la vista la sorpresa lo hizo enderezarse, muy tenso, al reconocer a su visitante.

—Hans... —musitó, atónito. ¿Qué puñetas hacía aquí, sin avisar ni nada? Un escalofrío le recorrió la columna. ¿No iría a llevarse a Ivy ahora? ¡Joder!, renegó en su interior, asustado. ¡No podía ser! ¿Iba a perderlo todo en un solo día?

—Hola, Leandro —saludó Hans con una gran sonrisa. Se aproximó hacia él con su particular andar elegante.

Una fuerte opresión atenazaba el pecho de Leandro. Con un nudo en la garganta, se adelantó y estrechó la mano tendida, del hombre al que no había vuelto a ver desde hacía casi dos años, por encima de la mesa.

—Hola —saludó, de forma bastante fría—. Has vuelto muy pronto —adujo, en un tono que casi podría considerarse como una acusación.

Hans elevó una ceja al detectar la distante bienvenida, pero no dijo nada. Ambos se observaron unos segundos, como dos contrincantes en un cuadrilátero.

Leandro sentía el corazón bombear frenético, sabía lo que iba a preguntar Hans y le retorció las entrañas tener que responder.

Hans esbozó media sonrisa y los ojos le brillaron, divertidos.

—Sentémonos, Leandro, ¿te parece? No vamos a estar midiéndonos la cornamenta todo el día, ¿verdad? —expuso, con sentido práctico. La gélida bienvenida lo había cogido desprevenido. ¿Qué ocurría allí? Observó a su amigo con mirada de halcón y notó lo tenso que estaba, los hombros rígidos y el rostro algo pálido. Se sentó y depositó el maletín que llevaba en el suelo, a su lado. Se desabrochó el botón de la elegante americana cruzada que vestía y se recostó con comodidad en el respaldo de uno de los sillones que había

frente a la mesa.

Leandro se sentó, mientras su mente trabajaba a toda velocidad para encontrar algo que lo liberara de la palabra dada, un resquicio al que agarrarse para no tener que renunciar a Ivy. Para no asistir, impotente, al reencuentro de ambos y verla regresar junto a su verdadero Dueño, sabiendo que nunca más podría volver a estar con ella, a ver sus ojos llenos de devoción o deseo, oír su voz o su risa cuando él le contaba uno de los chistes malos de su haber, sentir su piel bajo su propio cuerpo mientras le hacía el amor, o saborear la dulzura de sus labios y de su aliento.

—¿Es por Ivy, no es así? —inquirió Hans, sorprendido—. Oh, vamos Leandro. Sabíamos que este día llegaría. Has jugado con un juguete que no era tuyo y ahora tienes que devolverlo. —Leandro desvió la vista hacia la ventana para que Hans no viera su tormento interior en el fondo de sus pupilas, pero este lo percibió pues no lo perdía de vista y asintió, al constatar el por qué de la reticencia y la frialdad de su amigo al recibirlo. Endureció la expresión y preguntó—: Vaya, vaya. ¿Qué ocurre, amigo mío? ¿Te has enamorado de mi dulce muñequita?

Hans entrecerró los ojos. No se esperaba ese giro de los acontecimientos, nunca se esperó que Leandro: un hombre que parecía ajeno a los sentimientos, se enamorara de ella. Un gélido escalofrío le recorrió el espinazo y sacudió la cabeza para alejar la súbita agitación que sintió en el alma. Al fin y al cabo no era tan extraño: Ivy era muy especial y habría que ser muy frío o estar hecho de metal para no prendarse de su generoso corazón. Él mismo no había comprendido lo mucho que la amaba hasta que se alejó de ella.

Leandro apretó las mandíbulas y lo miró, furibundo.

—¿Qué quieres Hans? Dilo y acabemos de una vez.

Hans meneó la cabeza, molesto con la situación. Una cesión implicaba siempre que el Dominante se hacía por completo responsable de la sumisa o el sumiso que recibía, aunque sabiendo y aceptando que pertenecía a otro y que los sentimientos no tenían cabida.

—Sí, te lo diré, pero —objetó—, mejor hablaremos de esto más tarde —apostilló. Sereno, sin dejar entrever que la noticia no lo había complacido, continuó—: Tranquilo, no he venido a entablar una guerra contigo. Sabes que te respeto y siempre me has caído muy bien, por eso te elegí para ella. No iba a dejarla con alguien que no supiera apreciarla como se merece —expuso con franqueza. Luego alteró la expresión, endureciéndola, lo miró con fijeza y

abordó el tema que en realidad lo había traído hasta allí—: Tenemos que hablar de esa alimaña de Gutiérrez.

Asombrado por el súbito vuelco de la conversación, Leandro preguntó, aturdido:

—¿Cómo sabes...?

—Eso no importa. Lo único que tienes que saber es que no voy a consentir que hunda una sola empresa más. —Leandro descubrió el acero en los ojos de Hans y supo que Gutiérrez tenía un enemigo acérrimo en su persona. No comprendía nada y frunció el ceño. Pero Hans continuó—: Veamos, he estado hablando con...

Su amigo empezó a hablar de cantidades, de inversiones, de números y de accionistas. La empresa era de Leandro, pero tenía una parte metida en bolsa y un treinta por ciento era de los accionistas.

Él lo escuchaba, boquiabierto.

—Pero... ¿cómo sabías...? —No atinaba a comprender cómo había aparecido, de la nada, para intentar salvar su empresa.

—Solo tienes que saber que tengo mis contactos —explicó Hans, circunspecto. No quería revelar ante nadie su participación con la OpE, y reanudó lo que estaba diciendo—: Según mis cálculos si...

Hans prosiguió enumerando las cifras de su empresa. Por fin Leandro reaccionó, alejó de su mente el asombro que le causaba que el Dueño de Ivy le hablara de su propia empresa como si la conociera al dedillo, se concentró en lo que le estaba diciendo y ambos se enfrascaron en el papeleo. Permanecieron ocupados durante largas horas, pero al llegar al mediodía ya lo tenían todo arreglado. Por medio de llamadas telefónicas, mensajes de móvil, y correos electrónicos, Hans se había convertido en el socio igualitario de Leandro y la deuda contraída con Gutiérrez había sido saldada, sin recargo alguno.

—Bien, y ahora: vamos a comer. ¡Estoy famélico! —exclamó Hans con una mueca divertida y el corazón más ligero al haber podido evitar el descalabro de la empresa por culpa de un usurero —aparte de otros epítetos menos sutiles que Hans le tenía reservados—, como Gutiérrez. Se levantó y se puso la americana, que se había quitado mientras trabajaban, de nuevo.

Leandro también se levantó, más despacio. Lo miró entre consternado y aliviado, inmensamente agradecido. Nadie se iría al paro, no tendría que vender su patrimonio. ¡Era increíble lo que ese hombre había hecho!

—Hans, no sé cómo agradecerte...

—No, no. Nada de agradecimientos —atajó él, con un decidido ademán para detener las palabras de su nuevo socio—. Solo quiero un memorándum mensual con todos los beneficios y estaré contento. Y, venga, vámonos que tengo un hambre atroz.

Leandro asintió, se acercó a la chaqueta colgada en el perchero y cogió el móvil del bolsillo interior. Lo desbloqueó, a punto de presionar la imagen de Ivy en la pantalla de inicio, como llamada preferente.

—¿A quién llamas? —preguntó Hans, con curiosidad.

—A Ivy, para decirle que la recogeremos para ir a comer...

De inmediato se adelantó hacia él.

—¡No! —exclamó, perentorio. Su amigo se detuvo, elevó la vista y lo miró, extrañado. Hans inspiró y añadió, más suave—: No quiero que venga. Quiero hablar contigo primero, a solas, antes de verla —pidió, de forma escueta. Tenía tantas ganas de verla que se moría por correr a su lado, pero aún no era el momento.

Leandro cabeceó, algo sorprendido. ¿Eso quería decir que tal vez todavía no había venido a recogerla? El corazón se le llenó de esperanza sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Durante las negociaciones con Hans una parte de su mente no había dejado de darle vueltas al hecho de que quizá hoy mismo tendría que despedirse de Ivy y solo sabía que no estaba preparado, que rechazaba la idea con toda su alma. Mucho menos abatido que cuando vio entrar a Hans en su despacho, tanto por el hecho de saber salvada su empresa como por la salvaje y arrolladora esperanza que le anudaba el abdomen, volvió a apagar la pantalla del móvil, lo metió en el bolsillo interior de su americana antes de ponérsela y se encaminó a la puerta.

Ambos salieron del despacho sin percatarse del sobre que había caído de la chaqueta de Leandro y había quedado bajo el escritorio, oculta.

Leandro salió del aparcamiento subterráneo y condujo en silencio. Hans, a su lado, tarareaba la canción que sonaba en el equipo de música del coche: «*Burn in to the ground*» de Nickelback, que tronaba el habitáculo a todo volumen, mientras miraba por la ventana.

Leandro preocupado, aliviado, inquieto, intrigado y con temor en el corazón, apretaba el volante con tanta fuerza que se le marcaban todas las venas de las manos. Pensaba en Ivy, en la expresión de su cara cuando viera a Hans. ¿Sería de alegría? Eso lo partiría en dos, pero tampoco es que pudiera exigirle nada. Ella era de él de forma irrevocable. Miró de reojo a Hans, pero este seguía observando el paisaje por la ventana. Tamborileaba con los dedos

en el marco abierto con una expresión relajada en el rostro, inconsciente del sufrimiento del amigo a su lado.

Llegaron al restaurante en poco tiempo. Leandro, ahora mucho más atormentado que cuando salió del despacho, con los nervios tensos como tendidos eléctricos, estacionó en el aparcamiento del restaurante y ambos descendieron, en dirección a la entrada. Un servicial *maître* los recibió y los acompañó de inmediato a una de las mejores mesas.

Leandro era muy conocido, pero Hans gozaba de una enorme notoriedad debido en gran parte al nombre de su familia, pero también por los grandes logros que había conseguido por sí mismo con sus empresas de investigación y desarrollo, dedicadas a mejorar el medio ambiente en el ámbito industrial. También eran famosas sus donaciones a obras benéficas y sociales, como la lucha contra las enfermedades raras o la construcción de escuelas en países subdesarrollados. Era socio honorario de varias ONG ecológicas y miembro honorífico de Unicef. Desde que se hizo cargo de los negocios familiares, había engrosado un largo historial como filántropo que no tenía parangón.

Leandro se sentó un tanto envarado en la silla y pidió el vino: un *Château Margaux*, un excelente vino francés. Pero Hans negó con la cabeza y llamó de nuevo al *somelier*.

—Mejor tráiganos un Vega Sicilia —pidió, sonriente, muy ufano—. Hoy tenemos algo que celebrar, mi amigo y yo.

—Por supuesto —respondió el encargado de los vinos, complacido—. ¿Modalidad y añada?

—¡Oh! Pues un Único del '67 —pidió después de pensar un momento.

El hombre inclinó la cabeza con un brillo de regocijo en la mirada.

—¡Magnífica elección, Excelencia! De inmediato se lo escancio —afirmó el *somelier* muy contento. Esa era una de las botellas más caras y exclusivas que conservaban en sus bodegas con temperatura regulada; si los clientes querían algo aún más específico debían encargarlo con antelación.

—Oh, por favor. Olvida el tratamiento. —Hans movió la mano displicente y desechó una formalidad que siempre detestó. El empleado se retiró y fue a cumplir la petición. Entonces Hans se volvió hacia el hombre que tenía enfrente con un nuevo brillo en la mirada color cobalto, penetrante y ansiosa, aunque luchaba con denuedo para esconder el ansia que lo corroía por saber de ella, por conocer todo lo acontecido desde que se había marchado. —Y bien, Leandro, cuéntame. ¿Cómo está mi muñequita?

Leandro lo miró inexpresivo, pero estaba ardiendo por dentro. La

posesividad que manifestaba Hans hacia Ivy le repateaba la entrepierna, y se le envenenaba la sangre. En ese momento regresó el *somelier* y se realizó el ritual del vino, por lo que pudo demorar su respuesta y serenar un poco el ánimo para no dejarse llevar por el disgusto y contestar con lo que realmente sentía —hacia su amigo y nuevo socio—, en ese momento: rabia, celos y estupidez. Cuando se retiró el empleado, cogió su copa y bebió un largo trago, para coger fuerzas. A pesar suyo tuvo que reconocer que era un vino de un *bouquet* extraordinario.

—Ivy está bien. Está muy bien —contestó al fin sin mirar a Hans, con la vista fija en la copa. Sus pensamientos se perdieron en el recuerdo de la dulzura de la cara femenina cuando esa misma noche estaba sobre ella, aprisionada bajo él e inmovilizada, mientras permanecía profundamente enterrado en su interior. Sintió un potente aguijonazo de deseo y la sangre se agolpó en el miembro. Se mordió el labio y levantó la mirada, algo turbia, hacia su amigo.

Hans entrecerró los ojos, alerta ante los inequívocos signos del enamoramiento en el rostro de su amigo.

—Sí, ya veo —aseveró, muy serio—. Por tu expresión se diría que es lo mejor que te ha pasado nunca. —Dejó de sonreír. Una cosa era una cesión temporal y otra muy distinta que otro hombre se enamorara de Ivy. Se irguió, apoyó los codos en la mesa y lo miró, acerado—. Leandro, amigo mío. ¿Vamos a tener un problema con esto? Recuerda a quién pertenece ella y lo que firmaste —instó, inclemente. De nuevo una punzada traspasó el alma de Hans ante el perturbador pensamiento que quizás no era solo el corazón de Leandro el que se había entregado, acaso el de Ivy también estuviera en disputa. De improviso sintió vértigo, como si estuviera al borde de un precipicio, y se obligó a serenarse. Era pronto para adelantar tanto los acontecimientos.

—No, Hans. No habrá ningún problema —contestó Leandro, mirándolo de frente, con firmeza. Tenía que cumplir con él: había empeñado su palabra y, además, ahora estaba en deuda—. ¿Cuándo te la vas a llevar? —preguntó, con el corazón en un puño. No estaba preparado para renunciar a ella, no todavía, y necesitaba saber con urgencia cuándo la reclamaría su amigo.

—Bueno, todavía tengo que hacer unas cosas en Madrid, así que seré magnánimo y te la dejaré esta noche, pero ten por seguro que mañana a mediodía vendré a recogerla. —Hans meneó la cabeza, defraudado. —Vaya Leandro, no me esperaba esto, la verdad. Sé muy bien cómo es mi muñequita,

pero cuando andábamos juntos te hacía más duro. Nunca vi en ti que implicaras tus emociones con ninguna de las sumisas que compartimos. Siempre te mantuviste frío. Incluso en el mundillo se decía que eras de hielo. Reconócelo: esa era tu reputación, y así hablaban de ti tus anteriores sumisas. Por eso creí que mi dulce pequeña no podría rozarte siquiera. Y por lo que veo no solo te ha rozado: te ha arrollado, se ha apoderado de ti y te ha robado el ser.

Leandro volvió el rostro para evitar clavar en Hans una mirada llena de ira y perdió la vista en el paisaje que se veía por la ventana, con los dientes apretados. Se le marcó un músculo en la mejilla, angustiado ante el peso que lo estaba aplastando. Hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto se había implicado en realidad con Ivy y solo ahora, ante una innegable separación, comprendía que ella poseía no solo su corazón, sino su alma y su cuerpo.

—No te preocupes, Leandro. No será tan duro, ya verás —añadió Hans, compadecido ante la tensa expresión masculina—. Enseguida encontrarás a otra que satisfaga tus inclinaciones. Por lo que he oído las tienes haciendo cola, así que ¡ánimate, hombre! Vamos a celebrar que ese innombrable está fuera de tu empresa y brindemos por este feliz reencuentro.

Leandro se mordió la lengua antes de que la rápida y ácida réplica que le vino a la mente con respecto a esas supuestas otras que hacían cola saliera por su boca. Contempló a Hans y se percató que siempre había llevado las de perder con respecto a Ivy. Además no tenía derecho a recriminarlo ni a reprocharle nada. Acababa de salvarlo a él y a su empresa de una forma magistral.

—Sí. Sí, claro —convino, con un esfuerzo—. Perdóname Hans, soy un desagradecido. —Alzó la copa y la entrecrocó con la de su socio. —Por ti y por tu oportuno regreso.

Brindaron y el ambiente se relajó. Leandro se obligó a aparcarse sus sentimientos. Hans tenía todo el derecho y él ninguno; era inútil dirigir la rabia y la desolación que sentía contra él.

Sirvieron la comida y hablaron de los viejos tiempos, recordando cuando se conocieron a través del padre de Leandro, que ignoraba en qué andaban metidos por la noche su hijo y su amigo.

—¿Te acerco a algún sitio? —preguntó Leandro cuando salieron al exterior, al terminar de comer.

Hans asintió.

—Sí, por favor. Déjame en Cuatro Torres, en el Paseo de la Castellana; tengo que hacer unas gestiones.

—De acuerdo, me viene de camino. —Leandro cogió las llaves que le tendía el aparcacoches y se sentó tras el volante. La canción: «*When we stand together*» de Nickelback retumbó en el recinto mientras el Alpina salía del aparcamiento a toda velocidad.

Al poco tiempo llegaron a la ciudad y se internaron entre el tráfico. Leandro maniobró con seguridad cambiando de un carril a otro y pronto llegaron a la Castellana. Detuvo el coche en un hueco, detrás de una parada de taxis.

—Bien. Nos vemos mañana, Leandro —dijo Hans, antes de bajar. Miró a su amigo, otra vez tenso tras el volante, e insistió con una nota de advertencia imposible de ignorar—: ¿Entendido?

Leandro se demoró unos segundos en girar la cabeza mientras un nudo de miedo y rechazo de la realidad le atenazaba de nuevo el estómago y el corazón. Al final hizo acopio de honor y se volvió hacia su socio.

—Sí, entendido, Hans. No te preocupes —declaró, dispuesto a cumplir con su palabra de caballero, pero con el ánimo en zozobra al pensar que tendría que despedirse de Ivy en cuanto llegara a casa.

Hans mantuvo su mirada unos segundos y asintió. Cogió la maneta de la puerta, abrió y salió con agilidad. Empujó para cerrar y se asomó en la ventanilla abierta.

—Hasta mañana, Leandro. Aprovecha el tiempo, amigo mío —aconsejó al verlo tan tieso. Se retiró y se subió a la acera. Observó al BMW alejarse y perderse entre los demás vehículos. Meneó la cabeza, a un tiempo apenado y sorprendido. Se dolía por su amigo, pero ya era hora de recuperar lo que le pertenecía por entrega, aunque nunca se imaginó que su regreso pudiera herir a su amigo.

Suspiró mientras cruzaba la acera hacia las oficinas de la OpE en la Torre Espacio. La había añorado sin medida en esos casi dos años y por fin iba a poder volver a verla, sentirla, tocarla. Sonrió, lleno de esperanza por el futuro que había ideado para ambos.

Había quedado en reunirse con Danielle para ultimar los detalles de la detención de Gutiérrez al día siguiente. Lo tenían estrechamente vigilado, pero este apenas se había movido de la casa que tenía en las afueras desde que regresó de Malasia. Solo había salido de allí para ir a las oficinas de Leandro —a exigirle el pago de la deuda según dedujo Hans—, informaron

los agentes que lo vigilaban de forma discreta.

En cuanto Dannielle lo avisó en Malasia del riesgo con la empresa de Leandro, Hans se puso en contacto con su abogado en Madrid para que investigara la razón por la que su amigo tenía tratos con ese hombre. Y este averiguó que el empresario estaba presionándolo para que cumpliera, sin más demoras, con los pagos atrasados.

No pensaba permitir que esa sanguijuela se apropiara de una sola empresa más y menos si era la de su amigo; de inmediato dio órdenes a su abogado para que preparara los trámites para la fusión con la empresa de su amigo. Siempre sería mejor para Leandro tener un socio que declarar la quiebra.

Mientras rememoraba su conversación con Leandro se aproximaba con paso tranquilo hacia la Torre, sin sospechar que su adorada Ivy se había dirigido hacia la boca del lobo, de forma inconsciente.

Leandro se adentró con el coche en el sótano del edificio donde tenía el despacho y aparcó en su plaza. Apoyó la frente en el volante, con las manos todavía en él, mientras sentía un terrible peso arrastrarlo hacia un abismo en el que no había oxígeno.

Esa mañana había sido de locos. Empezó con la convicción de que tenía que vender todo lo que tenía, lo que no era mucho ya que lo había invertido todo en la fundación de la empresa, y ahora no solo había logrado salvar el negocio sino que tenía un nuevo socio en la persona que menos cabía esperarse.

Pero lo peor era que no podía alegrarse lo que debería.

Su corazón clamaba acongojado y apenas podía respirar. Con sensación de ahogo se incorporó, echó la cabeza hacia atrás y se aflojó el nudo de la corbata. Apretó el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos y gruñó en el silencio que reinaba en ese momento en el aparcamiento desierto. Al fin meneó la cabeza: debía moverse. No podía quedarse allí eternamente a la espera de que el futuro cambiara a mejor para él.

Había firmado un contrato con Hans, empeñando su honor, y tenía que cumplir la palabra dada. No podía fallar. Bajó del coche y accionó el botón de la llave para cerrar el coche. El sonoro y característico sonido indicó que se cerraban todas las puertas y el parpadeo de las luces de intermitencia iluminó las paredes durante unos segundos. Leandro se encaminó al ascensor, entró en cuanto se abrieron las puertas y subió hasta su planta.

—Hola, Elsa —sonrió hacia su secretaria. Esta levantó la mirada con una

gran sonrisa.

—¿Alguna novedad? —inquirió él con la mano en el picaporte de la puerta de su despacho.

—No, señor. Solo este sobre. Lo encontré caído bajo su mesa cuando fui a recoger las copias de entrada —informó, mientras le tendía un sobre con su nombre.

Leandro, sorprendido, cogió el sobre y al ver la letra de Ivy, frunció el ceño.

—Gracias, Elsa —dijo sin mirarla, al tiempo que entraba y cerraba la puerta.

Extrañado, se dirigió hacia su mesa y abrió el sobre. Sacó unos pliegos pulcramente escritos con la esmerada caligrafía de ella. A medida que leía palidecía y cuando terminó tuvo que sentarse, debilitado. Tragó con fuerza, con el corazón latiéndole desahogado en el pecho. Pensó que debía ser un error, que su mente le había jugado una mala pasada. Volvió a releer la carta, con ansia, y meneó la cabeza, arredrado. Era cierto lo que había entendido la primera vez: Ivy se había ido a casa de Gutiérrez.

¡Ella sola!

Se mesó los cabellos con desesperación, al tiempo que hacía cuentas en su mente, pensando a toda velocidad. ¿Cuánto hacía de eso? Cogió el teléfono y presionó la imagen de Ivy, el icono de marcado rápido, en su móvil. La línea se estableció de inmediato, pero nadie contestó al otro lado. El tono sonó y sonó hasta que saltó el contestador y la alegre voz de ella lo saludó:

«¡Hola!... ¡Ohhh, cuánto lo siento! Ahora mismo no estoy disponible, pero si me dejas un mensaje ocurrente, puede que te llame más tarde. *Ciao!*», sonó la grabación.

La carta era de esa misma madrugada, ella lo había datado en el encabezado. Ivy le escribía que iba a saldar su deuda, que la perdonara y que estaría en casa de Gutiérrez; al mismo tiempo le solicitaba que no hiciera nada y volvía a pedirle perdón. Firmaba: Suya, Ivy.

Leandro colgó y estrujó el móvil entre los dedos agarrotados. La inmensa entrega de Ivy lo maravillaba y conmovía, pero saber que todo lo que ella hiciera sería para caer en manos de un asqueroso y depravado monstruo —al que ahora conocía mejor ya que Hans le había relatado algunas de sus andanzas en Malasia durante la comida—, lo aterrorizaba hasta casi paralizarle el corazón. Si había conseguido averiguar la dirección de

Gutiérrez y este la había recibido, eso quería decir que llevaba en casa de ese malnacido... ¿Cuánto? ¿Unas diez horas o algo más?

¡Dios, tenía que sacarla de allí!

Sin perder un segundo volvió a salir y corrió hacia el ascensor al tiempo que volvía a marcar el número de Ivy.

—¿Señor? —interrogó Elsa, alarmada, al verlo salir como una exhalación, tan pálido como un espectro, pero Leandro no pareció oírla mientras se adentraba en la cabina con el móvil en la mano. Renegó un improperio cuando saltó el buzón de voz otra vez y llamó al fijo del chalet. Lo recibió el mismo silencio y se apresuró a llamar a Helena para saber si Ivy había quedado con las chicas. Esta le respondió que no, que en principio habían quedado para el día siguiente, Leandro improvisó una excusa relacionada con una sorpresa que quería darle a Ivy, para no preocuparla, y colgó.

Una vez en el subterráneo, convencido ya de que Ivy estaba en casa de Gutiérrez, la mirada castaña se oscureció de tal modo que ni la negra oscuridad del infierno era tan terrorífica al pensar que ella podía estar en peligro.

¡Mataría a ese bastardo como osara lastimarla!

A los pocos segundos arrancaba el motor de su coche y salía a toda velocidad del aparcamiento con un escalofriante chirrido de neumáticos.

12

Horas antes, esa madrugada...

Ivy conducía despacio por la desierta calle residencial mientras escudriñaba los números de las entradas a las opulentas mansiones. Era un barrio a unos cincuenta kilómetros de Madrid donde los que nadaban en dinero poseían una residencia que ocupaban tan solo un par de meses al año, con un servicio privado de seguridad para toda la urbanización Los Almendros y personal a cargo de la casa.

Meneaba la cabeza reprobatoria, pero seguía buscando el número 67, de la calle Los Lirios. La calma era absoluta a esas horas, aunque no había amanecido aún ya empezaba a clarear por el este.

Llegó ante unas enormes y altas puertas de hierro forjado, con un gran escudo en el centro que representaba un ave con las alas abiertas y un látigo en el pico, posada sobre una gran G en dorado.

Detuvo el coche delante de las puertas, atisbó a través de los barrotes sin salir del coche y vio luces al fondo. La recorrió un escalofrío y se preguntó por enésima vez: «¿Qué puñetas estás haciendo Ivy?».

Leandro prefería pasar una eternidad en el infierno antes que cederla a ese hombre y claudicar a su chantaje y ella, ligera cual duendecilla de la traición, había desoído sus deseos y decidido ir al encuentro de ese hombre que recurría a métodos rastroseros para poder acceder a ella.

No decía mucho en favor del hombre con el que se iba a encontrar, o más bien al contrario, decía mucho. Un temblor de aprensión la recorrió, pero adelantó la barbilla. Tenía que intentarlo, el «no» ya lo tenía; faltaba conseguir el «sí».

Suspiró, esperaba que su plan diera resultado. Bajó del coche, se aproximó a los grandes portones y apretó el botón del portero automático que había en el muro a un lado. Vio, por encima de ella, moverse la cámara para enfocarla. Miró directa a la lente mientras esperaba. Estuvo un rato aguardando a que le contestaran; presentía que había alguien mirando con atención el monitor. Impaciente movía la punta del pie. Con un gesto de contrariedad alargó la mano para volver a tocar y entonces le hablaron a través del altavoz. Una voz seca, de mujer, que sonó como un graznido en el silencio del amanecer.

—Llegas tarde, esa opción ya ha caducado, puedes irte.

—No, por favor, espere —pidió con presteza. Supo que tendría que

rebajarse y suplicar. Se sintió fatal, miró hacia el coche, sopesando la posibilidad de olvidarse de todo, volver corriendo a los brazos de Leandro y dejar que las cosas siguieran su curso. Pero recordó al personal de la empresa, la ilusión de su Amo cada vez que hablaba de su negocio, el orgullo en su mirada cuando le contaba algo relacionado con lo que habían logrado y se le formó un nudo en la garganta. No podía abandonar. Tragó con fuerza, volvió a mirar a la cámara e ignoró sus temores—. Vengo a ofrecerle un nuevo trato. Por favor, permítame entrar y explicárselo al señor Gutiérrez.

Siguió un silencio a sus palabras y supuso que la mujer debía estar hablando con Gutiérrez. Al cabo de unos segundos, volvió a chirriar la voz seca.

—¿Por qué crees que puedes ofrecer algo que interese al señor Gutiérrez?

—Si me deja entrar podría detallárselo mejor... Aquí afuera no me parece el lugar ideal para...

—El Señor Gutiérrez solo quería una esclava. No le interesan para nada las ofertas de nadie, y mucho menos de alguien que envía a su sumisa a cumplir tarde con lo exigido. ¡Buenos días!

Se oyó un *click* e Ivy comprendió que habían cortado la comunicación. Frustrada se mordió el labio y volvió a apretar el botón.

—¡No vuelvas a llamar! Se te ha dicho que no interesa ninguna propuesta y se te ha pedido que te vayas. Si no lo haces, llamaré a seguridad para que te echen. ¿Está claro? —Esta vez el graznido seguro que fue claramente audible por los vecinos de Gutiérrez.

—Por favor, no vengo en nombre de nadie. He venido a ofrecerle el pago de la deuda. —Ivy miró a su alrededor, nerviosa, incómoda por tener que hablar de todo eso en la calle. —Yo tengo dinero...

—¿Tienes dinero? —interrumpió la mujer—. Entonces préstaselo a tu Amo y santas pascuas. Vamos, niña, no vengas a incordiar con memeces.

—No, no es eso. Quiero decir... —Irritada dio una patada en el suelo por verse obligada a rebajarse de esa forma. —Lo que intento explicarle es que el dinero no lo tengo, todavía. Voy a heredarlo pronto y quería...

—Estoy llamando a seguridad. Ya te estás largando si no quieres que te lleven al cuartelillo. —Volvió a sonar un *click*.

Exasperada, Ivy miraba con incredulidad el altavoz. Elevó la vista hacia la cámara e intuyó que la seguían observando a través de la pantalla del monitor. En ese momento cruzó por su memoria el rostro preocupado de Leandro y supo lo que debía hacer.

No iba a conseguir nada con palabras o ruegos. Y no iba a darse por vencida.

Miró fijamente a la cámara, retrocedió unos pasos y se desabrochó el primer botón del vestido, siguió con el segundo y separó un poco la tela, lo suficiente para mostrar más piel, pero sin revelar nada. Después, despacio, se arrodilló sobre los tobillos con las puntas de los pies dobladas. Separó los muslos y apoyó las palmas abiertas sobre las rodillas, en posición *nadu*. Entonces inclinó la cabeza, bajó la vista al suelo y esperó.

Al cabo de lo que le pareció una eternidad las grandes puertas negras empezaron a abrirse. El corazón le dio un vuelco y el estómago se le contrajo. Tenía los nervios tan tensos que empezó a temblar. Miró más allá de las puertas abiertas y vio un empedrado camino zigzagueante que se perdía en una avenida de árboles. No se distinguía la casa, tan solo un resplandor alto entre las copas de los árboles y supuso que serían las luces de las ventanas.

—¡Aparca el coche en la calle y entra andando: descalza y desnuda! —Se oyó la orden a través del altavoz. Al oír la exigencia Ivy miró a la cámara, anonadada. Esa extraña voz chirriante sonó más perentoria al agregar—: ¡Vamos!

Dio un respingo y se puso en pie. Se dirigió al coche y subió. Le temblaban tanto las manos que se le cayeron las llaves; después de una angustiada búsqueda las encontró, volvió a ponerlas en el contacto y metió la marcha atrás. Manióbró temblorosa y aparcó unos metros más allá. Apagó el motor y durante unos segundos fue incapaz de hacer nada. Dudaba, arredrada, si debía huir u obedecer.

Estaba aterrada, no sabía lo que la esperaba allí dentro y el que ella entrara y ofreciera el dinero de su herencia como pagaré no significaba que Gutiérrez lo aceptara sin condiciones, como indicaba claramente al hacerla entrar desnuda. Apretó los dientes en un arrebato de rebeldía que le devolvió el temple que necesitaba. Era una mujer adulta que tomaba sus propias decisiones, nadie la obligaba a nada contra su voluntad y si Gutiérrez creía que podía manejarla, iba a descubrir que no se dejaba amilanar de forma tan fácil.

Entraría ahí y le ofrecería el trato a ese personaje y si no lo aceptaba, volvería por dónde había venido. No estaba dispuesta a ceder a su chantaje.

Con un brillo decidido, se descalzó y se desnudó. Dejó las llaves debajo del asiento, cerró la portezuela y corrió hacia las puertas. Justo a tiempo, pues se empezaron a cerrar cuando ella las cruzó.

La fresca temperatura le erizó la piel, mientras andaba por el camino. Observó a su alrededor en la cada vez más creciente claridad del amanecer. El terreno a ambos lados del camino estaba forrado por una tupida alfombra de césped, poblado por altos y frondosos tilos, fresnos y cedros desperdigados aquí y allá. A medida que avanzaba vio a lo lejos el reflejo de lo que parecía el agua de una piscina, entre las ramas bajas de los árboles que iban superponiéndose en el terreno en pendiente.

El camino giró hacia la izquierda y al cabo de unos cuatro metros se abrió la avenida, ante ella, y una mansión de tipo colonial apareció ante su vista. Avanzó con lentitud al tiempo que reprimía las ganas de cubrirse con los brazos, pues sabía que la estarían observando. Levantó la barbilla, desafiante y caminó con seguridad, pisando fuerte, sin apresurarse.

Una jauría de perros, mastines leoneses, le salieron al paso desde la derecha de la casa, con fuertes ladridos.

Ivy se detuvo cuando la rodearon y empezaron a olerla. Eran enormes y uno incluso quiso alzarse de patas y lamerle la cara pero, de pie, era más alto que ella y casi la tumbó con su peso. Por suerte, pudo recuperar el equilibrio y quitárselo de encima. No parecían agresivos, pero eran tantos y tan grandes que no las tenía todas consigo por si hacía algún movimiento que a ellos les pareciese sospechoso.

—¡Colt, Bandera, Pinto! ¡Aquí! —ordenó una voz masculina.

Ivy alzó la vista y vio a un hombre mirándola, los perros la dejaron y corrieron hacia él. Se arremolinaron a su alrededor y él les acarició la cabeza. Estaba de pie, en la escalinata de entrada a la casa. Detrás, la puerta abierta dejaba ver un *hall* espacioso con una escalera al fondo.

Pero lo que estremeció a Ivy hasta la médula fue la mirada del hombre.

Demente.

Destructora.

Lasciva.

Tragó saliva, con la boca seca de repente, consciente de su error. Comprendió, demasiado tarde, que había entrado en la guarida de un ser salvaje y brutal.

Pero no conoció, hasta muchas horas después, cuánto se había equivocado.

En ese momento supo, sin lugar a dudas, que estaba perdida. Como si hubiera echado raíces, petrificada en el sitio, sentía sobre sí la enardecida mirada de ese hombre y bastaba para provocarle escalofríos de terror por todo

el cuerpo. Se le erizó la piel de puro pavor, los pezones se le contrajeron y la aureola se tornó más oscura. Horrorizada comprobó que la mirada de Gutiérrez se posaba sobre ellos y que se humedecía los labios como si estuviera ansioso por saborearlos. Arredrada quiso huir, echar a correr e intuyó que era lo peor que podía hacer; eso solo lo excitaría más, aparte de que los perros se le echarían encima al instante.

Elevó la barbilla que en ese momento no desafiaba nada, sino más bien temblaba un poco, y cerró los puños. Dio un paso adelante, lo que le costó un esfuerzo de coraje considerable, y siguió andando hasta llegar frente a Gutiérrez. Tuvo que elevar la vista al estar él parado en lo alto de las escalinatas, que constaban de media docena de escalones.

Tendría alrededor de unos cincuenta y cinco años, sobre el metro setenta y cinco de estatura y era de constitución ruda, orondo, y fuerte. La cara de expresión mezquina era redonda, los ojos demasiado juntos, una nariz prominente, la barbilla dividida en dos y la boca ancha, de labios carnosos. Llevaba el pelo cortado a cepillo y de un negro tan intenso que proclamaba a los cuatro vientos la falsedad de su tinte.

—Señor Gutiérrez, vengo a ofrecerle un trato. Vengo a...

—¿Estás tú en ese trato? —la interrumpió sin dejarla terminar y desvió la vista hacia un lado con estudiado aburrimento. Sacó un cigarro del bolsillo de su americana y una guillotina, y con mucha parsimonia inició el ritual de cortar el cigarro, sacar una caja de cerillas y encenderlo, con lentitud. Inhaló una profunda bocanada y luego exhaló el humo hacia ella.

Humillada, Ivy sintió crecer la rabia en su interior.

—No, señor. Yo no estoy en venta. Lo que le ofrezco es mi dinero o, más bien, el dinero que recibiré cuando cumpla los treinta. He venido a firmarle un pagaré por la cantidad que le adeuda mi Amo. Puede usted autentificarlo, mi herencia está en fideicomiso y el albacea es el barón de Monte Hidalgo.

Gutiérrez giró la cabeza hacia ella con tanta rapidez que a Ivy se le asemejó una serpiente antes de atacar.

—¿El barón? ¿El excelentísimo señor Johannes?—preguntó con una indiferencia tan pronunciada que Ivy supo que era tan falsa como una moneda de dos caras.

—Sí, Hans Camarthen-Rhys —contestó con menos seguridad. Sentía que se le erizaba el vello de la nuca ante la presencia de un peligro; observó con más detenimiento a Gutiérrez y supo que se estaba conteniendo de algún modo. Nerviosa se mordió el labio, sin saber si estaba dando demasiada

información—. Fue mi tutor, y es el albacea de la herencia de mis padres.

Los ojos de Gutiérrez brillaron con algo que Ivy solo pudo describir como regocijo y se inquietó aún más, si es que eso era posible en su estado, a un paso de entrar en histeria.

—Me parece muy bien, pero yo no quiero tu dinero —declaró el hombre, al que su tutor, sin ella saberlo, había perseguido por casi todo el globo terráqueo, arrogante. Sin ningún pudor recorrió su cuerpo con una mirada grosera, de abajo arriba, con mucha lentitud, recreándose con más que evidente satisfacción. Por último, la miró a los ojos y descendió despacio los escalones. Se aproximó a ella, como un depredador se acercaría a su presa, y dio una vuelta a su alrededor, deteniéndose tras ella.

Ivy no se movió, pero empezó a temblar.

— Por favor, señor Gutiérrez...

—Chssss... —siseó él, casi con ternura, como si fuera un padre paciente, al tiempo que le tapaba la boca con la mano—. Ahora te estarás calladita.

Ivy no pudo moverse, arredrada. El miedo la paralizaba y pensó que si no hacía nada que lo enfadara podría salir indemne, así que se quedó quieta, como un ratón recién nacido ante una culebra, y lo notó aspirar al acercar la nariz a su pelo, al mismo tiempo que intercalaba un pie entre sus piernas y la obligaba a separarlas. Le destapó la boca y descendió con la nariz muy cerca de la piel de su cuello. No la tocaba, pero podía sentir como la estaba oliendo a medida que descendía. Mantenía la mano sobre su hombro, con el cigarro entre el índice y el anular, y el humo creaba una nube alrededor de su rostro. Arrugó la nariz, asqueada del olor; se le metía en los orificios y le hacía lagrimear los ojos.

Gutiérrez rodeó su garganta con una mano y apretó, no mucho, pero lo suficiente como para que Ivy abriera la boca en busca de aire y se le dilataran las pupilas de miedo. Entonces se pegó a ella con el cuerpo y frotó un inequívoco bulto contra sus nalgas.

—Vas a entregarte a mí, preciosa, y serás mía durante una semana —sentenció, rotundo. Ahora que la tenía ante él no iba a soltarla de forma tan fácil y menos después de saber que estaba relacionada con Hans, ¡ese estúpido anormal! Y añadió con satisfacción—: Y puede que, ni siquiera entonces, quiera devolvarte.

Ahora sí, Ivy se revolvió con el brío que le nació en el alma, al comprender que nada de lo que ella hiciera o dejara de hacer para no provocar el mal que él llevaba dentro cambiaría su situación, y que su única

salida era luchar. Batallar con todas sus ganas para huir de allí. Intentó zafarse del agarre, horrorizada, pero él aferró con más energía, se movió tras ella y, de repente, un trapo le cubrió la boca y la nariz. Un nauseabundo olor dulzón se le metió en las vías respiratorias, todo se volvió borroso.

Perdió el conocimiento.

Y, peor aún, la libertad.

A mucha distancia de ellos en la autopista, horas después, Leandro apretaba el acelerador, al volante de su coche, y corría como un loco. Los neumáticos del BMW echaban humo, mientras el automóvil se tragaba los kilómetros. Adelantaba a los otros usuarios a velocidades ultrasónicas, de forma metafórica, y le seguían los pitidos asustados de los demás conductores.

Sabía que si lo pillaba la guardia civil lo detendrían y no podría llegar junto a Ivy, pero solo de pensar... Imaginarla en manos de ese... de ese... Le hacía hervir la sangre y pisaba más el acelerador.

¿Cómo pudo actuar así? ¿Cómo pudo ignorar su decisión y rebelarse con la peor iniciativa que podía tomar? Sencillo, pensó al final: por entrega, por lealtad. Se daría de hostias a sí mismo por haberle hablado de Gutiérrez, por haber acicateado la curiosidad femenina y activado su aguda inteligencia.

Mientras los kilómetros se sucedían, Leandro cada vez más angustiado elucubraba si no podría haberla detenido, si no vio algo que le hiciera sospechar que ella estaba tramando algo, pero al repasar la víspera paso por paso, no recordó nada que pudiera haberle puesto sobre aviso para evitar que ella cayera en esa trampa.

De repente, tuvo que pisar el freno a fondo cuando el camión que llevaba delante frenó de súbito y se paró en medio de la autopista con un chirrido de neumáticos. El BMW se detuvo a escasos milímetros del guardabarros trasero del camión y por las ventanillas abiertas entró el olor de goma quemada.

Leandro asomó casi por entero la cabeza por la ventanilla, con impaciencia, para ver lo que ocurría y se le cayó el alma a los pies. Más adelante había un atasco producido por un accidente, justo frente a la salida que él quería coger.

Pero...

Entre él y el desvío había unos treinta coches totalmente parados. Desesperado abrió la portezuela, salió del coche y miró hacia el accidente.

Los bomberos sacaban en ese momento al conductor de uno de los

coches. Al parecer la colisión había sido muy aparatosa, pero no había habido víctimas mortales.

Agarraba el borde de la puerta del coche y apretaba con fuerza, ansioso. A su alrededor los otros conductores resoplaban por el evidente retraso en sus planes, pero ninguno sentía que se le escapaba la vida en cada segundo que pasaba, como a él.

13

Casa de Gutiérrez. Julio, 2019

Ivy al fin despertó, aunque no pudo precisar cuánto tiempo más tarde. Abrió los ojos, la luz del sol matutino la cegó y parpadeó varias veces. Tenía la cabeza espesa, la mirada turbia y no conseguía enfocar lo que había a su alrededor.

—Se está despertando —anunció una voz gutural, de mujer, en algún lugar tras ella.

Ivy sacudió la cabeza y quiso tocarse la cara, pero no pudo moverlas. Sacudió la cabeza en un intento de despejarse. Miró hacia arriba y descubrió que tenía las muñecas atadas en lo alto, esposadas a unas argollas clavadas en un poste que colgaba de una polea. Alarmada y espantada, sacudió la cabeza otra vez, ahora asustada. Su mente recobró la claridad y recordó de golpe lo sucedido enfrente de la entrada a la casa de Gutiérrez. Alarmada, forcejeó con las ligaduras.

—¿Qué están haciendo? ¡Suéltenme! No tienen derecho... —gritó, inquieta, con la voz carrasposa por la sequedad en la boca.

—¡Chssss! Calladita, putita. —La misma voz femenina, de antes, le habló de improviso en el oído. Una mano fuerte le tiró del pelo y echó su cabeza hacia atrás.

—¡No! Argg... —chilló, aterrorizada, cuando algo voluminoso invadió su boca. Le embutieron una pelota de goma entre los dientes y acabaron de enmudecerla al atársela en la nuca, apretada con dureza.

—Sí, eso era lo que necesitaba. Que abrieras la boca para que pudiera ponerte esto —susurró tras ella la voz femenina, sensual y dulce.

—¡Selma! No te entretengas, ¡vamos!

Ivy reconoció la voz de Gutiérrez, impregnada de ansia, desde algún lugar tras ella. Cada vez más amedrentada, notaba la adrenalina correr por sus venas, despejándola. Entonces empezó a poder enfocar la vista a su alrededor.

Se hallaba en una explanada embaldosada rodeada de césped con árboles al fondo, tan frondosos que no permitían ver nada detrás, y por lo que podía atisbar a su izquierda había una piscina a unos cinco metros.

Tenía los tobillos atados a una barra separadora y sus muñecas estaban

tan altas y estiradas que se veía obligada a permanecer de puntillas. Pero lo peor de todo es que estaba desnuda, expuesta por completo. Intentó girar la cabeza para ver detrás de ella, pero no consiguió distinguir nada; la correa de la mordaza le impedía voltear bien la cabeza.

—Sí, señor. Ahora mismo —contestó, obediente, la mujer llamada Selma.

De inmediato Ivy la oyó caminar. Producía un rítmico taconeo y, poco a poco, la vio entrar en su campo de visión. Abrió más los ojos, con asombro.

Era una mujer alta, morenísima, con una ondeante y espesa melena lacia y sedosa, negra como el azabache. De brillantes ojos negros y encendidos labios rojos. Se movía de forma tan sensual que Ivy, a pesar de estar en esa situación peligrosamente incierta, no pudo evitar reconocer su belleza. Se acercó a ella por delante, tan cerca que sintió el calor de su piel.

Enfundada en un traje de látex negro, confeccionado a base de alargadas tiras horizontales que atravesaban su cimbreante torso de parte a parte y que alternaban bandas de tejido con bandas de piel desnuda —y que apenas alcanzaban a cubrir la curvilínea anatomía—, estaban unidas por una franja vertical bajo cada una de las axilas y colocadas estratégicamente alrededor de un cuerpo moldeado por la diosa de la sensualidad y dotado de un erotismo puro y lujurioso, mostraban con generosidad una piel dorada y tersa. Los senos, ignorantes de lo que era la gravedad, se erguían enhiestos y proyectaban unos pezones duros, cual cereza madura, cubiertos por una de las estrechas franjas del peculiar atuendo que llevaba.

Ivy echó la cabeza hacia atrás con los ojos muy abiertos por el miedo cuando ella se le acercó demasiado. Negó con energía, enmudecida por la mordaza, de un lado a otro con la cabeza, pero Selma la cogió del cabello y la inmovilizó. La miró a los ojos, sonrió con alegría como si el miedo de Ivy no fuera real, le guiñó un ojo con picardía y se acercó tanto a ella que sus narices se rozaron. Ivy notó la aspiración de la mujer cuando Selma la olió con fruición. Entonces la obligó a girar el rostro con la mano en su nuca y descendió por el cuello. Al poco sintió sus labios en la base, besándola con dulzura.

En ese momento acudieron a la mente de Ivy las fantasías infantiles que tenía de jovencita, sobre los piratas que la secuestraban y la llevaban a una cueva donde la ataban y le hacían toda clase de «cochinadas» como las llamaba entonces. Un escalofrío de terror la recorrió al comprobar que la realidad no tenía nada que ver con esas fantasías. El miedo la paralizaba y sentía un nudo tan apretado en el estómago que sabía que no tardaría en

vomitarse si no lograba controlarse.

Tras ellas Gutiérrez sonrió, con una sonrisa tan llena de depravación y lasciva vileza que hubiera hecho palidecer a Ivy si la hubiera podido ver.

Selma exultante, abandonó la piel de Ivy, se incorporó y la miró con el deseo que esa chica tan joven y hermosa le provocaba. Era bisexual y *switch*¹⁵. Ella y su pareja habían conocido a Gutiérrez en una fiesta privada y este se encaprichó de la belleza morena. Al principio a Selma no se interesó lo más mínimo por ese cincuentón con aspecto de salido. Amaba con locura a su esclavo Dante y no estaba buscando dominante. Pero él, artero y sagaz, manipuló su lado sumiso para lograr su aquiescencia.

Selma cayó en la trampa de halagos dirigidos a su ego y se vio enredada en una telaraña de la que ahora ya no sabía cómo escapar. Obedecía, sí, pero hacía tiempo que se planteaba hasta qué punto disfrutaba o había disfrutado nunca con los exacerbados juegos sexuales de Gutiérrez.

Aunque ahora, con Ivy, el morbo que le producía su piel desnuda e inmovilizada le exacerbaba la libido. Y al mismo tiempo se sentía desconcertada, no comprendía muy bien cómo una persona como ella pudiera consentir ese tipo de juegos salvajes con alguien como Gutiérrez, cuando había dominantes mucho más jóvenes y atractivos que ese vicioso cincuentón, y que seguramente se pelearían entre ellos por ganarse su entrega. Al final se encogió de hombros: no era asunto suyo lo que cada cual elegía hacer con su sexualidad.

El sol ascendente clareaba un cielo brumoso e iluminaba alguna que otra nube, blanca y prístina, como recién lavada. Todavía estaba bajo y no despuntaba aún por sobre las copas de los árboles.

Selma empujó con una mano el hombro de Ivy para dar la vuelta a su cuerpo, la encaró de cara a Gutiérrez y desapareció de su campo visual. La oyó alejarse con el rítmico taconeo a través de la explanada.

Ivy descubrió al hombre que la había sedado y que la había secuestrado —aunque en el juicio al que pensaba llevarlo por secuestro, privación de libertad, humillación y vejación, pudiera alegar que ella había entrado en su casa por propia voluntad—, sentado en una cómoda butaca, bajo una pérgola de madera. El depravado la miró con lujuria y con una sonrisa que le heló la sangre en las venas al ver la degenerada forma en la que recorría su cuerpo con los ojos. Retiró la vista, furiosa y asustada a partes iguales, y se negó a mirarlo mientras él la contemplaba

A los pocos minutos oyó la voz de Selma a su derecha, entre los árboles.

La escuchó vociferar órdenes secas y tajantes y ladeó el rostro para verla.

Segundos después la mujer morena apareció por un sendero de piedra, entre espesos arbustos. Llevaba una correa en la mano y sujeto a esta un collar en torno al cuello de un hombre que avanzaba a cuatro patas. Él portaba una capucha de cuero que le cubría la cabeza y casi por entero la cara, a excepción de dos rendijas para los ojos y una abertura para la boca, que también podían cerrarse con una cremallera. Totalmente desnudo, mostraba un cuerpo esculpido y trabajado hasta la saciedad, y tan virilmente bello que rozaba la indecencia.

—¡En pie, esclavo! —La orden resonó en el silencio de la explanada y el hombre estuvo en pie antes de que Selma terminase de hablar.

Ivy lo contempló, horrorizada. El miembro viril estaba aprisionado en una especie de arnés que le comprimía los genitales y se sujetaba rodeando su cadera con un cinturón; el pene permanecía erecto a pesar de estar aprisionado entre varios anillos constrictores de metal.

El esclavo permaneció erguido frente a su dueña, pero giró los ojos hacia ella, la miró, directo, a través de las rendijas de la máscara, e Ivy pudo observarlo tensarse, con una mirada tan llena de conmiseración que la dejó aturrida por inesperada en ese lugar en el que solo esperaba maldad. Después los ojos masculinos se dirigieron a Gutiérrez, con el cuerpo aún más tenso. Ivy lo vio apretar los puños a ambos lados mientras un destello de odio cruzaba los iris de un increíble y bellísimo color verde.

En la explanada resonaron, con fuerza, las carcajadas de Gutiérrez cuando captó la mirada que le dirigía el esclavo.

Ivy se estremeció, con aprensión. ¿Qué era ese lugar? ¿Adónde había ido a parar en su inconsciencia?

Tenía un nudo de terror tan apretado en el estómago que sentía la bilis subirle por el esófago y apenas era capaz de respirar.

—Desátala y llévala a la camilla, vamos —ordenó Selma al esclavo en ese momento.

Él se acercó a ella por delante y tuvo que echar la cabeza mucho hacia atrás de tanto que se le acercó para poder mirarlo, ya que era muy alto.

Él se inclinó hacia ella. Los ojos verdes relucieron con un atisbo de preocupación tras las estrechas rendijas, que Ivy no pudo interpretar, desconcertada. Desató sus muñecas y antes de que ella pudiera reaccionar se la colocó boca abajo sobre el hombro sin esfuerzo, como si fuera una almohada de plumas, y la llevó hacia la piscina.

Ivy se estremeció de pavor y se sacudió sobre él para liberarse. Qué estúpida había sido al meterse de lleno en la boca de la bestia. Había sido una inconsciente. ¿Qué pensaría Leandro ahora de ella? La despreciaría, sin duda. Una sumisa que no tiene sentido común, que no piensa en lo que hace por mucho que sus intenciones fueran bondadosas, no puede servir a su Señor. Seguro que la repudiaría. Acongojada y angustiada, más por la reacción de Leandro que por su incierta situación actual, se preguntó si habría alguna manera de solucionar este mastodóntico embrollo, sin dejar de forcejear. Apoyó las manos en las dorsales masculinas y sacudió las piernas, pero todavía tenía la barra separadora que atenazaba sus tobillos y apenas pudo moverlas. Histérica, emitía chillidos tras la pelota de goma. El esclavo la tenía bien sujeta sobre su hombro y por mucho que batalló no consiguió que la soltara.

El esclavo depositó a Ivy encima de una camilla, junto a la que aguardaba Selma. Ivy saltó en un intento de salir corriendo, aunque fuera a saltos, pero de inmediato el brazo del esclavo la volvió a sujetar de la cintura y la tumbó sobre la camilla otra vez. Entre Selma y él la ataron a unos grilletes metálicos a la cabecera de la tumbona.

Privada de libertad, gimió, degradada.

Gutiérrez ordenó y Selma y el esclavo obedecieron.

Entonces comenzó sobre el cuerpo de Ivy un abuso que la estremeció de rechazo y ultraje. Gritó y gritó tras la mordaza, mientras sacudía las muñecas de forma infructuosa contra sus argollas. Y al final cerró los ojos a esa realidad que no quería ver ni sentir, llena de impotencia, mientras la humillación la traspasaba al recibir un castigo que no merecía y unas caricias que no deseaba.

14

La sesión orquestada por Gutiérrez continuaba y las horas pasaban lentas en esa terraza privada.

Selma obedecía las órdenes de su Amo, pero cada vez estaba más aturdida. No lograba entender las reacciones de esa chica. Ella y Dante, su esclavo, estaban aplicando sobre su piel unas prácticas de dolor erótico, pero la joven no aparentaba disfrutar. Al contrario, a su parecer, estaba al borde de la arcada.

Esa mañana Gutiérrez la había informado que Ivy le había pedido una sesión brutal en la que se viera privada de la libertad y de la voz, pero Selma suponía que alguien que solicitara algo así lo iba a disfrutar, no a temerlo y a rechazarlo como parecía que hacía.

Miró a Dante con el entrecejo fruncido, pero él solo meneó la cabeza de forma imperceptible para que Gutiérrez no lo viera, ya que tenía prohibido hablar. Selma se sentía cada vez más frustrada.

El sol ascendía en el cielo mientras Ivy sufría unas consecuencias demasiado extremas a la inconsciencia cometida. Al cabo de un tiempo que no pudo precisar, ajena a las dudas que asediaban a su torturadora, escuchó las nuevas órdenes que impartió el psicópata acreedor de Leandro y rompió a llorar de impotencia, con el corazón a cien y el ser mortificado. Ella, que no había vuelto a llorar después de los terribles primeros meses de la muerte de sus padres.

—¿Señor? —cuestionó Selma, patidifusa por esa reacción. Se alejó al instante y soltó el *flogger* con el que estaba estimulando la piel de Ivy, confusa y aturdida. ¿Qué puñetas estaba pasando ahí?

Gutiérrez se levantó de inmediato y se acercó a ellos en dos zancadas. Se inclinó hacia Selma, la agarró con brutalidad del pelo, tiró hacia atrás y la miró a los ojos.

—Te permito jugar con ella porque me encanta que la calientes para mí, pero jamás discutas mis órdenes —declaró, tajante. La soltó y le cruzó la cara de una bofetada.

Selma cayó al suelo por el impulso y se apoyó en las palmas. Sentía la mejilla arder y jadeó, excitada. Era masoquista y el dolor la ponía a cien. Miró a Gutiérrez con los ojos vidriosos.

Ivy permanecía estirada, muy descompuesta. Alzó la cabeza cuando oyó el tortazo y vio a Selma a los pies de Gutiérrez. Hipó y sorbió por la nariz. Sacudió otra vez las muñecas, frustrada, pero solo sirvió para dañárselas aún más de lo que ya lo estaban. Desplazó la vista y vio a Dante quieto, a su lado, ya sin esa capucha de cuero que le había cubierto un rostro tan hermoso como una aurora boreal, sin quitarle la vista de encima a su Ama, con un anhelo tan patente que parecía irradiar de todos los poros de su piel. Meneó la cabeza y apartó la mirada, impotente. ¿Quiénes eran esa mujer morena y ese chico tan hermoso? ¿Y qué hacían con Gutiérrez? Por lo poco que había comprendido mientras la torturaban bajo sus órdenes, al esclavo no le hacía ninguna gracia obedecer y la mujer morena parecía cada vez más confusa por sus chillidos y protestas, como si no supiera que estaba allí contra su voluntad.

Gutiérrez ignoró a Selma, en el suelo, y se aproximó a Ivy. El pánico se apoderó de ella al verlo aproximarse con una encendida mirada lujuriosa. Sentir a los esclavos cumplir las órdenes de él sobre su piel era terrible, pero que ese demente la tocara sería abominable, y se retorció, desesperada por huir.

Él la miró de arriba abajo con una sonrisa que expresaba una densa maldad. Depositó una palma sobre su abdomen, una mano grande de dedos gruesos que le abarcaron casi por completo la cintura.

—Todavía no, preciosa. Todavía no estás preparada para mí —murmuró con pesar. Se inclinó sobre ella, la cogió del pelo, se acercó a su cara hasta quedar a pocos centímetros y afirmó, ominoso—: Pero lo estarás...

Ivy negó con la cabeza, con fuerza, mirándolo rabiosa y Gutiérrez amplió la sonrisa cruel. La cogió de la barbilla, le giró la cara hacia el otro lado y le lamió la mejilla con toda la lengua, húmeda y salivada.

—Oh, querida, ya lo creo que sí —contradijo en su oído, con la voz ronca de deseo—. Soy un experto en llevar a las sumisas insurrectas más allá de sus límites y tú no podrás resistirte. Acabaré por quebrarte, por romper tu espíritu de puta malcriada. Ya lo creo.

Se incorporó y se echó a reír con estentóreas carcajadas. Se dirigió a su sillón otra vez, bajo la sombra de una pérgola.

—¡Vamos! ¡Continuad! —ordenó sin dejar de reír.

Selma frunció el ceño y buscó la mirada de Dante, pero este estaba mirando a Gutiérrez y no pudo comunicarse con él, como siempre hacía de forma silenciosa. Y Selma necesitaba que su amante le confirmara sus dudas o le diera el ánimo que necesitaba, ya que había perdido todo interés en

seguir con la sesión.

—¡Selma! ¡Sigue, joder! ¿A qué esperas? —bramó Gutiérrez, impaciente.

Ella pegó un brinco, sobresaltada, y se levantó. Recogió el *flogger* y a desgana prosiguió con la estimulación de la piel de Ivy.

Los árboles alrededor de la explanada daban sombra a la terraza donde transcurría la tortura, pero el sol muy alto ya en el cielo hacía arder el ambiente. La temperatura subía y evaporaba el agua de la piscina. Pronto ninguna sombra pudo cobijar el centro de la terraza, e Ivy quedó expuesta a las inclementes temperaturas y a los tórridos rayos solares.

Era la hora del almuerzo y Gutiérrez impartió nuevas órdenes. Selma y Dante dispusieron la mesa para él y a los pocos minutos se dispuso a comer bajo las tupidas ramas de la enredadera, al tiempo que una ligera brisa refrescaba el espacio debajo de la pérgola de madera. Engullía con apetito mientras contemplaba, satisfecho, el espectáculo que se desarrollaba ante suyo. Su miembro se le sacudió en los pantalones al contemplar el sublime cuerpo de Ivy, desnudo, bajo el poder de su mandato. Muy poco, una sacudida pequeña y frunció los labios con una mueca de amargura.

¡Maldita sea!

Terminó de comer al cabo de media hora en la que Ivy no dejó de gemir de impotencia bajo la mordaza, asaltada de forma continua por las expertas manos de Selma y Dante.

Apartó la mesa y se repanchingó contra el respaldo de la butaca, con un suspiro de regocijo. El espectáculo de ese terso cuerpo asaltado, de esa voluntad cada vez más quebrantada, era algo que lo satisfacía inmensamente. Y, sobre todo, pensar que Ivy era la tutelada de Hans lo llenaba de expectación. Cuando terminara ese día, no quedaría nada de ella. Le habría arrancado todo y solo quedaría la voluntad de obedecerle. Se apoderaría por completo de ella, la haría firmar una cesión de poderes y cuando heredara, ese dinero iría a parar directo a su cuenta bancaria. El gilipollas de Hans no podría hacer nada en contra, todo sería por completo legal. Y ella estaría tan hundida que no podría ni negarse, sería arcilla en sus manos.

Luego la utilizaría a su antojo, como a una simple marioneta, hasta que se cansara. Ya se imaginaba la satisfacción y la expectación que causaría en las fiestas privadas a las que acudía, organizadas por la gente que, como él, vivía satisfaciendo sus más bajos instintos psicóticos. La exhibiría como la puta que era, de rodillas y gloriosamente desnuda, y la ofrecería a cuantos le apeteciera. Después la cedería a los japoneses, que siempre le demandaban

juguetes nuevos, o a los árabes que se pirraban por las rubias.

Gutiérrez se relamía de gusto al pensar en la venganza que podría, por fin, tomarse contra Hans. En primera instancia por haberle robado la primera empresa de su padre, por haber ocasionado el divorcio de sus padres y la posterior muerte prematura de su progenitor, y en segunda por haberle desbaratado tantos buenos negocios en Malasia, el muy cabrón. Sobre todo el último, en Borneo, donde habían detenido a Hayashi.

Para Gutiérrez, Hans era el asesino de su padre. Encarnaba todo lo que odiaba y ahora tendría la oportunidad de hacerle daño, a través de Ivy; de destruirlo, quizás.

La venganza se prometía dulce, por fin.

15

Era entrada la tarde cuando Gutiérrez, con la mirada desencajada por la lujuria y la impudicia, ordenó a Selma parar la extenuante sesión, y a Dante desatar a Ivy y llevarla adentro.

El esclavo, arrodillado en el suelo, palideció al oírlo y desvió la vista para que Selma no se percatara. Sabía a la perfección lo que significaba esa orden y su estómago se revolvió de asco. Evitó mirar a su dueña para que esta no notara el profundo desasosiego que lo corroía y se levantó. Desató con suavidad las laceradas muñecas de Ivy y su cuerpo, colgado de las muñecas atadas otra vez al poste, cayó desmadejado, debilitado, pero Dante la recogió y la acunó, con ternura, en brazos. Ella ya no tenía fuerzas, pero estaba consciente.

—Vamos, espabila, estúpido eunuco. Ponla en la «silla» y ácala para que no pueda moverse. La quiero expuesta y a mi merced. —La expresión de Gutiérrez en ese momento habría congelado la sangre en las venas de Leandro de haber podido verla. Era por completo demente, con un peligrosísimo brillo sádico en el fondo de los ojos.

Dante apretó los dientes, humillado. Enfiló el camino hacia la casa con Ivy, rabioso. ¡Cómo despreciaba a ese bastardo! Algún día su Ama cambiaría de opinión y podrían largarse de allí. Y ese día se la tenía jurada a Gutiérrez. Solo era cuestión de tiempo.

Gutiérrez se volvió hacia Selma y le ordenó limpiarlo todo, retirar todos los utensilios que habían utilizado para «estimular» a Ivy —aunque ella hubiera utilizado mejor la palabra tortura para describir lo que había sufrido durante todas esas horas bajo el sol—, y adecentar la terraza. Esa noche iba a dar una fiesta y no quería nada fuera de lugar.

Selma asintió, observándolo alterada. Al principio se excitó mucho con Ivy, pero a medida que transcurría la sesión perdió todo el morbo, desconcertada por las reacciones de rechazo de la chica. Y ahora estaba agotada y muy desmoralizada. En cambio parecía que ese hombre cogía bríos durante esas maratónicas sesiones con esas chicas inmovilizadas. Lo que era curioso porque solían ser todas mujeres jóvenes que consensuaban sesiones con las mismas características.

Sí, muy curioso tanta coincidencia.

Si no fuera porque sería aberrante pensaría que no era algo voluntario por parte de ellas. Un escalofrío la recorrió y se negó a seguir pensando por esos

derroteros: era demasiado espeluznante. Solo quería acabar de recoger y encerrarse en su habitación con Dante, ya que ellos no tenían permiso para asistir a las fiestas del Amo.

Gutiérrez, ignorante de los pensamientos de Selma, sonrió con ferocidad ante la perversa y sádica perspectiva que lo esperaba en el interior de la casa. Se encaminó con resolución hacia la entrada trasera y a la escalera que descendía al sótano.

Ya en la habitación prohibida Dante depositó a Ivy en la «silla», que no era tal. Era un armatoste de madera, recubierta de mullido cuero. Una camilla adaptada, con el asiento muy pequeño, dos abrazaderas para sujetar las piernas y atarlas en alto, en ángulo recto, y movibles para poder abrirlas en mayor o menor grado. Con un respaldo alto, configurable según la posición que se quisiera, y con muñequeras ancladas en lo alto del respaldo para sujetar e inmovilizar las manos por encima de la cabeza.

Dante la acomodó sobre ella lo mejor posible y procedió a atarla. Le pasó las piernas por dentro de las abrazaderas, con una especie de medio tubo de tela que dejaban los pies fuera y apretó las correas para impedir que pudiera sacarlas de ningún modo, pero sin oprimir ni constreñir la circulación. Posicionó las abrazaderas en una postura con las piernas abiertas, aunque lo suficientemente cómoda para Ivy. Entonces se situó a su lado y le cogió las manos, las elevó hacia arriba, se las sujetó y las envolvió con las muñequeras de *velcro*. Se aseguró de que no apretaban demasiado, ni de que tampoco pudiera escabullirse. Y durante todo el proceso evitó todo lo que pudo la implorante mirada de ella.

Ivy permanecía quieta, sin fuerzas para moverse, extenuada después de todo el día atada y magreada, mientras él la manejaba. Tenía todo el cuerpo enrojecido. Los pezones encarnados y dilatados, se erguían rígidos e inflamados, el sexo también lucía bermejo e hinchado, híper sensibilizado debido al constante asalto al que había sido sometida. Aunque daba gracias de que no había habido penetración de ningún tipo.

Una vez que la tuvo atada, abierta y dispuesta para lo que tuviera en mente Gutiérrez, Dante se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo al llegar, de espaldas a ella.

Ivy no había emitido ningún sonido bajo la mordaza, pero no había dejado de contemplarlo de forma implorante mientras la ataba, y ahora percibió que batallaba consigo mismo en una lucha interna por la tensión de los hombros, por la de las manos en puños, por la rigidez de la espalda.

Durante todo el día, a pesar de que obedeció las órdenes, no dejó de percibir preocupación en él, piedad y conmiseración. Y ahora le suplicaba en silencio que la liberara, si en verdad sentía piedad por ella.

—Me gustaría ayudarte, de verdad —declaró Dante al fin, con la voz estrangulada por la sincera compasión que sentía—. Pero si lo hiciera, él... castigaría a mi Ama —confesó, aunque sin girarse. Durante unos segundos, la tensión que padecía se traslució nítidamente en su cuerpo y al final se volvió para mirarla a los ojos.

Ivy descubrió tormento, compasión y sinceridad en ese iris color esmeralda, pero también férrea determinación a proteger a Selma.

—Lo siento —se disculpó, franco. Abrió la boca para decir algo más, pero en ese momento se oyeron los pasos de Gutiérrez acercarse. La miró una última vez, con algo demasiado parecido a la desolación inundar sus pupilas. Entonces se giró, cruzó el umbral y desapareció de la vista de Ivy.

A los pocos segundos Gutiérrez entró y cerró la puerta tras él. Echó el pestillo y dio la vuelta a la llave, después la sacó de la cerradura y la colgó de un clavo, muy cerca del techo. Se volvió hacia ella y la contempló un instante, con una expresión de inmensa satisfacción en el rostro. Luego se acercó, lento, al tiempo que la devoraba centímetro a centímetro con una mirada llena de ansia cruel.

Ivy, vulnerable, agotada, abierta y ofrecida, apenas pudo evitar que las lágrimas de terror, angustia, impotencia y rabia rodaran, abundantes, por sus mejillas.

Dante salió del sótano, donde había dejado a Ivy a solas con el ser más perverso con el que se había topado nunca, y se dirigió a grandes y rabiosas zancadas hacia la piscina. Se sentía culpable, avergonzado, y hervía de coraje y furia.

Sabía que si hacía algo para evitar el próximo suplicio al que Ivy iba ser sometida, las consecuencias para Selma serían devastadoras, y no era algo que estuviera dispuesto a permitir.

Al poco tiempo de haberse mudado a esa casa, siguiendo a su Ama, descubrió a lo que se dedicaba en realidad ese enfermo y se le enfrentó un día que Selma no estaba, dispuesto a denunciarlo. Pero Gutiérrez se rió de él en su cara. Se pavoneó de sus hazañas con inmenso orgullo, como él llamaba a los secuestros y abusos a los que se dedicaba, y lo amenazó con hacérselo a Selma si él abría la boca, tanto si era para denunciarlo como para decírselo a

ella. Y Dante tuvo que morderse la lengua cada vez que una chica incauta, llevaba por la curiosidad hacia el mundo BDSM, se ponía en contacto virtual con Gutiérrez y este le doraba la píldora hasta que ella consentía en ir voluntariamente a la casa, donde caía en una trampa muy parecida a la que había padecido Ivy. Selma no sospechaba la verdadera dimensión de la demencia y psicopatía de aquel al que llamaba Amo.

La sangre le bullía de ultraje y se prometía que algún día mataría a ese bastardo.

Algún día...

Ivy no merecía el trato que iba a recibir de ese malnacido. Se detuvo con el alma en vilo en medio del sendero, el corazón le martilleaba el pecho con un atronador retumbar angustiado. Volvió la vista atrás, atormentado por los remordimientos, pero entonces oyó pasos tras él. Selma se situó a su lado y le pasó la mano por el pecho, con un toque posesivo.

—¿Qué ocurre, querido? —musitó con ternura. Ascendió la mano en una caricia de fuego por el pecho, hacia el cuello, la fuerte mandíbula y la nuca. Lo cogió del cabello y lo obligó a mirarla—. Has estado muy tenso durante toda la sesión, precioso mío —declaró, inquieta. Ella tampoco la había disfrutado, pero tal vez lo que lo tensaba a él fuera muy distinto—. ¿Es por qué ya no puedes más? ¿Es por lo mucho que me deseas, Dante? —inquirió, sensual

Los ojos verdes se oscurecieron, peligrosos. La lujuria que su Ama le provocaba solo con respirar explotó en las venas masculinas y apenas fue capaz de contenerse. Ivy y su destino desaparecieron de su mente y olvidó todo lo que no fuera Selma.

—Ya sabes que sí, Ama. Me muero por ti, por tu piel...

La calidez inundó la mirada femenina. Comprobó una vez más la inmensa entrega, el amor incondicional que ese hombre sentía por ella y se preguntó, no por primera vez:

«¿Qué demonios estoy haciendo entregándome a este cincuentón que ni siquiera es guapo cuando tengo a este precioso hombre consagrado a mí?».

Gutiérrez le provocó, al principio, unos intensos sentimientos morbosos, pero ya hacía tiempo que notaba que su sentir había cambiado. Y ese día, convertido al final en una pesadilla, se lo había confirmado.

En ese instante comprendió que había llegado la hora de escoger. Frunció el ceño y paseó la mirada por el lugar.

¿Qué estaba haciendo allí?

Los juegos de Gutiérrez con esas chicas ya no le gustaban, es más ahora incluso le provocaban rechazo. Ivy había estado tan tensa que en más de una ocasión tuvo la tentación de negarse, de desobedecer. No sabía por qué no lo había hecho. Pero ahora, frente al hombre que se le entregaba sin condiciones, comprendió que ya no tenía nada que hacer en aquel lugar. Gutiérrez y sus juegos eran cosa del pasado. Además empezaba a odiar como trataba a Dante: siempre con insultos y degradaciones que empezaba a creer que no formaban parte del juego, sino del sentir de ese cincuentón. Irguió la cabeza, decidida, y eligió emprender una nueva vida, lejos de allí. Con Dante, por supuesto. Ese hombre la llenaba con su ardor, con su entrega. Era su sumiso, era el esclavo que había pactado con ella no tener límites y entregarle su voluntad, su ser, su cuerpo y su alma; era el que la había hecho alcanzar cotas inimaginables de placer, antes y después de conocer a Gutiérrez. Y era el hombre al que amaba por encima de todo.

En el sótano de la casa, en una habitación cerrada e insonorizada, Ivy quería retorcerse sobre la camilla, chillar su furia, negarse a que ese cerdo la tocara, pero no podía ni moverse: estaba agotada, tan consumida de energía que no creía que pudiera levantarse jamás de esa camilla. Sentía toda la piel como si estuviera en carne viva, como si latiera, sensibilizada hasta un nivel en el que podía sentir las partículas de polvo posarse sobre ella.

Gutiérrez se acercó, se posicionó a su lado y la miró desde lo alto. Ivy volteó la cabeza hacia el otro lado para evitarse la espeluznante visión. El nudo de su estómago amenazaba con ahogarla y el miedo le retorció las entrañas. Sabía que él iba a violarla y que no podría oponer la menor resistencia.

Pensó en su adorado Hans, un hombre que la había tratado siempre con todo su respeto y honor. En Leandro, su amado Amo, un dominante puro, exigente e implacable que jamás sería capaz de denigrarla ni negarle el derecho a decidir, y la injusticia de la situación le devolvió algo de fuerza para chillar, bajo la pelota de goma, llena de cólera.

Sabía que lo que ese hombre tenía en mente era producto de la imaginación de un ser desquiciado, un sádico que haría enrojecer de recato al mismísimo Marqués de Sade.

Gutiérrez le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo. No pudo oponerse, su cuerpo no le respondía y supuso que era eso lo que él había estado buscando con el intenso castigo al que la había sometido en las interminables horas

precedentes: que no pudiera resistirse, que no pudiera negarse y tener la falsa sensación de su entrega voluntaria.

¡Patético hijo de puta!

Lo miró, furiosa. La ira le brillaba en las pupilas como si fuera algo tangible, algo físico que pudiera escupirle.

—¡Oh, putita! Me pones a cien. Debo reconocer que no me pasaba desde hace muchísimo tiempo; tienes un temple que me muero por aplastar. Pensar en doblegarte y que te rindas a mí. ¡Mmmm! Desata la bestia que llevo dentro—reveló, inclinado sobre ella. Sus ojos la recorrían, mientras su obscenidad era patente en los labios entreabiertos, relamidos una y otra vez—. Cuando te vi en aquel restaurante hace un año ya me gustaste y aunque hubiera sido solo por eso, me hubiese encantado follarte hasta partirte el coño en dos, pero cuando me dijiste que eras la tutelada de Hans... ¡Oh, querida! Eso lo hace infinitamente mejor. Poder vengarme de él a través de ti y que vea en lo que yo te convertiré, será pura ambrosía para mí.

Ivy abrió los párpados de forma desmesurada. ¡Ese ser infecto quería utilizarla para hacerle daño a Hans! El muy cabrón... Menos mal que no se le había ocurrido decirle que en realidad le pertenecía y no a Leandro, como él creía; a saber lo que le haría entonces. Se estremeció de pavor ante esa posibilidad.

Gutiérrez se chupó un dedo, lo pasó por encima de los labios femeninos, chorreante de saliva y bajó por el cuello y el busto hacia el abdomen. Tragó sonoro, mientras su frente se perlaba de sudor febril e introdujo la punta del dedo en el ombligo femenino. Entonces, con el rostro cada vez más enrojecido, bajó la cara, pegó la nariz al hueco e inhaló hondo.

Ivy, horrorizada, lo vio cerrar los ojos con fogoso goce. Volvieron a brotar las lágrimas ultrajadas de sus ojos, apartó la mirada y volvió a gritar de impotencia, a través de la mordaza.

Gutiérrez se incorporó y la miró sonriente ante esos sonidos inarticulados.

La habitación donde se hallaban era cuadrada y las paredes estaban pintadas de negro. La luz provenía de detrás de falsas columnas adosadas a los rincones, lo que creaba una atmósfera misteriosa sin poder discernir los contornos. Las paredes estaban cubiertas con toda clase de látigos, varas y cañas. En la pared opuesta una cruz de San Andrés se erguía amenazante, de un color rojo sangre que provocaba escalofríos.

Gutiérrez le pasó las manos por detrás de la nuca. Ivy sintió que manipulaba la correa de la mordaza, al poco notó ceder la presión y le retiró

la pelota roja de la boca.

—Voy a darte de beber. Procura aprovecharlo, porque si se te ocurre escupírmela no volveré a ofrecerte en mucho tiempo —amenazó con regocijo—. Y supongo que tendrás sed, ¿no?

Ivy movió las mandíbulas para recobrar la circulación en las mejillas agarrotadas mientras lo miraba, rabiosa. Sentía la furia arder en su interior, pero asintió y con un esfuerzo se tragó los improperios que le quemaban la punta de la lengua. Se moría de sed y de hambre. No había probado bocado desde la cena de la noche anterior.

Gutiérrez sonrió gozoso al ver esa mirada tan llena de rabia. Se volvió, llenó un vaso de una jarra con agua que había en una mesita que tenía al lado, se lo acercó a los labios y ella le dio pequeños sorbos. Inusualmente generoso, dejó que se saciara.

—Por favor, déjeme ir. Usted sabe que esto no es lo que yo... —suplicó Ivy cuando terminó y él retiró el vaso.

Una sonora bofetada le giró la cara hacia el otro lado. Jadeó, arredrada, un agudo dolor la atravesó y al poco tiempo notó el sabor de la sangre en la boca. Se había mordido el carrillo por la fuerza del impacto.

—¡Solo hablarás cuando yo te lo ordene, puta! —gritó Gutiérrez, con desprecio. Ahora voy a comerte y quiero oírte gritar de placer, ¿está claro? —La cogió del pelo, brutal, y la encaró, enrabiado.

Pero Ivy se mordió el labio, con los ojos anegados, y se negó con firmeza a mirarlo.

Gutiérrez tiró con saña de su cabello y chilló, dolorida, pero siguió rehuyéndole la mirada, tozuda y orgullosa. No iba a darle ese gusto.

—¡Oh, cariño! Qué placer me da hacer esto contigo —afirmó él, con enfermiza saña. Se inclinó más sobre el rostro femenino y ella sintió su aliento en las mejillas. La cogió de la mandíbula, apretó con fuerza hasta casi clavarle los dedos en la piel y la obligó a girar la cara hacia él. Entonces la inmovilizó por el cuello y le tapó la nariz. Ivy boqueó en busca de aire y la lengua de Gutiérrez la invadió, babeante. Le recorrió la boca, le chupó la lengua y exploró cada rincón, una y otra vez.

Ivy, gimió, impotente ante la violación de su boca. Asqueada. Horripilada.

Al fin Gutiérrez se separó, con la respiración acelerada. Sus ojos eran dos pozos de descarnada lascivia.

Ivy intentó retorcerse para evitar su contacto, pero estaba imposibilitada

de moverse ya que él continuaba sujetándole la cabeza, y solo pudo abrir y cerrar los párpados. Empezó a gritar, angustiada, sin darse cuenta.

Él sonreía, diabólico, mientras sentía que se iba encendiendo más y más, y su miembro, morcillón e inflamado, se sacudía con espasmos de excitación.

Afuera, bajo el sol abrasador, Selma miró a Dante a los ojos, determinada.

—¡Vámonos! Vámonos de aquí, mi amor.

—¿Estás segura? —inquirió Dante, esperanzado, al oír lo que había anhelado casi al segundo de poner los pies en esa casa. Por él, como si salían corriendo con lo puesto, o sea nada, hasta perder de vista esa mansión y todo lo que esta representaba. Pero no quería que ella luego se lo pensara mejor y quisiera volver. Aunque nunca fue una mujer veleidosa. Aun así quería estar seguro de que lo que siempre había deseado estaba, de verdad, a punto de realizarse.

—Sí, Dante, vámonos. No quiero volver a saber nada de él, ni de este lugar. —Selma lo miró, sonriente, segura, y Dante redescubrió en esa sonrisa a su antigua Ama, alegre y risueña.

Entonces ella miró hacia atrás, con el ceño fruncido

—¿Ivy? —preguntó Dante.

Selma asintió.

—Me da pena que una chica como ella se enrede con un tipo como él, me gustaría...

—Selma... —empezó Dante, intranquilo, era hora de que supiera la verdad. Ella lo miró interrogadora ante el tono preocupado e inquieto, y él continuó—: Gutiérrez nunca ha consensuado nada con ninguna de las chicas que ha tenido aquí. Ivy no es un excepción, está secuestrada y...

Selma agrandó los ojos estupefacta y alarmada, meneó la cabeza y retrocedió al tiempo que palidecía con cada palabra que salía de la boca masculina.

—Pero... ¿qué dices? ¡No es posible! —declaró con un hilo de voz. Le sobrevino una arcada, espeluznada por lo que implicaba, y se dobló por la mitad, con la mano en el estómago. Al poco tiempo logró recuperarse y volvió a incorporarse con lentitud. Seguía negando con la cabeza, horrorizada, y lo miró con una desesperada súplica en el fondo de las pupilas —. ¡Dime que no es verdad! —rogó con fervor, pálida como la misma muerte—. ¡No puede ser! Yo lo habría sabido. Yo...

—Lo siento, Ama. Yo lo descubrí con la primera chica, ella me reveló

que Gutiérrez la había engañado en el mundo virtual, que la había atraído hasta aquí con mentiras y que cuando cruzó las verjas se convirtió en su prisionera.

Selma lo miraba con un naciente terror en las pupilas, incapaz de creer que hubiese colaborado con ese psicópata en secuestrar y violar a aquellas chicas. ¿Cómo era posible? ¡No! Los remordimientos la asaltaban y destruían su ser.

—Pero... ¡No puedo creerlo! ¿Cómo es que nunca me dijiste nada? ¡Hay que denunciarlo! ¡Es un psicópata! —exclamó asqueada al pensar que se había dejado tocar por ese engendro. Conmocionada solo podía pensar que ella había contribuido en abusar de esas chicas. De Ivy esa misma mañana. Una nueva arcada subió por su esófago y se tambaleó, mareada. El que ella ignorara que ninguna de esas sesiones era consensuada no la justificaba ante esas chicas indefensas y cerró los ojos, mortificada.

Dante la abrazó y la sostuvo contra su cuerpo.

—No podía decírtelo —confesó, apesadumbrado por el peso que había arrostrado durante todo el tiempo que vivió en ese lugar—. Él me amenazó con hacértelo a ti si yo hablaba con alguien o te lo decía. Intenté denunciarlo de forma anónima, pero la policía no podía basar el registro de una denuncia en una llamada anónima que hice desde una cabina, necesitaban mis datos y me negué —reveló, abatido. Habían permanecido en casa de Gutiérrez solo unos pocos meses, pero fue un tiempo en el que el pesar y la congoja anidaron en su espíritu cada día ante el salvajismo de ese ser.

—¡Tenemos que hacer algo! ¡No podemos dejarla ahí... con él! —Horrorizada, empujó a Dante para regresar hacia la casa, pero él no aflojó el abrazo y la retuvo con fuerza.

—No podemos ayudarla, Selma. Ahora ya no. Él se cierra con llave, jamás nos abriría —afirmó, también mirando hacia los árboles que ocultaban la vista de la casa apenado y asqueado, sabía que a esas alturas Ivy debía estar sufriendo la peor de las degradaciones—. Te prometo que llamaré a la policía en cuanto te haya puesto a salvo. Incluso vendré con ellos, si es necesario, pero ahora mi prioridad eres tú —aseguró, determinado. Le partía el alma la situación de Ivy, pero antes que nadie estaba Selma.

Ella meneó la cabeza, conmocionada.

—Lo siento —musitó, estremecida por el asco y el horror—, jamás debería haber permitido que mi lujuria me dominara y arrastrarte conmigo a esta... A este lugar —se disculpó, contrita. La pena y los remordimientos

anegaban su alma en esos momentos. Se volvió hacia él y le acarició la mejilla, desolada al pensar en el calvario que debió sufrir en silencio, para protegerla, y cabeceó. Tenían que salir de allí de inmediato y llamar a la policía. Ninguno de los dos tenía móvil, pues Gutiérrez lo había prohibido y los tenían en el piso que dejaron para mudarse a la mansión.

Se enderezó, alargó la mano y manipuló el desquiciante arnés que él tuvo que llevar por mandato de Gutiérrez desde que vivían allí. Lo liberó con cuidado y tiró el torturador aparato a la piscina. Luego apretó los labios y lo cogió de la mano, con resolución—. Tienes razón, ahora ya no podemos hacer nada por ella. Debemos irnos y llamar cuanto antes a las autoridades desde algún lugar.

—De acuerdo, iré a recoger... —se interrumpió, nervioso y tan feliz que sentía que se le había quitado un enorme peso de encima—. Haré las maletas en un segundo, recogeré el mando de la verja y encerraré a los perros. Saldremos de aquí y seremos libres. —Dante se irguió imbuido de una nueva energía, la abrazó contra su cuerpo y afirmó—: No se arrepentirá, Ama. Lograré hacerla feliz.

—Lo sé, Dante. Siempre me has hecho feliz —afirmó, honesta, aunque con una mirada cargada de tristeza. Saberse responsable de las violaciones, aunque en ese momento hubiera creído que todo lo que hacía estaba consensuado por ellas, le robaba años de vida—. Volveremos a mi antiguo piso, nos casaremos y serás mío para siempre —aseguró, en un intento de resarcirlo al menos a él.

Él agrandó los ojos con asombro al oír una propuesta de matrimonio que siempre había anhelado.

16

—¿Casarnos?

Selma sonrió, esta vez con ilusión.

—¿Te gustaría?

—Ama... —susurró, conmovido—. Ser tuyo para siempre es lo que he deseado cada día desde que te conocí. Me harías el hombre más feliz de la tierra —declaró solemne.

Selma se levantó sobre las puntas de los pies y le selló los labios con un ardoroso beso. Dante la abrazó con fuerza, entregado a ese beso que se eternizó por largos minutos. Selma al fin se separó.

—Ve, recoge nuestras cosas y nos marcharemos de aquí.

Dante asintió y se apresuró a entrar en la mansión. Al poco tiempo ya había recogido todas sus ropas y salido de la casa. Procuró no llamar la atención de la vieja ama de llaves con la voz de cuervo, que dormitaba en su salita particular mientras el Amo se divertía con los esclavos.

No había más personal de servicio en la casa, excepto cuando Gutiérrez iba a dar una cena o a celebrar una fiesta, entonces contrataba personal externo. Para la fiesta de esa noche ya estaba todo dispuesto, pero no empezarían a llegar los camiones con el *catering* y el mobiliario extra de jardín hasta dentro de una hora.

Encerró a los perros en las enormes perreras que había en la parte de atrás de la casa. No le fue difícil, los cánidos lo adoraban pues siempre era él el que se encargaba de bañarlos, de jugar con ellos y de darles de comer. Sería a los únicos seres vivos a los que echaría de menos de ese lugar.

Corrió hacia la terraza donde lo esperaba Selma y procedió a vestirla con un ajustado vestido blanco de tirantes y unos altísimos zapatos de tacón. La miró apreciativamente, estaba espectacular como siempre y sonrió, orgulloso de su Dueña.

Selma enlazó la mano con la de Dante y se encaminó hacia la salida. Él la siguió, enfundado en unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca que delineaba a la perfección su ancho pecho. Cargaba con dos pesadas maletas, ambas con ropa mayoritariamente femenina, pues había permanecido desnudo la gran parte del tiempo que habitó en esa odiada mansión.

Andaban con brío hacia la salida, la urgencia los acuciaba por alertar a la policía sobre lo que sucedía en esa finca y pronto se aproximaron a la verja.

Entonces descubrieron a un hombre que parecía rondar el exterior de la misma y estudiar la manera de entrar.

—¡Eh, eh! Vosotros, abridme —pidió el desconocido en cuanto los vio. Se acercó a la cancela y agarró con las dos manos las barras de hierro al tiempo que miraba hacia dentro con apremio—. ¡Abridme! Necesito entrar.

Selma apretó el botón del mando a distancia y la reja empezó a abrirse. No le importaba nada quién fuera el desconocido, como si era un ladrón y arramblaba con todo lo que había en la casa, ya no le importaba. Lo único que quería era salir de allí, poner a salvo a Dante y denunciar a Gutiérrez para socorrer a Ivy.

—Gracias, me llamo Leandro Unanue. ¿Podrías decirme...? —Despeinado, sudoroso y en mangas de camisa, jadeaba como si hubiera estado corriendo. Se interrumpió y recuperó el aliento al avanzar hacia ellos—. ¿Habéis visto a una chica? Es rubia, con los ojos de un profundo color zafiro, se llama Ivy. Vino a ver a Gutiérrez esta madrugada. —Tomó aliento otra vez y habló de nuevo—: ¿Lo conocéis? ¿Sois familiares o empleados suyos?

Selma y Dante intercambiaron una mirada, puede que la suerte de Ivy estuviera a punto de cambiar.

—No, ya no somos... —contestó Dante, pero interrumpió su explicación, pensando que a ese hombre no le interesaba en realidad y más aliviado por la suerte de Ivy, declaró—: Ivy está en el sótano con Gutiérrez. Tienes que rodear la casa y encontrarás una puerta de madera, antigua. Empújala, no está cerrada. Baja las escaleras de la izquierda y avanza por un pasillo muy largo. Al final hay una puerta roja con un cartel que pone «Prohibido». Ahí es dónde está Gutiérrez con ella. Seguramente estará cerrada con llave, pero al lado hay un armario. Allí encontraras herramientas que puedes usar para derribar la puerta si fuera necesario —informó, con detalle. Leandro lo miraba estupefacto al tiempo que iba palideciendo. Sin esperar su respuesta, Dante empezó a andar y cruzó la verja junto a Selma. Una vez al otro lado se volvió—. Adiós y suerte —deseó, de corazón.

Leandro se quedó boquiabierto al escucharlo, pero no perdió tiempo en pedir explicaciones y echó a correr por el camino de grava hacia la casa.

Dante y Selma enfilaron la salida de la urbanización por la acera, deseosos de alejarse para siempre de ese lugar.

El atasco en la autopista se había convertido en un calvario para Leandro.

Los minutos se arrastraban lentos y apenas se avanzaba, así que sin pensárselo detuvo el motor del BMW y dejó las llaves puestas. Sorteó los coches parados en los tres carriles y se encaminó hacia la salida, a pie, o más bien corriendo, mientras los demás conductores lo miraban pasar por entre los vehículos, asombrados.

Empezó a correr a buen ritmo, practicaba *running* con regularidad así que no tuvo dificultad en establecer pronto un buen paso, pero la urbanización estaba como mínimo diez kilómetros así que se lo tomó con toda la tranquilidad que pudo, a pesar de que se moría de angustia. No le serviría de nada a Ivy si llegaba agotado, Gutiérrez se ponía borde y se negaba a devolvérsela.

Acababa de llegar junto a la verja y estaba recuperando el aliento cuando vio a Selma y a Dante aproximarse a ella desde el interior de la finca.

Unos veinte minutos antes...

Ivy jadeaba, asqueada. Gutiérrez, jadeante también, aunque por muy diferentes motivos, ostentaba una enorme sonrisa sádica en el rostro redondo y el sudor perlaba su frente. Se alejó de ella y se aproximó a un armario que había cerca.

Ivy retorció la cabeza para ver qué nuevo tormento le tenía preparado y abrió los ojos, desmesurada, cuando él sacó un arnés provisto de dos descomunales dildos¹⁶, uno de los cuales estaba hueco. Tragó saliva, aterrada, sin poder apartar la vista de semejante aberración.

—Bien. Eso está muy bien. Quiero que estés pendiente de cada uno de mis movimientos —demandó él, arrogante, al girarse hacia ella y verla con los ojos desorbitados.

—¡Maldito bastardo! —chilló Ivy—. ¡No podrás salirte con la tuya! ¡Estás enfermo, eres un degenerado! ¡Suéltame, suéltame! ¡Ahora! —exigió a voz en grito al límite de su aguante. Fue subiendo el tono, mientras la invadía la histeria y el pánico le contraía las entrañas.

—¿Te gusta, eh? Tranquila, ahora mismo lo probarás —sonrió, demente—. Chiquilla, no sabes lo mucho que me haces disfrutar con ese fuego que tienes dentro... Si no fuera por... —En ese momento Gutiérrez se interrumpió y la rabia inundó su mirada. Gruñó y al fin prosiguió con la voz forzada—. Te habría follado ya unas cuantas veces...

Ivy frunció el ceño, sobrecogida. ¿Qué quería decir?

Él se acercó otra vez a la silla y le desató las muñecas. Luego se aproximó

a las piernas, también se las desató y las bajó de los estribos.

En ese momento Ivy se preparó para luchar, pero en cuanto Gutiérrez la incorporó y la depositó con los pies en el suelo, se le doblaron las rodillas y si él no la hubiera tenido cogida por la cintura, habría caído al suelo como un fardo.

La forzada postura y la inmovilidad casi permanente durante todo el día, habían dormido sus piernas y brazos; no poseía fuerza alguna para oponérsele. Levantó la vista, horrorizada. Gutiérrez la abrazaba, prieto, a su cuerpo mientras agarraba las nalgas femeninas con las dos manos y apretaba de forma brutal. Se dirigió con ella en volandas hacia una banqueta, parecida a la que había junto a la piscina, y la tumbó sobre ella donde quedó exánime, consciente, pero incapaz casi de moverse.

Gutiérrez la dejó allí como si no fuera nada más que un trozo de carne, sin ningún temor a que ella pudiera moverse para huir. Se acercó a la mesilla con la jarra de agua y bebió un largo trago. Se entretuvo en el otro extremo de la habitación durante un tiempo que a Ivy se le hizo eterno, como si se hubiera olvidado de ella. Después volvió al armario y se demoró más trasteando en el interior.

Ivy inspiró hondo al ver que no le prestaba atención, sabía que estaba agotada, pero un intenso hormigueo le decía que ya no tenía las piernas dormidas, y tampoco estaba atada.

Tal vez no tendría otra oportunidad.

Giró el rostro y localizó la llave de esa mazmorra de pesadilla. Estaba muy alta, en un clavo, pero si daba un salto creía que podría alcanzarla.

El plan sería correr hacia allí, saltar, coger la llave entre sus temblorosas y debilitadas manos, insertarla en la cerradura a la primera, abrir y salir corriendo hacia... ¿Dónde? Antes de que la alcanzara ese energúmeno.

Sí, un buen plan.

Solo tenía el ligero inconveniente de la total y absoluta imposibilidad de llevarlo a cabo. Había intentado mover las piernas y aunque lo consiguió, parecía que las tenía embutidas en pesadas botas de hormigón, y los brazos otro tanto.

En ese momento Gutiérrez se volvió y caminó hacia ella. Se detuvo frente a la banqueta y la miró desde arriba.

Ivy se incorporó sobre los codos, medio tendida. El miedo volvía a recorrerla y le confería nuevas energías. Se arrastró hacia atrás, en un intento de alejarse lo más posible, pero Gutiérrez se agachó y la cogió del cuello. Sin

ningún esfuerzo la incorporó y la sentó en la banqueta, frente a él.

—¡Sácala y chúpamela! —ordenó, seco.

Los ojos color zafiro brillaron llenos de estupefacción. Un rictus de terquedad se dibujó en la barbilla femenina y negó con la cabeza al tiempo que respondía, contundente:

—No.

Él la cogió por el pelo para inmovilizarla y le refregó la cara contra la bragueta.

Ivy notó el miembro inflamado contra la cara, pero sin la necesaria consistencia. Así que era eso. Ese degenerado era impotente. Y bajaba a ese sótano oscuro donde mantenía inmovilizadas a sus víctimas para poder follárselas. Al serle imposible, las castigaba, las responsabilizaba de su fracaso y las penetraba con ese arnés del demonio, para sentirse hombre de esa forma.

—¡Vamos, puta, chupa!

—No —volvió a negar. Ya podía ponerse como quisiera, como si la mataba ahí mismo. No iba a hacerle una felación. Punto. Había cubierto el cupo de vejaciones y humillaciones para toda una vida. Era suficiente.

Dos bofetadas le giraron la cara en ambas direcciones. El dolor la atravesó y se quedó sin aliento. Pero a los pocos segundos siguió negando con la cabeza, digna. Sentía arder las mejillas y un sufrimiento lacerante le atravesaba las encías, pero no iba a capitular. De ninguna manera.

—Eres una maldita zorra —escupió Gutiérrez, colérico. ¿De dónde sacaba esa fuerza para oponérsele, para seguir luchando? Las demás, a esas alturas, eran solo un guiñapo lloroso que obedecía por puro terror todas sus órdenes. Ivy no. Ella continuaba negándose a él. ¡Inconcebible! Sonrió, artero, mientras se inclinaba hacia ella—. Pero tengo maneras de abrirte esa boquita de piñón que tienes —dijo en un tono divertido.

—Si me metes la polla en la boca te la arrancaré de un bocado y acabaré de quitarte la poca hombría que te queda —amenazó Ivy con serenidad. Lo miró fijamente a los ojos y adelantó la barbilla con orgullo, determinada a no ceder, aunque temblaba. No quería morir, pero tampoco iba a ceder. Hans le había enseñado que siempre hay elección en la vida, y ella elegía morir antes que someterse. Por eso sabía que él acabaría por matarla, rabioso y enfurecido por su negativa.

—¡Asquerosa puta! —chilló, descompuesto. Nunca había conocido a nadie con tantos redaños, ni que se le enfrentara de esa forma como ella.

Muchas de las chicas a las que había bajado a ese sótano habían acabado gimoteando, suplicando que las dejara irse. Otras en cambio habían permanecido mudas, en estado de shock, maleables. Pero ella no. No se rendía. Seguía luchando contra él con un espíritu inquebrantable. Le cruzó otra vez el rostro con toda la fuerza y la envió volando fuera de la banqueta. El cuerpo de Ivy rebotó y quedó en el suelo, postrado, como una muñeca abandonada. Amenazó, iracundo—: Te puedes preparar porque te las voy a meter hasta el fondo en esos lindos agujeritos que tienes.

Gutiérrez, con el rostro como la grana y los ojos inyectados en sangre, resoplaba como un toro enfurecido. Se desabotonó los pantalones y se los quitó, con los calzoncillos incluidos, luego se arrancó la camisa y se giró de espaldas a ella mientras se colocaba el arnés.

Ivy supo que había llegado la hora de darlo todo. No iba a consentir que ese monstruo enloquecido la violara. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que debía derribarlo al primer golpe o no podría asestar el segundo.

Flexionó las piernas con un descomunal esfuerzo y apretó los dientes con fuerza al sentir el hormigueo. Era enloquecedor, pero se alegró al sentirlo, eso quería decir que la circulación se activaba. La adrenalina fluyó irrefrenable por sus venas. Abrió y cerró los puños para ayudar a la sangre a regresar e inundar de energía las extremidades. Inspiró y exhaló de forma profunda y pausada.

Exhalar, inspirar. Exhalar, inspirar.

Se incorporó con lentitud. Quedó de pie y comprobó que su cuerpo parecía responderle. Repasó las sensaciones que experimentaba. La piel del ochenta por ciento del cuerpo le ardía, enrojecida, pero no sangraba. Tenía el sexo y el ano casi en carne viva, debido al constante y persistente tocamiento a lo largo de todo el día. Las muñecas rozadas de tanto forcejear. Esa piel en concreto era la que estaba más dañada, rasgada y llena de verdugones. El resto parecía estar bien.

«¿Es broma? ¿Bien? ¿En qué demonios te basas para decir eso, Ivy?».

Sacudió la cabeza y alejó tenaz ese pensamiento contraproducente y disuasorio de lo que estaba a punto de hacer. Cogió una barra de hierro que estaba a su izquierda; no sabía para qué la utilizaba Gutiérrez, pero la agarró con fuerza con las dos manos y recordó la agilidad de qué hacía gala cuando estudiaba ballet. Se alzó de puntillas y ejecutó unos pasos de danza, desplazando apenas el aire a su alrededor. Se acercó, se situó detrás de Gutiérrez, alzó la barra y sin permitirse pensarlo le arreó con todas sus

fuerzas en la cabeza.

Él se tambaleó y cayó hacia delante, pero consiguió sujetarse a la camilla y empezó a girarse.

Pero Ivy no iba a darle tregua. Se movió, grácil, se vació de todo y antes de que él se volviera por completo le dio de nuevo con la barra, esta vez en la cara. Se la desplazó hacia un lado con la fuerza del impacto y le rompió varios dientes que salieron volando como pequeños proyectiles que dejaban una estela de sangre roja a su paso.

Gutiérrez trastabilló y cayó al suelo, desnudo y con el arnés a medio poner.

Alzo la vista hacia ella, con un profundo estupor en el rostro, y la miró, totalmente desconcertado.

—¿Qué...? —consiguió articular, incrédulo de lo que estaba pasando. Esa escuálida escoria no debería poder moverse. ¿Cómo era que, no solo se movía, sino que le atizaba y lo derribaba?

—¡Mírame, patético montón de mierda! —exigió en ese momento Ivy de forma gélida, con la barra en alto. Quería gritar, pero tenía la voz afónica de tanto haberla forzado durante todo el día, así que se conformó con proferir un susurro ronco y grave—: Soy sumisa, soy mujer, soy hembra, pero ¡no soy para ti! ¡Nunca he sido para ti! —prosiguió como una heroína de la justicia femenina—: Sí, follo. Y sí, me gusta. Me encanta que me la metan hasta el fondo. Pero con quien yo elijo, no con quien quiere follarme por la fuerza solo porque tiene una polla entre las piernas y se cree que las mujeres solo están en el mundo para satisfacer a los hombres. ¡Nadie me robará la dignidad! —afirmó con el poder que da la verdad—. Eres lo más despreciable con lo que me he cruzado nunca y me encargaré de que todas las mujeres de este mundo sepan lo lamentable y lo impotente que eres —alegó con toda la pasión que le daba saberse libre de cargo. Estaba defendiéndose, no solo a sí misma, sino a todas las mujeres que habían sido objeto alguna vez de malos tratos, abusos, agresiones y violaciones por hombres cuya única «virtud» era tener más fuerza física o ser mayores en número. Continuó, con rabia y razón—: Las mujeres somos libres, maldito esperpento, y el sexo y la sumisión no se exigen, no se roban. La entrega no se fuerza. No puedes arrebatarme nada a Leandro o a Hans porque antes de ser suya soy mía y solo yo decido a quién me entrego. —Volteó el cuerpo en una pirueta y la barra bajó con fuerza sobre las piernas del hombre en el suelo.

Gutiérrez aulló y se arrastró como pudo, alejándose de Ivy, pero ella lo

persiguió y lo acorraló contra la cruz de San Andrés.

—Levanta... ¡Levanta, he dicho! —ordenó, implacable, y descargó sendos golpes sobre las delgadas pantorrillas blancuzcas, llenas de vello ralo.

Gutiérrez se levantó, pero volvió a caer de rodillas, enredadas las piernas con la correa del arnés. La boca le sangraba y la cabeza le palpitaba.

—¡En pie! —volvió a exigir Ivy. Con un etéreo giro se aproximó a la pared, dejó la barra y cogió una fusta. Volvió a colocarse ante él y empezó a descargarla, con fuerza comedida, sobre el torso y las piernas masculinas. Golpazos rápidos, certeros, que sabía cuánto picaban. Gutiérrez se levantó, lloriqueando.

—Por favor —susurró, ahora asustado. Esa chiquilla estaba loca, a saber lo que podría hacerle.

—¿Ahora me suplicas? ¡Cerdo! —escupió, despectiva. Le clavó la fusta en el estómago con fuerza y lo empujó hacia la cruz tras él—. No mereces nada. ¡Átate, vamos! Primero los tobillos y luego una de tus manos.

Gutiérrez se agachó como pudo y se ató, luego se ayudó con la otra mano y cerró las argollas en torno a su muñeca.

Ivy le pegó en el brazo libre con repetidos golpes de la fusta y se lo hizo levantar. Cuando lo tuvo arriba, se acercó y le cerró el metal sobre la otra muñeca. Después se separó y contempló la imagen del hombre que la había torturado sin piedad durante todo el día. Miró hacia la puerta, indecisa al pensar que tal vez tendría que luchar con Selma y Dante si salía de allí. Volvió de nuevo la vista hacia Gutiérrez y preguntó:

—¿Cómo puedo salir de la finca sin llamar la atención?

—No puedes dejarme así. Llama a alguien, necesito un médico... —gimoteó, herido. Sentía dolor por todas partes y no podía pensar con claridad.

La fusta cortó el aire, el pecho masculino enrojeció con el trallazo y Gutiérrez gritó, agónico.

—¿Qué cómo puedo salir? —Ivy sentía que perdía las fuerzas, pero no pensaba demostrárselo. Se mantenía erguida con la barbilla levantada y un brillo de orgullo en la mirada, pero las rodillas le temblaban y ya no podía mantenerse de puntillas. Descendió y separó los pies para conseguir estabilidad.

—No puedes salir. La verja necesita ser abierta desde dentro y tengo un montón de empleados... No podrás escapar... —mintió Gutiérrez, falaz—. Desátame y hablaremos de esto. No te haré daño.

—¡Ja! —resopló Ivy sin creer ni un ápice de lo que decía—. ¿Crees que

soy tan imbécil, desecho? Está bien, ya veré cómo lo hago. Pero tú te quedarás aquí, tal como estás. Con ese artefacto a medio poner para que cuando te encuentren descubran lo miserable que eres.

Ivy se giró hacia la puerta, dispuesta a escapar. Entonces resonó una llamada en la madera que la petrificó en el sitio.

Unas horas antes

Hans subió al piso treinta de la Torre Espacio y se encaminó sin prisas al despacho de Ibrahim.

Habían llegado desde Borneo hacía tres días en el *jet* comercial que la OpE había fletado solo para ellos, agotados y entumecidos. Danielle los había mirado a todos y ordenó:

—Idos a casa, descansad y acudid mañana por la tarde a las oficinas. Os quiero frescos y descansados para la detención de pasado mañana, ¿de acuerdo?

Ninguno cuestionó la orden y se separaron cada uno en una dirección diferente, después de un intenso año en el que habían permanecido juntos, conviviendo como una estrecha familia.

Ahora Hans acudía a la reunión donde ultimarían los planes para detener a Gutiérrez al día siguiente.

Se asomó por la puerta abierta al oír las voces de Danielle e Ibrahim y se apoyó en el marco para escuchar.

Estaban concluyendo los detalles para la incursión en la casa y debían tenerlo todo muy bien organizado, aparte de poseer todos los permisos de las organizaciones pertinentes como era Hacienda, el Ayuntamiento, estamentos judiciales y territoriales.

Danielle no se iba a arriesgar a perder a ese infecto gusano por no haber cumplido con toda la burocracia.

Hans sonrió desde la puerta, se alegraba de haber podido trabajar a las órdenes de esa mujer. Era emprendedora, ambiciosa, honesta y honorable. Pero estaba decidido: una vez capturado Gutiérrez iba a presentar la dimisión. Habían sido unos años de colaboración intensa y fructífera, pero ahora quería dedicar todo su tiempo a Ivy, quería formar una familia con ella, algo que nunca se había planteado hasta ahora, y no deseaba continuar con una labor que lo mantendría alejado de su hogar y al que quizá no pudiera regresar. No quería que Ivy sufriera otra súbita pérdida como la de sus padres. Estaba dispuesto a todo con tal de que ella fuera feliz.

—¿Orden de inspección?

—Aquí —señaló Ibrahim al montón de papeles colocados encima de su mesa.

Él estaba sentado tras el escritorio y Danielle, con un portafolios y bolígrafo en mano, se hallaba de pie delante mientras enumeraba los diferentes documentos necesarios para personarse en la casa del sospechoso.

—¿Reclamación judicial?

—Listo.

Hans carraspeó, ambos se volvieron hacia él y se adentró en el despacho.

—Oh, Hans. Justo a tiempo, estábamos concretando... —indicó Ibrahim

—Hacéis un equipo muy bien avenido, vosotros dos —alabó con una sonrisa maliciosa, mientras se sentaba en una de las butacas que había frente al escritorio.

—No siga por ahí, señor Camarthen-Rhys. El señor Ibrahim está muy bien casado y yo estoy desposada con mi trabajo, no interprete el papel de Celestina, haga el favor —bromeó Danielle, con un guiño cómplice.

Hans explotó en una gran carcajada mientras Ibrahim los observaba, atónito.

—¿Qué puñetas...?

En ese momento sonó el teléfono y el inspector lo cogió de inmediato.

—OpE, dígame —exhortó, autoritario. Calló durante unos segundos y al poco tiempo su expresión se iluminó. Desvió la vista de los papeles que estaba ojeando, mientras escuchaba, hacia ellos, y los miró con una gran sonrisa, que pronto se borró por un fruncimiento de cejas.

—Sí, ajá. De acuerdo, pero tendrías que venir a las oficinas. Tienes que firmar una declaración... —Calló y siguió escuchando con atención. Al cabo de unos minutos colgó e inspiró con fuerza, antes de volverse hacia ellos.

—¿Y bien? —inquirió Danielle, con aprensión. Temía que pudiera surgir algo que les impidiera arrestar al que habían perseguido por medio mundo—. ¿Qué ocurre?

—Vamos a tener que adelantar la incursión, al parecer Gutiérrez tiene ahora mismo a una chica retenida en su casa a contra voluntad —declaró con gravedad.

Hans, alarmado, se levantó de un salto y Danielle apoyó las manos sobre el escritorio.

—¿Qué? ¿Quién? —interrogó, furibunda. ¡Ese maldito malnacido!

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién es tu informante? —intervino Hans, a su vez.

—¿Recordáis aquel informe sobre un chico que hizo varias llamadas anónimas a la policía con relación a Gutiérrez? Después de la primera se localizó la cabina telefónica desde el que la hizo y lo pusieron bajo vigilancia.

Gracias a ello consiguieron identificarlo y lo siguieron durante varios meses —informó Ibrahim.

Dannielle asintió.

—Sí, lo recuerdo. Era un empleado de Gutiérrez —arguyó, y torció el gesto—. Pero cuando lo trasladaron a comisaría para interrogarlo dijo que no podía hablar, que tenía a alguien dentro y que sufriría si él se chivaba. Desde entonces cerró la boca y no volvió a decir nada, tuvieron que soltarlo.

—Sí, pero ahora las cosas han cambiado. Por lo visto él y su pareja ya no están dentro de la casa, por eso denuncia en firme. Dice que vendrá aquí a firmar la declaración y que testificara en un juicio en caso necesario, pero antes de todo eso pide piedad para esa chica, dice que está en peligro y que debemos acudir de inmediato —alegó Ibrahim. Cogió el teléfono con una sonrisa exultante, marcó y empezó a impartir órdenes.

Dannielle se apresuró a coger todos los papeles y a meterlos en un porta documentos.

—¿De quién habláis? ¿Quién es ese chico? —indagó Hans, intrigado. No había sido informado de ese hecho.

—Se llama Dante, creo. Llamó hace algunos meses, pero se echó para atrás —informó Dannielle—. Fue una lástima, ya que al parecer tenía información de primera mano para meter a Gutiérrez en la cárcel de por vida. Los de la Nacional nos pasaron la información e hicieron todo lo posible, lo extorsionaron y lo amenazaron, pero no largó y tuvieron que soltarlo. No tenían nada contra él.

—Sí, Dante Otálora —confirmó Ibrahim, con la mano en el auricular.

—¿Y la chica? ¿Se sabe quién es? —indagó Dannielle.

—Creo que me ha... —Ibrahim se quedó pensando con el ceño fruncido, luego asintió y dijo—: Sí, Ivy, me ha dicho. La chica se llama Ivy, aunque no sabe el apellido.

—¿Ivy? —repitió Hans, pálido. Un gélido escalofrío le recorrió la columna, pero meneó la cabeza. Ivy estaba salvo en el chalet de Leandro. No había ninguna posibilidad de que fuera ella, además había muchas chicas con ese nombre. ¡Sí, claro! ¿En Madrid? ¿Cuántas habría, unas cinco? A pesar de lo que le decía el buen juicio y la lógica, el vello de su nuca seguía erizándose y el corazón se le había acelerado. ¡No podía ser su Ivy!, ¿verdad? Arredrado, miró a sus jefes con la urgencia que le corroía las entrañas por saber.

—Disculpad, tengo que hacer unas llamadas —declaró al tiempo que salía, apresurado, de la oficina con el móvil en mano.

Ya en el pasillo marcó de inmediato el número de Ivy, el cual no había utilizado desde hacía casi dos años, y esperó con el corazón en vilo. A la quinta llamada saltaba el contestador, pero siguió intentándolo unas diez veces. Al final colgó y marcó el de Leandro, con idéntico resultado. Frustrado gruñó y volvió a entrar en la oficina, mientras deseaba con todas sus fuerzas que su amigo estuviera despidiéndose de Ivy de forma muy apasionada y que por eso ninguno de los dos le cogiera el teléfono.

—¡Ah, Hans! Si estás dispuesto puedes venir con nosotros, ya lo tenemos todo previsto. Una unidad canina va para allá —informó Ibrahim—. Grayson, Lotte, Aroa y Erik van a recoger al abogado de Gutiérrez y se reunirán con nosotros en la autopista —prosiguió.

Hans asintió. ¡Por supuesto que los acompañaba! Tenía que asegurarse de que esa chica no era su Ivy. No podía ni siquiera pensar en la posibilidad de que ella pudiera estar en manos de ese cerdo, de ese psicópata. ¡Era imposible! ¿Verdad? ¡Ella tenía que estar a salvo! Pero algo le impedía creerlo y no sabía por qué. «Por favor, que esté a salvo. Por favor», rogó con todo su ser, como nunca antes lo había hecho.

Ibrahim y Danielle se abrochaban las cinchas de *velcro* de los chalecos antibalas y ella le pasó uno a Hans. Este se quitó la americana de inmediato y se lo pasó con movimientos seguros y precisos.

Al poco tiempo estaban de camino, en dirección a la urbanización «Los Almendros».

Durante todo el camino Hans siguió intentando comunicarse con Ivy o con Leandro, con infructuoso resultado, y tenía el corazón tan acelerado por el miedo que no había vuelto a pronunciar ni una palabra.

Ibrahim y Danielle estaban en comunicación por radio con la unidad canina y con el coche de Grayson, que llevaba a sus compañeros y al abogado de Gutiérrez para cumplir con todos los requisitos legales.

Al cabo de una hora, estaban atorados en la autopista en el mismo atasco que había colapsado a Leandro diez minutos antes, y Hans sentía que se le escapaba la vida con cada segundo perdido.

Al cabo de unos veinte minutos la circulación por fin se agilizó. Se pusieron en marcha de nuevo, aunque los kilómetros se sucedían demasiado lentos al parecer de Hans. Pero por fin pudieron tomar la salida hacia la urbanización. Al llegar a la caseta del guardia activaron las sirenas y atronaron el vecindario con los estridentes sonidos policiales.

—¡Eh, eh! ¡Abrid y ayudadme! ¡Ayudadme! —chilló Gutiérrez, satisfecho, al oír los golpes en la madera, seguro de que sería Dante, o Selma. Ahora ellos lo liberarían y podría vengarse de esa maldita zorra.

Ivy palideció y se supo perdida. Soltó la fusta y retrocedió unos pasos, pero volvió a sonar la llamada y una voz que no esperaba, una voz que amaba con toda su alma, pronunció su nombre.

—¿Ivy? ¿Estás ahí?

Se sintió desfallecer y creyó que era su imaginación la que le estaba jugando una mala pasada al oír la voz de Leandro. Allí.

¿Cómo era posible?

Permaneció quieta, sin dejar de mirar la puerta, incapaz de creer.

Gutiérrez bramó una maldición en cuanto escuchó la voz de Leandro en vez de la de sus esclavos y sacudió las manos sujetas en las argollas, impotente. La cabeza le sangraba, tenía un regusto metálico en la boca y las encías le dolían a rabiarse allí donde Ivy le había roto los dientes. Además oía un rumor en el oído izquierdo, como si un río corriera impetuoso cerca de su cabeza.

—Vamos, Ivy, desátame y hablaremos. Todavía estás a tiempo de arreglarlo —insistió con voz melosa al verla vacilar, en un intento de distraerla—. Ven aquí, chiquilla. Ven.

A través de la puerta volvió a sonar el toque en la madera.

—¿Ivy? Ivy, si estás ahí, apártate de la puerta —advirtió la que era la voz de Leandro, y que era imposible que fuera su voz, con determinación—. Voy a echarla abajo. Voy a por ti.

Ivy se giró hacia Gutiérrez, con la mirada opaca. Lo miró de abajo arriba, y cuando llegó otra vez a sus ojos, desvió la vista con asco y escupió en el suelo. Se volvió de nuevo y avanzó, decidida. De un salto cogió la llave, olvidada por un momento la debilidad por la adrenalina que corría ahora por sus venas ante el amado sonido de esa voz, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta de par en par. Miró afuera, creyendo que no encontraría a nadie y el silencio del pasillo desértico la devolvería a la realidad, pero vio a Leandro inclinado en el interior del armario

Él al oír la llave girar en la cerradura y la puerta abrirse —ya que estaba buscando un hacha o una palanca para hacer fuerza y poder forzar la cerradura—, se volvió con lo primero que pilló en la mano: una llave inglesa,

y la enarboló frente a la posible amenaza, pero se encontró con unos increíbles y bellos ojos color zafiro fijos en él, llenos de asombro e incredulidad. Sobrecogido, palideció, impactado por la imagen que se ofrecía ante él.

Ivy estaba desnuda y toda su piel brillaba enrojecida, cruzada por infinidad de marcas alargadas e inflamadas. La mejilla izquierda estaba hinchada y tenía el labio inferior partido y abultado, muy castigado. El pelo, enmarañado y revuelto, colgaba en mechones sueltos que se escapaban de la goma que en un tiempo lo había sujetado en una coleta. Asustado como no lo había estado nunca avanzó hacia ella al tiempo que soltaba la llave inglesa, que resonó con fuerza al caer al suelo, aunque ellos no lo oyeron.

Ivy elevó el rostro hacia él, la barbilla empezó a temblarle y negó con la cabeza.

—No... no... —No sabía por qué negaba, si por seguir creyendo que no era él realmente o porque los últimos acontecimientos la abrumaban tanto que no podía afrontarlos frente a su Amo.

—Ivy, cariño —musitó Leandro, espantado, mirándola con intensidad. Había llegado por fin y la había encontrado, estaba frente a él y de una pieza. Había llegado a imaginar tamañas atrocidades que verla de pie, viva, y mirándolo lo llenaba de alivio. Pero el rostro femenino atormentado y magullado, los ojos anegados de lágrimas contenidas, la piel estremecida y el incipiente temblor de su cuerpo, hizo estallar la ira dentro de él. Supo que mataría a ese bastardo de Gutiérrez en cuanto la alejara de allí y la pusiera a salvo.

Ella alargó la mano, insegura, y la posó en el pecho masculino como si quisiera cerciorarse de su autenticidad. Notó el calor de la piel bajo la camisa, húmeda de sudor, y el latido del corazón, fuerte y rápido. Tragó la poca saliva que le quedaba y recorrió el camino hacia la oscura mirada amada, con un suspiro de anhelada esperanza.

—Amo —susurró, vacilante. Tocó el pómulo varonil y las lágrimas rodaron por sus mejillas al mismo tiempo que el alma se le desbordaba y todo lo que había ocurrido en las últimas casi doce horas le oprimía el corazón.

Leandro le besó las yemas de los dedos y se acercó más a ella, aunque con cuidado. La veía tan lastimada que no quería ser el causante de que sufriera más dolor. Tenía unas ganas incontenibles de abrazarla, pero se contenía, preocupado.

Ivy intentó retroceder, avergonzada. Lloraba desconsolada al tiempo que

sentía crecer la culpa en su interior y no quería ver la decepción en los adorados ojos oscuros. Retiró la vista y quiso huir, pero Leandro la cogió de la mano que ella tenía alargada y la acercó a él. Le pasó el brazo por la cintura y la enlazó, pegándola con suavidad a su cuerpo. La abrazó con inmensa ternura al tiempo que daba gracias de que estuviera a salvo. Apoyó la mejilla en la coronilla femenina y su cuerpo, fuerte y joven, se estremeció por el miedo pasado, mientras repetía, como un mantra:

—¡Oh, Ivy! ¡Cariño! ¡Oh, Ivy! —Se separó, apenas, para mirarla a los ojos y al ver su congoja, esbozó una sonrisa para tranquilizarla—. No te preocupes, ya estás a salvo. Pagaré todo lo que te ha hecho. ¡Lo juro! —sentenció, feroz, con un cabeceo. La contempló, arrobado, y volvió a sonreír, esta vez con el alivio que le recorría las venas al sentirla junto a él—. No me importa nada más ahora que te tengo junto a mí. —La besó en la punta de la nariz y en la barbilla, a la vez que la acunaba contra él y la sujetaba con tierna fuerza, como si nunca más fuera a soltarla.

—Perdóneme, Amo... —susurró Ivy, avergonzada—. No soy digna de usted. Me escapé, lo desobedecí. Y no ha servido de nada. Él no quiso aceptar mi trato —sollozaba. Estaba tremendamente arrepentida y, sin embargo, ahora también en paz, confortada entre sus brazos. Tan a salvo, tan sin miedo, como no recordaba haberlo estado desde que era una niña y sus padres estaban vivos. Cerró los ojos y se dejó mecer contra el caliente cuerpo masculino.

Leandro le levantó la barbilla y se sumergió en sus ojos, conmovido por la preocupación de ella.

—Ivy... Si supieras lo poco que me importa eso ahora mismo. He pasado un infierno al pensar en lo que estarías sufriendo, en lo que ese... —se interrumpió, ahogado por la rabia y la furia al pensar en Gutiérrez—, te estaría haciendo. ¿Te escapaste, me desobedeciste? ¿Crees que he estado preocupado por eso? Gatita, aunque por mi mente han pasado toda clase de pensamientos, el único que me importaba en verdad era el de llegar junto a ti cuanto antes.

Un sollozo estremeció el cuerpo femenino, que quedó ahogado cuando los labios de Leandro se posaron sobre los suyos y la besaron con pasión. Gimió, dolorida, y él se separó, compungido.

—Oh, lo siento, gatita. —Le miró el labio hinchado y lastimado y chasqueó la lengua, irritado—. Vamos, es hora de sacarte de aquí. Te llevaré a un hospital y... —decidió, imperioso. Entonces levantó la vista y por

primera vez fue consciente de lo que había a su alrededor. Estaban en medio de la puerta de la mazmorra y entreveía el interior. Sin dejar de abrazar a Ivy, protector, avanzó para ver qué era aquella habitación lóbrega. Y descubrió a Gutiérrez. Lo vio maniatado, encadenado en la cruz, desnudo, apaleado y sangrante. Y con el infernal doble arnés colgante entre sus piernas.

Agrandó los ojos, atónito. Se le hizo un nudo en la garganta al comprender para qué era usada esa mazmorra, al mismo tiempo que un profundo y admirado asombro inundaba sus pupilas. Miró a Ivy, estupefacto.

—¿Tú lo has dejado así?

Ivy con la vista fija en Gutiérrez, asintió. Sacudió la cabeza, asqueada, y apartó la mirada. Lo relegó, en su interior, a un lugar muy oscuro de su mente.

—No es nadie —contestó, con cansancio.

—¡Maldita puta! —chilló él, histérico y luego rogó, lastimero—: ¡Desatadme, necesito un médico!

Leandro colocó a Ivy tras él, defensor. Una furia oscura, densa y peligrosa le saturó el alma. Ese engendro de mal padre no debería poder respirar el mismo aire que su preciosa Ivy. ¡Era abominable y merecería la peor de las torturas! Encaró a Gutiérrez, pero casi no atinaba a articular las palabras de tan descompuesto como estaba

—No, Gutiérrez. Da gracias de que Ivy está de una pieza, o ahora mismo serías hombre muerto. Eres un maldito bastardo chantajista. Y voy a dejarte aquí tal y como estás mientras la llevo al hospital; ella es lo primero para mí y tú mereces sufrir una agonía mucho peor —anunció, determinado—. Yo de ti rogaría por un milagro el tiempo que permanezca fuera porque, en cuanto Ivy esté a salvo, regresaré con la policía y te voy a hundir a denuncias, te voy a enterrar en demandas civiles y te voy a destruir. ¡Me aseguraré de que vayas a la cárcel y que allí te den tu merecido, malnacido! —aseguró lleno de ira, con las venas del cuello cada vez más hinchadas y el rostro enrojeciendo por momentos, traspasado por una cólera feroz. Miró a Gutiérrez con tanto odio que apenas pudo controlar las ganas de lanzarse sobre él y molerlo a golpes, pero sintió el temblor del cuerpo de Ivy tras él y refrenó la ardiente furia para ocuparse de ella. Ya tendría tiempo para ensañarse con él más tarde. Se volvió, la abrazó contra su costado y la guió por el pasillo hacia la puerta de salida al exterior. Ambos salieron sin mirar atrás. Gutiérrez quedó como Ivy lo había dejado: gimoteando.

A Ivy le fallaron las piernas una vez cruzado el umbral de ese antro de

pesadilla y se le doblaron las rodillas en medio del pasillo, pero Leandro, presto, la cogió en brazos y la levantó como si fuera una pluma. Ella se abrazó a su cuello, apoyó la mejilla en su hombro y cerró los ojos, molida. Él la abrazó más fuerte aún. La sintió estremecerse y meneó la cabeza, arredrado. No iba a permitir que le ocurriera nada malo nunca más, una férrea determinación le anegaba el corazón; no importaba lo que tuviera que hacer: ella jamás volvería a sufrir. Llegó a las escaleras y vio unas sábanas en un montón, dobladas sobre una silla; cogió una y envolvió a Ivy con ella.

Cruzó la puerta que daba al jardín y avanzó por la avenida entre los árboles, hacia la cancela. Esperaba que de un momento a otro alguien lo detuviera: algún empleado o guardia de seguridad. Miraba en todas direcciones mientras se apresuraba hacia la calle. Era curioso, pero cuando entró no pensó en ningún momento en ellos y ahora lo aterraba la posibilidad de que los detuvieran antes de poder sacar a Ivy de allí.

Entonces oyó las estridentes sirenas y los motores de varios coches acercándose desde el lado de la calle. Miró a Ivy, que se había dormido en sus brazos y la ternura lo invadió. Enroscó aún más las manos y los brazos en torno a su cuerpo castigado, protector y cálido, y avanzó decidido. Nadie iba a impedir que la pusiera a salvo.

En ese momento un tropel de todoterrenos negros avanzó por la vereda y él retrocedió un paso, con alarma, arrimándose a la orilla. Uno se detuvo a su lado mientras los demás continuaban hacia la casa.

Leandro observó el vehículo con suspicacia. Fuera quién fuera no permitiría que la dañaran ni que se la arrebataran de los brazos.

La puerta del copiloto se abrió y de él salió Hans como una exhalación.

Leandro agrandó los ojos, conmocionado, cuando reconoció a su amigo. Palideció, de todos a los que no esperaba ver, a él, era al que menos. No comprendía cómo se había enterado de que Ivy estaba con Gutiérrez ni cómo había llegado hasta allí. ¿Acaso ese hombre era un mago que sabía adivinar el futuro?, pensó histérico. Pero a los pocos segundos endureció la expresión. Por mucho que ella fuera de Hans no pensaba soltarla. No, hasta sacarla de esa infernal mansión.

Hans, impetuoso, se aproximó a ellos en apenas dos pasos.

—¡Ivy! —exclamó, ansioso, cuando llegó a su lado. ¡Dios! Era verdad, era «su» Ivy. ¿Cómo de todas las mujeres del mundo había tenido que ser ella?

Sin apenas mirar a su amigo, devoró cada aspecto de ella con la mirada.

El corazón casi se le paró en el pecho al ver el rostro magullado, los labios hinchados y cortados, la mejilla inflamada y gruñó, entre aterrizado y furioso, contra el que le hubiera ocasionado ese dolor. La contempló dormida en brazos de su amigo y entonces sí miró a Leandro, con el alma en vilo.

—¿Cómo está? ¿Qué le ha hecho ese animal? —inquirió mortificado. Volvió a mirarla sin poder sustraerse a contemplarla, levantó una mano y le acarició el pómulo con extrema suavidad, como si temiera ocasionarle dolor con ese simple toque.

—Está agotada. Le han dado una paliza. La han torturado, Hans, y la llevo al hospital. Voy a sacarla de aquí —afirmó, resuelto y añadió, extrañado —: ¿Cómo has sabido...?

—No importa eso ahora. —Los ojos color cobalto de Hans se oscurecieron peligrosos, las aletas de la nariz se le inflaron como si cogiera aire para no ahogarse con la rabia que lo estaba traspasando al oír que habían torturado a Ivy. Con un jadeo, se obligó a reprimir esa oleada que le hacía ver todo rojo mientras un ansia asesina lo impelía a acabar con todos los que hubieran osado tocarla.

Volvió la vista de nuevo hacia ella y la ternura desterró cualquier otra emoción de su ser, por el momento. Se moría de ganas de arrancarla de los brazos de Leandro y acunarla él mismo, pero comprendió que su amigo no se lo permitiría y acabarían como dos borrachos: peleándose en medio del camino. Y no era un espectáculo que le apeteciera ofrecer a Ivy; antes que nada imperaba el bienestar de ella. Suspiró y rechinó los dientes, atormentado. Acarició de nuevo el rostro, tantas veces añorado durante ese tiempo lejos de ella, con inmensa dulzura sin despertarla. Luego dio un paso atrás con los puños apretados. La necesidad de sentirla contra sí le estaba robando el resuello y no podía ceder al impulso primario de hacer valer su voluntad, por encima del bienestar femenino.

—¿Dónde está Gutiérrez? —preguntó a Leandro, con voz de hielo. Rezumaba furor por los cuatro costados.

—Está en el sótano. Está... —contestó este, pero antes de proseguir, cabeceó—. No, es mejor que descubras por ti mismo lo que nuestra Ivy le ha hecho —afirmó, taimado—. Encárgate de él, Hans, o yo volveré y lo mataré —amenazó, con una mirada terrible.

—Llévatela de aquí —ordenó él—, y ponla a salvo. Cuídala y protégela, no dejes que nada vuelva a dañarla —exigió, mientras miraba a Ivy con todo el amor que no le había confesado jamás. El corazón le latía tan fuerte por la

preocupación que todavía lo atenazaba que la sangre le atronaba los oídos. Ver su piel enrojecida y magullada le rompía el corazón. No quería volver a separarse nunca más de ella pero, antes, debía encargarse de ese puerco de Gutiérrez. Miró a Leandro a los ojos y reclamó—: Cuídala, ¿de acuerdo?

—Con mi vida —aseveró su amigo con un asentimiento.

Hans lo miró con una nueva dimensión en la mirada. Ambos hombres se estudiaron durante unos segundos y luego se dieron la espalda, cada uno con un cometido distinto.

Leandro salvó con rapidez los últimos tramos del camino de grava, salió y se encaminó hacia el coche de Ivy. Lo había visto antes, aparcado, cuando llegó a la finca. La acomodó en el asiento del copiloto y se subió tras el volante, aunque tuvo que maniobrar el asiento para ajustarlo a sus largas piernas. Buscó las llaves bajo este ya que sabía que Ivy solía dejarlas ahí. Arrancó y salió zumbando de la urbanización, sin mirar atrás.

Leandro se dirigió con premura al hospital más cercano. De camino llamó a las amigas de Ivy, ya que pensó que a ella le vendría bien poder hablar con ellas y estar acompañada, al no tener más familia. Una hora después, sobre las ocho de la tarde, el grupo de chicas acudieron a la clínica Sarpén, preocupadísimas. Al llegar, Ivy estaba en *boxes* mientras le hacían pruebas y le curaban los numerosos hematomas y rozaduras.

—¿Dónde está Ivy? ¿Está bien? —inquirió Olalla, impetuosa.

Nada más encontrar a Leandro en la sala de espera, todas lo bombardearon a preguntas.

—¿Cómo está? ¿Qué ha pasado? —preguntó Helena, más tranquila.

—Sí, ¿qué ha pasado? —repitió Amparo.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —Se lamentó Tere, compungida.

Verito no dijo nada, pero miraba a Leandro insistente, a la espera de que respondiera alguna de las preguntas que sus amigas le estaban haciendo, sin dejarlo apenas contestar.

—Chicas, Ivy está bien —contestó Leandro con toda la calma que pudo, aunque él mismo sentía el corazón tan angustiado por no poder estar con ella y confortarla después de lo que había tenido que sufrir, que a duras penas se controlaba para no entrar en tromba en la sala de curas.

—Pero... ¿qué le ha pasado? ¿Ha tenido un accidente?

—No, Olalla. No ha sido un accidente. Ivy... —se interrumpió y las miró a todas sin saber cómo revelarles lo que en verdad había ocurrido. Decidió que no les expondría la auténtica razón por la cual estaba en casa de Gutiérrez, aunque no podía mentirles ni ocultarles toda la verdad—. Fue secuestrada y la han tenido retenida en una casa cerca de aquí —reveló con las palabras impregnadas de pesar, culpa y rabia.

—¿Qué? —chillaron Olalla, Verito y Amparo a la vez, pálidas.

—¿Retenida? ¿Cómo? ¿Dónde? —interrogó Helena, con más calma, no menos estupefacta.

Una enfermera se asomó al oír las voces y chistó.

—Por favor, bajen la voz. Aquí hay enfermos —pidió con severidad. Les echó una dura mirada detrás de las gruesas gafas de pasta y se retiró, sin que ninguno de los presentes le hiciera mucho caso.

—Por favor, Leandro. Díganos de una vez lo que ha pasado —instó Tere,

aturdida por la inquietante noticia.

Leandro suspiró y se pasó una mano por el cabello revuelto ya, de habérselo mesado varias veces mientras esperaba que algún médico lo informara.

—Solo sé que Ivy fue de buena fe a esa casa y acabó maniatada — declaró. La rabia se escapó entre las sílabas y apretó los puños, furioso—. Cuando me enteré de su paradero ya había pasado casi doce horas en esa casa.

Las chicas habían enmudecido, atónitas y alarmadas. Al fin Helena hizo la pregunta que todas tenían en mente y que no se atrevían a formular.

—¿Qué le hicieron?

Leandro la miró a los ojos y luego recorrió los rostros de las demás con gravedad.

—Chicas, tal vez sea mejor que la veáis primero y luego ya os contará ella...

—¡No! Por favor, díganos lo que sea. Necesitamos saberlo para poder ayudarla —insistió Tere.

—Está bien —convino, sería mejor que ellas lo supieran por él y que luego Ivy no tuviera que hablar sobre ello si no tenía ganas, al menos no de inmediato. Inspiró un honda bocanada de aire y reveló, lleno de congoja—: Ivy fue torturada sexualmente, no la llegaron a penetrar, pero fue asaltada y violada de todas las maneras posibles. Ella es... —se interrumpió con un nudo en la garganta y al final prosiguió—. Es fuerte, pero necesitara toda vuestra ayuda —manifestó sin poder controlar el escalofrío que lo recorrió.

De camino al hospital Ivy había despertado en el coche y Leandro le sonrió con toda su ternura.

—¿Estás cómoda? Te llevo al hospital, gatita —informó, mientras le acariciaba la mejilla. Inhaló una honda bocanada de oxígeno. No quería hacer esa pregunta: le corroía la garganta como un ácido, pero tenía que saberlo para poder comunicarlo en el hospital cuando llegaran—. ¿Te han... te han...? —incapaz de pronunciar la palabra que lo mortificaba como si le clavaran cuchillos ardientes en el alma al pensar que alguien pudiera lastimarla de esa forma, la miró con angustia sin poder terminar la frase.

Ivy le cogió la mano y lo besó en el dorso con una sonrisa que no llegó a iluminar sus ojos.

—No se preocupe, Amo. Estoy bien. Ese Gutiérrez no pudo violarme, es

impotente —confesó en voz baja. Ver el tormento que sufría Leandro le laceraba el corazón. Volvió a besarle la mano, apoyó la mejilla en su palma y cerró los ojos con un suspiro de dicha. Sentirlo la calmaba. Leandro la acarició mientras un nudo de zozobra le constreñía el estómago. Puede que no hubiera podido violarla sexualmente en el estricto sentido de la palabra, pero la había violado emocional, mental y corporalmente, bastaba ver el estado de su piel. Pasó el brazo por detrás de la cintura femenina y la atrajo hacia él. La pegó a su costado y la abrazó al tiempo que se maldecía por haber permitido que ella sufriera.

Las chicas no pudieron articular palabra en un primer momento. Amparo y Olalla se sentaron al sentir las piernas débiles. Helena y Tere palidecieron, pero aguantaron el tipo, aunque Verito no pudo soportarlo y salió corriendo hacia el baño.

—Ahora ya está a salvo, no tiene heridas físicas más allá de moratones, raspones e inflamación. Ella está bien, ¿de acuerdo? —insistió Leandro, aunque más para convencerse a sí mismo que a ellas.

El equipo de la OpE, gracias a lo que Leandro reveló a Hans, entró de inmediato en la mansión e inició un rápido despliegue para tomar posesión de todo el perímetro.

Dannielle asignó a un agente para que el abogado no se moviera de la explanada donde habían aparcado los coches, frente a la escalinata de la entrada. Y cuando Hans se reunió con ellos ordenó a su equipo que se encaminaran hacia el sótano.

Encontraron a Gutiérrez en la habitación señalada por Dante, atado, sangrante y con un horrible artefacto entre las piernas.

El grupo quedó estupefacto ante tamaño espectáculo. Hans recorrió la estancia con la mirada y sintió náuseas ante lo que representaba ese calabozo donde el consenso brillaba por su absoluta ausencia.

¡Ese hombre era un maldito demente!

Asqueado, gruñó al pensar que su querida Ivy había estado ahí, en manos de ese enfermo. La ira lo poseyó, desgarradora. Fuera de sí se lanzó sobre él, dispuesto a infringirle el dolor que había vislumbrado en Ivy. Encadenó un puñetazo tras otro en el torso y en la cara de ese hombre, al que no se le podía considerar tal. Golpes contundentes, destinados a herir y aplastar. Sintió la

carne blanda partirse bajo sus nudillos, los huesos crujir, antes de que Ibrahim y Erik consiguieran apartarlo de un chillón y asustado Gutiérrez.

Hans luchó contra ellos con las manos sangrantes, poseído por la rabia, pero sus compañeros lo sacaron de allí. Danielle se le enfrentó afuera, atónita, todavía reducido entre sus compañeros.

—¡Basta, Hans! ¡Estate quieto o te mando fuera de la finca! No pienso consentir que estropees la operación, ¿está claro? —inquirió furibunda. Los ojos verdes destellaban, no comprendía esa súbita y desconcertante salida de su colaborador civil, un hombre que siempre había atemperado sus emociones, incluso bajo el más riguroso peligro—. ¿Qué demonios te pasa? —inquirió.

Hans bufó, jadeante. Lanzó un alarido de angustia mientras su mente era asaltada por imágenes de Ivy forzada en ese lugar de miseria. Cerró los ojos en un intento de controlarse, al final abrió las manos y asintió para que lo soltaran, más calmado. Miró a Danielle y al ver la expresión de desconcierto y extrañeza, la misma que exhibían Ibrahim y Erik, cerró los ojos de nuevo, estremecido.

—Ivy es mi pareja —reveló al fin mientras contemplaba, indiferente, sus nudillos heridos. En ese momento daría todo lo que poseía en el mundo, su vida si pudiera, para borrar todo rastro de sufrimiento de la mente, el corazón y el cuerpo de Ivy.

—¿Tú pareja? —repitió Danielle, estupefacta. El rostro de porcelana de la dura mujer pelirroja palideció.

—¡Dios bendito, Hans! —blasfemó Erik, horripilado—. ¿Esa chica que se llevaba aquel hombre moreno es tu pareja? ¡No me extraña que te pongas así! Yo también querría matarlo.

—¿Ella es Ivy, «tu» Ivy? ¡Demonios! —renegó Ibrahim, rabioso. No la conocía, pero había oído a Hans nombrarla en un par de ocasiones y ahora se sentía hermanado con la rabia que poseía a su amigo.

Hans se apartó de ellos unos segundos y al final, inspiró con fuerza. Había venido a meter a ese escombros entre rejas y ¡por Dios! que iba a hacerlo. Se giró y caminó con brío hacia sus compañeros.

—¿Mejor? —interrogó Danielle, afectada por el dolor de Hans, al verlo más sereno.

—Sí, sí, mejor. Vamos. Hay que meter a ese degenerado entre rejas y tirar la llave —indicó con un elocuente ademán y una mirada franca a Danielle. Esta asintió y volvieron a entrar en la habitación prohibida.

De nuevo en esa mazmorra de pesadilla, entre Grayson e Ibrahim desataron a Gutiérrez, lo cubrieron con una manta y lo llevaron arriba, a la planta baja de la casa. Danielle ordenó al fotógrafo forense que tomara instantáneas de toda la estancia.

En esos momentos la vieja ama de llaves estaba curando la brecha de la cabeza de su jefe, producida por Ivy, y de los golpes, más recientes, que Hans le había propinado y por los que sangraba en abundancia.

Este se paseaba frente a él, mirándolo con toda la ira del infierno en el iris oscurecido. Al final no pudo contenerse y lo increpó, furibundo, echando humo por las orejas.

El resto del equipo registraba la casa, pero Danielle e Ibrahim permanecían junto a Hans.

En su colaboración con la OpE habían descubierto todos los negocios que tenía Gutiérrez en ultramar y cuáles eran legales, por imposible que pudiera parecer que ese hombre se dedicara a algo lícito. Hans lo consultó con Danielle y ella no opuso objeción alguna. Las empresas legales no tenían por qué resultar perjudicadas y él decidió salvar esas compañías y a sus empleados, los cuales no tenían ninguna culpa que su jefe fuera un depravado demente.

El abogado de Gutiérrez, de pie al lado de su cliente, le murmuraba en el oído de vez en cuando, con los ojos como platos al escuchar todas las pruebas que esgrimía Hans en sus acusaciones, y palidecía por momentos.

—Siempre has sido un estúpido. Has robado, malversado, extorsionado y has construido un imperio a base de mentiras y delitos. Pero se acabó, Gutiérrez. Para que te enteres de una buena vez: yo no hundí a tu padre. Fue él solito el que se arruinó, jugando en el casino con un dinero que no era suyo sino de las nóminas de sus empleados. Lo único que hice yo fue comprar su empresa a un precio meramente simbólico y así poder salvar lo que quedaba del negocio y a sus empleados. Nunca se la robé ni lo manipulé para que me la malvendiera. Y tampoco lo hice por tu padre; él también era un imbécil que tuvo la enorme suerte de casarse con tu madre y nunca supo valorarla. La hizo sufrir, la destrozó y engañó, y cuando ella acudió a mí yo le presté todo mi apoyo. Así que jamás te perjudiqué de forma directa. Todo lo que te ha ocurrido ha sido por tu propia culpa y por lo que te legó tu padre: deudas, deshonor y dolor —exponía Hans, implacable. Gutiérrez destilaba odio mientras le clavaba la mirada asesina, pero no le importaba. Se inclinó sobre la mesa, encarado a su enemigo—. ¡Eres la peor escoria que jamás he visto!

No mereces vivir —sentenció por lo bajo, con los ojos llenos de una cólera ardiente y fría. Sabía muy bien que si estuviera solo con ese deshecho humano uno de los dos no saldría vivo de allí. Se enderezó y cruzó los brazos sobre el pecho, para evitar ceder a la tentación de volver a abrirle la brecha de la cabeza—. No tienes otra opción que firmar este acuerdo en el que me cedas todos tus negocios, porque si no lo haces no recibirás ningún trato de favor. Esta mujer —señaló a Danielle con la barbilla, la cual miró con fijeza a Gutiérrez, sin expresión—, tiene el poder de enterrarte en la más oscura de las cárceles, que es lo menos que te mereces por lo que le has hecho a Ivy ¡maldito cabrón!, así que yo de ti tendría cuidado con lo que haces o dices a partir de ahora.

Hans calló, amenazador por la rabia que sentía, en espera de lo que decidía ese gusano infecto.

El abogado susurraba frenético en el oído de Gutiérrez. Este, sin fuerzas, pero con aborrecimiento en los ojos, negaba con la cabeza. El abogado se incorporó al fin con cara de resignación.

—Lo siento, señor Gutiérrez, pero si no firma ese acuerdo, mi bufete no puede responsabilizarse de su defensa.

Gutiérrez lo miró como si fuera un insecto y después de un interminable minuto cogió el bolígrafo y estampó su firma en el acuerdo que este había redactado mientras Hans despotricaba; tras él lo firmó el letrado y estampó el sello de su bufete. El ama de llaves también firmó, como testigo, y luego Hans rubricó su nombre en el documento que lo acreditaría ya como único propietario de todas sus empresas legales.

Gutiérrez sentía el sabor de la hiel resbalar por la garganta. Él, que se las había prometido tan gloriosas, ahora probaba el sabor de la derrota más absoluta a manos de su enemigo.

—Ahora envíalo por *fax* al juez Santandreu y al notario Alemany —ordenó Hans al abogado.

Una vez que se hubo asegurado que el documento había llegado a las manos indicadas y Gutiérrez y su abogado estaban atados de pies y manos con ese acuerdo y no podrían invalidarlo, se apartó y permaneció en un segundo plano para cederle el turno a Danielle. Ella se adelantó y junto con Ibrahim empezaron a exponer todos los cargos y desplegaron sobre la mesa todas las pruebas que tenían en contra de él. El abogado palideció hasta parecer un cadáver mientras Gutiérrez los miraba a todos con el rencor rebosando de sus pupilas.

Al cabo de varias horas, un furgón policial se llevó a Gutiérrez esposado, mientras el abogado ultimaba detalles con su bufete, por teléfono.

Hans salió al jardín. Se estaba ahogando dentro de esa casa que había sido el hogar de un ser tan degradado. Inspiró con fuerza una profunda bocanada de aire.

¡Por fin!

Después de todos esos años de persecuciones, de calles sin salida, de rescates en tierra hostil y de perder varios cargamentos de personas y hallar otros cuantos, habían conseguido acabar con la célula de Yoshio Hayashi y con su principal proveedor europeo en la persona de Gutiérrez.

Aliviado, se mesó los cabellos mientras contemplaba el furgón abandonar la finca. En ese momento sonó su móvil y deslizó de inmediato el dedo sobre la pantalla al ver que era Leandro el que llamaba.

—¿Cómo está Ivy? —interrogó a bocajarro, con el corazón a cien, antes de que su amigo pudiera decir nada.

—Está bien —contestó Leandro, con cansancio por la tensión a la que estaba sometido—. Estamos en el hospital. Le están haciendo pruebas, pero más allá de moratones y rozaduras no parece tener nada grave.

Hans cerró los ojos, más aplacado, y luego echó la cabeza hacia atrás para mirar al cielo. Sentía el escozor de las lágrimas de alivio en el rabillo del ojo, pero se negó a dejarlas salir del escondrijo donde las guardaba.

—¿Qué le ha...? ¿Qué...? —se interrumpió, incapaz de pronunciar la palabra fatídica e inspiró hondo.

Al otro lado del teléfono Leandro permaneció en silencio, ahogado por el mismo pesar que traspasaba a Hans.

—No la violó en el sentido estricto de la palabra, pero sí en todos los demás aspectos —reveló en un murmullo.

Hans maldijo por lo bajo.

—¿Cómo demonios pudo ocurrir, Leandro? ¡La dejé a tu cargo para que la protegieras, para que estuviera a salvo! —imprecó, colérico, al constatar que el latrocinio imaginado, al ver esa mazmorra, Ivy lo había sentido en su piel.

—Es algo que nunca me perdonaré, Hans —confesó su amigo, conmovido. Leandro calló, incapaz de pronunciar palabras que los consolaran a ambos, por la tremenda culpabilidad que sentía. Al poco continuó, con la voz ahogada—: Te llamaré cuando sepa algo más, ahora solo quería decirte que ya estamos aquí y lo que el primer examen ha revelado.

—Está bien —convino Hans, obligándose a contener la rabia. Ya hablarían de ello cara a cara, no era el momento adecuado para recriminaciones—. Manténme informado, por favor —pidió al tiempo que controlaba la voz, férreo, para no demostrar la angustia que lo traspasaba.

—Así lo haré, Hans.

19

Al cabo de unas horas de recabar pruebas en casa de Gutiérrez, Danielle aseguró a Hans que ya no era necesario que se quedara, comprensiva al ver que él ardía de impaciencia por reunirse con su pareja. Este se despidió de la unidad de la OpE, llamó al servicio de coches con chófer y se encaminó hacia la salida, mientras pensaba en Ivy.

Deseaba, desesperado, su recuperación sin secuelas, al tiempo que ansiaba el reencuentro con ella. Mientras caminaba por la acera recordó la implacable expresión de Leandro al encontrarse con él en el camino de la casa de Gutiérrez. En ese momento comprendió que su amigo no iba a soltarla tan fácilmente.

¡La amaba!

Tampoco es que le extrañara; su Ivy tenía todas las cualidades que un buen dominante, y cualquier hombre, sabría apreciar: era una mujer divertida, inteligente, pícara y apasionada. Muy dulce, generosa también. Aunque tenía un lado guerrero y decidido con el que había que tener cuidado cuando algo la molestaba.

De improviso le sobrevino el pensamiento que lo había asaltado ya en el restaurante durante el almuerzo con su amigo y frunció el ceño. ¿Y si Ivy se había enamorado también de Leandro? Un escalofrío le recorrió el espinazo como si unas gélidas garras de vacío le arañaran el alma. Se detuvo en medio de la acera, el corazón le latió errático, como si no hubiera un mañana, y subió la mano al pecho. No era posible, pensó.

¿O sí?

Meneó la cabeza con fuerza. Se negó a considerarlo siquiera y apartó de su mente, con tesón, cualquier pensamiento que lo llevara por esos derroteros.

Más sereno echó a andar a buen paso y pronto enfiló la recta que llevaba a la salida de «Los Almendros» y a la caseta del guardia que controlaba el acceso y daba paso a los residentes, con vigilancia las veinticuatro horas.

Se detuvo al ver entrar un coche blanco: un Audi A6. El chofer, una chica que ya había trabajado antes para él, se detuvo, se apeó del vehículo y le abrió la puerta.

—Buenos tardes, Sire —saludó con una sonrisa—. ¿Adónde lo llevo?

—Buenos días, Erika. Primero sácame de aquí y llévame a la ciudad,

luego te diré la dirección —pidió, mirándola a través del espejo retrovisor, desde el asiento trasero, mientras cogía el móvil.

—Por supuesto. —Erika embragó, metió la primera y enfiló la salida de la urbanización.

Hans marcó el número de Leandro.

—Dime, Hans —contestó al segundo timbrado.

—Leandro, voy para allá —anunció, de forma irrevocable. Ansiaba con desmesura ver a Ivy y saberla a salvo. Leandro no contestó y miró la pantalla del móvil para ver si se había cortado la comunicación, pero no—. ¿Leandro? ¿Me has oído?

Al fin sonó la voz de su amigo, como si viniera desde muy lejos:

—Por favor, Hans. Ivy tiene que permanecer en el hospital en observación dos días, deja que esté conmigo ese tiempo. No... —Leandro se interrumpió al otro lado de la línea y Hans casi pudo ver su expresión consternada, la misma que hallaría en su cara si se mirara en un espejo en ese momento—. No puedo dejarla ahora, necesito estar con ella, cuidarla... Sé que no tengo derecho Hans, pero... ¡Ha pasado un infierno por mí! Si vienes ahora y la separas de mí, será demasiada conmoción para ella... —La voz de Leandro sonaba estrangulada, desesperada y convincente. Hans cerró los ojos, ahogado en un vasto océano de añoranza. Pero la parte racional de sí mismo sabía que su amigo tenía razón. Si él se presentara en el hospital Ivy se pondría contenta, estaba seguro, pero también sabía que separarse de Leandro en esos momentos, recién salida de un lugar donde la habían torturado no sería saludable de forma emocional para ella, y mal que le pesara, asintió—. Está bien, Leandro. Tienes razón, no quiero que sufra más de lo que ya lo ha hecho. Te concedo los dos días que esté en el hospital, pero luego... ¡Me la llevaré! —advirtió, implacable, y cortó la comunicación. Angustiado, se reclinó en el respaldo del asiento y cerró los ojos. ¡Dios! La extrañaba tanto. Cada día que pasaba lejos de ella se daba cuenta de que la necesitaba más que el aire que respiraba.

—Llévame al piso de la Castellana, Erika, por favor.

Un día después.

Hans permanecía acostado en la oscuridad. El sueño le era esquivo. No podía dejar de pensar en Ivy y había despertado hacía poco de una pesadilla.

Entonces sonó el móvil, en la mesita de noche. Lo cogió de inmediato y miró quién llamaba, inquieto por si era Leandro con alguna novedad sobre

Ivy.

—Dime, Dannielle —contestó, más tranquilo al comprobar que era su jefa. Se incorporó un poco en la cama y controló la hora en el despertador digital que tenía sobre la mesilla: las cinco de la mañana. Eso lo acabó de espabilar—. ¿Qué ocurre?

—¿Te he despertado? Lo siento, no me había fijado en la hora que es —se lamentó, contrita.

—No importa, no dormía —alegó, escueto—. De todas formas que tú estés despierta a estas horas no presagia nada bueno —arguyó.

—Bueno, pues en realidad te equivocas, don sabelotodo —se burló Dannielle. No sabía por qué, pero siempre le gustaba provocar a ese hombre, desde su primer encuentro. La fuerte personalidad de Hans, que jamás imponía a nadie, la fascinaba y todavía se sentía muy atraída por él, aunque no quisiera formalizar una relación y menos después de saber que tenía pareja estable; por eso tal vez le gustaba exacerbarlo, descolocarlo y hacerle saber que ella era alguien a tener en cuenta, siempre. Lo oyó inhalar y se lo imaginó con el ceño fruncido, mirando el móvil como si sopesara mandarlo volando por la habitación y seguir durmiendo, quizá desnudo por completo sobre unas sábanas blancas... ¡Mmmm! Él se había comportado como un caballero desde que tuvieron aquel apasionante y salvaje escarceo sexual, y sería mejor que dejara de elucubrar con hermosos y atléticos cuerpos sobre camas grandes o no podría continuar trabajando—. Sí... esto... Disculpa, ¿qué estaba diciendo? —inquirió, confusa, perdido el hilo por un momento.

La voz de Hans sonó un tono más endurecido.

—Nada. Todavía no me has dicho nada —contestó con fría seriedad.

—Oh, perdona —se disculpó, esta vez bastante más sentida. Continuó, en un tono profesional—: Sí. Quería comentarte que he conseguido que el juez nos dé una vista con Gutiérrez para un careo con el testigo, ¿recuerdas? Aquel chico que nos avisó de que tenía a... esto a... Una chica secuestrada —continuó al fin. No quería avivar la herida en Hans, pero tampoco podía correr un tupido velo como si no hubiera pasado. Había que afrontar los hechos.

—¡Ah, sí! —dijo Hans como si lo hubiera olvidado, aunque nada más lejos de la verdad. Gracias a ese misterioso informante supo que era Ivy la que estaba en casa de Gutiérrez y todavía sentía una sacudida tan fuerte en el corazón cada vez que le venía a la mente que era casi físico—. ¿Un careo? ¡Eso es fantástico! —exclamó con entusiasmo. Bajó los pies de la cama y

apoyó las plantas sobre las baldosas frías.

—Sí, el mismo juez Santandreu ha sido el que ha coincidido en que se agilizaría mucho el proceso si el testigo nos pudiera dar información en la vista y así no tendríamos que engrosar la burocracia con declaraciones y demás, ya que eso lo podríamos hacer igualmente después. Nos ha citado a las siete de la mañana en su despacho. Te lo digo por si quieres asistir — reveló Danielle por fin el objetivo de la llamada.

Hans inhaló con fuerza.

—¡Por supuesto! Allí estaré —afirmó. No pensaba perderselo. Quería asegurarse de que iban a meter a Gutiérrez entre rejas para el resto de sus días.

—¡Oh! Perfecto entonces. Nos vemos allí. —Dudó unos segundos en añadir unas palabras de confortación, pero de inmediato se obligó a colgar. No creía que pudiera consolar a ese hombre. Por lo poco que lo conocía ahora debía estar sufriendo con angustia por el estado de su pareja.

Hans saltó de la cama con energía. Sabía que no podría conciliar el sueño de nuevo. Hacía escasas horas había visitado a Ivy en el hospital, de madrugada, a escondidas. Y luego había tardado mucho en dormirse. Ahora su corazón y sus pensamientos volaban una y otra vez hacia ella. Su necesidad de sentirla, cada vez más acuciante, lo estaba volviendo loco. Decidió que saldría a correr por El Retiro, tenía tiempo hasta que se hicieran las siete y podría calmar la energía que lo impulsaba como un barco a toda máquina hacia el puerto ansiado. Se puso una camiseta y unos pantalones cortos, ajustados, hasta medio muslo. Se ató las zapatillas y salió zumbando.

Bajó las escaleras y cuando llegó abajo abrió la puerta principal. La calle todavía estaba a oscuras. Miró hacia el cielo que ya empezaba a clarear por el este mientras se colocaba los auriculares en los oídos.

El tráfico en la Castellana estaba en calma a esas horas y Madrid todavía dormía. Inhaló con fuerza, le encantaba esa ciudad a esas horas. Estiró las piernas unas cuantas veces contra una farola y empezó a correr por la acera, en dirección al parque. Accionó el botón de encendido de su diminuto mp3 y la música de «Carmina Burana¹⁷» de Carl Orff, lo acompañó durante el recorrido.

A las siete en punto se hallaba ya delante de los juzgados. Aparcó la moto y cogió el casco para cruzar al otro lado de la calle. En ese momento un coche se detuvo delante de la explanada y Danielle, Ibrahim y dos desconocidos, un hombre y una mujer que parecían sacados de una pasarela

de modelos, descendieron. Miró a ambos lados de la acera para comprobar si venían coches y se apresuró a atravesar la calzada para reunirse con ellos.

—Ah, Hans —saludó Dannielle cuando lo vio.

—Dannielle, Ibrahim —saludó con gravedad sin dejar de mirar, torvo, a los dos desconocidos. El hombre lo ignoró, pero ella adelantó la barbilla y devolvió la mirada, de forma desafiante, ante la insistente observación a la que él los sometía.

—Hans, te presento a Dante Otálora y a Selma de la Vega —indicó Ibrahim de cara a él, luego se giró hacia ellos y dijo—: Él es Hans Camarthen-Rhys, barón de Monte Hidalgo.

Dante se giró hacia Hans, lo miró a los ojos con honestidad y alargó la mano. Cuando él extendió la suya se dieron un firme apretón de manos. Selma se adelantó, algo turbada por el desafío con el que lo había recibido, y también le estrechó la mano con firmeza.

—Bien, vamos dentro. El juez nos debe estar esperando y no es buena idea llegar tarde —apuntó Dannielle con una sonrisa.

Los cinco se adentraron en los juzgados y se dirigieron hacia los despachos en la segunda planta. El secretario del juez los recibió con una expresión seria y les indicó que esperaran un momento.

Se sentaron en las cómodas butacas que había en la antesala, frente al escritorio del secretario, algo envarados. Dante y Selma se mantuvieron juntos, algo apartados de los demás. Hans no dejó de observarlos. Se moría de ganas de saber qué es lo que sabían y si habían estado con Ivy mientras esta permanecía secuestrada. ¿Tendrían algo que ver con los abusos que sufrió? ¿Por qué estaban en casa de Gutiérrez esos dos pedazos de modelos de revista? Había que ver lo hermosos que eran los dos, ella era una diosa sensual y voluptuosa, y él era un Adonis nacido humano.

A los pocos minutos el secretario les indicó que entraran.

Hans permaneció en un discreto segundo plano mientras el juez interrogaba a Dante y a Selma sobre los acontecimientos de los que habían sido testigos en casa de Gutiérrez. Con inmenso interés escuchó las declaraciones y por fin se enteró de todo lo relacionado con Ivy. La rabia lo poseyó de nuevo al saber el verdadero alcance de la perfidia de Gutiérrez y también lo inundó el resentimiento cuando supo que ambos habían colaborado en la inmovilización y el abuso a Ivy.

El juez Santandreu los escuchaba con atención.

—¿Saben que han incurrido en un delito al colaborar con ese sujeto? —

interrogó con dureza.

—Yo soy el único responsable, señoría. Selma no sabía nada, creía que todo era consensuado por las propias chicas —alegó Dante, con serenidad—. Si lo considera oportuno, deténgame a mí, aunque nunca lo hice de forma voluntaria. Gutiérrez me extorsionaba con amenazas hacia ella. No podía consentir que él la dañara, señoría. Por eso me eché atrás la primera vez que quise denunciarlo, pero ahora que ella está a salvo estoy dispuesto a aceptar las consecuencias —declaró con entereza.

El juez Santandreu lo observó unos segundos.

—Gracias, no es muy común que alguien venga a declarar abiertamente y con esa franqueza, joven. Le agradezco su honestidad. Ahora pueden esperar fuera, por favor —señaló con un ademán.

Dante y Selma salieron mientras Dannielle e Ibrahim se adelantaban para hablar con el juez. Hans aprovechó para ir detrás la pareja.

—¿Es cierto todo lo que has dicho ahí dentro? —interrogó tras ellos, con dureza.

Dante y Selma se volvieron hacia él y ella se adelantó.

—Señor Camarthen-Rhys, por favor, no lo culpe a él. Solo me protegía, y yo fui una inconsciente al enredarme con ese... con ese... —Selma se interrumpió sin saber cómo calificar al hombre que la había engañado y sometido durante todos esos meses. Abochornada, retiró la vista y Dante le pasó un brazo sobre los hombros, confortador.

—Todo lo dicho ahí dentro es la pura verdad, yo... —contestó él.

—¿Le hicisteis daño a Ivy? —interrumpió, aún más duramente. Se acercó hasta encararlos muy de cerca, con una mirada que no presagiaba nada bueno si la respuesta era afirmativa.

Dante no retrocedió y continuó mirándolo de forma franca, con el arrepentimiento que sentía reflejado en los hermosos iris verdes.

—Sí —contestó, honesto—. Le hice daño en el sentido en el que no la liberé, pero no la dañé voluntariamente—confesó con inmenso pesar en el corazón—. Aunque ella nunca lo supo.

—¿Y pretendes que te crea? —escupió Hans, furibundo.

—Por favor, señor. Dante solo seguía mis órdenes, si alguien es responsable soy yo —intervino Selma al tiempo que se interponía entre ellos—. Si quiere podemos hablar de esto en un lugar más privado —pidió con una elocuente mirada hacia el secretario del juez, que los miraba con el ceño fruncido.

Hans la miró, fijo. El hermoso rostro de Selma lucía pálido y lo miraba implorante, con una expresión sincera. Al fin asintió.

—Si desean hablar en privado aquí al lado hay una sala de juntas, vacía en estos momentos —informó el secretario, al tiempo que se levantaba.

—Bien, gracias. —Hans se adelantó y abrió la puerta para que la pareja saliera. Selma enredó los dedos con los de Dante, su marido, y siguió a Hans, inquieta sin comprender por qué ese hombre tan atractivo estaba furioso con ellos.

Todos entraron en una estancia no muy grande, con las paredes de cristal. Hans cerró la puerta de la sala de juntas y se giró hacia ellos. Cruzó los brazos sobre el pecho y separó las piernas.

—Muy bien, ya podéis empezar a explicarme con todo detalle por qué os enredasteis con Gutiérrez, cuál era vuestra relación con él y lo que ocurrió desde el momento en el que Ivy entró en esa finca —exigió, implacable.

Dante y Selma intercambiaron una mirada y ella cabeceó, afirmativa. Habían acudido a los juzgados para decir la verdad y aceptar todas las consecuencias de sus actos. Si bien era cierto que no habían colaborado de forma consciente en secuestrar y abusar de esas chicas, la verdad era que ellas jamás lo supieron y sufrieron los abusos de Gutiérrez a través de ellos.

Primero Dante y después Selma relataron a Hans, sin saltarse ningún detalle por escabroso que fuera, todo lo acontecido en la casa de Los Almendros. Hans escuchaba con atención, a veces interrumpía para hacer alguna pregunta sobre algo que no le había quedado claro y luego indicaba que prosiguieran.

A medida que se enteraba de la sórdida historia de entrega mal entendida por parte de Selma y obediencia ciega de un sumiso a su dueña por parte de Dante, el ánimo de Hans se iba calmando y, al finalizar, su opinión sobre esa pareja había cambiado por completo.

—Reconozco que al principio quería ajusticiaros —admitió cuando terminaron de hablar. Frunció el entrecejo, sin saber qué hacer con esos dos. No eran culpables, en cierto sentido, y no habían dañado a Ivy más allá de aplicarle dolor erótico, muy controlado, y de estimularla sexualmente. Si bien era cierto que para Ivy la experiencia habría sido nefasta al haber sido involuntaria. Menudo dilema. En ese momento reveló el motivo por el que los había encarado tan furioso—: Ivy es mi sumisa.

Selma palideció y Dante se tensó. Ambos comprendieron porque Hans estaba tan furioso con ellos, y que tenía todo el derecho a despreciarlos.

—¿Qué va a hacer con nosotros? —preguntó Selma con la voz estrangulada. Irguió la cabeza y lo enfrentó, digna. Si ese hombre era el Dueño de Ivy, tenía derecho a exigirles un pago de honor.

—No creo que deba hacer nada. Ya recibisteis el suficiente castigo al permanecer en la casa de ese anormal y ahora estáis actuando de forma correcta —señaló, más tranquilo—. Lo único que veo necesario es que le debéis una buena disculpa a Ivy, si es que ella quiere escucharos. Debe saber por qué intervinisteis en su secuestro.

—Por supuesto —respondió Selma al instante, con ansia—. Desde que me enteré de que ella no estaba ahí voluntariamente, no he estado bien. Y no estaré tranquila hasta que logre pedirle disculpas —aseguró al tiempo que Dante asentía, con la misma zozobra.

Hans asintió.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó, con interés.

Selma, más aliviada al saber que no iba a caerles el cielo sobre las cabezas de la mano de Hans, miró a Dante y suspiró.

—Soy licenciada en empresariales, buscaré trabajo, alquilaremos mi piso... No sé, algo se nos ocurrirá.

Hans mucho más sosegado que cuando había entrado en esa habitación, ladeó la cabeza con atención; se le acababa de ocurrir una idea. Si bien era cierto que Selma y Dante eran culpables por ignorancia, en honor a la verdad no podía seguir sintiendo rencor hacia ellos. A la vista estaba lo atormentados que se sentían por Ivy.

—¿Empresariales? ¿Qué experiencia tienes? —inquirió, interesado.

—Pues trabajé de gerente durante cinco años en la corporación Dengihte, ¿la conoce? Es...

—Sí, la conozco —informó y aclaró—: Es mía.

Selma agrandó los ojos, sorprendida, e intercambió una nueva mirada con Dante.

—Os propongo un trato —dijo entonces Hans, con un nuevo brillo en la mirada.

20

Al cabo de veinticuatro horas.

Ivy despertó con lentitud. Oía voces, pero no entendía las palabras, abrió los ojos y vio una pared blanca y una ventana desde donde divisaba las ramas de un roble mecidas por la brisa. Más allá la Sierra de Guadarrama en el horizonte y un cielo teñido de malva con nubes de un encendido carmesí como si alguien hubiera prendido fuego a la pradera celestial.

Sonrió, serena. Las montañas siempre la hacían sentir bien y contemplarlas le otorgaba mucha tranquilidad. Se arrellanó en la cama y colocó la mano bajo la almohada con el recuerdo cada vez más difuso de un sueño que había tenido con Hans.

Y entonces...

Se percató de que esa no era su cama. Ni sus sábanas. Ni su habitación. Se incorporó deprisa y un ligero mareo la acometió. Miró alrededor y al instante reconoció el hospital donde había pasado los dos días anteriores, casi siempre durmiendo en un sueño reparador.

—¡Ivy! —exclamó Helena. Soltó el *e-reader* en el que estaba leyendo y se incorporó rauda de la silla, al lado de la cama —. Tranquila, cariño. ¿Estás bien?

Ivy volvió el rostro hacia ella, la miró y sonrió.

—Sí —respondió, algo trémula—. Por un momento no he reconocido el sitio y... —confesó, un poco pálida.

—Ya —comprendió su amiga con un asentimiento de cabeza. Se sentó en la cama junto a ella, le cogió la mano y le sonrió, cariñosa—. ¿Te encuentras mejor?

—¡Ivy! Ya estás despierta —exclamó Olalla al entrar por la puerta con unas botellas de agua y una bolsa llena de chucherías.

—Sí, ya está despierta y si no dejas de hablar tan alto todo el hospital también lo estará —amonestó Helena en voz baja.

—Es de día, nadie duerme —contestó Olalla con desparpajo. Dejó las bolsas en el suelo y se sentó al otro lado de la cama, con el rostro muy serio —. ¿Cómo estás, preciosa? ¡Nos diste un susto de muerte! —reveló, con los ojos como platos; le cogió la otra mano y se la apretó, confortadora. Los días anteriores apenas habían hablado debido a que Ivy se pasó durmiendo la

mayor parte del tiempo. Estaba agotada y los médicos le administraban sedantes para ayudarla a descansar.

—Lo siento —se disculpó Ivy, turbada. Se sonrojó y miró a sus amigas contrita—. Siento haberos preocupado, chiquis. —Había pensado mucho en esos días, y aunque no durmiera fingió hacerlo para no tener que dar explicaciones. Esa equivocación que había cometido le había dado un toque de atención y comprendió que no podía seguir relegando sus decisiones en Hans o en Leandro, en lo que atañía a su sexualidad. Aunque se sentía por completo a gusto entregándose a Leandro como sumisa, una parte de sí misma quería disponer nuevos límites y decidió que en cuanto finalizara el contrato que tenía con Hans, consensuaría otras medidas.

—No tienes que disculparte con nosotras, pedazo burra —soltó Olalla, incrédula—. Estamos contigo a las buenas y a las malas, pero no se te ocurra volver a darnos un susto así, ¿te queda claro, tontuela? —exhortó mientras la envolvía en un abrazo prieto.

—No lo volveré a hacer, lo prometo —sonrió Ivy, sentada a lo indio en la cama.

—¿Qué ocurrió, Ivy? ¿Quieres contárnoslo? —inquirió Helena, de forma serena.

Ivy la miró y luego a Olalla, desvió la vista mientras rememoraba todo lo acontecido en esa terraza y luego en ese terrible sótano, y meneó la cabeza. No sabía cómo enfrentar el hecho de que habían abusado de ella de tal forma que le habían robado un placer que nunca quiso sentir, ya que los esclavos solo estimularon su cuerpo sexualmente sin intención de dañarla, por mucho que ejercieran el dolor erótico sobre ella con *floggers*, pinzas y demás utensilios. Pero por otra parte su ser todavía sentía escalofríos al pensar en Gutiérrez, el que sí la había dañado y denigrado en ese sótano. Además no contribuía a tranquilizarla el hecho de que no había podido ayudar a Leandro con su empresa y se sentía fatal por ello.

Las secuelas físicas ya estaban desapareciendo y las emocionales no la afectaban en ese momento, aunque pensaba que todavía era pronto para descartar consecuencias. Había dado su merecido a Gutiérrez y ese pensamiento le daba fuerzas. Sus amigas no tenían por qué cargar con todo lo acontecido y sufrir, cuando ella no lo estaba haciendo, al menos por el momento. Meneó la cabeza.

—No, no por ahora —negó con suavidad y sonrió, franca—. Estoy bien, de verdad. Solo necesito tiempo y vuestro cariño.

—¡Serás tonta, eso ya lo tienes! —exclamó Olalla. Miró a Ivy a los ojos, seria, y al ver que esta estaba determinada a guardar silencio, se agachó y cogió la bolsa de las chucherías. Se incorporó y sonrió, tunanta—. Bien, ¿qué queréis? ¡He traído de todo! —se carcajeó.

Al cabo de unas horas, Helena recibió un mensaje de Leandro.

Leandro_18:05

Hola, Helena.

¿Cómo está Ivy?

Helena_18:08

Hola.

Está bien, muy bien en realidad.

Está más despierta y tiene mejor color.

Leandro_18:08

¡Genial!

Voy ya para allá.

Por si quieres marcharte y que no se te haga tan tarde.

Helena_18:09

¿Sí? Oh, genial.

Entonces me iré,

Olalla ha tenido que irse antes hoy

Y yo tengo que estudiar.

Leandro_18:10

Vete tranquila, entonces.

No tardaré más de veinte minutos.

Helena se acercó a la cama, donde Ivy cabeceaba y le acarició el brazo.

—Me voy, rubia —susurró—. Leandro ya viene para acá ¿vale?

Ivy abrió los ojos y sonrió.

—Vale. Gracias, Helena —respondió, somnolienta.

—De nada, tontuela. A mandar.

Olalla, antes de marcharse, había prometido visitarla al día siguiente y Amparo, Verito y Tere habían acudido al hospital cada vez que tenían un momento libre.

Helena se detuvo en la puerta.

—Cualquier cosa: llama, ¿de acuerdo? O manda un mensaje, o un privado por las redes sociales, o señales de humo —bromeó—. ¡Cualquier cosa! ¿Vale? Estamos ahí, Ivy, cuando quieras.

—Lo sé, chiqui. ¡Gracias!

—Descansa, nos vemos mañana —se despidió con una sonrisa y desapareció.

La puerta de la habitación quedó abierta, Ivy vio a una enfermera y a un médico hablando en voz baja junto al mostrador. Bajó la vista, miró la vía que llevaba en la muñeca y frunció los labios, agobiada. ¡Ojalá se lo quitaran pronto y pudiera volver a casa!

Se giró con cuidado, ya que sentía la dolorosa fricción de la tela del camión en la espalda y las muñecas envueltas en vendajes. Sin querer, los últimos acontecimientos acudieron a su memoria y un estremecimiento la recorrió.

Quién iba a pensar que un hombre de negocios pudiera esconder, al menos a sus ojos, tamaña perversión. Ahora entendía por qué no quiso Leandro ceder al chantaje y entregarla a Gutiérrez. Dobló las rodillas y se acurrucó en la cama, con la vista perdida más allá de la ventana, a la oscuridad.

¿Podría perdonarla Leandro?

Sin poderlo evitar sentía un hondo pesar recorrerla. Se sentía fatal por dentro, una traidora a su Amo puesto que le había fallado. Nunca debería haberlo desobedecido. En esos momentos no pensaba en lo que ella misma había sufrido. Solo pensaba en que todo eso no había servido para nada y al final lo único que importaba era que Leandro iba a perder la empresa.

Oyó pasos y creyó que sería el médico, levantó la cabeza y se giró hacia la puerta. Y al ver quién se aproximaba el corazón le dio un vuelco y una bandada de mariposas alzó el vuelo en su abdomen. La alegría la hizo sonreír y la mirada se le inundó de luz cuando vio a su Amo entrar en la habitación, cargado con un inmenso ramo de *Scarlet Carson* en un gran jarrón.

Leandro se acercó a la cama con una gran sonrisa. Colocó las rosas sobre la mesita auxiliar y luego se aproximó a ella.

Ivy suspiró, embelesada. Ese hombre era impresionante. Con unos pantalones de traje azul marino y una camisa entallada también azul, su figura viril resaltaba de una forma que le aceleró el corazón. El pelo, ligeramente ondulado, lo llevaba peinado hacia atrás y exhibía una expresión

hipnotizadora, como una cobra antes de atacar.

—Hola —saludó él con la voz llena de ternura. Le cogió la mano al tiempo que se sentaba en el borde de la cama y la besó en el brazo, en la tierna piel interior justo por encima de los vendajes que cubrían su muñeca. Sin dejar de besarla, preguntó—. ¿Cómo está hoy mi pimpollito?

Ivy no pudo responder, un nudo de emoción le atascó la garganta y solo asintió. Él era todo lo que su corazón anhelaba: atento, cariñoso, apasionado y salvaje, tan bello por dentro como por fuera. ¿Cómo no entregarse hasta las trancas por un hombre así?

—Amo —susurró mientras se pasaba la punta de la lengua por el labio inferior y se lo humedecía.

Leandro miró con súbita fijeza ese gesto, y sus ojos se oscurecieron. Enganchó los dedos en la curva del cuello femenino y la atrajo hacia él.

—Ivy, no sabes lo mucho que he pensado en ti hoy —murmuró al tiempo que descendía sobre su boca. Se detuvo a un suspiro de los labios mientras la enlazaba por la cintura, la volteaba y la sentaba sobre sus rodillas, inclinado sobre ella. Entonces sí, se adueñó de esos labios húmedos a los que había tenido que resistirse durante los dos últimos días para que Ivy pudiera recuperarse de las heridas.

Ella se estremeció y se abrazó a sus anchos hombros, trémula. ¡Oh, sí! ¡Cuánto había deseado volver a sentirlo! Al temer que él no pudiera perdonarla, llegó a pensar que no podría tocarlo de nuevo y ahora entre sus brazos, en su boca, se sentía en el paraíso, relegados todos los tormentos comparados con la gloria de que él la siguiera deseando. Le pasó las manos por detrás de la nuca y correspondió al beso con pasión. Se abrió paso con la lengua en la cavidad masculina y jugueteó con la de él. Succionó y mordisqueó el labio inferior, cada vez más juguetona y ardiente. Percibió el estremecimiento que sacudió el cuerpo masculino en los fuertes hombros de Leandro y el suyo respondió con oleadas de calor por toda su piel. Ardorosa, se pegó más a él. Quería sentirle con todas las células del cuerpo y olvidar ya el horror pasado.

Leandro intentaba refrenarse, intentaba disfrutar de ese beso alucinante con calma, pero su cuerpo entraba en barrena. Gruñó en la boca de Ivy, acuciado por un deseo demoledor. La necesidad de saber que ella estaba bien le obnubilaba el juicio. Una parte de su mente quería resistir, era demasiado pronto. Ella estaba todavía convaleciente, pero...

La temperatura subió entre los dos y ambos se aferraron el uno al otro,

con ansia, mientras se devoraban mutuamente.

Entonces sonó un discreto carraspeó tras ellos y se separaron con un esfuerzo.

Leandro depositó a Ivy otra vez sobre la cama, con ternura. Le colocó mejor el camisón de hospital, se levantó y se giró hacia el médico que había entrado en la habitación.

21

El médico sonrió, un tanto azorado, y carraspeó de nuevo antes de hablar.

—Bien, hemos terminado ya de hacerle pruebas y no presenta ninguna lesión interior —informó el galeno—. Tiene algunos moratones y la piel de las muñecas rasgadas, pero aparte de una ligera deshidratación que ya hemos remediado, goza de una excelente salud. Puede irse a casa cuando guste —explicó con detalle.

—Gracias, doctor. Ha sido muy amable —contestó Leandro con alivio al saber que Ivy podía volver a casa sin secuelas, al menos físicas, por las horas pasadas en casa de Gutiérrez.

—De nada. Ahora vendrá una enfermera a quitarle la vía. Las recetas para las pomadas que deberá ponerse tres veces al día ya están en su tarjeta sanitaria, podrá pasar a recogerlas en cualquier farmacia cuando salgan de aquí —señaló el médico y por último se despidió, afable—: Buenas tardes.

—Gracias —asintió Ivy con una gran sonrisa

—Adiós, doctor y gracias —reiteró Leandro, a la vez que ella, su agradecimiento. Se giró hacia Ivy con intención de reanudar lo que el doctor había interrumpido, pero enseguida entró una enfermera y tuvo que apartarse cuando procedió a quitarle la vía. Ivy sonrió, mordiéndose el labio mientras la enfermera se movía alrededor de la cama y alejaba a un Leandro de pronto malhumorado por no poder acercarse a ella.

Sentada en la cama, con las piernas cruzadas a lo indio, ofrecía una tierna estampa. El cabello suelto le caía a los lados del rostro, que lo cubría en parte y ocultaba sus emociones a Leandro.

Este se colocó a los pies de la cama y cruzó los brazos sobre el pecho, mientras observaba a Ivy con intensidad. Sabía que debía contarle que Hans había vuelto, pero se resistía. Quería disfrutar de ella todavía un poco más, solo un poco más. Esos días en el hospital habían sido de tregua. Hans se había mantenido alejado por insistencia suya, pero era un tiempo finito. Estaba robando segundos al destino. El corazón se le resquebrajaba en el pecho al pensar que no podría volver a tenerla entre los brazos.

Llevaba dos días visitándola en la clínica por las noches, desde las siete hasta las doce —hora en la que los acompañantes debían retirarse—, ya que de día tenía que acudir a trabajar, y acordó con las amigas de Ivy que se mantuvieran en contacto constante con él si algo sucedía, solo así consintió

en dejarla. Y en todo ese tiempo no había podido atemperar el deseo que lo traspasaba cuando la veía tendida en la cama, con esa expresión tan dulce. Aunque cuando observaba los moratones que la piel todavía exhibía sentía la furia, como pocas había experimentado en su vida, inundarle las venas. Nunca había odiado a nadie, no era una persona que se dejara llevar por la ira o el enfado, pero ahora entendía que alguien sí pudiera hacerlo. Despreciaba a Gutiérrez con toda su alma. Pensar que había maltratado, abusado y humillado a Ivy lo ponía frenético y solo cuando supo por Hans que había entrado en prisión para nunca más salir de allí, pudo calmar su ánimo alterado.

La enfermera salió de la habitación, por fin, y Leandro bordeó la cama con lentitud. En ese instante Ivy levantó el rostro hacia él con una expresión compungida que lo desconcertó en un primer momento.

—Lo siento, Amo. Nunca debí desobedecerlo, nunca debí caer en manos de... de él. Lo comprenderé si quiere repudiarme. Yo... No lo merezco — terminó Ivy la disculpa con lágrimas en los ojos. Bajó la vista, incapaz de mirarlo, segura de que iba a regañarla.

Leandro se aproximó, muy serio, y se inclinó hacia ella. La cogió de las caderas y la colocó en el borde de la cama. Le separó las piernas y se situó entre ellas. La cama estaba alta, en la posición más elevada. Tenía el miembro engrosado y duro, así que evitó pegarse a ella para no presionarlo contra el abdomen femenino.

—No, Ivy. El fallo fue mío, debería haberte protegido y no lo hice. Debería haber sabido que tu lealtad no te permitiría dejarlo estar si podías hacer algo — afirmó con pesar. Le acarició el mentón con dulzura y la miró fijo, con los ojos llenos de maravilla—. Jamás nadie había hecho algo semejante por mí. Me admira tu fuerza, tu valor, pero sobre todo me sobrecoge tu nobleza. Me siento muy honrado por tu gesto, Ivy y estoy muy orgulloso de ti, aunque lo que sí es cierto es que jamás debiste caer en sus manos. Eres demasiado preciada para mí — admitió solemne y añadió, con el corazón apesadumbrado—. Ivy, yo...

El asombro inundó los ojos de Ivy, sin advertir el súbito gesto serio de él. ¡Leandro no pensaba rechazarla! La felicidad corrió por sus venas y sonrió, pletórica de dicha. El corazón se le aligeró y lo que tanto la había mantenido afligida durante esos días de repente desapareció y se sintió mucho más liviana.

Entonces sonó el móvil en el bolsillo de la americana masculina, que

estaba sobre el respaldo de un sillón al fondo de la habitación cerca de la ventana. Leandro no pudo continuar y con un esfuerzo se separó de ella. Ivy le sonrió, feliz, y se reclinó sobre la cama mientras él se aproximaba al sillón y cogía el móvil para contestar.

—¿Sí?

—¿Cómo está Ivy? —demandó Hans de inmediato, al otro lado de la línea.

—¡Oh, está bien! —contestó con una sonrisa hacia ella, como si hablara de cualquier otra cosa con cualquier otra persona. Salió de la habitación, le guiñó un ojo y levantó un dedo, indicándole que solo sería un minuto. Se alejó unos pasos del umbral de la habitación y repitió, en voz baja y contenida—: Está bien, el médico ha dicho que me la puedo llevar. ¿Dónde estás tú?

—Voy camino del hospital, espérame ahí —pidió Hans, sin brusquedad, pero sin dar lugar a equívoco de sus intenciones.

¡Joder, no!

—No, espera, Hans, por favor... Yo... —Desesperado, Leandro se mesó el cabello y cerró el puño contra la pared, impotente. No podía pedirle nada más a Hans, le debía demasiado, pero tampoco podía renunciar a Ivy. Aún no. Le era literalmente imposible, necesitaba más tiempo para poder despedirse, para poder decirle cuánto significaba para él—. Hans, por favor. Deja que me la lleve a casa, deja que...

—¿Qué? ¡No! —negó, rotundo—. Leandro, es hora de que me la devuelvas. Te concedí los días que ella permaneciera en el hospital y me he mantenido alejado solo por ella, por su bienestar, pero ya no más. No sabes... No puedes hacerte una idea de lo que me ha costado, Leandro. —La voz de Hans, llena de urgencia y desesperación, caló hondo la comprensión de Leandro que supo que ambos estaban a la par en lo que refería a Ivy. Hans continuó—: Llevo demasiado tiempo sin ella, ya es hora de que vuelva a mí —exigió, inflexible.

Cuando la dejó en manos de Leandro, ella tenía solo veintitrés años, ahora tenía veinticuatro a punto de cumplir los veinticinco. Desde que encarcelaron a Hayashi, supo que podía regresar a casa y su anatomía, ya libre de trabas, se había rebelado contra la distancia y el deseo que había permanecido aletargado durante esos años ahora despertaba con un ansia desbordante. Y las últimas semanas habían sido una auténtica tortura. No podía esperar a tenerla de nuevo.

Ni siquiera pudo permanecer lejos de ella como le había asegurado a Leandro ante el argumento de que Ivy necesitaba tiempo para recuperarse. Había despotricado, gritado y rugido para, al final, consentir solo por el bien de Ivy. Así que a las dos de la madrugada de la noche anterior entró, silencioso, en la habitación de Ivy en el hospital.

Estaba desesperado por verla, por saber que estaba bien del todo, y que ese energúmeno de Gutiérrez no la había dañado seriamente. Leandro había sido muy insistente en su preocupación por ella, sabía que tenía razón, y por eso se mantuvo alejado. Pero al final no pudo resistirlo, claudicó a su propia necesidad y se acercó a la clínica cuando sabía que todo el mundo estaría dormido, incluida Ivy.

Aprovechó cuando la enfermera de guardia salió de detrás del mostrador para hacer su ronda y se coló en la habitación. Ella dormía plácida, de lado, con la mejilla apoyada en la mano, su característica postura para dormir. Se acercó despacio, conmovido ante la candorosa e inocente expresión de su rostro arrebolado. Emocionado se detuvo ante ella y se arrodilló al lado de la cama, observando cada pequeño detalle de ese rostro al que amaba por encima de sí mismo, con adoración. Apoyó la mano en el colchón y adelantó la otra para acariciarle la mejilla, sobrecogido.

¡Al fin!

La tenía delante y ella estaba bien, a salvo.

Suspiró, alterado por su cercanía y rozó el pómulo con las yemas de los dedos, muy suave. Resiguió la suave mejilla, las largas pestañas, la ceja arqueada de un tono más oscuro que el pelo y la frente hacia el cabello. Enredó los dedos en un mechón y dejó que se deslizara entre ellos, sedoso.

—¡Dios bendito, chiquilla! No puedes imaginarte lo loco que estoy por ti —susurró, ardiente.

Se incorporó y acercó el rostro al de ella, inspiró con fuerza y se llenó de su olor. Se mordió el labio, intentando refrenarse, pero al final no pudo resistir y sucumbió al deseo de besarla y sentirla de nuevo. Se inclinó y rozó los labios con los suyos. Gruñó enardecido al impregnarse de su sabor y ahondó un poco más. Sabía que ella podía despertarse de un momento a otro, pero no podía controlarse. Siguió profundizando y ella se removió y murmuró en sueños.

Solos entonces se separó y la miró, tan lleno de fogosidad que sentía una fuerza demoledora recorrerle las venas. Las pestañas femeninas temblaron y aletearon. Los hermosos labios se entreabrieron y el salvaje anhelo que se

había desatado dentro de él, estalló en llamas incendiarias que amenazaron con romperle la cordura. Dio unos pasos atrás y rechinó los dientes, agónico, pero sin confiar en sí mismo retrocedió aún más.

Entonces los ojos de Ivy empezaron a abrirse. Y Hans supo que era el momento de desaparecer antes de que ella lo descubriera allí y supiera que había vuelto. Con un supremo esfuerzo de voluntad se giró, caminó hacia la puerta y cruzó el umbral. Entonces oyó un nuevo murmullo somnoliento de Ivy. Ella pronunció su nombre de una forma que le sacudió las entrañas hasta desgarrarle el alma.

—Hans...

Un escalofrío erizó la piel masculina y se detuvo. Luchó con denuedo contra sí mismo, se agarró al dintel de la puerta y al final se obligó a seguir alejándose, un paso tras otro, como si una desmedida fuerza tirara de él hacia atrás.

Ivy volvió a cerrar los ojos, otra vez vencida por el sueño, y al día siguiente solo tuvo el vago recuerdo de haber soñado con él.

Aunque Hans no pensaba revelarle a su amigo que había visitado a Ivy en el hospital.

—Hans... ¡Por favor!

—¿Estás suplicándome, Leandro? —inquirió, atónito y abrumado ante la fuerza de los sentimientos de su amigo que se desvelaba ante él. En ese momento intuyó que eran casi tan profundos como los suyos propios.

Leandro rechinó los dientes.

—Sí. ¡Sí! ¡Maldita sea! Estoy suplicándote, Hans. Vas a arrancarla de mi lado y el maldito contrato me prohíbe volver a verla así que lo menos que... Lo menos que Ivy merece es que me despida como es debido —arguyó, desesperado. No le importaba suplicar por unos minutos más para poder estar con ella, abrazarla una vez más antes de...

Leandro gruñó, frustrado, en el pasillo del hospital y la enfermera que había en la recepción de planta le chistó con una mirada reprobatoria.

Hans permaneció en silencio al otro lado de la línea durante tanto tiempo que pensó que se había cortado la comunicación.

—¿Hans?

—Leandro, no sabes lo que me estás pidiendo —susurró al final. Sabía, porque lo conocía, lo mucho que le había costado suplicar y eso le daba una idea de «cuánto» necesitaba su amigo más tiempo con Ivy, pero eso

significaba renunciar a verla esa misma noche y sentía que iba a explotar. La necesitaba. ¡Con desesperación!

—Hans, solo será esta noche. Mañana te la entregaré yo mismo. Confía en mí, no pienso traicionarte, es solo que... No puedo, todavía...

—Está bien, llévatela a tu casa. Pero no me la juegues o te aseguro que te arrepentirás —sentenció Hans. Con un esfuerzo acalló sus propios deseos, aunque añadió como advertencia—: Si bien no te garantizo que pueda esperar a mañana, así que aprovecha el tiempo, Leandro.

Leandro oyó un *click* y la línea quedó muda. Hans había colgado y él disponía de la noche para estar con Ivy. El corazón le saltó de gozo en el pecho. Entró de nuevo en la habitación y la encontró ya vestida con la ropa que él le había traído desde la casa mientras ella se recuperaba en el hospital, y con una sonrisa exultante en el rostro.

Avanzó hacia ella, la besó en la nariz y se acercó a la mesa auxiliar para coger el ramo de rosas y el jarrón.

—¿Lista? —preguntó y ella asintió. Enlazó la mano bajo su brazo y juntos se encaminaron a la salida.

Ivy se detuvo junto al mostrador.

—Ivy, ¿ya te marchas? —preguntó Conchi, la enfermera de guardia.

—Sí, quería daros las gracias. Habéis sido todas muy amables.

—Ha sido un placer, cariño. Cuídate mucho, ¿de acuerdo? —pidió ella. Salió al pasillo y dio un gran abrazo a esa chica que había sufrido tanto en manos de un psicópata.

—Adiós, Conchi. Muchas gracias —Se despidió también Leandro.

—Adiós, Leandro. Sea bueno con ella —aconsejó, audaz, la enfermera. Leandro volvió la cabeza, le guiñó un ojo y el corazón de la buena mujer se alegró al saber que ese pedazo de hombre estaría siempre ahí para Ivy. Con un suspiro de maravilla ante la buena pareja que hacían regresó a sus obligaciones.

Al llegar al aparcamiento se subieron al coche de Leandro. La tarde anterior la policía se había puesto en contacto con él para informarlo de que su coche había sido llevado al depósito municipal y debería abonar una multa por abandono en calzada. Al escuchar la voz monótona del policía le contestó con educación que iría en cuanto sus asuntos se lo permitieran. Aunque en el instante de la llamada lo que menos le importaba era su coche: solo tenía pensamientos para Ivy. Y ese mismo día, después de salir de trabajar había ido a recogerlo, previo desembolso de la multa.

Ivy se enroscó en el asiento del copiloto y lo observó conducir, con una mirada somnolienta.

—¿Qué ocurrirá ahora con su empresa? —inquirió, preocupada todavía por los trabajadores.

Leandro frunció el ceño y se volvió hacia ella. Le cogió una mano y se la llevó a los labios para besarla.

—¿No te lo he dicho, gatita? ¿Cómo puede ser? Se me habrá pasado con todo lo demás —declaró, enigmático.

Ivy frunció el ceño.

—¿El qué?

—Ya sabes que Gutiérrez está en la cárcel. —Ivy asintió y él continuó: — Y por ese lado no puede ejecutar el préstamo, si es que todavía existiera, ya que este iría directo por estamento judicial.

Ivy se incorporó en el asiento, desconcertada.

—¿Si es que todavía existiera?

—Sí, gatita. El préstamo ya no existe —informó—. Tengo un nuevo socio que aportó una gran cantidad de capital y gracias a él saldamos todas las deudas. Mi empresa y los trabajadores ya no están en peligro —anunció con una gran sonrisa, sin dejar de besarle la mano.

Ivy agrandó los ojos con alegría. Sonrió ya sin pesar, mucho más tranquila, y volvió a recostarse contra el asiento mientras los kilómetros se sucedían y la música de Nickelback sonaba en los altavoces.

Llegaron a la casa en muy poco tiempo, pues la impaciencia masculina lo había hecho pisar el acelerador. Leandro descendió y dio la vuelta al coche. Abrió la portezuela y antes de que ella pudiera bajar, la cogió en brazos.

—Puedo andar, Amo —aseguró tierna, aunque no se resistió y sonrió encantada, con la cabeza apoyada en su hombro.

—Lo sé, gatita, pero esta noche quiero tenerte muy cerca.

—Ya pasó, Amo. No volveré a fallarle, no volveré a alejarme de usted — afirmó, con rotundidad. Le ahuecó la cara entre las manos con dulzura y lo miró, profunda, a los ojos.

—¿Nunca? —preguntó Leandro con la loca esperanza de que pudiera ser verdad, germinando en su corazón, pero frunció el ceño—. ¿Y Hans?

Ivy agrandó los ojos sorprendida. Por un instante se había olvidado de Hans, su verdadero Dueño y desvió la vista, confusa.

—¿Ivy?

22

Pero Ivy se sentía abrumada. Acababa de comprender que aunque amara a Leandro con locura, todavía pertenecía a Hans y que cuando regresara se iría con él. Incapaz de contestar, permaneció callada con la mirada baja. Leandro depositó sus pies en el suelo, pero sin soltarla.

—¿Qué ocurre, pimpollito? —interrogó con suavidad.

Ella levantó la vista, llena de congoja, y se abrazó a él con un escalofrío de angustia, sin decir nada.

—Ivy, por favor. Dime qué ocurre —pidió, inquieto y le abarcó el rostro con las dos manos para que no pudiera rehuir su mirada.

—Yo... yo... no puedo... —tartamudeó, anonadada. Sabía que el día menos pensado Hans regresaría y la reclamaría. Era lo acordado. Lo había echado mucho de menos, aunque Leandro se había convertido en alguien muy importante para ella. Demasiado. La congoja se adueñó de su corazón al pensar que debería abandonarlo y las lágrimas resbalaron, abundantes, por sus mejillas de una forma que ya no podía controlar desde que había escapado de la casa de Gutiérrez.

No había vuelto a llorar desde la muerte de sus padres y ahora parecía que no podía parar.

—Está bien... Tranquila, está bien. No pasa nada ¿de acuerdo? Cuando quieras decírmelo. Solo cuando quieras. No te presionaré más. Vamos, tranquila, gatita. ¡Chssss! —Leandro la acunó entre los brazos e intentó calmarla, alarmado y confuso ante esa inesperada reacción. Permanecieron un rato abrazados y al fin Ivy se separó mientras sorbía por la nariz.

—Necesito un pañuelo —dijo al fin con voz lastimera.

Leandro bajó la vista y al ver su carita húmeda y ese gracioso puchero se echó a reír, sin poder evitarlo.

—Oh, Ivy. Toma, suénate con este, mocosilla —bromeó al pasarle el suyo.

Ivy lo cogió con las dos manos y se limpió al tiempo que aspiraba con fruición el aroma masculino impregnado en la suavidad de la tela.

Leandro sonrió y contempló su cara con los restos de las lágrimas derramadas, las leves y casi imperceptibles ojeras de cansancio, y le pareció la cara más dulce que había visto nunca, tan inocente y con esa expresión tan cándida.

—Vamos, entremos en la casa. No quiero que te enfríes —advirtió, aunque esta vez la enlazó de la cintura y anduvieron juntos hacia la puerta.

Leandro abrió y encendió las luces de la casa. La acompañó al sofá de la sala y la hizo sentar en el *Chaise Longue*, con las piernas estiradas sobre él. La cubrió con la fina colcha que tenía sobre el sofá para las ocasionales frescas noches de verano y se inclinó sobre ella con una mirada llena de ternura.

Al instante Freddo saltó al sofá. Estaba detrás de la puerta cuando entraron, después de esos tres días casi por completo solo, ya que Leandro solo había acudido para ver si tenía suficiente agua y comida y para cambiar el arenero, y al ver que el humano amigo de su ama la trataba con tanta ternura, se preocupó ya que el hombre solía ser más de gruñidos, sudores y gemidos cuando estaba con ella.

—¡Freddo! —exclamó Ivy—. Ven aquí, mi guapote —pidió con un chasquido de los labios. Él arrugó la nariz al oler los efluvios de hospital y maulló, aún más preocupado, pero ella lo acarició debajo de la barbilla y empezó a ronronear.

—¿Estás bien así? —preguntó Leandro.

—Sí, gracias —asintió, sin dejar de acariciar a Freddo—, pero estoy bien, Amo. No necesito descansar. Puedo preparar...

—No —negó él con rotundidad y una mirada severa—. Tú quietecita ahí, sin moverte, ¿de acuerdo? Es una orden —reclamó al tiempo que se cernía sobre sus labios. Ivy sonrió y asintió; entonces él descendió y la besó, tórrido. Ivy gimió en su boca y jugueteó con su lengua, provocadora. Al cabo de unos segundos Leandro se separó y se alejó unos pasos—. Será mejor que me mantenga lejos de ti, al menos de momento —aseveró con la respiración acelerada.

Ivy suspiró, arrobada por ese beso y lo observó ir y venir por la casa. Se arrellanó en el respaldo, con Freddo en brazos, acurrucada bajo la fina tela con un sentimiento de bienestar al ver a su Amo cuidar de ella. Leandro abrió las persianas para dejar entrar la luz de la tarde y cerró los cristales. Pasó por su lado por detrás del sofá, de camino a la cocina, y la besó en la coronilla. Ivy cerró los ojos y ronroneó de gusto bajo la tierna caricia.

Ya en la cocina Leandro sacó una botella, un reserva *Maciá Batle*: un excelente vino mallorquín, y la abrió para dejar que se airease. Bajó dos elegantes copas del estante y las dejó sobre la encimera. Bordeó la isleta de la cocina y se acercó otra vez al sofá para cogerla en brazos y trasladarla a uno

de los taburetes. Una vez que la acomodó la miró a los ojos y le acarició el rostro con dulzura.

—¿Mejor?

Ivy cabeceó, con una media sonrisa. En el hospital se había bañado y su piel olía a jabón, las fosas nasales de Leandro se abrieron e inspiró con deleite. Suspiró de anhelo, se le enturbió la vista y sintió una tremenda sacudida en el bajo vientre, pero se obligó a ignorarse.

—¿Qué quieres cenar? —preguntó con un guiño.

Ivy meneó la cabeza, perdida la mirada en el rostro de Leandro. La apasionaba su cara, la forma de los pómulos, la barbilla marcada y la fuerte mandíbula. El pelo castaño un poco ondulado, a veces despeinado lo que le daba un aire juvenil de chico incorregible, a veces cuidadosamente colocado. Las cejas gruesas y los ojos... Uff, esos ojos valían todo su mundo.

—¿Ivy?

Regresó de su ensoñación con las mejillas sonrojadas y sonrió, cohibida.

—Eh... Esto... Sí, cenar —balbució cuando por fin recordó lo que él le había preguntado—. Cualquier cosa, Amo. Puedo preparar...

—No —volvió a negar Leandro con una ceja levantada en señal de advertencia—. Te he dicho que nada de moverte, gatita. ¿O acaso quieres que te castigue?

Los ojos de Ivy brillaron y su cara se iluminó esperanzada.

—¡Ni de coña! —exclamó Leandro al ver las ganas que tenía ella de sentir su dominación, de la forma que fuera. Meneó la cabeza y la miró torvo—. Eres una gatita muy mala y voy a castigarte, sí, pero no de esa forma que anhelas. ¿Qué clase de castigo sería ese, eh?

Ivy compuso un mohín y bajó los ojos, fingiendo arrepentimiento. Pero Leandro le levantó la barbilla y la miró, penetrante. Le estaba poniendo a cien ver como se estaba excitando. La expresión femenina cambiaba y el iris azulado brillaba lleno de lascivia.

Leandro sabía que era entonces cuando Ivy daba rienda suelta a su parte más oscura, su parte libre de prejuicios —o esa mal llamada civilización que no había hecho otra cosa que castrar a la mujer de forma figurada, pero igual de efectiva—, libre de falsa moralidad. Era una hembra gozando de su propio sexo y de su macho y se ofrecía, voluntaria y con pleno uso de sus facultades, a él para que la disfrutara como quisiera.

—No me engañas con esa carita inocente —declaró con una sonrisa bailándole en las comisuras de la boca. ¡Al diablo! Él también se moría por

sentirla. Se separó un paso con la respiración acelerada al ver a Ivy separar las piernas, encima del taburete, y revelar a su vista que no llevaba ropa interior. Despacio, tan despacio que no parecía moverse recorrió su cuerpo con los ojos y al cabo de varios minutos en los que disfrutó de verla expuesta y ofrecida, regresó al iris brillante y una nueva sacudida en sus testículos lo hizo gruñir, salvaje.

—Desnúdame, Sapphire —ordenó, ronco.

Ivy se lamió el labio y aleteó las pestañas, anhelante. ¡Oh, sí! Llevaba dos días sin tenerlo dentro y lo necesitaba. Precisaba que él borrara todo rastro de Gutiérrez de su cuerpo, de su ser, para saber que ese degenerado no la había roto, que no la había mancillado hasta el punto en el que ya no pudiera sentir nada más que asco ante la excitación o ante el contacto de otro hombre. El corazón empezó a galopar, atronó su caja torácica con fuerza y se humedeció. Gimió de gozo ante esa contundente respuesta de su propio cuerpo. Se adelantó y apoyó las manos en el musculoso pecho masculino, el inconfundible calor traspasó la tela hacia sus palmas y se estremeció de anhelo. Los dedos empezaron a temblarle por el ansia de tocarle la piel. Los deslizó bajo las solapas de la americana, por el interior, y empujó hacia afuera. Dejó resbalar la tela al tiempo que acariciaba el pecho y los hombros a la vez. Cogió la chaqueta antes de que cayera al suelo y la dobló, primorosa, sobre un taburete a su lado.

Observó arrobada las inhalaciones del torso masculino, cada vez más rápidas y profundas, que tensaban la tela de la camisa y delineaban los bien torneados hombros y el pectoral. Arriesgó una mirada hacia los ojos y se le cortó la respiración. Se olvidó por un instante de lo que iba a hacer a continuación al elevar la vista y descubrir el ardiente deseo que llameaba en el fondo de las pupilas, tan oscuras y vastas como el espacio. Esa mirada intensa la puso en ebullición, el clítoris se le inflamó, y bailoteó sobre el taburete de pura excitación.

Leandro no la había tocado y se notaba lista para él. El alma se le serenó de alivio y alegría. No había cambiado; lo ocurrido hacía dos días no la había quebrado. ¡Era libre!

Era increíble que después de haber sido víctima de los abusos que había padecido, los últimos restos estuvieran desapareciendo de su ser y estuviera dispuesta a darle todo, como siempre había sido. Desde la primera vez que Hans se lo presentó y las mariposas de su abdomen se agitaron como si las hubieran electrizado al sentir su mirada, profunda y cálida, fija sobre ella.

Suspiró, feliz. Sin ese peso que la había asediado desde que salió de casa de Gutiérrez y que no quiso revelar a nadie por aprensión a decirlo en voz alta y que se hiciera realidad. Recorrió otra vez ese rostro adorado y su corazón se hinchó de amor, ya incontenible.

Amaba a ese hombre.

Irremediablemente.

Era viril y magnético. Se había ganado su corazón con la ternura con la que la trataba siempre, su cuerpo con la pasión con la que la asaltaba y que no parecía tener fin, su voluntad con el magistral dominio con el que la sometía y su ser con la gran calidez humana con la que se relacionaba con todos: amigos, trabajadores, desconocidos. Por la forma en la que la trataba a ella, y por la forma en la que respetaba a las mujeres.

No quería renunciar a él. ¿Cómo podría? Pero estaba Hans y le pertenecía. Meneó la cabeza: no quería pensar en eso ahora. Su Dueño se hallaba muy lejos y su tiempo era de Leandro ahora.

—¡Sigue! —demandó este en un susurro imperioso. Los ojos oscuros, más de lo normal, la miraban de una forma tan intensa que las pupilas parecían arder.

Ivy entreabrió los labios, deseosa, al oír esa orden tajante. Las mejillas se le tiñeron de rubor y bajó la vista, sumisa.

—Oh, Ivy, no te imaginas lo que provocas en mí —reveló él con un gruñido. Adelantó la mano, le sujetó la barbilla y le levantó el rostro casi con rudeza, tal era su desatada necesidad. Se abalanzó sobre ella, roto su autocontrol y le invadió la boca. La penetró con la lengua hasta la campanilla, al tiempo que la aplastaba con su cuerpo contra la isleta y la inclinaba hacia atrás. Le buscó el sexo con la mano y acarició su vulva, húmeda y caliente: pura seda incitadora. Gimió con ansia y su miembro protestó, aprisionado en los pantalones. Se separó de su boca, descendió por el cuello, arrebatado, y la mordió con fuerza en la base.

Ivy jadeó, impactada, y abrió más los párpados al sentir los dientes marcar la tierna piel. Estremecida, separó más las piernas para él, apoyó las manos en la encimera de la isla y recibió la poderosa embestida con delirante placer. ¡Oh, sí! Saboreaba con deleite sentir su poder masculino sobre ella.

Leandro estrujó sus caderas con los dedos, se apretó contra ella, contra esa vulva ardiente y gruñó, enervado. Al cabo de unos minutos se apartó de ella y se irguió con la respiración tan acelerada que jadeaba. Ivy ardía contra él, por dentro y por fuera. La miró ardoroso, intenso, tan necesitado de ella

que era un milagro que todavía pudiera contenerse.

—¡Quítame la camisa! —ordenó autoritario.

Los ojos de Ivy relucieron, más claros. Un estremecimiento de expectación la recorrió y se incorporó otra vez, aunque temblorosa. Cogió el primer botón, con los dedos de gelatina. No atinaba a desabrocharlo y exhaló un gemido frustrado. Por fin lo desenganchó y siguió con los demás, cada vez más deprisa. Llegó al final y sacó la prenda de los pantalones con un fuerte tirón. La abrió y contempló la hermosa piel del torso musculado. Suspiró y los ojos le brillaron de delicia. Deslizó la camisa por los brazos masculinos y al ir a doblarla como había hecho con la americana, Leandro se la arrancó de las manos, impetuoso, y la lanzó lejos de sí con desatada impaciencia. Ivy se humedeció el labio y la lujuria recorrió sus venas como lava líquida.

Él se cernió sobre ella, le cogió el vestido por las solapas y tiró de forma brutal. Arrancó todos los botones de cuajo. Le quitó la prenda desgarrada y lo dejó colgando, tras ella, del taburete.

—Preséntate —exigió, entonces, contundente. Retrocedió y se alejó, con un esfuerzo, de su piel. No iba a apresurarse, iba a disfrutar cada precioso segundo de esa noche que había conseguido robarle a los hados.

Ivy, estremecida, obedeció al instante. Se abrió de piernas en su totalidad, como si hiciera un *spagat* lateral, apoyó los pies en los taburetes que había a los lados y las manos y la espalda en la encimera. Entonces bajó la vista, respetuosa.

Leandro la contempló durante unos segundos, fascinado. Luego caminó hacia la isla y se escanció una copa de vino. Volvió frente a ella y se recreó en esa visión mientras aspiraba el excelente buqué y daba un sorbo mientras disfrutaba de sus dos pasiones: de ella y del vino.

Con sumo deleite contempló el cuerpo de Ivy. Era proporcionado, de curvas generosas. La piel tersa, salpicada de pequeños lunares estratégicamente distribuidos cerca de la clavícula, alrededor de los senos y en el abdomen. Le llamaban tan poderosamente la atención que tenía que repararlos cada vez con los labios o las yemas de los dedos, como si temiera que desaparecieran si no les hacía el suficiente caso. Los pechos eran redondos y erguidos como manzanas. De aureola pequeña, pero no demasiado, y pezón sonrosado. Cintura estrecha y abdomen plano, circundado por unas caderas sensuales, terminadas en unos glúteos prietos y respingones. Piernas largas, de músculo firme y trabajado.

Era una hembra sublime, una mujer apasionada, con un ochenta por

ciento de ángel y un veinte de diablo: la combinación perfecta para enloquecer a un hombre.

Lo que le había ocurrido a él.

Se había vuelto loco por ella, había perdido la cordura y el sentido. Se había convertido en un adicto a su piel, a su voz. A sus gemidos de placer o de dolor, sospechosamente similares, a sus caricias y a sus labios dulces como la miel.

Las heridas que sufrió el día que Gutiérrez la tuvo en su poder estaban marcadas a fuego en la epidermis. Tenía zonas todavía coloradas y otras, ya mucho más difuminadas. No le habían dejado marcas de sangre y el enrojecimiento más superficial desapareció al día siguiente. Al menos Ivy no tendría que verse sobre la piel unas marcas, indeseadas y rechazadas, que le recordaran esos momentos.

Al ver los muslos marcados, muy cerca de la entrepierna, Leandro apretó las mandíbulas, rabioso. Eso nunca debería haber ocurrido. Jamás se le pasó por la mente que ella pudiera adivinar lo que Gutiérrez requería de él y mucho menos que se adentrara en la boca del lobo. Pero no la culpaba de nada, la responsabilidad era suya ya que ella solo quería, en su generosidad, solventar los problemas de su empresa.

Con un esfuerzo apartó esos pensamientos. Solo le impedían centrarse en Ivy y ya no tenían remedio.

Ivy temblaba frente a él, estremecida de excitación, sobre el asiento. Esa espera la volvía loca. Le encantaba estar así, expuesta y contemplada, pero al final, la expectación se volvía insoportable porque anhelaba, desesperada, lo que venía a continuación.

Las manos de él sobre ella. Su sexo asaltado y sus sentidos explotados. Pero Leandro la hacía esperar y la torturaba de esa forma hasta hacerla suplicar.

Ella percibía los movimientos que él hacía al desplazar el aire a su alrededor y sentía la ansiedad derramarse por sus venas como un ácido que drenara su resistencia. La piel se le erizaba, según donde creyera que estaba él y el anhelo por sentir el contacto de sus dedos: calmantes o conquistadores, crecía a cada segundo.

Leandro disfrutaba de forma desmedida al poder contemplarla así. Ver como se excitaba por momentos, ver cómo se humedecía cada vez más. La respiración se volvía errática y los pezones se eyectaban hacia él, como si lo llamaran y le suplicaran. Se acercó un paso hacia ella y se detuvo.

Ivy podía sentir su aliento, pero él no la tocó y no pudo evitar exhalar un gemido, reprimido enseguida. No podía hablar, ni moverse, ni hacer nada hasta que él no se lo ordenara. Con la mirada baja solo podía verle las piernas y se moría de ganas de liberar ese formidable bulto en sus pantalones.

—¿La quieres? —preguntó él al tiempo que meneaba las caderas ante ella de forma escandalosa.

—¡Mmmm! Sí, oh... ¡Sí! —contestó, ansiosa.

—No, gatita. Todavía no... Esa no era la respuesta —se carcajeó Leandro, villano.

Ivy se estremeció y gimió, en espera del castigo.

—Levántate y ven aquí —requirió al tiempo que retrocedía dos pasos. Ivy se levantó y avanzó hacia él, voluptuosa—. Ahora cierra los ojos —ordenó al percibir el excitadísimo estado de ansiedad que la enervaba. La quería receptiva, pero tenía que calmarla. Estaba demasiado acelerada.

—Oh, Amo... —suplicó, pero enseguida se rehízo y cerró los ojos—. Sí, Amo.

Y esperó.

Con toda su atención puesta en escuchar, Ivy percibió los movimientos de él alejándose de ella. Luego oyó leves susurros, como de papel. Luego crujidos y por fin, muy tenue, un sonido metálico. Intrigada se preguntó qué estaría preparando la perversa mente de Leandro. Oyó los pasos masculinos regresar hacia ella y entonces lo sintió alrededor de su cuello, cerrándose.

Un collar.

«¡Oh, Dios bendito!» pensó maravillada al tiempo que un nudo de emoción le subía por el esófago y amenazaba con ahogarla.

Leandro le estaba imponiendo su collar: una joya que se daba a la sumisa y que esta debía llevar siempre, como signo de sumisión y entrega hacia su Amo. Sonrió, sin poder creérselo. Siempre había ambicionado llevarlo, pero pensó que no lo obtendría porque él nunca había otorgado ese símbolo a nadie, debido a que la imposición de un collar por parte de un Dominante sobre su sumisa era algo muy representativo e importantísimo. El consenso que se establecía, al principio de la relación, cobraba una nueva dimensión más madurada ya que el vínculo establecido alcanzaba un estatus mucho más íntimo, más intenso y entregado.

Leandro cerró el cierre de plata e inspiró hondo, tras ella. La estaba reclamando para sí al imponerle su collar, aunque sabía que estaba traspasando los propios límites. Le había dado su palabra a Hans y ahora la rompía. La traición que estaba cometiendo lo anegó, pero se negó a dejarse vencer por los remordimientos.

Ivy sentía el tacto metálico sobre la piel, pero no podía verlo y su natural coquetería femenina se disparó de curiosidad por ver cómo le sentaba, pero permaneció quieta al notar las manos de Leandro ajustándolo al cuello. No era muy grueso, apenas pesaba de lo ligero que era. Pero lo que sintió en su interior cuando él se alejó de ella para contemplarla, no tenía nada de ligero. Contundente. Fulminante. Un sentimiento de absoluta pertenencia la invadió. ¿Cómo era posible? Solo había sentido eso una vez y fue con Hans. Y ahora lo sentía también con Leandro. Ambos sentimientos cohabitaban en su interior.

Poderosos.

Inquebrantables.

—Mírame —exigió Leandro, con un nudo en la garganta. Ivy se giró

hacia él, levantó la cabeza y lo miró, y ese iris azulado lleno de amor, pletórico de entrega, borraron el mundo exterior de su consciencia. Olvidó a Hans. Olvidó su honor. Olvidó que la vida los alcanzaría al amanecer.

Solo existió ella.

Impetuoso, incapaz de resistirse a esa hembra, volvió a lanzarse sobre sus labios y se llenó de su aliento al besarla y envolverla entre los brazos. La estrujó contra sí con tanta fuerza que les crujieron las costillas y las pieles desnudas se abrazaron con fervor.

Se incorporó sin dejar de besarla, la cogió de los glúteos e Ivy envolvió sus caderas con las piernas. Entonces caminó con ella en brazos hacia la mesa, la sentó encima y siguió apretándola contra el torso, mientras recorría su cuerpo con las manos y saboreaba su piel. La inclinó hacia atrás y la tumbó sobre la superficie acristalada sin dejar de besarla. Invadía su boca con ansia y la sujetaba de la nuca, mientras se frotaba contra la abrasadora entrepierna.

De la garganta femenina salían sonidos inarticulados, apenas consciente de que los emitía.

Leandro abandonó su boca, jadeante. La mirada oscura estaba encendida, como si tuviera una forja con metal fundido en el fondo. Recorrió el cuello con los labios y tropezó con el collar. Descubrió las marcas que le había dejado antes al morderla, las besó con devoción, siguió descendiendo y se apoderó de los senos con las manos. Los envolvió y los apretó, abarcándolos. Entonces se inclinó con arrobo, le capturó un pezón con los dientes y lo mordió, cada vez con más fuerza.

Ivy se arqueó bajo él y gritó, sensual. El dolor era tan erótico que casi se derritió bajo el estallido.

Leandro se desplazó al otro y le dio el mismo tratamiento. Recorrió su torso con las manos hasta llegar a las caderas, la volvió a coger de los glúteos y apretó de forma brutal. Entonces, llevado del abrasador calor que lo estaba poseyendo, desplazó las manos, la agarró de los muslos y le levantó las piernas por encima de la cabeza, hacia atrás. Ivy quedó doblada encima de la mesa, con el sexo expuesto a pocos centímetros de la cara masculina.

Ella, sobrecogida, levantó el rostro y al ver la expresión de absoluto disfrute de su Amo lanzó un largo gemido, estiró los brazos también hacia atrás y se ofreció por completo a él. Cerró los ojos, se chupó el labio con gusto y emitió unos ruiditos de succión que enervaron a Leandro.

Sin dejar de mirarla le abrió los labios genitales con los dedos. Estaba

tremendamente mojada e hinchada, enrojecida, y empezó a palpar cuando él la lamió, goloso.

—¡Qué bien sabes! —exclamó y sorbió, cautivado.

El cuerpo femenino entró en ebullición, el clítoris latió y el riego sanguíneo se concentró en ese punto con una dolorosa y creciente expectación. Agitada por los continuos asaltos de esa lengua pecaminosa sobre ella, se contorneaba sobre la mesa a medida que él elevaba su excitación a una velocidad fulminante y le provocaba vértigo.

Perdió la noción de cuanto la rodeaba. Solo podía sentir su tacto, la penetrante lengua caliente y los expertos dedos jugando con el clítoris erecto. Se tensó a punto de explorar y en ese inesperado momento Leandro se detuvo, inmisericorde. Se separó de ella, con la mirada turbia y el rostro húmedo de sus fluidos. Le bajó las piernas, las dejó caer y quedaron colgando sin llegar al suelo.

¡No!

Ivy se sacudió sobre la mesa, desesperada, y lo buscó con las caderas. ¡Quería ese clímax, lo necesitaba!

—¡Amo, por favor! ¡Amo! —suplicó, ardiente.

—No, gatita. Aún no. —La voz de Leandro, ronca, la estremeció con su sensualidad al enviarle oleadas de calor por todo el cuerpo e incendió el bosque de sus terminaciones cuando le negó lo que tanto ansiaba.

—Amo... Amo... —repitió, temblorosa. El deseo y la excitación corrían como torrentes de ardor por toda su piel, temblaba de anhelo y se agarraba al borde de la mesa, desesperada, mientras el sudor resbalaba por su cuerpo, sin dejar de rogar de forma ahogada.

Leandro se alejó unos pasos con la respiración agitada y se desabrochó los pantalones, despacio. Sin apresurarse ralentizó los movimientos.

Ivy gemía, torturada por esa atormentadora lentitud. Necesitaba con urgencia tenerlo dentro, sentir la fuerza de las embestidas, su grosor al llenarla.

Los pantalones cayeron y el tieso miembro quedó libre, pulsante, surcado por hinchadas venas azuladas. Leandro la miró durante unos segundos: intenso, ardiente. Se acercó de nuevo y la cogió otra vez de las piernas. La abrió en pirámide, horizontal sobre la mesa.

Ivy protestó en un primer momento pero, pronto, el músculo se acostumbró.

Leandro le acarició las piernas por el interior del muslo, subió más por el

abdomen hasta llegar a los senos, le abarcó las areolas y le pellizcó los pezones arrugados y duros con suavidad, sin dejar de mirarla, profundo, a los ojos.

Ivy jadeaba, su piel estaba húmeda y caliente y las pupilas dilatadas suplicaban con desesperación, fijas en las de él.

Leandro se mordió el labio al notar la pasión llamear en su interior con tanta fuerza que se sentía a punto de empezar a arder. Su entrega lo llenaba de tal forma que apenas podía abarcarla. Se posicionó ante la candente entrada y la penetró con una súbita embestida que la desplazó sobre la mesa, pero él tiró de sus pezones y volvió a empalarla con fuerza. Ivy se arqueó hacia atrás al tiempo que él se hundía y salía de ella para volver a llenarla de inmediato, mientras sus gemidos y gritos atronaban la estancia. Entonces, la soltó.

—Mírame, Sapphire —ordenó con un gruñido, enervado. Sentía tanto placer que perdía la noción de la realidad y el control de su propio cuerpo con rapidez.

Ivy, sin fuerzas y con el cuerpo a punto de explotar, levantó la cabeza y lo miró con los ojos vidriosos. Jadeaba y el pecho se le expandía con las profundas inhalaciones.

Leandro le pasó las palmas de las manos sobre la cima de los pechos, suave, en una dulce caricia y los hiper sensibilizados pezones se contrajeron. La electrizaron con una fuerza descomunal y enviaron una tórrida descarga directa al clítoris. La oleada la traspasó y estalló de placer, de delirio, en un clímax brutal y salvaje. Se sacudió en espasmos infinitos y al cabo de una eternidad se derrumbó, desmadejada, mientras temblaba de forma incontrolable sobre la mesa.

Al fin, al cabo de eones incontables de tiempo, abrió los ojos y volvieron las formas, los colores. La cara de Leandro ocupó su campo visual. Estaba concentrado y la devoraba con los ojos, clavados en ella con intensidad. Poco a poco fue recuperando el aliento, pero su corazón seguía resonando, frenético.

Él permanecía estático, enterrado profundo dentro de ella, y cuando el cuerpo femenino dejó de sacudirse agarró los muslos, los levantó y apoyó las pantorrillas sobre sus propios hombros. Luego la sujetó de las muñecas.

—Ha sido el mejor orgasmo que me has dado nunca, gatita. Me la apretabas tanto dentro de ti que por poco me la partes, casi haces que me pierda. Nunca había disfrutado tanto. ¡Eres increíble! —Inclinado la miraba mientras hablaba, pero entonces se incorporó y salió de ella, con un

movimiento de las caderas.

Ivy protestó, asustada, pero se quedó sin aire cuando él la penetró de nuevo, con ferocidad, y tiró de sus brazos hacia sí. Entró por completo y cerró los ojos cuando su potencia la llenó y la abrumó. Cuando se sintió tan plena, que ya solo podía sentirlo a él. Su piel, su tacto, su olor, su calor. Abrasador. Tan dentro de sí como si fuera parte de ella, o ella una extensión de él. La realidad desapareció, el mundo... La luz...La oscuridad...

Solo permaneció él.

Leandro gruñó mientras seguía empujando y la colmaba en cada embate. Las venas del cuello se le hincharon al tiempo que gemía, delirante. Se inclinó sobre el rostro de Ivy, la cogió de los hombros y empujó más y más, como si quisiera perderse dentro de ella al tiempo que la miraba. El ritmo aumentó, bárbaro, y al poco rato ambos se perdieron en la bruma de un orgasmo compartido.

Como si hubiera retrocedido en el tiempo y fuera el primer hombre en follarse a una mujer, Leandro se derramaba incontenible, en una polución vertiginosa.

Ivy lo acunó entre los brazos cuando por fin se derrumbó, exhausto y saciado. Ella misma todavía se agitaba, temblorosa por el placer que recorría su cuerpo. El corazón masculino bombeaba al límite contra su propia caja torácica. Él estaba sin aliento y ella le acarició la espalda y los hombros, confortadora. Contempló la cara, viril y hermosa, cerca de la suya, apoyada sobre su hombro con los ojos cerrados mientras recuperaba el resuello y las palabras brotaron, directas, de su corazón sin que sospechara que iba a hacerlo.

—Te amo, Leandro —confesó.

Asombrada, cerró la boca de golpe, abrumada. Y luego se la tapó con la mano, asustada, como si quisiera evitar que se volviera a repetir la confesión. Contuvo la respiración a la espera de la reacción masculina. Leandro no se movía y esperanzada creyó que no la habría escuchado, pero cuando él levantó la cabeza y la miró a los ojos, Ivy supo al instante lo bien que había escuchado y entendido cada palabra. La mirada oscura, intensa, turbada, vulnerable, le mostraba el alma desnuda, sin artificios sociales o roles bedesemeros.

Se le inundaron los ojos de lágrimas cuando vio cómo el amor desbordaba los ojos de Leandro y la expresión le cambiaba. Su cara y su sonrisa se iluminaron como si de repente se concentrara toda la luz de las

estrellas en su rostro y se incorporó sobre ella, la felicidad burbujeante en sus pupilas.

Las lágrimas afloraron de nuevo a los ojos femeninos y él, al verla llorar, se conmovió.

—No, no llores. ¡Cariño! —Leandro le acarició el rostro y le retiró las lágrimas que caían, incontenibles, con inmensa ternura.

Pero ella lloraba, desconsolada. ¡No! ¿Por qué había tenido que decirlo? No tenía derecho a darle esperanzas. Hacerle creer que podría quedarse con él.

—¡Ivy! Gatita, no llores... ¡Si yo también te amo! ¡Te amo con locura! No llores, que me vas a hacer llorar a mí también y eso rompería mi estatus —rió su propia broma, mientras no dejaba de besarla: en las mejillas, en los ojos, en la frente—. Cariño, cariño mío.

Angustiada, gimió cuando lo oyó confesar que él también la amaba. Su corazón se resquebrajó y sintió la injusticia de la situación como un golpe físico. Se abrazó a él con fuerza, mientras se estremecía en hondos sollozos.

Leandro la envolvió entre los brazos, aturdido por el llanto; la apretó contra sí y se incorporó, preocupado por su reacción.

—Ivy, por favor, tranquilízate. Chssss, no llores —pidió, desconcertado, al tiempo que hundía el rostro en su cuello. Empezó a mecerla, como si fuera una niña y la besó en la clavícula en un intento de confortarla—. Ivy, gatita, chssss...

Pero ella no se calmaba, seguía llorando sin consuelo, agarrada con desesperación a sus hombros hasta que, poco a poco, muy lentamente los sollozos remitieron. Ivy, agotada y sin fuerzas se quedó quieta, abrazada a él. Leandro la siguió meciendo y poco a poco el cuerpo femenino se abandonó en sus brazos. Extenuada, se había quedado dormida. Abrumada por tantas emociones, su cuerpo había rebasado el límite y buscado el descanso que necesitaba.

Leandro la contempló, muy turbado por esa incomprensible reacción. No entendía lo que había sucedido. Ella se le había declarado para, enseguida, echarse a llorar. Y cuando él también le confesó su amor, los sollozos habían aumentado en vez de cesar. No entendía nada. El que se amaran el uno al otro lo cambiaba todo. Hans debería comprenderlo y dejarla marchar. Meneó la cabeza y pensó: «Las mujeres nunca dejarán de sorprenderme».

La cogió en brazos y la acunó contra su torso, con ternura. Se encaminó a las escaleras y subió hacia su habitación, con ella en brazos. Con el hombro

abrió la puerta del dormitorio y entró de lado, procurando no tropezar con nada. La depositó en la cama y la cubrió con la sábana. Ivy se acurrucó, en sueños, y colocó la mano bajo la almohada. Freddo los había seguido y ahora se enroscó junto a ella, satisfecho por fin de que ese humano ya hubiera terminado de hacerle todas esas cosas que la hacían gemir con esa voz que le hacía estirar las orejas hacia atrás.

Leandro veló el sueño femenino durante unos minutos, mientras la contemplaba absorto. La felicidad —un tanto empañada por esas lágrimas enigmáticas—, le inundaba el espíritu.

¡Ella lo amaba! Era suya por derecho. Ya no habría nada que pudiera separarlos. Pensó en acostarse junto a ella, pero estaba demasiado inquieto. Tenía que pensar y calmarse. Depositó un tierno y sentido beso en el hombro descubierto, y salió de la habitación sin cerrar la puerta. Bajó los peldaños, desnudo. Cogió los pantalones del suelo donde los había dejado y se los puso. De pie en medio de la sala bebió otra copa de vino, mientras sus ojos recorrían la mesa de cristal y recordaba segundo a segundo lo ocurrido sobre esa mesa.

Estaba impresionado por la capacidad de recuperación de Ivy. Aunque habían pasado dos días desde esa jornada terrible, donde había sangrado, la habían mordido, azotado y excitado su cuerpo a contra voluntad más allá de lo que nadie hubiera soportado, se había recuperado por completo. Y se había entregado a él, sin la menor mella.

Recogió las ropas que había esparcidas por el salón y las colocó en una silla, al lado de la escalera, para subirlas cuando regresara junto a Ivy. La dejaría descansar unas horas, bien se lo merecía. Entonces abrió la puerta corredera de la terraza y salió, descalzo, con la copa de vino. Inspiró una honda bocanada del refrescante aire nocturno con un intenso y embriagador aroma a jazmín. Con las luces apagadas del jardín anduvo un rato con lentitud, por el césped fresco. Al final se aproximó a las tumbonas de ratán, cerca del río artificial donde se oía caer el agua de la cascada, y se tumbó en una para poder contemplar las estrellas mientras oía el arrullo del agua

Oír correr el agua por la noche era muy relajante para él y siempre le gustó, en verano, salir y pasarse fuera gran parte de la noche. Escuchaba el cantar de los grillos, contemplaba las estrellas y disfrutaba las noches de luna llena.

El tiempo transcurrió tranquilo, en paz, mientras pensaba en todas las noches que había estado con ella. En cómo la conoció, cuando Hans se la

presentó y cómo la deseó con intensidad desde el mismo instante en que posó sus ojos sobre ella. Miró hacia la casa, a la ventana de Ivy. A pesar de lo cómodo y a gusto que estaba se levantó, como atraído por un imán, y se encaminó hacia la escalera. La había dejado dormir unas cuatro horas y ahora descubriría que ya no podía aguantar más. Necesitaba tenerla otra vez.

Al pie de la escalera se detuvo y miró hacia arriba, indeciso. Sabía que estaba agotada y se debatía entre el deseo que sentía de volver a tocar su piel y la preocupación que le ocasionaba el que ella pudiera tener secuelas de lo ocurrido, aunque reconoció, sintiéndose culpable, que cuando la poseyó sobre la mesa no se había parado ni a considerarlo. Ivy no se había quejado ni había dado muestras de malestar en ningún momento. Subió un escalón.

¡La deseaba! ¡Ahora!

Por la mañana vendría Hans y era capaz de llevársela, a pesar de todo. Subió otro escalón en lucha consigo mismo. Por un lado el potente deseo, por el otro, la abrumadora preocupación. Agarraba con fuerza la barandilla al tiempo que se debatía, internamente.

24

En ese momento el inesperado sonido del timbre atronó el silencio de la casa y lo hizo dar un respingo. Se giró con el ceño fruncido hacia la puerta. ¿Quién demonios podía ser el inoportuno e indeseado visitante a esas intempestivas horas de la noche? Bajó y se dirigió con rapidez hacia la puerta antes de que, a quién fuera, se le ocurriera volver a pulsar el botón de llamada. Abrió la puerta tal cual estaba, descalzo y sin camisa, y se quedó de piedra al ver a Hans frente a él.

—¡Hans! —exclamó, atónito—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a llevármela —declaró, determinado—. He estado demasiado tiempo sin ella. Sé que te dije hasta mañana, pero no puedo esperar. Necesito... —Hans se interrumpió antes de desnudar el alma frente a su competidor.

Leandro pensó que se le venía el mundo encima al oír las palabras de su amigo. ¡No! No quería... ¡No podía perderla!

—Pero Hans, ella no... —protestó, atormentado. Pensó a toda velocidad, desesperado e intentó encontrar una excusa factible para alejar a su amigo, al menos hasta la mañana siguiente, cuando hubiera podido hablar con Ivy. La visualizó rendida, tumbada y dormida en la cama. ¡Eso era! —Ahora duerme, no te la puedes llevar. Ha pasado por una experiencia infernal, necesita descansar.

Hans lo miró con una expresión torva. Apretó las mandíbulas y pensó que tal vez era otra triquiñuela de Leandro para pasar más tiempo con ella. Pero, de repente, sonrió.

—Está bien, entonces me quedo. Esperaré a que se despierte. —Se giró hacia el exterior e hizo señas, entonces Leandro vio que había un coche blanco afuera y cuando Hans le hizo señas, el coche se puso en marcha y se alejó por la avenida de entrada al chalet.

Avanzó, apartó el brazo que Leandro todavía mantenía alargado, apoyado en el dintel y que abarcaba el umbral como una barrera, y entró en la casa. Se quitó la chaqueta y la colgó en el armario del recibidor con desenvoltura, como si estuviera en su propia casa.

—Y bien, amigo mío. ¿No me vas a ofrecer algo de beber? —inquirió con tranquilidad al tiempo que se adentraba en la sala.

Leandro se giró a mirarlo, todavía en la puerta, con una irreprimible contrariedad reflejada en el rostro.

—Por supuesto, Hans —contestó sarcástico. Cerró la puerta y avanzó hacia la cocina—. ¿No quieres, también, que te ofrezca la fusta para acabar de fastidiarme?

Hans se carcajeó ante el disgustado sarcasmo de su amigo, mientras se aproximaba a la isla. Se sentó en uno de los taburetes con las piernas abiertas y se apoyó con los codos en la encimera con comodidad.

—¡Oh, vamos, Leandro! No seas así. Piensa en este pobre anciano, en lo necesitado que está desde que dejó a su muñequita en tus manos.

—Sí, claro —bufó Leandro, irónico—. ¡Cómo si hubieras permanecido célibe! Si te conoceré yo, viejo zorro, y de anciano nada. Ya no me enredarás con eso, que tú tienes menos de anciano que yo de santo. —Leandro cogió una copa de la alacena superior, le escanció vino y alzó la suya.

Entrechocaron los cristales y bebieron, en recuerdo de los viejos tiempos.

—Amigo mío, creo que estamos en un brete y ninguno de los dos quiere aflojar —declaró, más serio, Hans—. Deberíamos poder llegar a un entendimiento. Por Ivy y por nosotros, por nuestra amistad.

Leandro asintió y tragó con fuerza, abrumado por lo que se les venía encima. Ivy había dicho que lo amaba y él no estaba dispuesto a renunciar a ella, ya no. Al mismo tiempo Hans parecía preparado para todo con tal de recuperarla.

Bebieron en silencio al mismo tiempo que se lanzaban furtivas miradas, como si quisieran adivinar lo que pensaba el otro antes de dar el siguiente paso.

—Escucha, Hans, yo...

Leandro habló primero, pero Hans levantó la mano, interrumpiéndolo y sonrió.

—No, Leandro. Escúchame antes a mí, aunque solo sea por respeto a tus mayores.

Leandro abrió la boca para protestar, pero la volvió a cerrar y fijó la vista en la copa con una tosca expresión de testarudez.

Hans suspiró, no pensaba ceder, pero tampoco quería lastimar a un hombre tan noble como Leandro.

—Sé lo qué piensas, amigo mío. Leo en ti como si fueras un libro abierto y te digo que sé cómo te sientes. La amas. —Leandro levantó la vista y la

clavó en Hans, con dureza. —No es tan difícil de adivinar lo que ocurre en tu corazón, Leandro, pues yo lo siento en el mío. Tienes miedo de perderla, de no poder volver a estar con ella, de verla correr a mis brazos y que la indiferencia ocupe el lugar que antes lucía con su entrega. Y sí, tienes razón, no he estado ocioso. He conocido mujeres alucinantes, exóticas y hermosas hasta dejarme sin aliento, pero... Ninguna me llegó como Ivy. Nunca encontré en nadie lo que hallo en esos ojos del color de los zafiros cuando me llama Amo.

Hans se quedó callado, bajó la vista hacia la copa y luego bebió un largo trago, caviloso. Al cabo de unos segundos volvió a levantar la mirada y la clavó en Leandro.

—Ivy me llena, amigo mío. Se me metió bajo la piel mientras crecía y se hacía mujer. Me sedujo cuando cumplió los veinte años —confesó con un brillo de ternura, y de algo mucho más profundo en el fondo de las pupilas. Asintió al ver la expresión de asombro de Leandro—. Sí, no te sorprendas. Fue ella la que me sedujo aquella noche. Avanzó hacia mí al mismo tiempo que se despojaba de su ropa, deliciosamente ruborizada con ese cuerpo hecho para el pecado. No pude resistirme. Me atraía tanto que me asustaba. Me aterraba en realidad. ¡Es tan joven! —exclamó, admirado—. Quise alejarme para descubrir si era un simple arrebato, si solo era su vibrante juventud lo que me tenía tan loco. He permanecido lejos estos años para averiguarlo. Sí, también necesitaba reunir las pruebas en contra de Gutiérrez —admitió—, pero eso era solo la excusa para alejarme sin que su cabecita sospechara las verdaderas razones. Y lo que he averiguado ha sido que no puedo prescindir de ella: me tiene en sus manos. Sí, el Dominante soy yo, pero la que tiene el poder es Ivy. Ella es la que me acepta y se me entrega o la que me rechaza y me niega su piel. —Hans calló y volvió a beber para apurar su copa. Sonrió con tristeza a Leandro, que lo miraba estupefacto. —Por eso he venido ahora, no puedo ni pensar en estar sin ella un minuto más. Y al ver tu expresión cuando te preguntaba por Ivy, pues qué quieres: eres joven, atractivo, encantador y salvaje, justo el tipo de hombre que podría...

Hans se interrumpió, de forma abrupta, en ese momento y la expresión le cambió. Pasó de la preocupación a la alerta máxima, como si hubiera oído u oído algo y sus sentidos se hubieran agudizado. Los ojos color cobalto se oscurecieron hasta parecer negros y los labios se entreabrieron. Las aletas de su nariz se dilataron y aspiró con fruición. Entonces sonrió con una expresión tan exaltada que la sangre en las venas de Leandro corrió mucho más deprisa.

Hans se había convertido en un depredador que estaba olfateando a su presa. Dejó la copa, se giró y se levantó del taburete. Avanzó unos pasos y se detuvo, con la vista dirigida hacia la escalera.

Esta quedaba fuera de la visión de Leandro por un tabique de separación, pero no le hizo falta verla para adivinar que Ivy estaba ahí, y comprendió que Hans se había dado cuenta de que los estaba escuchando.

Ivy había despertado en el dormitorio, hacía escasos minutos, con el corazón a cien debido a una pesadilla que había tenido con Gutiérrez. Se incorporó en la cama con la mano en el pecho, alterada. Entonces reconoció el entorno y suspiró, aliviada. Estaba a salvo en la casa de Leandro, ya nunca más tendría que soportar el contacto nauseabundo de ese pervertido.

Oyó voces, abajo, y prestó atención. Unos hombres estaban hablando en la planta baja, uno era Leandro y el otro...

¡Hans! ¡Era la voz de Hans!

Sin poderlo evitar su cuerpo reaccionó: la recorrió un escalofrío de expectación y el corazón volvió a acelerarse, esta vez por muy diferentes motivos. Hans había vuelto y su voz, grave y ronca, sonaba como siempre: tan dulce en sus oídos. Se levantó de la cama y abrió los sentidos para sentirlo más. ¡Cómo lo había echado de menos!

Sí, amaba a Leandro, pero Hans...

¡Era su Amo y había vuelto!

En esos dos años de separación llegó a pensar que tal vez hubiera renunciado a ella. No entendió muy bien por qué tuvo que irse y su marcha la dejó intrigada. Pero ahora estaba aquí, había vuelto. Se detuvo en lo alto de la escalera y escuchó en la semipenumbra. Hans le estaba contando a Leandro como ella lo había seducido el día de su vigésimo cumpleaños. La mente femenina retrocedió en el tiempo y se vio, otra vez, en la villa del *Lago di Como*, en agosto de 2015.

Al fin regresó de su ensoñación, en lo alto de las escaleras, y sonrió con ese extraordinario e íntimo recuerdo. Fue la gloriosa primera vez que estuvo con Hans y ya entonces supo que nunca nada sería igual, pues había conocido al Hombre y su cuerpo de hembra le pertenecía. Descendió los escalones en silencio y se detuvo en el rellano al oír el súbito silencio. Las voces habían callado y esperó con el corazón en un puño. Entonces Hans avanzó y entró en su campo de visión. La intensa mirada color cobalto, oscurecida y penetrante,

se detuvo sobre ella como si hubiera entrado en el ojo de un huracán. La respiración de Ivy huyó de sus pulmones al saber que era imposible escapar de esa mirada.

Leandro, a pocos pasos de ellos dio la vuelta a isleta y la vio, esplendorosa, desnuda, solo vestida con el collar que él le había puesto hacía solo unas horas. Miraba a Hans arrobada, sorprendida y extasiada. Palideció, arredrado ante la visión de ella. Estaba magnífica, pero no era eso lo que llamaba su atención, o al menos, no toda su atención. Lo que lo dejaba aturdido era la mirada de esa hembra a su macho. Era demasiado íntima, demasiado excluyente. Se sentía fuera, despojado, y unos celos violentos y virulentos lo traspasaron, contaminando su sangre. El impulso de avanzar e interponerse entre ellos, coger a Ivy y apartarla de Hans casi lo hizo enloquecer, pero no pudo sino quedarse quieto en el sitio mientras los contemplaba.

A pesar de todo no tenía derecho a nada, y aunque lo tuviera sabía que jamás le arrebataría a Ivy la voluntad de decidir.

La expresión femenina era de autentica adoración, los ojos brillantes se posaban en Hans con deleite.

—Ven —exigió Hans de forma suave, pero con la voz tan cargada de autoridad que incluso Leandro sintió el impulso de obedecer, tan contundente era.

Ivy no dudó, avanzó de inmediato ante la orden de su verdadero Amo. Llegó junto a él y se detuvo, con la cabeza inclinada hacia el suelo.

—Mírame —pidió Hans, sin moverse. Tenerla ante él le estaba robando el sentido y contenía el deseo que le nublaban el juicio hasta hacerle perder el mundo de vista.

Ivy levantó la mirada y posó los ojos sobre su Amo, con una sonrisa trémula en los labios entreabiertos.

—¡Dios bendito, Ivy! —Hans no pudo seguir conteniéndose y levantó las manos para pasarlas por detrás de la nuca femenina. Le quitó el collar y lo lanzó sobre la encimera, con una elocuente mirada hacia Leandro, luego volvió a mirarla, se inclinó despacio sobre ella y al fin le capturó los labios con delicadeza. El corazón se le sacudió en el pecho lleno de felicidad, y toda la añoranza, toda la preocupación, todo el miedo se diluyó en ese contacto: había llegado a casa. Su ser se colmó y la serenidad recorrió sus venas. La degustó con calma, mientras la alegría del reencuentro borraba todo rastro del temor a perderla que lo había asediado esos días. Pero hacía mucho tiempo

que estaba sin ella y la pasión que sentía se incendió con rapidez. Impetuoso, le inclinó la cabeza hacia atrás para poder besarla con arrebatado ardor y profundizó el beso, anhelante. Abandonó su nuca y recorrió su cuerpo hacia abajo, sin dejar de besarla y devorar su aliento. La abrazó y la elevó contra él, posesivo. Se apropió del cuerpo femenino como si nunca más fuera a soltarla. La besó durante un tiempo que a Leandro se le hizo insoportable y al fin se separó; los dos jadeantes.

—¡Ivy! ¡Muñequita!

—Amo... —susurró, sobrecogida. Sentirlo contra ella, tan ardiente como siempre, la dejaba alterada y paralizada. Le seguía sintiendo con fuerza demoledora en su ser, a pesar del amor que llenaba su corazón por Leandro.

Hans, ajeno a los pensamientos femeninos, la cogió en brazos y se sentó en el sofá sin dejar de sujetarla contra sí.

Un frío mordedor envolvió a Leandro cuando Hans se apropió de ella. Los contempló, abrazados en el sofá, durante un largo instante y no pudo seguir soportándolo. Comprendió que Ivy iba a marcharse con Hans, que lo dejaría con el corazón sangrante y el alma en carne viva, y se dio la vuelta para salir al jardín, tambaleante, roto por dentro.

El aire frío de la madrugada le erizó la piel del torso desnudo, pero él ni se dio cuenta. Sabía que había perdido. Ivy no le perteneció desde el primer momento y aun así permitió que su corazón se enamorara. La loca esperanza de su ser le había nublado la razón durante un tiempo; se permitió soñar con tenerla para siempre y le compró un collar, en el que grabó el apodo que ella utilizaba en el mundo BDSM, unido al suyo: «Sapphire de Leónidas».

El dolor le impedía respirar, se sentó o, más bien, se derrumbó sobre una de las tumbonas y cerró los ojos al mundo.

En el interior de la casa Hans acariciaba el cabello de Ivy, recostada contra él y con el rostro escondido en su pecho. Ladeó la cabeza y observó a Leandro a través de la cristalera. Sabía lo mucho que estaba sufriendo y su corazón se dolía por él.

Se volvió de nuevo, se movió un poco para acomodarse mejor, y siguió contemplando a Ivy, conmovido. ¡La había echado tanto de menos! Pero ahora volvía a estar con él, en sus brazos. De donde nunca tuvo que haberla alejado. Leandro era joven, encontraría a otra. Se repondría.

—Has vuelto...

La voz de Ivy lo sorprendió con su dulzura. Ella movió la cabeza hacia atrás sobre el antebrazo que él tenía tras su nuca y esbozó una sincera sonrisa

de alegre bienvenida.

—Sí, muñequita —aseguró. Le abarcó la mejilla con la mano y la miró, sumergido en sus pupilas, con una promesa en el fondo del iris intenso y azulado.

Ivy asintió, trémula bajo esa mirada. Era su Amo, pero... Bajó los párpados y se mordió el labio. Notaba un cambio en ella misma. Dentro de sí había algo más, algo que antes no estaba ahí, y que llenaba un vacío que no sabía que existía. Y que la presencia, tan ardiente de Hans, siempre había eclipsado. Se dio cuenta de que ese vacío lo llenaba Leandro. Él era, ahora, también su Amo. Su entrega hacia él no había sido en obediencia a Hans. Ni tampoco como una muestra del amor que sentía por él. Había sido auténtica y genuina. Leandro se había ganado su corazón y su piel, por sí mismo. Era el dueño de su ser.

Todos los instintos de Hans se pusieron en alerta al verla tan acongojada, un terrible presentimiento tomó forma y contuvo el aliento, con el corazón en un puño constrictor.

—¿Qué ocurre, muñequita? —interrogó, con toda su dulzura.

Ivy levantó los ojos hacia él. Estaba contenta, muy contenta de su vuelta, pero ese retorno solo significaba una cosa y se le contraía el alma de angustia. No podía soportar la idea de no volver a ver a Leandro.

—¿Es por Leandro? —inquirió él, sobrecogido. Adivinaba el pensamiento femenino, como siempre.

Ivy asintió. El pesar inundaba sus pupilas sin poder evitarlo, aunque sabía que no tenía derecho.

Hans suspiró, consternado. Su mayor temor quizá se iba a hacer realidad. Le acarició la barbilla de forma tierna, aunque le costó toda su voluntad hacer la pregunta sin endurecer la voz:

—¿Quieres recuperar tus derechos?

25

Los ojos de Ivy se agrandaron, llenos de temor y vergüenza. Negó con fuerza, al instante, con la cabeza y tragó saliva para intentar recuperar la voz.

—No, Hans... no... —La culpa la traspasó. Se sentía una traidora a su confianza y continuó, mirándolo a los ojos, crispada—: No. Cuando firmé el contrato lo hice con total convicción. Lo cumpliré hasta su vencimiento y hasta lo que acordemos después. Es lo que pactamos en su día y no he cambiado de opinión —aseveró, determinada. Adelantó la barbilla y cabeceó, valerosa.

Hans escondió el rostro en la curva del cuello femenino para que ella no viera la absoluta congoja que lo estaba inundando ante el engaño que ella esgrimía sin darse cuenta. Un hondo estremecimiento lo recorrió de arriba abajo, helándole el alma. La verdad era irrefutable: Ivy se había enamorado de Leandro y ya no le pertenecía. Lo que ella no quería aceptar era el hecho de que se dejaba llevar del cariño que sin duda le tenía, un cariño fraternal como mucho, y de una incontestable y férrea lealtad. Pero ya no era entrega. No genuina, al menos. Reprimió un gemido de angustia y comprendió que solo había un camino a seguir.

Debía dejarla libre.

El corazón se le rompió en mil pedazos y una soledad como nunca había conocido lo asedió y lo empujó hacia un acantilado de vacío. Inspiró el aroma de la piel y el cabello femenino una última vez, atesorando esa esencia en su interior. La abrazó con fuerza contra él mientras se clavaba las uñas en las palmas de las manos cerradas en puños. Era hora de actuar con honor y pensar solo en el bienestar de ella, por encima de sí mismo.

Se incorporó y la miró con una sonrisa culpable.

—Ivy, yo... He vuelto sí, pero... —se interrumpió y tomó aliento con fuerza. Estaba resultando tan duro que le costaba hasta la misma entereza. La miró con ternura y continuó—: No voy a volver contigo, Ivy. Solo he venido para devolverte la libertad —anunció con un supremo esfuerzo de voluntad para que no se le rompiera la voz con tamaña mentira. Allá en Malasia había decidido pedirle matrimonio y ahora se encontraba diciéndole que se iban a separar.

Ivy agrandó los ojos y se removió, aturdida.

—Pero... ¿por qué? —indagó, asombrada. ¿Hans la estaba liberando?

Una inmensa alegría tomaba forma en su ser al pensar que podría estar con Leandro ahora, sin cortapisas ni fecha de caducidad, y al mismo tiempo una honda inquietud la asediaba ante la inesperada actitud de Hans.

—No te preocupes, voy a seguir estando ahí para ti, me tendrás para lo que sea, para todo lo que necesites, ¿de acuerdo? Es solo que he conocido a otra persona y no sería justo para ti que continuáramos juntos —engrosó aún más la mentira que le estaba partiendo en millones de pedazos el alma. Sonrió de nuevo, sintiendo el escozor de las lágrimas detrás de los párpados y le acarició la mejilla—. Eres libre, muñequita. Ahora puedes hacer lo que quieras y si quieres ir con Leandro tienes mis bendiciones. Solo quiero que me prometas una cosa.

Ivy tragó saliva, impresionada. El corazón le aleteaba muy rápido mientras una intensa felicidad la anegaba. Miró las profundidades de color cobalto y asintió. En ese momento prometería lo que fuera a Hans.

—Quiero que seas inmensamente feliz —pidió él, en un susurro roto. Pasó una mano detrás de la nuca femenina, la acercó y la besó en la sien—. ¿Lo harás? —preguntó, sangrante.

Ivy se abrazó con fuerza a él y cabeceó, incapaz de hablar en ese momento. Un millón de emociones bailoteaban en su corazón: alegría pura, felicidad, extrañeza, temor a la pérdida de Hans, gozo... Una amalgama tan intensa que tremoló, casi incapaz de abarcarlas.

Al cabo de unos momentos, cuando pudo recuperar la compostura para que ella no notara lo destruido que estaba, Hans se separó y volvió a sonreírle.

—Pues ahora ve a decírselo a Leandro, creo que se va a alegrar mucho —instó con dulzura.

Ivy sonrió con toda su alma. Era libre y podía entregarse por completo al hombre al que amaba. Se adelantó, miró a Hans de forma profunda a los ojos, no descubrió en ellos el menor asomo del dolor que le ocultaba y su corazón se liberó del último resto de las dudas que la hacían extrañarse ante ese súbito cambio en él. Lo besó en la mejilla y saltó al suelo con prisa por contarle a Leandro las buenas nuevas. Ya tendría tiempo después de interrogar a Hans con todo lujo de detalles sobre esa persona que había conocido, pues le interesaba y alegraba de verdad saber que había alguien tan importante para él que lo decidía a romper su contrato con ella. Corrió a buscar el vestido, doblado sobre la silla, que había visto antes cuando bajó por la escalera, se lo puso y salió corriendo al jardín para darle la buena nueva a su amado.

Hans permaneció en la misma posición, como si fuera una estatua de sal a la que le hubieran arrancado el corazón mientras ella salía.

En el exterior Leandro estaba en idéntica postura en la que se había dejado caer cuando salió al jardín. Tumbado boca arriba sobre la hamaca de ratán, se cubría los ojos con un brazo doblado.

Ivy, sin sospechar que Hans le había mentido como un verdadero maestro del engaño, se aproximó y se arrodilló a su lado. Lo observó con arrobó. El hermoso y viril torso desnudo, la suave y tersa piel, un poco bronceada. No tenía vello y la tersa epidermis reflejaba la luz creciente del amanecer. Alargó la mano y le acarició el pecho con el labio inferior atrapado bajo los dientes.

¡Era tan suave y firme!

Descendió con la mano, sin apenas rozarlo, por el abdomen plano y marcado, y el ombligo. Lo miró de nuevo a la cara, pero él no se había movido. Se incorporó sobre las rodillas y lo contempló, embelesada. Entonces notó que los pantalones se movían y prestó atención para ver si era un insecto, pero no. La entrepierna empezó a abultarse y a crecer ante sus ojos. Sonrió, divertida, ante el portento y se tapó la boca con la mano. Giró el rostro y descubrió a Leandro con los ojos fijos en ella, ardientes. Se le cortó la respiración.

—Amo... yo... —empezó casi sin voz, conmovida. Ahora ya no había nada que los separara, podrían estar juntos. ¿Lo querría Leandro?

Él se incorporó con rapidez, se sentó de cara a ella y la abrazó con fuerza contra su cuerpo, tenso y rígido. Hundió el rostro en el hueco del cuello y aspiró con fuerza, como si necesitara su olor casi tanto como el aire que respiraba. Entonces levantó la cabeza y le habló al oído con pasión contenida.

—No te atrevas a decirme que te vas con él, Ivy. ¡No te atrevas! —negó en un arrebató desesperado. Pero no la dejó contestar y se adueñó de su boca con un beso abrasador mientras la estrujaba contra él, con frenesí. A los pocos minutos se separó, enardecido. Le deslizó el vestido por los brazos y lo dejó caer al suelo. Paseó la mirada por su cuerpo como si se grabara a fuego sus curvas en la retina, las pequeñas pequotas, la suave textura de su piel. Le cogió la mandíbula con la mano y la miró a los ojos. La traspasó, intenso, con la mirada—. Ivy —repetía, sin parar, su nombre—. ¡Dios, Ivy! Dime que te quedarás conmigo... ¡Dímelo, gatita! —exigió, arrebatado. Pero tampoco la dejó contestar, esta vez, y se apoderó de nuevo de sus labios.

Ivy temblaba, estrujada entre sus brazos. Apenas podía pensar al sentirlo tan ardiente contra ella.

—Ivy... Me amas... ¡Me perteneces, Ivy! —Leandro murmuraba contra su garganta—. Dime de quién eres, gatita —reclamó, llevado de la desesperación que lo empujaba a llorar como un niño ante la sentencia a muerte en vida que sería estar sin ella.

—Amo, soy suya... Suya... —susurró, al fin, ardorosa.

—Ivy... ¡Oh, Ivy! —murmuró al cabo de unos minutos, herido. Entonces confesó, con una profunda mirada en la que brillaba el intenso amor que sentía—: Jamás serás mía, pero te amaré por siempre. —Se estremeció, torturado, y hundió el rostro en su cuello con el corazón lleno de angustia y el alma desgajada.

Una vez que vio a Ivy salir al exterior, Hans se derrumbó contra el respaldo del sofá con el corazón tan acelerado en el pecho que pensó que estaba a punto de sufrir un infarto.

Se cubrió el rostro con las manos y reprimió un bramido, rechinando los dientes.

¡Ella amaba a Leandro!

Como había temido, aunque no había querido creerlo. Se levantó. Tenía ganas de destrozar algo, de gritar su angustia, de llorar —algo que no había hecho desde que era un niño y le comunicaron que su madre había muerto—, pero se tragó toda esa zozobra y se aproximó a la cristalera para observar lo que hacía Ivy.

Ivy se removió cuando Leandro aflojó el abrazo lo suficiente. Lo miró a los ojos, sonrió pletórica y le abarcó el rostro con las manos, mientras el corazón se le desbordaba al comprender que él la necesitaba. Leandro frunció el ceño ante esa alegría incomprensible, los ojos oscuros anegados de pesadumbre.

—Soy suya, Amo. Para siempre si me acepta —declaró con la voz ahogada por un nudo de emoción.

—¿Qué? —musitó Leandro, atónito. ¿Había escuchado bien?

Ivy asintió y continuó:

—Hans acaba de darme la libertad, ha conocido a otra persona. Soy tuya si quieres —repitió con lágrimas de felicidad recorriendo su rostro y sin dejar de sonreír.

—¿Cómo? —inquirió, alertado. ¿La libertad? Pero si desde que Hans había regresado no había hecho otra cosa que exigirle que se la devolviera. ¿Cómo es que ahora, de repente...?

Desvió el rostro hacia la casa y vio Hans mirándolos a través del cristal con absoluta desesperación. Entonces lo comprendió.

Su amigo se había dado cuenta de que Ivy correspondía a su amor y como Dominante de honor devolvía aquello que ya no era suyo, por mucho que la lealtad femenina lo hubiera seguido adonde fuera. Y esa mentira piadosa sobre que ahora estaba con otra persona quizá fuera para evitar que Ivy supiera la verdad. Para que no se preocupara y se sintiera libre para estar con él. Con un inmenso sentimiento de agradecimiento hacia Hans, cabeceó hacia él. Luego se volvió hacia Ivy con el rostro radiante, y se levantó con un salto lleno de energía, llevándola consigo.

—¿Qué si quiero? ¡Por supuesto que sí, gatita! —Se lanzó a dar vueltas con ella en una danza loca por el jardín mientras ambos reían a carcajadas y Leandro gritaba su nombre a la noche en una declaración de posesión—. ¡Ivy!

Hans contempló la alegría de ambos cuando Ivy le desveló a Leandro su decisión y cerró los párpados, derrotado. Apoyó la frente en el cristal, sin saber cómo lo haría para respirar en los próximos minutos. Al fin abrió los ojos y parpadeó, el sol matutino entraba a raudales por el ventanal, orientado al este y lo deslumbraba, pero continuó observando a los amantes mientras sentía las afiladas garras de la soledad clavarse con profundidad en su corazón, en su alma en carne viva. Jadeó en busca de un oxígeno que le supo a ceniza en cuanto descendió por su garganta, mientras sentía su vida desangrarse por el dolor que le ocasionaba la decisión que había tomado.

Hans inspiró otra vez al tiempo que cerraba los puños y los apoyaba en el frío cristal, por encima de su cabeza. En un trío, siempre había alguien que sufría y sabía que no soportaría perder a Ivy, pero tampoco hubiera podido aceptar una entrega por parte de ella solo basada en la lealtad o el deber. Con furia contra sí mismo, contra el mundo, se acercó a su chaqueta, en el armario. Introdujo la mano en el bolsillo interior donde guardaba el contrato que Ivy firmó hacía tanto tiempo. Siempre lo había llevado consigo, como un preciado tesoro que le llenaba el corazón de tibieza. Lo sacó, lo desplegó y lo contempló una última vez antes de empezar a rasgarlo como se estaba rasgando su alma con cada crujido del papel. Una vez que lo convirtió en una montaña de confeti, lo guardó en el sobre y escribió una nota en un pliego, que también metió dentro, para Ivy. Lo dejó sobre la encimera y sin mirar atrás abandonó la casa y a la dueña de su corazón, de su alma.

En el jardín, Leandro detuvo su enloquecido baile y acunó el cuerpo de

Ivy contra él mientras recuperaba el resuello. La abrazó con fuerza y la besó durante lo que para ellos fueron minutos eternos.

Al fin se separó, Ivy se puso el vestido otra vez y entraron en el salón vacío.

—¿Hans? —llamó ella, extrañada.

—Seguramente estará en el baño —arguyó Leandro al ver el desconcierto en el rostro femenino. Con una sola idea en mente se acercó a la isleta, cogió el collar que Hans quitara momentos antes del cuello de Ivy y se aproximó a ella.

—Cásate conmigo —pidió con una profunda mirada, de forma solemne.

Ivy desvió la vista con la que buscaba a Hans hacia él, con los ojos como platos. Leandro enmarcó su rostro con las dos manos.

—Por favor, cástate conmigo. Hazme le hombre más dichoso de este mundo y dedicaré mi vida a hacerte feliz.

Ivy bajó los párpados y las lágrimas volvieron a resbalar por las tersas mejillas.

—¿Ivy? —inquirió, preocupado. Nunca comprendía sus lágrimas.

Ella sonrió, meneó la cabeza y con las manos se limpió el rostro de esos lloros emocionados que habían escapado a su control. Lo miró, ahora muy seria. En el hospital estuvo mucho tiempo meditando en su vida; lo ocurrido con Gutiérrez le había hecho pensar en lo que quería en el futuro, cuando fuera libre al finalizar el contrato que tenía con Hans. Ahora ese futuro se había adelantado varios años y podía disponer de ella misma. Si iba a iniciar una nueva vida con Leandro, quería sentar nuevas bases, otros compromisos.

—Antes... —empezó—. Quiero saber lo que quieres de mí, lo que necesitas... Porque yo quiero trabajar. Quiero seguir estudiando, ya terminé el máster y quiero sacarme el doctorado. Ahora ya puedo realizar trabajo de campo en algún barco de investigación y quiero poder desplazarme ahí donde pueda empezar a aplicar mis conocimientos como oceanógrafa —arguyó, determinada. Y continuó, decidida—: No quiero firmar ningún contrato y quiero que estemos juntos, porque queramos y no por compromiso. Quiero amarte con todas mis fuerzas y quiero hijos tuyos. Quiero ser libre y... Quiero ser tuya. Quiero ser tu sumisa, porque el BDSM está muy arraigado en mí. Siento muy dentro la sumisión y mis ganas de entregarme a ti seguirán ahí siempre, pero quiero que sea una entrega mutua. Yo como tu sumisa y tú, como mi único y exclusivo Dueño —terminó Ivy el discurso, algo sonrojada,

y con una tímida sonrisa en los labios—. ¿Y tú? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero hacerte feliz. Quiero que hagas todo aquello que desees: que trabajes, que estudies, que seas voluntaria o te quedes en casa haciendo ganchillo. Quiero verte siempre sonreír y quiero verte con mi hija en brazos. Quiero besarte cada noche al irme a dormir y despertar a tu lado, cada mañana, durante el resto de mi vida. Quiero casarme contigo y proclamar al mundo que me has elegido a mí. Quiero ser tu Dueño y tu Amo y poseer cada fibra de tu ser y quiero ser tuyo en la misma medida. Te protegeré y te cuidaré, aún con el escudo roto. ¡Te amo, Ivy!

Ivy sonrió, feliz, y se lanzó a su cuello. Lloraba y reía a la vez, dichosa por fin.

—¡Sí! ¡Sí, me casaré contigo, mi amor, mi vida! —afirmó, entre sollozos y risas.

Leandro agrandó los ojos cuando ella casi lo derribó con la fuerza de su abrazo y explotó en una carcajada de felicidad. La cogió de la cintura y volvió a dar vueltas por el salón con ella. Al fin, mareados, se detuvieron junto a la isla. Cuando recuperaron el resuello, ambos repararon en el sobre que había sobre la encimera. Ivy frunció el ceño al leer su nombre en él.

Lo cogió, lo abrió y vio dentro un montón de papelitos rotos, y un pliego que sacó para leerlo. Sintió un aguijonazo en el corazón al leer la despedida de Hans y le pasó el papel a Leandro.

—¿Crees que estará bien? —preguntó, preocupada por la intempestiva marcha.

Leandro le devolvió el pliego después de leerlo y asintió.

—Sí, no te preocupes. Él está bien —mintió, en respaldo al gesto de su amigo. Ivy jamás debía saber que Hans se había sacrificado por su bienestar —. Ven aquí —musitó, abrazándola con fuerza.

La haría feliz, costara lo que costara.

Cortijo de Hans. Agosto, 2019

Era de madrugada en el cortijo que Hans poseía en la sierra madrileña.

En ese momento se agitaba inquieto en la cama, sudoroso, mientras los gélidos dedos de la soledad apretaban su corazón y lo estrujaban para dejarlo seco de sangre y de vida. Despertó con un alarido, con los ojos desencajados y sin aliento.

Se incorporó como un resorte en la cama sin saber dónde se hallaba y al fin reconoció el lugar. Con desesperante lentitud recuperó el aliento, impotente y herido, hasta que no pudo soportarlo más. Saber que Ivy ya no era suya, que ya no podía seguir sintiéndola y que ya no podría volver a estar con ella lo desgajaba, lo rompía. Se levantó y se dirigió al vestidor. Entró en el baño por la puerta de comunicación. Se dio una ducha rápida y se vistió con el traje azul marino, de estilo cruzado. Una vez vestido de forma impecable bajó al despacho de la planta inferior. El cortijo revivía ya con el ajetreo que lo caracterizaba a esas horas.

—Buenos días, señor. ¿Ha pasado buena noche? —preguntó con una sonrisa cordial una de las chicas que se encargaban de la limpieza cuando se la cruzó junto a la escalera.

—Sí. Gracias, Lourdes —correspondió amable—. ¿Podrías decir a Emilia que venga a mi despacho?

—Sí, claro. Debe estar en la cocina, ahora mismo se lo digo —declaró Lourdes, servicial, mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia las cocinas. Le encantaba estar al servicio de ese hombre tan atractivo; pagaba muy bien y era buen jefe: justo y honrado, algo que por propia experiencia podía decir que no era corriente en esos días.

Hans frunció los labios en un gesto de impotencia, abrió la puerta de su estudio y se adentró con determinación. Cogió el teléfono y marcó con resolución, imbuido de energía. Debía marcharse de Madrid, no soportaba estar ahí tan cerca de Ivy y a la vez tan lejos; necesitaba interponer la mayor distancia posible.

—¿Selma? —inquirió abrupto cuando la comunicación se abrió, antes de que contestaran. Al otro lado de la línea su recién contratada nueva ayudante de dirección musitó un adormilado: «¿Sí?», y prosiguió—: Bien, escucha. Necesito que hagas las maletas para ti: algo de abrigo informal, algo

profesional y algo de día. Hoy mismo nos vamos de viaje, ¿de acuerdo?

—Ehh... sí, claro. Entendido —contestó Selma, más despierta por la sorpresa de ese encargo tan inesperado, mientras miraba el reloj de la mesita de noche. La voz de su nuevo jefe sonaba dura y seca y se preguntó —algo inquieta por la urgencia que traslucía su tono—, qué le ocurriría. En general era muy cordial y alegre.

—¿Quién es? —susurró Dante, pegado a su espalda desnuda.

Selma se giró y meneó la cabeza con un perentorio gesto de negativa al oír otra vez la autoritaria voz de Hans, apremiante.

—Quiero que Dante también haga el petate: unas mudas de verano. Y necesito que vengáis al cortijo. ¡En media hora! —ordenó, tajante. Alzó la mano y miró la hora en su reloj de muñeca. Chasqueó la lengua, frustrado, y añadió—: No os va a dar tiempo, así que en tres cuartos o una hora como máximo, ¿está claro?

—Pero, no sé si... —alegó Selma, insegura. La voz de Hans, tan cortante, la ponía de los nervios y más a esas horas de la mañana, sin un café de por medio.

—Sin peros, señorita De la Vega —exhortó imperioso. Sin esperar respuesta alguna colgó, y en ese momento llamaron a la puerta—. ¡Adelante!

La puerta de roble macizo se abrió y Emilia, la gerente de la finca, se adentró en la estancia.

—Buenos días, señor —saludó formal. Era una mujer rubia, sevillana, de cuarenta años, muy diligente y con un sentido del humor sureño que hacía que trabajar con ella fuera una delicia—. ¿Me llamaba? —Con la mano en el pomo de la puerta, esperó paciente. Conocía a Hans desde hacía años ya que había empezado a trabajar para él a los veinticuatro.

Hans asintió, serio.

—Sí, Emilia. ¿Cómo está «Clotilde»? —interrogó él, en referencia a la yegua que el día anterior no se había encontrado bien.

—Bien, parece que está mejor. El veterinario vino ayer por la noche a revisarla y antes de salir el sol ha vuelto.

—Bien, me alegro. Cuando puedas tráeme un café, cargado como si lo hubieran hecho en el...

—Infierno —terminó Emilia con una sonrisa—. Por supuesto.

Hans la miró y al verla sonriente esbozó un gesto que pretendía ser una sonrisa, pero que no pasó de una expresión afable.

La gerente inclinó la cabeza al intuir que algo no andaba bien, pero no

hizo preguntas. Sabía a la perfección cuándo no era un buen momento. Salió y cerró la puerta de nuevo. Una vez en la cocina dio las oportunas órdenes.

Hans descolgó otra vez el teléfono, de pie tras su escritorio, y procedió a llamar a la agencia de coches con chófer, propiedad del padre de Erika, y pidió un coche para que lo llevara al aeropuerto. Al recibir confirmación, colgó y llamó al hangar donde su *jet* privado estaba recibiendo una puesta a punto.

—Necesito el *jet* para dentro de una hora, Juana —pidió.

—Oh, ningún problema, jefe —confirmó Juana, la mecánica, con acento gallego—. Ahora mismo lo estaba llevando a su plaza. Ya terminé y lo he dejado niquelado, no se preocupe.

—Perfecto. Entonces llama a Marta y dile que prepare el vuelo para dentro de hora, hora y media, ¿de acuerdo? —indicó mientras abría su maletín y seleccionaba los documentos que necesitaría para llevar a Inglaterra a ultimar una negociación que tenía en su agenda para dentro de unas semanas; ahora aprovecharía ese viaje para salir de Madrid, para alejarse de Ivy en realidad.

—De inmediato, jefe.

—Gracias Juana —se despidió, con un suspiro de impaciencia. El tiempo pasaba y todavía se hallaba en la casa. ¡Necesitaba irse cuanto antes!

Al cabo de una hora y algo más, el Ford Kuga que Hans había entregado a Selma y a Dante para que pudieran moverse por la ciudad, frenó delante de los portones y ambos salieron con rapidez para encaminarse hacia el despacho de Hans.

—¡Ah! Menos mal, ya iba a llamaros —declaró él, al verlos aparecer.

—Lo siento, nos dimos toda la prisa que pudimos, pero en la autopista había... —se excusó Dante, circunspecto. No quería fallar delante del nuevo jefe, ese trabajo podría sacarlos del aprieto en el que estaban y no quería que Selma pasara apuros económicos si podía evitarlo.

—Dante —interrumpió Hans, más amable que cuando llamó por teléfono.

—¿Sí, señor? —inquirió este, nervioso.

—Lo entiendo. La A-4 siempre está saturada a estas horas, no te preocupes.

Dante asintió, todavía nervioso, vestido con el nuevo traje que Hans le había comprado al no disponer él mismo de una vestimenta adecuada para según qué ocasiones.

Hans prosiguió:

—Bien, necesito que te ocupes en el cortijo mientras estoy fuera. Infórmame de todo lo que ocurra cada día. Ismael es el gerente, lo encontraras en las caballerizas, se pasa el día allí —explicó con rapidez—. Él te enseñará todo lo que necesitas saber, ¿entendido? —advirtió, al tiempo que lo miraba penetrante, con el semblante tan serio que ya no parecía el hombre cordial que los había contratado.

—Por supuesto, no te preocupes —confirmó Dante, tuteándolo, con gravedad. Aunque no entendía muy bien lo que ocurría. Hans presentaba un aspecto tenso, con ojeras y pálido, como si hubiera pasado la noche en el infierno.

—¿Qué ocurre, Hans? —se atrevió a preguntar Selma, preocupada al verlo de ese talante.

Hans se volvió hacia ella dispuesto a soltarle un exabrupto, pero al ver la sincera expresión de inquietud suspiró y desvió la mirada.

—Nada, solo que... —titubeó antes de revelar lo que le carcomía por dentro, pero era una realidad, no podía eludirla o cambiarla por mucho que le gustaría—. Ivy ya no es mi pareja, ayer nos separamos —informó, neutro, sin demostrar la herida que le violentaba el alma al pronunciar esas horribles palabras en voz alta, detrás de una expresión hermética.

En ese momento apareció por el camino de grava de entrada al cortijo la berlina Audi A5 de un elegantísimo color grisáceo, con el chófer que venía a recogerlos para llevarlos al aeropuerto.

—Te llamaré después para decirte dónde y en qué hotel estamos alojados. Y tú llámame para lo que sea, cualquier cosa —ordenó categórico a Dante y reiteró, ya con la mano en la puerta del copiloto de la berlina—. Cualquier cosa, Dante.

—Sí, sí. Así lo haré, Hans —confirmó este mientras subía la maleta de su mujer al maletero del vehículo. Selma se alzó de puntillas, Dante la abrazó con tierna fuerza y la besó con pasión—. Te amo, mi dueña —se despidió con una mirada incendiaria.

—Y yo a ti. Hasta pronto —deseó ella al subir a la parte de atrás del coche.

Dante quedó de pie, en la explanada frente a los grandes portones, con una sensación de inquietud al presenciar esa partida que más parecía una huida.

Epílogo

Octubre, 2019

El jardín del chalet de Leandro rebosaba de gente en alegre expectación. En ese momento la música empezó a sonar y las voces, susurros y risas callaron. El ambiente cambió y se revistió de solemnidad.

Al fondo, en una tarima con un arco adornado con infinidad de rosas blancas y rojas *Scarlet Carson*, esperaba el Maestro de Ceremonia, vestido por completo de negro y ataviado con una larga capa, ribeteada con una delgada cinta plateada.

Al otro lado del jardín Leandro esperaba, muy emocionado, a que comenzara la Ceremonia de las Rosas¹⁸, en la cual se uniría a Ivy para siempre. Junto a él, con el rostro solemne, se hallaba Hans en su papel de padrino.

Frente a ellos, dispuestos en dos lados, un montón de asientos llenos de amigos y familiares, colocados en orden. En medio un pasillo por el que avanzaría la pareja contrayente para iniciar el acto.

Los invitados, ansiosos, esperaban y se miraban entre sí. El Maestro carraspeó ligeramente y levantó la vista del guion escrito que tenía en el atril.

—Amigos míos —comenzó en voz alta y clara, de forma afable—. Estamos hoy reunidos aquí para celebrar un gran acontecimiento. El dominante Leónidas y su sumisa Sapphire han decidido de común consenso unir sus vidas en la vida y en el BDSM —prosiguió, lleno de satisfacción y orgullo, sin mirar en ningún momento el texto que reposaba en el atril—. En este mundo tan lleno de incertidumbre, intolerancia y manipulación mediática, no es común poder asistir a tan grata celebración y es un orgullo haber sido invitado a officiarla. —Siguió hablando de los años que llevaba en este submundo alternativo y relató cómo había conocido al Dominante Leónidas, hacía tiempo ya, y la buena impresión que se había llevado de él.

En ese instante el maestro hizo una pausa y la música subió unas octavas. Leónidas avanzó por el pasillo con una rosa roja en las manos, custodiado a su derecha por Odín, el *nick* que usaba Hans.

Ivy esperaba, con el corazón acelerado, en la sala de la casa. La música seguía sonando y provocaba que el estómago se le encogiera y el cuerpo le temblara. Era la canción: «Iris» del grupo Goo Goo Dolls, de la banda sonora

de la película: «City of Angels». Su música había acompañado su relación con Leandro desde el principio ya que fue la primera película que vieron juntos en la tele del chalet, una vez que la repusieron. En cuanto oyó los primeros compases, su corazón se agitó en su pecho y sujetó la rosa blanca que portaba entre las manos como ofrenda para su Amo, con fuerza.

En ese momento el maestro pronunció su nombre para darle entrada. Pálida, inspiró hondo. Con un sencillo vestido blanco, de hilo, largo hasta los pies sin portar nada debajo y descalza, salió al jardín. Avanzó por el pasillo, entre las sillas de los asistentes, con la mirada baja y el corazón a cien.

Llegó hasta la tarima, donde la esperaba Leandro y se arrodilló en el suelo frente a su Amo.

El maestro hablaba y la ceremonia se iba desarrollando. Entonces le llegó el turno a Leandro de pronunciar su promesa mientras Ivy lo escuchaba, estremecida, en el suelo.

—Sapphire, desde que te conocí te convertiste en una parte de mí. Poco a poco te entregué mi corazón y mi ser. Lo significas todo. Y a partir de este momento me comprometo a cuidarte de una forma en la que puedas ser siempre tú misma, a protegerte de todo lo malo sin negarte nunca la vida que mereces, a ejercer mi dominación sobre ti para que ambos podamos alcanzar todos los límites y rebasarlos y a recibir con honor todo aquello que quieras otorgarme por propia y libre voluntad —declaró en voz alta y clara, para que todos le oyeran y para que todos supieran lo mucho que pertenecía a esa mujer.

Las lágrimas inundaban los parpados femeninos de emoción y alegría. Temblorosa se levantó y le ofreció la rosa blanca. Él la cogió con una intensa mirada llena de amor. Le sostuvo la mano y cogió uno de sus dedos con delicadeza, entonces lo pinchó con una de las espinas de la rosa roja que él mismo portaba. Juntó su propia yema sangrante con la de ella y con ese gesto unieron sus sangres en una sola, así como ya habían unido sus almas.

Odín, solemne, cogió el collar depositado encima de una mesita auxiliar que había a un lado. Lo sostuvo con reverencia y lo purificó de todo lo malo en la llama de una vela. Después avanzó y se lo entregó a Leónidas, que lo colocó alrededor del cuello de Sapphire, con ternura, mientras la miraba a los ojos.

—Sapphire, de ahora en adelante me esforzaré diariamente en ser digno de ti, en ofrecerte todo de mí y a exigir todo de ti —prometió con gravedad.

Las mejillas de Ivy estaban surcadas por un incontenible río de lágrimas.

Un súbito mareo la acometió al comprender que era su turno. Tenía que pronunciar su texto, los votos que había escrito con anterioridad, y la garganta se le atascó con un nudo de emoción. Leandro le cogió la mano y se la apretó, para infundirle fuerza. Ivy se agarró a él, agradecida.

—A partir de este momento y hasta el final de mis días para ti es mi amor. Toda yo. Te entrego mi cuerpo para que lo cuides y lo veneres. Te entrego mi ser para que lo moldees y te nutras de él. Te entrego mi alma, mi honor y mi pasión. Tuya es la esencia con la que nací, desde hoy y hasta que así lo decidamos o la muerte me lleve —declaró con la voz estrangulada. Un sollozo pugnaba por salir, pero se lo tragó y consiguió terminar su promesa de respeto y pasión.

Entonces Hans procedió a purificar los eslabones del tramo de cadena que representaba el camino que Leandro y ella habían recorrido para llegar hasta ese momento, y el camino que a partir de ahora emprendían juntos, unidos e indivisibles por sus eslabones. La pasó entre las llamas para quemar las cosas malas y que solo lo bueno permaneciera. A continuación los envolvió juntos con ella para que todos fueran testigos de su unión.

Los asistentes rompieron a aplaudir. Las amigas de Ivy, a las que por fin podía contar todo lo que sentía, lloraban a lágrima viva, felices a más no poder al ver la cara de inmensa dicha de esa niña solitaria a la que conocieron en el internado. Y los compañeros de Leandro, los del equipo de Korbball, y amigos desde que eran unos adolescentes sin nada en la cabeza, entonaron el: «Hip, hip, Hurra» a voz en grito, que todos corearon.

Ivy temblaba entre los brazos de Leandro y él la abrazó, no menos emocionado. Le levantó la barbilla, la miró a los ojos con todo el amor y la pasión que sentía por ella y la besó con extraordinaria dulzura.

El maestro pronunció unas palabras de enhorabuena, con sabios consejos para seguir el camino emprendido y luego dio por terminada la Ceremonia de las Rosas, en la que el Amo Leónidas había impuesto su collar a la sumisa Sapphire y que la proclamaba de su exclusiva propiedad.

La música cesó y al poco tiempo sonaron otros acordes, menos formales, como melodía de fondo.

El padrino retiró la cadena y la guardó en una caja con las dos rosas, como un recuerdo para los contrayentes. Leandro e Ivy descendieron de la tarima, los invitados los rodearon de inmediato y procedieron a felicitar con efusión a la pareja.

El ambiente se relajó y el protocolo se suavizó. La tarde declinaba, lenta,

y el sol descendía en el horizonte sobre la casa donde vivirían a partir de entonces.

Unos días antes habían celebrado la ceremonia civil, con Hans como testigo, recién llegado de Inglaterra. Así que ahora eran oficialmente marido y mujer y Amo y sumisa.

Ivy no podía ser más feliz. Los siguientes días a la petición de matrimonio de Leandro habían sido un poco caóticos pues él no quería esperar mucho para que todos supieran que ella era suya, por fin.

Leandro preparó los detalles y los preparativos con la ayuda de Hans, pero Ivy no había vuelto a ver a su antiguo tutor, desde aquella noche en la que la liberó del contrato, hasta que se reunieron en el juzgado. Momentos antes de verlo estaba nerviosa. No sabía si él estaría afectado por su separación, pero en cuanto lo vio Hans avanzó hacia ella con una gran sonrisa, llena de calidez, y la envolvió en un abrazo de oso. Bromeó con ella, tan divertido y alegre como siempre, y le preguntó si estaba segura de querer cargar con su amigo de correrías. No logró descubrir en él ningún signo del pesar que lo corroía, oculto para ella a fuerza de voluntad, y desde el primer momento lo vio relajado. Y contentada, se quedó tranquila. Lo interrogó sobre la persona que había conocido, pero él le guiñó un ojo y le dijo que esos días estaba en Canadá.

—¿Y cuándo la conoceré?

—Pronto, pequeña impaciente —bromeó, con alegría fingida—. Pronto, te lo prometo.

Ivy asintió y no volvió a insistir, pensando que quizás todavía no querían hacerlo oficial.

La fiesta transcurrió, divertida y animada. Habían encendido los farolillos del jardín y las luces de colores salpicaban la extensión de césped, flores y agua.

En un momento dado Tere, Helena, Amparo, Olalla y Verito rodearon a Ivy y la secuestraron en un aparte para bombardearla a preguntas, abrazarla y desearle lo mejor.

Los invitados procedían de diversos ambientes y de ambos mundos —el convencional o socialmente aceptado y el bedesemero o socialmente señalado o incomprendido—, pero todos eran íntimos amigos de la pareja y de Hans.

Leandro se paseaba entre ellos, pero nunca dejaba de mirar a Ivy y ella le sonreía, dichosa, cada vez que lo descubría observándola.

En un momento dado Selma avanzó hacia ella y le ofreció una copa de *champagne*. Un Moët & Chandon *Rosé*, el preferido de Ivy. Ella admiró la sencilla elegancia de esa mujer morena, que no podía ocultar la sensual sexualidad que exudaba y que no escondía, pero de la que no se jactaba.

—Ha sido precioso, Ivy. Me ha encantado ser testigo de vuestro compromiso, muchas gracias por dejarnos asistir —agradeció Selma, con una sonrisa sincera.

Desde que Hans la había contratado a ella y a Dante, deseó poder disculparse con Ivy y Hans propició un encuentro para que pudieran sincerarse con ella. Al principio Ivy se mostró sorprendida y asombrada, pero al conocer toda la historia su generoso corazón los perdonó de inmediato.

—Gracias, Selma. Para mí ha sido... Es muy emocionante. Desde que mi Señor me pidió que nos casáramos he estado en las nubes —afirmó Ivy, pletórica—. Al principio yo no quería volver a encadenarme. La sensación de libertad me embriagó y estaba borracha de mí misma —sonrió, avergonzada—, pero cuando lo vi ante mí, lo oí declararme su amor y exponerme tan claramente que yo y solo yo tenía el control, entonces me sentí completamente libre para entregarme y eso fue lo que hice, pues supe que tenía la libertad para hacerlo. ¡Uf, creo que me he enrollado y no me he explicado con claridad! —acabó, sonrojada.

—Te has explicado a la perfección, querida Ivy. Te deseo que seas muy feliz —expresó Selma, sincera, y le apretó el brazo, cariñosa. Entonces su mirada se elevó hacia la terraza circundante del primer piso como si hubiera intuido que Hans estaba ahí, contemplándolas.

Ivy captó cierta tristeza en el rostro de Selma y se giró hacia Hans, cuyo iris penetrante devoraba a Selma. Quiso interrogarla al respecto, pero ella ya se alejaba, perdiéndose entre los invitados. Se giró de nuevo hacia la terraza y descubrió que Hans ya no estaba. Intrigada se preguntó qué ocurriría entre ellos. No tuvo mucho tiempo para pensar, pues su inseparable grupo de amigas la rodeó otra vez y ya no volvió a acordarse del tema. Con todos los preparativos de la boda y de la ceremonia no había tenido tiempo de tener esa conversación pendiente con Hans sobre la persona que había conocido y saber todos los detalles, pero se había prometido que en un futuro la tendrían.

La fiesta transcurría entre risas y charlas. Después de aprovisionar de champaña al camarero que le informó que se estaba terminando y que necesitaba bajar a la bodega, avanzó por el jardín. Vio a Leandro entre Isa, Pedro, Julio y Nerea, de espaldas a ella y suspiró maravillada por ser la

esposa y la sumisa de ese hombre extraordinario. Se acercó a él en silencio, se abrazó a su cintura con cariño y se acurrucó en la espalda, casi ronroneando, como una buena gatita. Leandro sonrió, radiante, al sentirla contra él. Cogió su mano y la acarició con ternura mientras seguía conversando con sus amigos.

Los invitados empezaron a desfilar ya bien entrada la noche y, al final, los recién unidos compañeros de vida se quedaron solos, con Hans, Selma y Dante.

Se sentaron en las tumbonas del jardín y Hans y Leandro empezaron a hablar de la ceremonia, de sus planes futuros, de la vida en general.

Ivy acurrucada en el costado de Leandro, le acariciaba el pecho y los escuchaba, medio adormilada, con Freddo a sus pies.

Selma y Dante, en otra tumbona, aguardaban a que Hans se despidiera ya que habían acudido con él en el Ford Kuga, en silencio. Sus vidas habían cambiado muchísimo desde que salieron por las puertas de hierro forjado en la urbanización Los Almendros. Y luego al conocer a Hans dieron un giro de ciento ochenta grados ahora que trabajaban para él.

En un momento dado Leandro se inclinó, habló al oído a Ivy y esta se levantó, presta. Se dirigió hacia la casa y Hans la siguió con la mirada hasta que cruzó las puertas acristaladas. Se volvió hacia Leandro y preguntó.

—¿Me permites? —Con un cabeceo hacia la casa.

Leandro lo miró, se giró hacia allá con el rostro serio, volvió a dirigir los ojos hacia Hans y movió la cabeza, afirmativo. Este se levantó y siguió los pasos de Ivy.

Ella tenía abierto el frigorífico y rebuscaba, inclinada, una Carlsberg en el interior para su Dueño. La encontró, cerró la puerta de la nevera y pegó un respingo de miedo al descubrir a alguien tras ella, muy cerca, sin haberlo oído acercarse.

—¡Hans! —exclamó al reconocerlo y se rio, tontamente.

Pero Hans no sonrió, le cogió la cerveza de las manos y la depositó sobre la encimera de la cocina. Avanzó hacia ella y se vio envuelta contra su ancho pecho, en un abrazo prieto. Él la mantuvo así un largo minuto, mientras saboreaba la maravillosa sensación de sentir su cuerpo contra el suyo una vez más y la besó en la coronilla.

—¿Eres feliz? —musitó, con los labios sobre el cabello.

Ivy asintió, de repente, con un nudo en la garganta. Escondió el rostro en su pecho, mientras se le formaba un nudo de emoción en la boca del

estómago. Hans seguía siendo el hombre que la había cuidado y protegido contra todo, y ocupaba un sitio muy especial en su corazón.

—Ivy, mi querida Ivy —declaró Hans, conmovido—. Te he visto crecer, convertirte en mujer... En sumisa. Te he visto madurar en una hembra fogosa y ardiente... —se interrumpió e inhaló hondo. Le había costado un mundo rehacerse lo suficiente antes de volver a verla después de su intempestiva huida del chalet, aquella noche, y ahora la tenía otra vez ante él. El sufrimiento era tan atroz que sus noches y sus días eran una sucesión de dolor, un calvario en el alma, pero ella jamás lo sabría. Aunque Ivy percibió como se estremecía. —Me tendrás siempre, para lo que sea, cualquier cosa: ¿de acuerdo? —afirmó, contumaz. Se separó, le abarcó el rostro con dulzura y se sumergió en el iris adorado con una mirada que mantenía encerrado en su interior el profundo anhelo que lo embargaba—. Te deseo toda la felicidad, muñequita. Crece y vuela en las alas de la libertad y del amor. Leandro te amará por toda la eternidad y cuidará tan bien de ti como hubiera hecho yo mismo. —Los ojos color cobalto brillaban como un cielo de primavera. Descendió y depositó un dulce y rápido beso en los labios femeninos. Se separó al instante, antes de rendirse a la irresistible tentación de profundizar ese beso. Entonces la soltó. —Este es mi regalo de bodas para ti, con mis bendiciones —declaró al tiempo que le tendía una cajita de terciopelo azul.

Ivy la cogió, sorprendida, y sonrió, ilusionada.

—¿Para mí? —preguntó, elevando la mirada hacia él.

Hans asintió, con el rostro solemne y serio. Por dentro se sentía destrozado. Tomar la decisión de renunciar a Ivy había sido lo más doloroso que había tenido que hacer en su vida. Había habido noches eternas, angustiosas y desesperantes en las que había proferido aullidos de dolor. Pero, al fin, había logrado avanzar, arrastrándose algunas veces.

Ivy abrió la cajita y sus labios formaron una asombrada y perfecta «O» de sorpresa. Levantó la mirada, maravillada, pero negó con la cabeza.

—Pero... esto es... ¡Es un anillo de diamantes! No puedo, es demasiado, Hans. —Le alargó la cajita sin poder asimilar su generosidad, maravillada por la belleza del regalo.

—Es tuyo. He hablado con Leandro y se lo he enseñado. Está de acuerdo en que te lo dé, así que no puedes negarte. Mira en su interior —señaló Hans, con un gesto de la barbilla. Era el anillo que había diseñado junto a un joyero amigo suyo, en Ámsterdam, antes de regresar a España, con la intención de

pedirle que se casara con él, pero todo se había ido al traste al saber que ella amaba a Leandro. Ahora solo quedaría como un regalo de bodas, pero Hans quería que ella lo tuviera ya que había sido ideado solo para su dedo.

Ivy sacó el anillo de la cajita, con reverencia. El brillo del diamante talla princesa era deslumbrante, engarzado en platino en una montura *vintage* muy elegante y bella, con diamantes en *pavé* a su alrededor. Dejó la cajita sobre la encimera, lo alzó y miró las letras grabadas en su interior: «*Per sempre*». Escrito en el idioma de la abuela materna de Ivy expresaba el sentir de Hans y su deseo de que fuera feliz, para siempre. Saltó a sus brazos, llorando de alegría.

—¡Gracias, Hans! Gracias por todo. Por estar conmigo, por guiarme y estar siempre ahí. Por ser tan bueno y cuidarme —agradeció. Lo miró a los ojos y añadió—: Gracias por darme el mundo y por poner en mi camino a Leandro. ¡Te quiero, Hans!

Hans sonrió al oírla recordar la promesa que le hizo en *Villa Giuseppina*. Ahora ella se lo agradecía de una forma que le confería la autoría de algo que los hados propiciaron.

—Y yo a ti, muñequita. ¡No lo olvides nunca! —susurró y la abrazó de forma vehemente durante unos segundos al final de los cuales abrió los brazos, vacíos de ella, y se separó.

Ivy, cogió la cerveza y corrió hacia el exterior para enseñarle el regalo a Leandro, su esposo.

En ese momento Selma entró en la casa y vio a Hans seguir con la mirada a Ivy, a través de las vidrieras, angustiado. Suspiró, resignada, y se giró para volver a salir.

—No, Selma. No te vayas —pidió él, casi en una súplica. Ella se detuvo, se volvió para mirarlo y al verlo con la tez cenicienta y el cuerpo tenso decidió que había llegado el momento. No podía continuar viéndolo sufrir de esa forma. Avanzó hasta llegar a su lado.

—¿Qué quieres de mí, Hans? —inquirió en busca de la respuesta que ansiaba.

Hans dirigió la mirada hacia ella y los iris se le oscurecieron, brillantes de necesidad.

—Lo que quiero no puedes dármelo —arguyó, apoyándose con la cadera en la encimera, mientras se pellizcaba el puente de la nariz, agotado.

—¿Estás seguro? —inquirió Selma con una mirada directa.

Él irguió la cabeza, y las pupilas le relucieron, llenas de peligro. Alerta,

estudió la expresión de su bella y sensual ayudante.

—¿Qué quieres decir?

Selma inspiró con fuerza: había llegado el tiempo de la audacia. La adrenalina corrió por sus venas y el riesgo a ser rechazada le aceleró el corazón. Pero no vaciló, el premio bien valía la pena, lo sucedido en Londres le daba esperanzas de lograrlo. Ladeó un poco la cabeza hacia la salida y Dante se adentró en la cocina a la orden de su Dueña.

—Hablo de nosotros. Hablo de sumisión —respondió, al tiempo que fingía seguridad. Hans era un Dominante ardiente y duro, que sabía lo que quería y que lo conseguía, y ella nunca había conocido a alguien como él. Disfrutar de la sumisión bajo su dominación —de una entrega real y no de un simple escarceo ocasional como ocurrió en la ciudad anglosajona—, sería sin duda una experiencia extraordinaria.

Hans la observó con cautela. Desvió la vista hacia Dante, que caminaba hacia ellos y que al llegar a su lado se arrodilló a los pies de ambos, sumiso. Una nueva dimensión se abrió de repente ante él y entrecerró los ojos, alterado.

¿Qué significaba aquello?

Desvió la mirada hacia las grandes cristaleras y contempló a Ivy hablar con Leandro con una sonrisa que no le cabía en la cara. El corazón le pesó, privado de ella. Una parte de sí mismo se alegraba inmensamente al verla tan feliz, pero la zozobra que sentía crujió sus venas y desvió la vista hacia Selma, atormentado. Rechinó los dientes y se negó a dejar salir el dolor; no mostraría su vulnerabilidad.

—No funcionaría —alegó, en un tono endurecido. En Londres había podido aliviar el suplicio en el que estaba hundido en brazos de esa hermosa diosa morena, pero no sería justo para ella, ni para Dante, continuar usándolos para ahogar su agonía.

Selma se estremeció ante la tan temida negativa, pero no quiso rendirse.

—Nosotros queremos intentarlo —respondió, tenaz.

Hans los observó a ambos con el ceño fruncido, sorprendido por un ofrecimiento tan inusual como extraordinario.

—¿Por qué?

—Porque queremos atenuar tu tormento. Nos gustaría aligerar tus noches de soledad y dolor y quizá convertirlas en noches de placer.

Hans agrandó los ojos, atónito. ¿Cómo sabía ella de sus noches ni de lo que había en ellas?

—¿Qué te hace creer...? —se interrumpió y meneó la cabeza de forma negativa. Nada de lo que hicieran podría conseguir arrancar a Ivy de su corazón ni aliviar el hecho de que ahora vivía en un vacío de su luz, de su calor, de su corazón, eterno y agónico—. Lo que propones, tu... vuestra intención —se corrigió, incluyendo a Dante—, es extraordinaria y apenas comprendo por qué os ofrecéis así, pero es una tarea imposible —afirmó, contundente—. Yo jamás podré olvidar.

—Lo sé —admitió Selma, con dulzura. No había retirado ni un solo momento la mirada de los ojos de su jefe y lo contemplaba serena y decidida.

Hans buceó en esa mirada oscura, que había tenido el privilegio de ver traspasada por la pasión, ahora intrigado. Desvió la vista hacia Dante: los ojos verdes le hablaron de una entrega inquebrantable, secundando el ofrecimiento de su Dueña. Ambos se le entregaban sin condiciones. ¿Era merecedor de semejante merced?, se preguntó estupefacto. No lo creía, pero en su alma se gestó el quebradizo latido del eco de un anhelo sin nombre.

Fin

Agradecimientos:

A Olalla Pons por ser la artífice de la portada y de la maquetación, y por estar siempre ahí para darme collejas literarias. Gracias, chiqui.

A Silvia Barbeito, por una labor tan descomunal para darle sentido a esta historia. Esta novela también es tuya. Ya sabes que soy fan del «Mal».

A Esther Caro y a M. Carmen por haber aportado una inmensa calidad a esta novela con vuestras lecturas. Sois mujeres a las que me encantaría parecerme.

A Jannis, por enseñarme lo que una Dómina es. A Cavalino por mostrarme la sumisión masculina.

A Amparo, una incondicional de *La Bohème*.

A Yoli Mangiova, por haber encontrado en mis letras una forma de escribir que le aporta tanto.

A ti lector, gracias por leer, por enriquecer el mundo de la literatura, por escoger esta obra y por confiar en una servidora.

Nota de la autora:

Esta es una historia romántica y de BDSM donde la tolerancia y el respeto por esa forma de vida espero que esté impresa en todas y cada una de las palabras que conforman la novela, dejando aparte las licencias creativas.

BDSM es un término creado en 1990 para abarcar un grupo de prácticas y fantasías eróticas. Se trata de una sigla formada con la combinación de las iniciales de los siguientes pares de palabras: Bondage y Disciplina; Dominación y Sumisión; y Sadismo y Masoquismo.

Una importante inspiración para mí son las novelas de Shayla Black, en mi opinión una de las mejores escritoras en este género, y mi autora referente.

Ante todo quiero dejar claro que ser Dominante o sumiso/a es una elección por completo libre y, lógicamente, tomada desde la madurez y el amor propio.

Y con la gravedad que requiere asumir el poder sobre otro ser humano: Dominante. U otorgar la máxima confianza a otra persona, con los riesgos que ello conlleva: sumiso/a.

Por eso es necesario tener muy presente que la Dominación y la sumisión son: Sentimientos. Los cuales se llevan dentro desde la niñez, maduran con la sexualidad de cada persona y la forma cómo se afronta, y que los términos dichos no tienen, forzosamente, la misma definición que se explica en el diccionario, aunque haya similitudes.

Un/a dominante no es una persona que no respete a las mujeres o a los hombres o que tenga algún oscuro secreto o trauma psicológico que lo «obligue» a abusar y controlar o al que le guste «pegar». Tampoco es alguien que se considere superior a otros/as.

Las personas que conforman esta forma de vida no son enfermos.

Un/a dominante no «pega».

Azota, castiga, pero siempre con un motivo consensuado previamente y nunca desde la ira, la rabia o la venganza.

Un/a sumiso/a no es una persona sin personalidad, carácter o deseos. Desde su libertad elige entregar su cuerpo, su mente, su placer y su dolor a alguien que sea merecedor de ello y se haya ganado su confianza para depositar la voluntad en sus manos.

Por decirlo de un modo más mundano: un/a dominante se responsabiliza de forma total por las necesidades, deseos y placer de el/la sumiso/a y un/a sumiso/a delega por completo, aceptando el placer o el dolor que a su

dueño/a le apetezca otorgarle así como ambos se comprometen a cumplir las normas consensuadas entre los dos, sea en un contrato: con el valor de honor que ambos le dan, o de simple palabra.

El BDSM es un estilo de vida que engloba muchas prácticas y dichas prácticas pueden ser adoptadas por muchas y diversas personas. Ya sea por morbo, por curiosidad, por aburrimiento, por probar algo diferente, etc.

Pero no se debe olvidar que hay gente que lo siente y no solo lo practica.

Desde aquí quiero dar las gracias a todas aquellas personas que compartieron conmigo sus vivencias, opiniones y enseñanzas de forma anónima y desinteresada. Todo mi respeto por su valentía, libertad y madurez. Vosotros sabéis quiénes sois en Madrid, Tenerife, Barcelona, Murcia, Zaragoza, Extremadura, Palma y Sevilla.

Con esta novela no pretendo sentar cátedra ni refutar ni ratificar ninguna obra anterior o posterior a la creación de esta novela.

Solo he pretendido crear una historia que entretenga, muestre una forma de vida ajena a la gran mayoría de personas y sobre todo hacerlo desde el respeto.

Me pasé horas frente al ordenador leyendo e informándome con interminables (y divertidas) charlas a través de la pantalla y también cara a cara, para poder dar una versión lo más fiel posible a esta realidad —forma de vida, sexualidad— alternativa.

Querido/a lector/a: muchas gracias por elegir esta obra de entre la gran variedad que ofrece el mercado y el talento que hay entre los/as autores/as.

Espero que la lectura os haya sido venturosa, provechosa y...

Excitante.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora:](#)

Notas

[[←1](#)]

Estado de felicidad que las/os sumisas/os pueden llegar a alcanzar en una sesión de BDSM. Un estado de alegría y felicidad. De paz. De plenitud.

[←2]

La Fuerza de Guerra Naval Especial de España ha sido durante mucho tiempo una de las fuerzas especiales más respetadas de Europa. Es la fuerza de operaciones especiales de la Armada española especializada en operaciones en ambiente marítimo, terrestre y de litoral.

[←3]

Un arma de electrochoque es un arma diseñada para incapacitar a una persona o animal mediante descargas eléctricas que imitan las señales nerviosas y confunde a los músculos motores, principalmente brazos y piernas, inmovilizando al objetivo temporalmente. Una de las más conocidas es el taser o pistola eléctrica (llamada también pistola de corriente).

[←4]

El **Airsoft** es un deporte de estrategia basado en la simulación militar, que se practica en varios tipos de escenarios. Debido al realismo que puede alcanzar en comparación con un combate militar, ha empezado a ser adoptado por determinados estados como entrenamiento para sus cuerpos de seguridad. En EEUU lo utilizan los marines y también lo está utilizando la fuerza española o la danesa.

[←5]

El **Shibari**, literalmente "atadura", es un estilo japonés de bondage que implica atar siguiendo ciertos principios técnicos y estéticos, y empleando cuerdas generalmente de fibras naturales. Es importante resaltar la diferencia de concepto entre el shibari japonés y los cordajes de orientación occidental (Bondage), que solo pretenden la inmovilización del sujeto atado.

[←6]

Korfbal: Es un deporte jugado entre dos equipos que buscan introducir una pelota dentro de una canasta. Los equipos son mixtos, formados por cuatro hombres y cuatro mujeres en cada formación, el área de juego se divide entre las zonas de postura y defensa. Es una evolución del baloncesto. Gana quien más canastas enceste.

[←7]

El aftercare o cuidado posterior a una sesión de BDSM consiste en las técnicas de cuidado y atención cariñosa que se proporciona. Este cuidado posterior se hace con el fin de atender cualquier tipo de acontecimiento que haya podido ser traumático o desestructurante durante la sesión BDSM.

[←8]

Nickelback es un grupo musical canadiense de rock, fundado por Chad Kroeger, Mike Kroeger, Ryan Peake y quien fuera el primer baterista, Brandon Kroeger.

[←9]

Los países que han dejado de llamar Estado Islámico, porque ni es un estado ni es islámico, al grupo ahora lo denominan Daesh, acrónimo árabe de al-Dawla al-Islamiya al-Iraq al-Sham (Estado Islámico de Irak y el Levante). Los terroristas detestan esta denominación porque, en árabe, el sonido de esa palabra es parecido a "algo que aplastar o pisotear". Dependiendo de cómo se conjugue, esta palabra también puede significar "intolerante" o "el que siembra la discordia".

[← 10]

Veinticuatro horas, siete días a la semana en los que Amo/a y sumiso/a viven en continuo régimen de BDSM. El Dominante toma todas las decisiones en lo que concierne al sumiso, y este relega toda su voluntad.

[← 11]

Una esclava pacta con su Amo no tener ningún tipo de límite. Él y solo él, es el único que decide sobre la relación, sobre la intensidad, sobre cualquier cosa relacionada con la persona, el cuerpo y la mente de la esclava y aunque no consensuen, el Dominante siempre vela por la seguridad de su sumisa y se acoge al Sano y Seguro. Esta es una relación basada en el D/s: Dominate/slave, la disciplina inglesa.

[[← 12](#)]

SSC: Sano, seguro y consensuado.

[←13]

Nadu: posición del cuerpo de rodillas, con las piernas abiertas, cabeza inclinada y las manos abiertas con las palmas hacia arriba sobre los muslos.

[← 14]

Un aparato metálico, una especie de espuela de afilada rueda dentada, sujeta a una barra, utilizada comúnmente en medicina neurológica para comprobar los reflejos nerviosos.

[←15]

Rol que abarca tanto el sentimiento dominante como el sumiso. Una persona puede sentirse atraído/a por un/a dominante y someterse o, por el contrario, sentir la dominación hacia un/a sumiso/a.

[←16]

Dildos: consoladores.

[←17]

Carmina Burana es una cantata escénica del siglo XX compuesta por Carl Orff entre 1935 y 1936, utilizando como texto algunos de los poemas medievales de *Carmina Burana*: una colección de cantos goliardos de los siglos XII y XIII.

[← 18]

El estilo de vida formal BDSM está lleno de tradiciones y ceremonias que rara vez son presenciadas por el mundo exterior y quizás uno de los rituales con más significado sea «La Ceremonia de las Rosas». Esta ceremonia está plagada de simbolismo y mística desde hace siglos. Un Lazo Eterno: Una pareja que ha decidido permanecer junta toda su vida e incluso más allá, a menudo optará por este ritual como una declaración simbólica de su compromiso eterno.

Table of Contents

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora:](#)